

Un mensajero me muestra una nota mía que fue encontrada, y me ridiculiza con ella. En la nota está escrito y doblemente subrayado: **No hay comida.**

En este sueño se advierte el deseo inconsciente de morir de hambre, el cual al ser reprochado por el **superyó** suscita la defensa: "No es verdad que yo goce con la idea de morir de hambre, lo que pasa es que no hay comida." De esta defensa, a su vez, hace escarnio el **superyó** provocando el sentimiento de vergüenza en Freud. Interpretemos el siguiente sueño oral de Freud de acuerdo con la teoría de la tríada de la oralidad de Bergler:

Entro en una cocina en demanda de un plato de **mehlspeise**, plato hecho con harina, leche y huevos; literalmente, "manjar de harina". En la cocina encuentro tres mujeres. Una de ellas, que es la dueña de la casa, da vueltas a algo entre sus manos, como si estuviese haciendo albóndigas, y me responde que tengo que esperar hasta que acabe. Me impaciento y me marchó, ofendido.

Pudo haber dicho Freud:

No es verdad que yo desee morir de hambre, al contrario, deseo comer pudín y entro en la cocina provocando el enojo de mi madre, quien me dice que me espere, ante cuyo rechazo me indigno para luego quejarme de que me tratan mal.

Freud interpretó su sueño de esta manera:

A las tres mujeres de mi sueño se asocian ahora las tres Parcas que tejen los destinos de los hombres, y sé que una de las tres mujeres —en el sueño, la dueña de la casa— es la madre, que da la vida al hombre, y con ella, como a mí en este ejemplo, el primer alimento. En el seno femenino coinciden el hambre y el amor.

Analicemos esta otra pesadilla oral de Freud:

Antes de conciliar el reposo, sentí ya sed y agoté el vaso de agua que había encima de mi mesa de noche. Horas después se renovó mi sed y con ella la excitación consiguiente. Para procurarme agua, hubiera tenido que levantarme y coger el vaso que quedaba lleno en la mesa de noche de mi mujer. Adecuadamente a esta circunstancia, soñé que mi mujer me daba a beber en un cacharro de forma poco corriente, que reconocí era un vaso cinerario etrusco, traído por mí de un viaje a Italia y que recientemente le había regalado. Pero el agua sabía tan salada —seguramente a causa de la ceniza contenida en el vaso— que desperté en el acto.

El deseo inconsciente de ser muerto de hambre o sed por el pecho maligno (vasija funeraria) que contiene veneno (sal) de la **imago matris** proyectada en su mujer, es el planteamiento simbólico de la adaptación inconsciente infantil; esta adaptación masoquista, al ser reprochada por el **superyó**, crea una defensa agresiva (reprimida en este caso) contra la imagen materna al desearle la muerte por hambre con leche envenenada. El **superyó** reprocha por segunda vez, ahora la agresividad contra su mujer, agresividad que se interna haciéndose consciente en la declaración: "Fui forzado a despertarme." El fenómeno de angustia que se suscita ante el segundo reproche del **superyó** nos informa siempre sobre la adaptación inconsciente masoquista.

PARTE II

SOBRE EL SUPERYO

¿Lo que no me es inteligible será necesariamente ininteligible? ¿Existe, tal vez, un reinado de sabiduría del cual esté exiliado el lógico? ¿Será posible que el arte sea un correlativo necesario o un suplemento de la ciencia?

Nietzsche
Génesis de la tragedia

Comparando la poesía con la historia, en su **Poética**, Aristóteles dice que la primera es más grave porque expresa lo universal, mientras que la segunda sólo expresa lo particular y relativo.

Freud, desde que inició sus investigaciones de los fenómenos de la mente humana, se percató de que Sócrates llevaba razón cuando dijo, en **Apología** de Platón:

Entonces comprendí que no por sabiduría escriben los poetas, poesía, sino por una especie de genio e inspiración; ellos son como los adivinos y profetas, quienes, además, dicen muchas sabias cosas que ellos mismos no entienden.

Quien analizó el nexo que puede existir entre la investigación y la creatividad fue el maestro de Freud: José Breuer. Veamos lo que dijo en el capítulo **Estados hipnoides**, de su **Teórica**, en el libro **Estudios sobre la histeria** (1895):

Una gran variedad de estados conducen a la “distracción”, pero pocos de ellos predisponen la autohipnosis o caen en ella. Un investigador abstraído por un problema cae, sin duda, en un estado anestésico, y experimenta bastantes sensaciones de las cuales no forma

una percepción consciente. Y lo mismo es cierto de cualquiera que utiliza su imaginación creativa activamente.

Freud sabía bien que la poética no es una ciencia sino un arte, ya que no tiene por objeto la contemplación pura de la verdad absoluta, eterna e inmutable; puesto que responde a la facultad de crear lo verdadero compulsivamente. Esta situación ambivalente entre pensamiento y sentimiento siempre le causó angustia a este hombre, quien sabía que la poesía y los sueños le proporcionaban el material necesario para sus pesquisas en los laberintos de la mente humana, pero que la crítica mordaz, tanto interior como exterior, estaban siempre al acecho para increparlo: "Apégate a los hechos y no des rienda suelta a tu imaginación, pues dejarás de ser un científico para convertirte en poeta." En **Estudios sobre histeria** (1895), al referirse al caso de la señorita Isabel de R., dijo:

No siempre he sido exclusivamente psicoterapeuta. Por el contrario, he practicado al principio, como otros neurólogos, el diagnóstico local y las reacciones eléctricas, y a mí mismo me causa singular impresión el comprobar que mis historiales clínicos carecen, por decirlo así, del severo sello científico, y presentan más bien un aspecto literario. Pero me consuelo pensando que este resultado depende por completo de la naturaleza del objeto y no de mis preferencias personales. El diagnóstico local y las reacciones eléctricas carecen de toda eficacia en la histeria, mientras que una detallada exposición de los procesos psíquicos, tal y como estamos habituados a hallarlas en la literatura, me permite llegar, por medio de contadas fórmulas psicológicas, a cierto conocimiento del origen de una histeria.

En una carta que le envió a Fliess el 20 de octubre de 1895, podemos observar un estado clarividente de Freud perteneciente, más bien, al campo de la inspiración o de la intuición poética:

Ahora sigue escuchándome. Durante una noche muy activa de la semana pasada, cuando me hallaba presa de ese estado de doloroso malestar que representa la condición óptima para mi actividad cerebral, las barreras se levantaron de pronto, los velos cayeron y mi mirada pudo penetrar de golpe desde los detalles de las neurosis hasta las condiciones mismas de la consciencia. Todo parecía encajar en el lugar correspondiente; los engranajes ajustaban a la perfección y el conjunto semejaba realmente una máquina que de un instante al otro podría echar a andar sola. Los tres sistemas de neuronas, los estados "libre" y "ligado" de cantidad, los procesos primario y secundario, las tendencias principal y transaccional del sistema nervioso, las dos reglas biológicas de la atención y de la defensa, los signos de cualidad, realidad y pensamiento, el estado del grupo psicosexual —la determinación sexual de la represión y, finalmente, las condiciones de la consciencia como función perceptiva—: ¡todo eso concordaba y concuerda todavía hoy! Es natural que apenas pueda contenerme de alegría.

En una carta del 8 de diciembre de 1895, proyectó Freud, al alentar a Fliess, sus propias tendencias intuitivas o poéticas:

En cuanto a tus descubrimientos en fisiología sexual, sólo puedo prometerte mi mayor atención y mi admiración crítica, pues mis conocimientos son demasiado limitados para inmiscuirme. Anticipo, sin embargo, las más hermosas e importantes revelaciones, y espero que llegado el momento no dejarás de dar pública expresión incluso a tus hipótesis. No es posible prescindir de los hombres que tienen la audacia de pensar cosas nuevas aun antes de poder comprobarlas.

En **Psicopatología de la vida cotidiana** (1901), reconoció Freud una primacía psicológica a los poetas, en quienes observó anormalidades psíquicas:

También en el campo de los actos sintomáticos tiene que ceder la observación psíquica la prioridad a los poetas y no puede hacer más que repetir lo que éstos han dicho ya hace mucho tiempo.

Freud siempre reconoció el inmenso valor que la inspiración poética tenía para el psicoanálisis. En una nota a una de sus ediciones de **La interpretación de los sueños** (1900), dice:

En la novela **Gradiva**, del poeta W. Jensen, tuve la oportunidad de descubrir ciertos sueños ficticios que tenían una construcción perfectamente correcta, y que no sólo podían ser interpretados como si no los hubieran inventado, sino que parecía que hubieran sido soñados por personas reales. El poeta me declaró, cuando le pregunté, que desconocía mi teoría de los sueños. He utilizado esta relación entre mis investigaciones y las creaciones del poeta como una prueba de validez de mi método analítico de los sueños.

En los prólogos a la primera y tercera ediciones de su obra onírica, nos desvela Freud la lucha interior que sostenía con su conciencia:

Y si yo relato mis propios sueños, inevitablemente deberé revelar a la mirada de los extraños, más de las intimidades de mi vida psíquica, que lo que pudiera yo admitir, y más que lo que pudiera ser propio en un escritor que no es un poeta sino un investigador científico (. . .) También me atrevo a predecir en qué sentido se apartarían de ésta las futuras ediciones . . . siempre que resultare necesario. Por un lado habrán de perseguir una vinculación más estrecha con el rico material de la poesía, el mito, los usos del lenguaje y el regionalismo.

En **El delirio y los sueños en la "Gradiva" de W. Jensen** (1907), leemos:

Y los poetas son valiosísimos aliados, cuyo testimonio debe estimarse en alto grado, pues suelen conocer muchas cosas existentes entre el cielo y la tierra y de las que ni siquiera sospecha nuestra filosofía * (...)
El poeta —oímos decir— debe evitar todo contacto con la Psiquiatría, y dejar al médico el cuidado de describir los estados patológicos. Mas, en realidad, todos los poetas dignos de tal nombre han transgredido este precepto y han considerado como su misión verdadera la descripción de la vida psíquica de los hombres, llegando a ser, no pocas veces, precursores de la ciencia psicológica (...)

Todo esto nos demuestra que el poeta no puede por menos que ser algo psiquiatra, así como el psiquiatra algo poeta, y, además, que puede muy bien tratarse poéticamente un tema de Psiquiatría y poseer la obra resultante un pleno valor estético y literario (...)

El poeta procede de manera muy distinta: dirige su atención a lo inconsciente de su propio psiquismo, espía las posibilidades de desarrollo de tales elementos y les permite llegar a la expresión estética en lugar de reprimirlos por medio de la crítica consciente.

En *Sobre un tipo especial de la elección de objeto en el hombre* (1910), señala Freud un lugar común en donde se desarrollan las inspiraciones poéticas y los estudios psicoanalíticos, y hace la descripción de ambos:

Hasta ahora hemos abandonado a los poetas la descripción de las "condiciones eróticas" conforme a las cuales realizan los hombres su elección de objeto, e igualmente la de la forma en que llegan a armonizar con la realidad las exigencias de su fantasía. **Los poetas reúnen, en efecto, ciertas condiciones que los capacitan para tal labor, poseyendo sobre todo sensibilidad para percibir los movimientos anímicos secretos de los de-**

* Cita del *Hamlet*, de Shakespeare.

más, y valor para dejar hablar en voz alta a su propio inconsciente. Pero, desde el punto de vista del conocimiento, el valor de sus descripciones queda muy disminuido por determinada circunstancia. El poeta se encuentra ligado a la condición de provocar un placer estético e intelectual, a más de ciertos efectos sentimentales, y, en consecuencia, no puede presentar la realidad tal y como se le ofrece, sino que se ve obligado a aislar algunos de sus fragmentos, a excluir de la totalidad los elementos indeseables, a introducir otros que completan el conjunto y a mitigar y suavizar las asperezas del mismo. Son éstos los privilegios de la llamada "libertad poética". Pero, además, el poeta no puede dedicar sino muy escaso interés al origen y a la evolución de estados anímicos, que describe ya plenamente constituidos. **Resulta, pues, inevitable que la ciencia entre también a manejar —con mano más torpe y menor consecución de placer— aquellas mismas materias cuya elaboración poética viene complaciendo a los hombres desde hace milenios enteros.** Todas estas observaciones habrán de justificar nuestra tentativa de someter también a una elaboración estrictamente científica la vida erótica humana. La ciencia constituye, precisamente, la más completa liberación del placer de que es capaz nuestra actividad psíquica.

Bergler coincide con Freud en su ensayo **Psicoanálisis de los escritores y de la creatividad literaria** (1947), de su libro **Selected Papers** (1933-1961):

La ciencia psicoanalítica se ha defendido de varias formas, por ejemplo, señalando que los grandes escritores han conocido intuitivamente lo que el psicoanálisis ha comprobado clínicamente.

No olvidemos que Segismundo deseaba ser literato, como Goethe, y además poseía el cuadro psicomasoquista de todo poeta. Su carrera de médico neurólogo fue una desvía-

ción científica de sus impulsos literarios. Que no estuvo nunca seguro de la vocación que escogió, lo declara en **La interpretación de los sueños** (1900):

Poco antes de entrar a la universidad quería yo estudiar jurisprudencia, y cambié de opinión en el último momento. (Ver pág. 176.)

En **Apéndice a la discusión sobre “El análisis profano”** (1927), Freud confirmó lo siguiente:

Quisiera detenerme un instante más en el argumento histórico. Dado que concierne a mi persona, puedo ofrecer a quien por ello se interese algunos atisbos de los motivos que me guiaron. **Después de cuarenta y un años de actividad médica, mi autoconocimiento me dice que nunca fui un verdadero médico. Ingresé en la profesión porque se me obligó a apartarme de mi propósito original, y el triunfo de mi vida reside precisamente en que, después de un largo rodeo, he vuelto a encontrar mi primitiva orientación.** De mi infancia no tengo ningún recuerdo de haber sentido la necesidad de socorrer a la humanidad doliente; mi innata disposición sádica no era muy grande, de modo que no tuvo necesidad de desarrollar este derivado suyo. Tampoco me dediqué nunca a “jugar al doctor”: mi curiosidad infantil siguió sin duda otros caminos. **En mi juventud se apoderó de mí la omnipotente necesidad de comprender algo acerca de los enigmas del mundo en que vivimos y de contribuir quizá con algo a su solución.**

En una carta que le escribió a Pfister en 1928, es posible que le haya dado a entender, veladamente, que prefería que los filósofos y los poetas que, en el decurso de la historia han sido los que han mantenido una comunicación con el inconsciente de los seres humanos, fueran los portadores de la ciencia psicoanalítica:

No sé si ha adivinado usted la relación oculta entre **Psicoanálisis y medicina** y **El porvenir de una ilusión**. En el primero quiero proteger al análisis frente a los médicos, y en el otro frente a los sacerdotes. Quisiera entregarlo a un grupo profesional que no existe aún: el de los **pastores de almas profanos**, que no necesitan ser médicos y no deben ser sacerdotes.

Giovanni Papini (1881-1956), sarcásticamente imaginó en **Gog** estas confesiones de Freud:

El psicoanálisis no es otra cosa que la transformación de una vocación literaria en términos de psicología y de patología (...) Había nacido, no como algunos dicen, de las sugerencias de Breuer o de los atisbos de Schopenhauer y de Nietzsche, sino de la transposición científica de las escuelas literarias amadas por mí (...) Hay una prueba irrefutable: en todos los países donde ha penetrado el psicoanálisis, ha sido mejor entendido y aplicado por los escritores y por los artistas que por los médicos. Mis libros, por otra parte, se asemejan mucho más a obras de imaginación que a los tratados de patología (...) De todos modos he sabido vencer, soslayadamente, mi destino, y he logrado mi sueño: continuar siendo un literato aun haciendo, en apariencia, de médico. En todos los grandes hombres de ciencia existe el soplo de la fantasía, madre de las intuiciones geniales.

Cualquier persona que haya estudiado con todo detenimiento la obra de Freud, advertirá en ella que junto a la perseverancia científica existe una intuición penetrante que sobrepasa al lenguaje de lo consciente. De no haber sido Freud un poeta, en el estricto sentido de la palabra, jamás hubiera podido vislumbrar los fenómenos del inconsciente humano. De no haber sido también un hombre de ciencia, no hubiera planteado metódicamente la fenomenología resultante de sus investigaciones, las que después dieron lugar

al perfeccionamiento científico de la problemática conductual del ser humano; magna obra desarrollada por Edmundo Bergler. Quizá Freud, en su juventud, tuvo la oportunidad de leer estas palabras que Goethe le dirigió a Eckerman:

Estudiad a la naturaleza, proceded siempre objetivamente, como hago yo. No merece el nombre de poeta ni de sabio el que sólo expresa sentimientos e ideas personales. Sólo es poeta el que sabe asimilar al mundo y pintarlo; sólo es sabio el que acierta a describirlo.

Goethe, en **Werther** plasmó su propio deseo inconsciente de autodestrucción, mas en **Fausto** estableció las entidades que luchan en la conciencia, personificando el **yo** en el propio Fausto, el **daimonion** en Mefistófeles y el **yo-ideal** en Wagner. Escuchemos lo que dice Mefistófeles en la escena del gabinete de estudio, en la que entra Fausto acompañado del perro:

Soy el espíritu que siempre niega, y con razón, pues todo cuanto tiene principio merece ser **aniquilado**, y por lo mismo, mejor fuera que nada viniese a la existencia. Así pues, todo aquello que vosotros denomináis pecado, **destrucción**, en una palabra, el Mal, es mi propio elemento.

En **De los despreciadores del cuerpo** de **Así habló Zaratustra** (1883), Nietzsche intuyó el factor inconsciente del **superyó** y su relación con el **yo**, atribuyéndole al primero la adaptación inconsciente a la idea de morir:

Instrumentos y juguetes son el sentido y el espíritu: tras ellos se encuentra todavía el sí-mismo. El sí-mismo busca también con los ojos de los sentidos, escucha también con los oídos del espíritu.

El sí-mismo escucha siempre y busca siempre: compara, subyuga, conquista, destruye. El domina y es también el **dominador del yo**.

Detrás de tus pensamientos y sentimientos, hermano mío, se encuentra un soberano poderoso, un sabio desconocido — llámase sí-mismo. En tu cuerpo habita, es tu cuerpo.

Hay más razón en tu cuerpo que en tu mejor sabiduría. ¿Y quién sabe para qué necesita tu cuerpo precisamente tu mejor sabiduría?

Tu sí-mismo se ríe de tu yo y de sus orgullosos saltos. “¿Qué son para mí esos saltos y esos vuelos del pensamiento?, se dice. Un rodeo hacia mi meta. Yo soy las andaderas del yo y el apuntador de sus conceptos.”

El sí-mismo dice al yo: “¡siente dolor aquí!” Y el yo sufre y reflexiona sobre cómo dejar de sufrir — y justo para ello debe pensar.

El sí-mismo dice al yo: “¡siente placer aquí!” Y el yo se alegra y reflexiona sobre cómo seguir gozando a menudo — y justo para ello debe pensar.

A los despreciadores del cuerpo quiero decirles una palabra. Su despreciar constituye su apreciar. ¿Qué es lo que creó el apreciar y el despreciar, y el valor y la voluntad?

El sí-mismo creador se creó para sí el apreciar y el despreciar, se creó para sí el placer y el dolor. El cuerpo creador se creó para sí el espíritu como una mano de su voluntad.

Incluso en vuestra tontería y en vuestro desprecio, despreciadores del cuerpo, servís a vuestro sí-mismo. Yo os digo: también vuestro sí-mismo quiere morir y se aparta de la vida.

Ya no es capaz de hacer lo que más quiere: crear por encima de sí. Eso es lo que más quiere, ese es todo su ardiente deseo.

Para hacer esto, sin embargo, es ya demasiado tarde para él: por ello vuestro sí-mismo quiere hundirse en su ocaso, despreciadores del cuerpo.

¡Hundirse en su ocaso quiere vuestro sí-mismo, y por ello os convertisteis vosotros en despreciadores del

cuerpo! Pues ya no sois capaces de crear por encima de vosotros.

Y por eso os enojáis ahora contra la vida y contra la tierra. Una inconsciente envidia hay en la oblicua mirada de vuestro desprecio.

¡Yo no voy por vuestro camino, despreciadores del cuerpo! ¡Vosotros no sois para mí puentes hacia el superhombre!

El desarrollo de la investigación del **superyó**, nos da un ejemplo singular de la doble cualidad, pensante y sentimental, que Freud tenía para acometer sus estudios. En **La interpretación de los sueños** (1900), asentó con tal minuciosidad las facetas de su sueño de la inyección de Irma, que cualquiera puede advertir la personificación del **superyó** en Otto, quien le reprochaba al profesor su negligencia médica, reproche del que el acusado se defendió, en el transcurso del sueño, exponiendo su inocencia. Al respecto, reflexionó Freud:

Parece que estoy esperando cualquier oportunidad para reprocharme mi falta de integridad médica.

A la defensa que sobrevino al reproche del **superyó**, Freud la denominó “realización de un deseo”:

El resultado del sueño es que yo no soy el culpable por el dolor que padece Irma, sino lo es Otto. Ahora Otto me ha enojado con su reproche de la curación imperfecta de Irma. El sueño me venga de él porque a él le dirige el reproche. El sueño me libera de la responsabilidad por la condición de Irma, puesto que refiere su condición a otras causas (las que, en verdad, dan un buen número de explicaciones). El sueño representa unas circunstancias que yo desearía que existieran; el contenido del sueño es entonces la realización de un deseo; su motivo es un deseo.

Freud dio por entendido que la realización de un deseo, era una defensa contra un reproche de la conciencia, pero prosiguió desarrollando sus interpretaciones oníricas, basado en los deseos **per se** y no en las defensas, desviación que lo condujo a muchas contradicciones. De haber, el fundador del psicoanálisis, desarrollado la idea de las defensas contra los reproches de la conciencia, quizá hubiera llegado, él mismo, a descubrir las adaptaciones inconscientes de base oral. Lo interesante es que su genio las llegó a intuir, mas no a utilizar.

Al reflexionar sobre el sueño donde lo nombraban **profesor extraordinarius**, el primer impulso que tuvo Freud fue llamarlo una tontería, mas luego su **superyó** le reprochó esa actitud:

Pero no podía quitarlo de la mente, y me persiguió durante todo el día, hasta que por fin en la tarde, me reproché con las siguientes palabras: "Si durante el curso de una interpretación onírica uno de tus pacientes no encontrara cosa mejor qué decirte que **eso es una tontería**, lo reprobarías y sospecharías que detrás del sueño habría algo desagradable escondido, sobre la exhibición de lo cual querría subtraerse. Aplica lo mismo a tu propio caso; tu opinión de que tu sueño es una tontería probablemente significa simplemente una resistencia a su interpretación. No te dejes engañar." Entonces procedí con la interpretación.

Observemos ahora la semejanza que tal reproche del **superyó** tiene con este pasaje de Sócrates en el **Fedro** de Platón:

Y ahora no diré nada más; se ha dicho lo suficiente de ambos. Dejando la narración a su destino, cruzaré el río y me marcharé a mi casa con el temor de que algo peor me puedas infligir.

Fedro entonces le pide que se quede y Sócrates le revela lo siguiente:

Quiero decir que cuando iba a cruzar el río el signo usual me llegó —ese signo que siempre me prohíbe mas nunca me ordena nada de lo que debo hacer— y creo que escuché una voz diciéndome al oído que yo era culpable de impiedad, por lo que creo que no debo marcharme sino hasta que haga una defensa.

En ambos ejemplos se ve claramente el reproche del **superyó** y la defensa contra dicho reproche, aunque en el caso de Freud no se escucha la voz que le llegaba a Sócrates. El austriaco observó lo que el griego escuchó: Sigamos con Freud:

Asumimos entonces que en cada ser humano existen, como la causa primaria de la formación del sueño, dos fuerzas psíquicas (tendencias o sistemas), una de las cuales forma el deseo expresado por lo soñado, mientras que la otra ejercita la censura sobre este deseo-sueño, influyendo en él, consecuentemente, hacia una distorsión.

Infiere entonces Freud que la admisión de una idea a la conciencia es una prerrogativa del **superyó**, con lo que se deduce que sólo con el reproche surge la defensa. Observemos:

Nada puede llegar a la conciencia directamente del primer sistema [la adaptación], que no haya pasado previamente la segunda instancia [el reproche del **superyó**]; y la segunda instancia no deja pasar nada sin ejercitar sus derechos e imponiendo tales modificaciones como crea conveniente sobre las posibles admisiones a la conciencia.

La adaptación inconsciente a la pasividad y a la ignorancia, o sea el **primer sistema**, no se hace consciente por sí, sino hasta que el signo en forma de voz o la conciencia les reprochó a Sócrates y a Freud, respectivamente, su pasividad e ignorancia. Entonces es cuando se hace consciente la

defensa, o **segunda instancia**, imponiendo el **superyó** las modificaciones con su reproche. Es, pues, el **primer sistema**, un deseo en estado inconsciente y una defensa en estado consciente. Se induce que la conducta humana, por lo que observaron estos genios, es un mecanismo de defensa contra un reproche del **superyó**. Tanto Sócrates como Freud se defendieron contra sus adaptaciones inconscientes a la pasividad y a la ignorancia al reaccionar a manera de reflejo condicionado y demostrar una actividad y curiosidad pseudoagresivas: el primero al disculparse y el segundo al tratar de interpretar su complicado sueño. Nietzsche (1844-1900), en **Génesis de la tragedia** (1872), aquilató la importancia de las apariciones auditivas de Sócrates, las que le reprochaban el aceptar las compulsiones artísticas y las inspiraciones dionisiacas como ejemplos conduccionales a seguir en busca de la verdad:

¿Quién fue aquel que él solo se atrevió a negar el genio griego de Homero, Píndaro, Esquilo, Fidias, Pericles, Pitia y Dionisio, que como el abismo más profundo y la altura más extrema asegura nuestra admiración estupefacta? ¿Qué poder demoniaco es este que osa verter aquel elixir al polvo? ¿Qué semidiós es este a quien el coro de los espíritus más nobles de la humanidad deben proclamar?:

¡Ay!
Has destruido
el mundo de lo bello
con puño de bronce.
Se cae, está esparcido.

Se nos ofrece una llave sobre el carácter de Sócrates debido al bello fenómeno conocido como "el **daimonion** de Sócrates". Durante circunstancias excepcionales, cuando su gran intelecto dudaba, encontraba un apoyo seguro en la aserción de la voz divina que hablaba en tales momentos. Esta voz, cuando venía, siempre disuadía. Dentro de esta absoluta naturaleza anormal, el conocimiento instintivo aparece sólo con el propósito

de esconder el conocimiento consciente ocasionalmente. Mientras que en los artistas es el instinto una fuerza creadora-afirmativa y el estado consciente actúa crítica y disuasivamente, en el caso de Sócrates es el instinto el crítico y la conciencia la que se convierte en creadora. ¡En verdad una monstruosidad **per defectum**! Específicamente, observamos aquí un defecto monstruoso de cualquier disposición mística, de tal manera que Sócrates puede ser llamado el típico **anti-místico**, en quien, a través de una hipertrofia, su naturaleza lógica se desarrolló tan excesivamente como el conocimiento instintivo en el místico.

Cuando Sócrates fue sentenciado a muerte, sintió la compulsión, en una visión onírica, de versificar y tocar música, lo que hizo aun en contra de sus principios. Esta inspiración experimentada por Sócrates fue una defensa contra el reproche del **daimonion** de que gozaba con la muerte que se había provocado, como diciendo: "No es verdad que yo goce en la idea de ser envenenado por la **imago matris**, al contrario, yo puedo darme mi propia leche." De esta manera compuso un preludio a Apolo y puso varias fábulas de Esopo en verso. Al observar este fenómeno comprendió Nietzsche que tanto la conducta científica como la artística son provocadas por un reproche del **superyó**:

La voz de la visión del sueño de Sócrates es la única señal que nos hace recelar acerca de los límites de la lógica. Quizá —pudo haberse preguntado— ¿lo que no me es inteligible será necesariamente ininteligible? ¿Existe, tal vez, un reinado de sabiduría del cual esté exiliado el lógico? ¿Será posible que el arte sea un correlativo necesario o un suplemento de la ciencia?

En cartas que le envió Freud a Fliess el 8 de octubre de 1895 y el 1º de enero de 1896, al comentar sus suposiciones sobre la etiología de la histeria y de la neurosis obsesiva le confesó:

No llego a captar, empero, la explicación mecánica, o más bien me inclino a escuchar atentamente la tenue vocecilla que me advierte que mis explicaciones son erradas (...) Una suave voz amiga me aconsejó dilatar todavía un tanto la descripción de la histeria, pues contiene demasiadas incertidumbres.

En **Psicopatología de la vida cotidiana** (1901), sintió Freud cuán despiadado puede ser el **superyó** con el **yo**, relatando su propia experiencia:

¡Imbécil! ¡Asno! ¡Ten cuidado esta vez y no vayas a diagnosticar de nuevo una histeria en un caso de enfermedad incurable como lo hiciste en este mismo lugar hace años con aquel pobre hombre! (...)

Obsérvese que en este momento es la voz de la autocrítica la que se hace oír por medio del acto de la aprehensión errónea.

En **Sobre narcisismo** (1914), Freud demostró la omnipotencia del **superyó** al oír los lamentos de un paranoico:

Esta clase de pacientes se quejan de que todos sus pensamientos son conocidos y sus acciones observadas y vigiladas; están informados del funcionamiento de esta institución mental por voces que característicamente les hablan en tercera persona (**ahora ella piensa lo mismo [...] ahora él sale**). Esta queja es justificada: describe la verdad; un poder de este tipo, vigilando, descubriendo y criticando nuestras intenciones, realmente existe.

En **El porvenir de una ilusión** (1927), confirmó Freud su conocimiento del censor interno, utilizándolo conscientemente:

Una investigación que avanza libre de objeciones exteriores, como un monólogo, corre cierto peligro. Es muy difícil ceder, además, a la tentación de apartar a

un lado aquellas ideas propias que tratan de interrumpirla, y todo ello se paga con una sensación de inseguridad que luego se quiere encubrir por medio de conclusiones demasiado radicales. **Así pues, situaré frente a mí a un adversario que siga mi exposición con desconfiada crítica, y le cederé la palabra de cuando en cuando.**

Bergler descubriría después que la conducta humana no sólo se hace consciente ante el primer reproche del **superyó**, sino también ante el segundo, o sea, paradójicamente, el **superyó** reprocha la conducta emanada de su primer reproche. En *The Superego* (1952), nos dice:

El cuadro clínico es una estructura inconsciente **secundaria** creada debido al reproche del **superyó** ante la adaptación al placer inconsciente; y mediante la reducción del **superyó** al absurdo, en el masoquismo psíquico el castigo se convierte en placer (...) El término pseudoagresión significa una agresión inconsciente defensiva, dirigida en contra del reproche del **superyó** que acusa al **yo** de masoquismo psíquico.

A este censor que descubrió Freud en sus primeros trabajos, con el tiempo le dio la denominación de **yo-ideal**, atribuyéndole las funciones de auto-observación, conciencia moral, censura de sueños e influencia principal en el fenómeno de la represión; pero al hablar del amor en el sentido de que el objeto sirve como un sustituto de un **yo-ideal** propio, no logrado, me parece que se percató el maestro de que al censor tenía que darle otra denominación para que estas dos entidades diferentes, aunque estrechamente emparentadas, no fueran confundidas. Así pues, en *El Yo y el Ello* (1923), al censor ya lo llama **superyó**, del que dice que:

Retiene el carácter del padre y que a mayor represión del complejo de Edipo, a través de la influencia de la disciplina, enseñanza religiosa, escuela y lectura, mayor será también la dominación del **superyó** sobre el **yo**,

en forma de conciencia o quizá en sentimiento de culpabilidad inconsciente.

En su ensayo **Neurosis y psicosis** (1924), declaró Freud:

En todas las formas de enfermedad psíquica habría de tenerse en cuenta la conducta del **superyó**, cosa que no se ha hecho hasta ahora. Pero ya podemos indicar, provisionalmente, que ha de haber también afecciones cuya base esté en un conflicto entre el **yo** y el **superyó**. El análisis nos da derecho a suponer que la **melancolía** es un ejemplo de este grupo, al que daríamos entonces el nombre de "psiconeurosis narcisista".

La dureza y crueldad del **superyó** está relacionada con la cantidad de vitalidad reprimida o de temores libidinizados; pero si a estas adaptaciones masoquistas del **yo**, se les añade el reproche de haber contravenido las reglas, normas o los preceptos educativos, religiosos, familiares o sociales de que está formado el **yo-ideal**, entonces la misma existencia del **yo** está en peligro, como claramente se observa en la tragedia de Sófocles, **Ajax**. Es por esto, que la severidad en la circunstancia infantil, o de los padres, es sólo uno de los componentes de la estructura antilibidinosa del **superyó**.

En **El Yo y el Ello** (1923), Freud declaró:

Reconocemos que puede existir en la mente, ya sea en el **yo** o en el **ello**, una energía desplazable, que es en sí neutral, pero que puede aunar sus fuerzas ya sea con los impulsos eróticos o bien con los destructivos.

En su trabajo conjunto **Transferencia y amor** (1933), Jekels y Bergler se basaron en esta observación freudista para plantear una nueva estructura de la conciencia, sobre la base de que el **yo-ideal** era la **energía neutral** que, ora aunaba sus fuerzas con el factor reprochante del **superyó** (al que lo denominaron **daimonion**) para castigar al **yo**, ora ayudaba al **yo** a defenderse contra los reproches del **daimo-**

nion. De esta manera dividieron los departamentos de la mente humana, teorizando sobre la existencia del **yo-ideal** como si fuera la de un arma de fuego, por cuyo dominio constantemente se estuvieran peleando dos contrincantes.

Freud observó, en la misma obra, la crueldad del **daimonion** reforzada por la falta de cumplimiento de los preceptos establecidos en el **yo-ideal**, mas nunca asoció la neutralidad de la "energía desplazable" al **yo-ideal**:

Cuando va creciendo el niño, los deberes del padre son continuados por maestros y otras autoridades; la fuerza de sus preceptos y prohibiciones permanece revestida en el **yo-ideal** y continúa, en forma de conciencia, ejercitando la censura moral. La tensión entre las demandas de la conciencia y los logros actuales del **yo**, se experimenta como sentimiento de culpa.

En **El problema económico del masoquismo** (1924), se pregunta Freud acerca de la importancia que tiene el modelo al que se aspira para el fenómeno de las angustias del **yo**, mas no separa este ideal del **superyó**:

Hemos adscrito al superyó la función de la conciencia moral y hemos reconocido en la conciencia de la culpabilidad la manifestación de una diferencia entre el yo y el "superyó". El yo reacciona con sentimientos de angustia a la percepción de haber permanecido muy interior a las exigencias de su idea, el "superyó". Queremos saber ahora cómo el superyó ha llegado a tal categoría y por qué el yo ha de sentir miedo al surgir una diferencia con su ideal.

(...)

Pero aquellas mismas personas que continúan actuando en el **superyó**, como instancia moral después de haber cesado de ser objeto de los impulsos libidinosos del **ello**, pertenecen también al mundo exterior real. Han sido tomados de este último, y su poder, detrás del cual se ocultan todas las influencias del pasado y de la

tradición, es una de las manifestaciones más sensibles de la realidad. **A causa de esta coincidencia, el superyó, sustitución del complejo de Edipo, llega a ser también el representante del mundo exterior real, y de este modo, el prototipo de las aspiraciones del yo.**

El hecho de que Jekels y Bergler hayan establecido la posibilidad de que el **daimonion** usara de la energía neutral del **yo-ideal** como de una especie de ejemplo mudo que se esgrime constantemente para intimidar al **yo**, creando el sentimiento de culpabilidad, dio paso al estudio del factor más importante de la ciencia psicoanalítica: el de la adaptación masoquista inconsciente. Considerando que el **daimonion** reforzado por el **yo-ideal** reprocha despiadadamente al **yo**, observaron que el yo-Eros se defendía tratando de agenciarse a su favor parte de los preceptos del **yo-ideal**, pero, en la inteligencia de no poder lograrlo, el **yo** convertía tal castigo en un placer. Veamos este párrafo de **Transferencia y amor** (1933):

Sin embargo, mientras estos procesos pueden ser considerados como protectores y, de esta manera, como medidas defensivas de Eros, la posibilidad de un triunfo completo [del **daimonion**] puede evitarse solamente si Eros logra convertir el castigo en un placer, haciéndolo una fuente de gozo masoquista. De esta manera el masoquismo se convierte en un triunfo de Eros.

Hay que prevenir al lector, de que esta primera revelación tuvo que ser precisada, más tarde, por Bergler, en el sentido de que son los temores reprimidos los que se convierten en placeres inconscientes dentro de la estructura del **yo**. También se llegó a confirmar que ante el acoso de los reproches del **daimonion**, la aceptación masoquista neutraliza el castigo, procurando felicidad, puesto que al desaparecer la pseudoagresividad también desaparecen la autoagresión y el sentimiento de culpabilidad. Cuando el **daimonion** reprocha al **yo**: "Deseas ignorar", el **yo** puede aceptar ascética-

mente el cargo, diciendo: "Sí, en verdad, gozo en la ignorancia", en lugar de defenderse: "Yo lo sé todo", lo que al serle reprochado de nuevo, se le convertiría en sentimiento de culpabilidad. Este fenómeno de aceptación masoquista, utilizado como paliativo contra los reproches del **daimonion** lo observó Freud en **Inhibiciones, síntomas y ansiedad** (1926):

Si se pregunta por qué el **yo** no trata de alejarse de los dolorosos criticismos del **superyó**, la respuesta simple es que logra hacerlo en gran número de ocasiones. Existen neurosis obsesivas en las que no se encuentra el sentimiento de culpabilidad para nada. En éstas, por lo que se puede observar, el **yo** ha pasado inadvertido el sentimiento de culpabilidad, mediante la institución de una nueva serie de síntomas, penitencias o restricciones del tipo de autocastigo. Estos síntomas representan, al mismo tiempo, una gratificación de impulsos masoquistas, los que, a su vez, han sido reforzados por la regresión.

Quizás con esta información podamos comprender la aseveración de este sabio, en el sentido de que las penitencias impuestas por toda religión tienen una poderosa razón de ser. Veamos **Psicología de grupo y análisis del yo** (1921):

Hasta aquellos que no lamentan la desaparición de las ilusiones religiosas del mundo civilizado, admitirán que mientras perduraron, ofrecieron a sus adeptos una fuerte protección en contra del peligro de neurosis.

En **Psicoanálisis y medicina** (1926), nos ofrece Freud la ubicación del **superyó** dentro del cuadro mecánico mental:

Al explicar la relación entre el **yo** y el **ello** silencé una parte muy importante de la teoría del aparato anímico. Consiste ésta en habernos visto obligados a admitir que dentro del mismo **yo** se ha diferenciado una instancia especial, a la que damos el nombre de **super-**

yó. Este **superyó** ocupa una situación especial entre el **yo** y el **ello**. Pertenece al **yo**, participa de su elevada organización psicológica, pero se halla en relación muy íntima con el **ello**. Es, en realidad, el residuo de las primeras cargas de objeto del **ello**, el heredero del complejo de Edipo después de su abandono. **Este superyó puede oponerse al yo, tratarlo como un objeto, y lo trata, en efecto, muy frecuentemente, con gran dureza.** Para el **yo** es tan importante permanecer en armonía con el **superyó** como con el **ello**. Las disensiones entre el **yo** y el **superyó** tiene una gran importancia para la vida anímica. Adivinará usted ya que el **superyó** es el sustentáculo de aquel fenómeno al que damos el nombre de conciencia moral. Para la salud anímica es muy importante que el **superyó** se halle normalmente desarrollado; esto es, que haya llegado a ser suficientemente impersonal, cosa que precisamente no sucede en el neurótico, cuyo complejo de Edipo no ha experimentado la transformación debida. **El superyó del neurótico se enfrenta aún con el yo como el severo padre con el hijo, y su moralidad actúa de un modo primitivo, haciendo que el yo se deje castigar por el "superyó".** La enfermedad es usada como medio de este "autocastigo" y el neurótico se ve forzado a conducirse como si le dominase un sentimiento de culpabilidad, que exigiese, para su satisfacción, la enfermedad como castigo.

En **Dostoievsky y el parricidio** (1928), Freud examinó la relación entre el cruel **superyó** y el inerme **yo**, planteando la razón de la adaptación masoquista del **yo**:

Si el padre fue severo, violento y cruel, el **superyó** toma de él estas condiciones, y en su relación con el **yo** se restablece aquella pasividad que precisamente había de ser reprimida. El **superyó** se ha hecho sádico, y el **yo** se hace masoquista; esto es, femeninamente pasivo en el fondo. Fórmase en el **yo** una magna necesidad de castigo que permanece, en parte, como tal a disposición

del Destino y encuentra, en parte, satisfacción en el maltrato por el **superyó** (sentimiento de culpabilidad). Todo castigo es, en el fondo, la castración, y, como tal, el cumplimiento de la antigua actitud pasiva con respecto al padre. También el Destino es tan sólo, en último término, una ulterior proyección del padre.

En el capítulo inconcluso **El mundo interior**, de su obra póstuma **Compendio del psicoanálisis** (1940), observó otra paradoja que también se resuelve mediante la teoría de la adaptación inconsciente autoagresiva:

No deja de ser notable que el **superyó** despliegue a menudo una severidad de la cual los padres reales no sentaron precedentes, y también que no sólo llame a rendir cuentas al **yo** por sus actos cabales, sino también por sus pensamientos e intenciones no realizadas, que parece conocer perfectamente. Recordamos aquí que también el héroe de la leyenda edípica se siente culpable por sus actos y se impone un autocastigo, pese a que la compulsión del oráculo debería redimirlo de toda culpa, tanto en nuestro juicio como en el suyo propio.

Puesto que los poetas son valiosísimos aliados, cuyo testimonio debe estimarse en alto grado —según Freud—, observemos el poema **Las plagas**, en donde Julio Herrera y Reissig (1875-1910), sostiene un diálogo con su aterrador **superyó**:

Aguza la vista, imbécil: brilla el crimen en las dagas,
frente a ti.

Las emboscadas se erizan en el bosque. Dos chacales
gruñen fieramente el rastro de tu inconsciencia febril.

—¡No puedo, no!

¡Ya la noche de tus ojos ha caído sobre mí...!

—¡Un paso más y amaneces, necio pingajo de arcilla!

La cumbre canta tu gloria como un blanco muecín.

¡No alientes, cierra los párpados! Bajo tus pies, el abismo
polariza su mirada criminosa de Caín.

—¡No puedo, no!
¡El vértigo de tus ojos ha caído sobre mí...!

—Iluso, el polo te arroba. Sobre la blanca gangrena,
¡clave tu paso la enseña del atavismo viril!
¡Gloria a tu nombre! ¡Adelante, cretino, con tu osamenta!
La aurora boreal corona tus audacias de reptil.

—¡No puedo, no!
¡El invierno de tus ojos ha caído sobre mí...!

—¡Vuelve hacia atrás, miserable! Saluda al simún, no
tiembles;
toma rumbo a la cisterna y al datilero gentil.
¡Oh estulto! La Esfinge aúlla de muerte a tu caravana.
Viene un séquito verdugo de cuervos para el festín...

—¡No puedo, no!
¡La perdición de tus ojos ha caído sobre mí...!

—¡Boga con genio, insensato! La epilepsia constrictora
del océano te escupe. ¡Puja con rabia, infeliz!
La jauría de las oías grita el drama de tu sangre
y en las fauces de algún monstruo irás pronto a sucumbir.

—¡No puedo, no!
¡La tempestad de tus ojos ha caído sobre mí...!

—Canceroso de soberbia, mordido por la neurosis:
erige el Cielo tus náuseas. ¡Rinde la torva cerviz!
¡Primaveriza, cadáver amable de ilustre crápula!
Dios te concede un minuto cordial para ser feliz.

—¡No puedo, no!
¡La maldición de tus ojos ha caído sobre mí...!

—Condenado espeluznante, donde vas y donde pisas
la alegría tiene fin.
Perro esclavo de ti mismo, réprobo infame, libértate
de tu infección luminosa, ¡gusta la paz, ángel ruín!

—¡No puedo, no!
¡El infierno de tus ojos ha caído sobre mí...!

—¡Cuánto sufres, dios leproso del corazón; es horrenda
la vigilia suicidante de tus llagas, alma vil!
Depón tu vida, cobarde; besa el asco de la muerte:
¡entra en mi tumba de olvido y dejarás de existir!

—¡No puedo, no!
¡La eternidad de tus ojos ha caído sobre mí!

SOBRE EL MASOQUISMO

Nadie se duela de mí
solo mis tormentos pase;
que el que busca el mal por sí,
a nadie debe quejarse.

Cantar anónimo

Como nos enseñó Bergler en su teoría de la tríada de la mecánica de la oralidad, uno de los signos inequívocos de la conducta neurótica es el lamento. Claro está que el lamento neurótico está precedido de indignación y de provocación masoquista. Otros tipos de lamentos pueden ser reales, cuando las desgracias que acontecen son fortuitas y no provocadas, pero el poeta no hace distinción entre los diversos infortunios para llorar sus lamentos: cualquier excusa es suficiente.

El dramaturgo griego Sófocles nos habla de la **ironía trágica** que consiste en que el personaje se cree afortunado cuando todo lo lleva a la ruina. El lamento de Ajax se escucha a través de las edades:

Mi pobre madre, ¡qué alarido de dolor, por toda la ciudad, cuando oiga este mensaje!

Freud nos dice en **La interpretación de los sueños** (1900):

De acuerdo con la información recibida de los eruditos judíos, **Gueseres** es una palabra hebrea genuina, derivada del verbo **geiser**, y puede mejor ser comprendida como “sufrimiento ordenado o desastre fatal”. Por su empleo en el lenguaje judío se la podría llamar queja o lamento.

En **Un diálogo psicoanalítico** (1965), hay una carta del 29 de mayo de 1918, en la que Freud le da a conocer a Karl Abraham su identificación masoquista, al lamentarse en relación con su madre:

Mi madre cumplirá 83 años y ahora está bastante débil. En ocasiones creo que me sentiré un poco más tranquilo cuando se muera, porque la idea de que se la informe de mi muerte es algo que lo acobarda a uno.

Escuchemos estas endechas del **Cancionero y romancero español**:

Parióme mi madre
una noche oscura,
cubrióme de luto,
faltóme ventura.

Cuando yo nací,
era hora menguada,
ni perro se oía,
ni gallo cantaba.

Ni gallo cantaba,
ni perro se oía,
sino mi ventura
que me maldecía.

Apartaos de mí,
bien afortunados,
que de sólo verme
seréis desdichados.

Dijeron mis hados,
cuando fui nacido,
si damas amase
fuese aborrecido.

Fui engendrado
en signo nocturno,
reinaba Saturno
en curso menguado.

Mi lecho y la cuna
es la dura tierra;
críome una perra,
mujer no, ninguna.

Muriendo, mi madre,
con voz de tristura,
púsome por nombre
hijo sin ventura.

Cupido enojado
con sus sofraganos
el arco en las manos
me tiene encarado.

Sobróme el amor
de vuestra hermosura,
sobróme el dolor,
faltóme ventura.

Uno de los fenómenos que provoca el lamento de un neurótico es la compasión de otro individuo que acuse el mismo grado de neurosis. La autocompasión llama a la piedad, y esta piedad no es otra cosa que la identificación masoquista. Observemos los fenómenos de piedad que se suscitan al escuchar los llantos de Jeremías:

Yoguieron en tierra de fuera el niño et el viejo. Las
mis virgines et los míos mancebos morieron a espada.
Matest los tu en el día dela tu saña. Ferist los et non
les habrás merced.

En la **Primera Crónica General** de Alfonso el Sabio, en el capítulo **Del duelo de los godos de España et de la razón porque ella fue destroida**, leemos:

¿Cuál mal o cuál tempestad non pasó España? Con
los niños chicos de teta dieron a las paredes, a los mo-
zos mayores desficiéron con feridas, a los mancebos
grandes matiéronlos a Espada, los ancianos et fiejos de
días moriron en las batallas, et fueron todos acabados

por guerra (. . .) A las mezquinas de las mugieres guardabanlas para deshonrarlas, e la su fermosura dellas era guardada para su denosto.

La relación de la cultura hebrea con la castellana es tratada magistralmente por Américo Castro en **La realidad histórica de España** (1954), pero hay que advertir que al ser humano neurótico que goza en el lamento, lo encontramos en todas las razas y latitudes. Escuchemos estas endechas de judíos-castellanos exiliados:

Aljamí honrados,
grandes de Castilla,
los sacaban zorreados
por toda la villa . . .

. . .
Decía la gente:
"¡qué negra mancilla!"

. . .
Mataban a los chiquitos,
los enfilaban en lanzas,
salían las madres
deshonraban a las arasbas,
mataban a los mancebos.

Cinco siglos antes, en el X, tenemos el **Cantar de Gesta de los Infantes de Lara**, mancebos que al ser traicionados por su tío, fueron muertos por los musulimes y sus cabezas llevadas a Córdoba, las que fueron mostradas al padre de los mismos, antes de ser ejecutado por Almanzor:

"Sacaron ocho cabezas,
todas son de gran linaje."
Respondió Gonzalo Gustos:
—"Presto os diré la verdad."
Y limpiándoles la sangre
asaz se fuera a turbar;
dijo llorando agramente:
—"¡Conózcolas por mi mal!
La una es de mi carillo;
las otras me duelen más,
de los Infantes de Lara
son, mis hijos naturales."

Observemos un caso similar a los anteriores en los llantos del Toxcatl del Códice Florentino, que también expresan las adaptaciones inconscientes de los mexicas a la muerte por destazamiento, debido probablemente a sus costumbres antropófagas:

Inmediatamente cercan a los que bailan, se lanzan al lugar de los atabales: dieron un tajo al que estaba tañendo: le cortaron ambos brazos. Luego lo decapitaron: lejos fue a caer su cabeza cercenada... Pero a otros les dieron tajos en los hombros: hechos grietas, desgarrados quedaron sus cuerpos; a aquellos hieren en los muslos, a estos en las pantorrillas, a los de más allá en pleno abdomen: todas las entrañas cayeron por tierra, aun había algunos que en vano corrían, e iban arrastrando los intestinos y parecían enredarse los pies en ellos.

El fenómeno de la autocompasión o el gozo inconsciente masoquista en la queja lo podemos contemplar en el siguiente soneto de Juana Inés de Asbaje (1648-1695):

Con el dolor de la mortal herida,
de un agravio de amor me lamentaba;
y por ver si la muerte se llegaba,
procuraba que fuese más crecida.

Toda en el mal el alma divertida,
pena por pena su dolor sumaba,
y en cada circunstancia ponderaba
que sobraban mil muertes a una vida.

Y cuando, al golpe de uno y otro tiro,
rendido el corazón daba penoso
señas de dar el último suspiro,

no sé con qué destino prodigioso
volví en mi acuerdo y dije: —¿Qué me admiro?
¿Quién en amor ha sido más dichoso?

Con respecto a Freud, observamos otras huellas psíqui-

cas, que hacen irrefutables la realidad de su complejo oral. Estas huellas son las de su autocompasión, pues el maestro era un verdadero coleccionista de críticas contra el psicoanálisis, y su enfoque científico hacia los estudios es frecuentemente negativo: siempre prefirió decir “no es difícil” a “es fácil”, además gustaba de hacerse “el pobrecito” de tanto en tanto. Leamos este párrafo en **Introducción general al psicoanálisis** (1915-1918), mezcla de ironía, autocompasión e identificación masoquista, al referirse a los poderes curativos del despotismo benevolente del emperador José, de la leyenda vienesa:

¿Pero quiénes somos nosotros para poder ejercer tal beneficencia como una medida terapéutica? Pobres y sin influencia social, ganándonos la vida con la práctica médica, no estamos ni siquiera en la posición de extender nuestros esfuerzos a los humildes, como lo hacen otros médicos que usan otros métodos; nuestro tratamiento se lleva demasiado tiempo y esfuerzo.

En **Un diálogo psicoanalítico** (1965), Freud le dijo a Abraham, en carta del 21 de junio de 1920:

Me estoy volviendo viejo e irrefutablemente perezoso e indolente, además de echado a perder por los muchos regalos de comida, puros y dinero de que me hacen objeto y que debo aceptar porque de otra manera no podría vivir.

En **Una neurosis demoniaca del siglo XVII** (1923), al detallar las posibles causas que motivaron a Haitzmann a celebrar un pacto con el diablo, se observa claramente la queja de Freud y luego una defensa contra su pasividad inconsciente:

Esta argumentación parece tan razonable como evidente y eleva una vez más **contra el psicoanálisis el reproche de complicar artificiosamente las cosas más sencillas, ver enigmas y problemas donde en realidad**

no existen y suscitarlos, acentuando exageradamente rasgos ínfimos y secundarios, fáciles de hallar en todo caso, y elevándolos a la categoría de substratos de conclusiones tan arriesgadas como extrañas. Sería inútil replicar que al rechazar nuestras hipótesis se hace, injustificadamente, caso omiso de sorprendentes analogías y sutiles relaciones que nos es posible señalar en el historial que nos ocupa. Nuestros adversarios afirmarían que nada de ello existe más que en nuestra imaginación acalorada.

El fenómeno de la identificación masoquista lo consignó Freud en **Los instintos y sus destinos** (1915), en donde observó el placer que experimentaba el sádico al causar dolor a otra persona:

Una vez que el experimentar dolor ha llegado a ser un fin masoquista, puede surgir también el fin sádico de causar dolor, y de este dolor goza también aquel que lo inflige a otros, identificándose, de un modo masoquista, con el objeto pasivo. Naturalmente, aquello que se goza en ambos casos no es el dolor mismo, sino la excitación sexual concomitante, cosa especialmente cómoda para el sádico. El goce del dolor sería, pues, un fin originariamente masoquista; pero que sólo, dado un sadismo primitivo, puede convertirse en fin de un instinto.

La autocompasión, el lamento y la autoagresión, por lo general, son el resultado de una pseudoagresión que Freud denomina: un deseo sádico. Bergler concuerda con este descubrimiento y lo desarrolla al explicar por qué se suscita el deseo sádico que luego deviene autoagresivo, siendo este deseo sádico una defensa contra la adaptación masoquista inconsciente. Veamos lo que dice Freud en la obra antes citada:

El deseo de atormentar se convierte en autotortura y autocastigo, no en masoquismo.

Bergler en **The superego** (1952) nos dice que la definición freudiana, en el sentido de que está basada en una identificación inconsciente, es irrefutable, como también la teoría de Jekels, de que la piedad es una demostración del **yo** de cómo desearía ser tratado por el **superyó**. Además de estas dos definiciones, nos da Bergler la suya propia:

Este tipo [de piedad] consiste en una identificación inconsciente rapidísima con una situación o una persona en estado lastimoso; identificación tan aterradora que la defensa inconsciente exhibida: piedad, es un esfuerzo por mantener alejado el temor.

En el libro X de **La República**, de Platón, a propósito del mal que produce la poesía, expresa Sócrates:

Bien sabes que todos, hasta los más sensatos, cuando escuchamos recitar pasajes de Homero o de cualquier otro poeta trágico en que se nos muestra a un héroe sumido en la aflicción deplorando su suerte en un largo discurso, emitiendo gritos y golpeándose el pecho; sabes, digo, que experimentamos entonces un secreto placer al que nos dejamos ir insensiblemente y en el que a la compasión hacia el héroe que nos interesa se une la admiración al talento del poeta que tan bien ha sabido conmovernos (...). Poca gente para mientes en que los sentimientos ajenos pasan infaliblemente a hacerse nuestros, y que después de haber mantenido y fortalecido a nuestra sensibilidad con la contemplación de los males ajenos, es muy difícil modelarla en los nuestros.

De acuerdo con las declaraciones de estos sabios, fácil es comprender que el hombre, con el grado neurótico que padezca, siente compasión de sí al identificarse con el sufrimiento ajeno. Se entiende que a mayor grado neurótico, mayor será la compasión que sienta por las desdichas ajenas, y mayor el grado de agresividad que podrá desarrollar como

defensa. Veamos este soneto del novohispano Fray Miguel de Guevara (1585-1646):

No me mueve, mi Dios, para quererte,
el cielo que me tienes prometido;
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, Señor; muéveme el verte
clavado en una cruz y escarnecido;
muéveme el ver tu cuerpo tan herido;
muévenme tus afrentas y tu muerte.

Muéveme, en fin, tu amor, en tal manera
que aunque no hubiera cielo, yo te amara,
y aunque no hubiera infierno, te temiera.

No tienes que me dar porque te quiera;
porque aunque cuanto espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera.

Juana Inés de Asbaje (1648-1695), verifica una identificación masoquista múltiple en este fragmento del poema **Gran marqués de la Laguna**:

¿Cuántas veces ha pendido
de lo débil de un cabello,
de vuestra vida, mi vida,
de vuestro aliento, mi aliento?
¿Qué achaque habéis padecido,
que no sonase aun primero
que en vuestra salud el golpe,
en mi corazón el eco?
El dolor de vuestra madre,
de vuestro padre el desvelo,
el mal que pasabais vos
y el cariño que yo os tengo,
todo era un cúmulo en mí
de dolor, siendo mi pecho
de tan dolorosas líneas
el atormentado centro.

En la paráfrasis de León Felipe al **Canto a mí mismo** de Walt Whitman (1819-1892), también presenciemos la identificación trágica:

Cambio de agonías como de vestidos.
No le pregunto al herido cómo se siente,
me convierto en el herido.
Sus llagas se hacen lívidas en mi carne,
mientras lo observo, apoyado en mi bastón.

En la correspondencia de Freud con Lou Andreas-Salomé, de los años de 1912 a 1936, se puede contemplar la identificación masoquista que el profesor sintió por dicha discípula suya:

Si la separación de sus relaciones con la patria ha afectado su libertad de movimiento, **permítame usted que le envíe dinero desde Hamburgo para el viaje.** Mi yerno administra allí mi haber en marcos y, mediante la adquisición de buen dinero extranjero (americano, inglés, suizo), me he hecho relativamente rico. Y sucede que de esta nueva riqueza me gustaría también tener algo.

Pero toda vez que ahora está usted enferma, es probable que necesite un impulso para curarse, por lo que le **mando a cuenta veinte mil marcos, con la esperanza de que los reciba pronto. Denos usted la alegría de informarnos que ya se ha restablecido** y tráiganos al hotel Eitingon a la Lou indestructible e incomparablemente jovial. ¡Hasta la vista allí!

Supongo que habrá usted ido recibiendo regularmente la pequeña pensión mensual de la que Eitingon tiene encargo de cuidar.

Por lo demás, me digo que sería inútil esperar de usted una indicación más clara, y por eso hoy sólo le **hago saber que he pasado a mi hijo Ernst el encargo de remitir a usted 1,000 marcos del dinero del premio Goethe**, que está depositado a su nombre. En esta forma puedo deshacer una parte de la injusticia que se cometió en la concesión del Premio.

En *The Spaniards* (1954), Américo Castro consignó algunos fenómenos psicológicos inherentes a la institución del

Santo Oficio de la Inquisición, en los que se puede advertir la relación que existe entre la identificación masoquista, el sadismo y el exhibicionismo:

Mientras se hacía notoria por exterminar efectivamente a los herejes, era todavía más prominente gracias al gran espectáculo de sus autos de fe, presentados al público durante más de trescientos años.

También cita Castro las palabras que el inquisidor portugués João de Mello, le escribió al rey Juan II de Portugal:

Certifico a V. Majestad que nada me admira tanto que ver cómo Nuestro Señor le ha otorgado a la debilidad humana tanta paciencia, al ver a los hijos llevar a sus padres a la hoguera, las esposas a sus maridos, y los hermanos unos a otros, sin que ninguno de ellos hablase una palabra, ni llorase, ni hiciese otros gestos que para despedirse bendiciéndose como si fueran a regresar al día siguiente. De una manera similar los mártires cristianos prefirieron ser devorados por las bestias antes que aceptar el paganismo.

En este último ejemplo se nota la provocación y luego la aceptación masoquista de los sentenciados; en segundo término, el sadismo sublimado de los inquisidores encubriendo sus objetivos masoquistas inconscientes, y por último la identificación masoquista del público con el deseo inconsciente de morir de los inculpadlos. Todo un espectáculo macabro para una sociedad psicopática.

En **Dostoievsky y el parricidio** (1928), observó Freud los fenómenos de identificación pseudoagresiva y masoquista:

La simpatía de Dostoievsky hacia el delincuente es realmente ilimitada; va mucho más allá de la compasión, a lo que puede aspirar el desgraciado, y recuerda el respeto que a los antiguos inspiraban el epiléptico y el demente. El criminal es para él casi como un reden-

tor, que ha tomado sobre sí la culpa que de otro modo habrían tenido que soportar los demás. Uno no necesita ya asesinar después que él ha asesinado y tiene que estarle agradecido, pues de otro modo hubiera tenido uno mismo que cometer el crimen. Esto no es sólo benigna compasión, sino identificación sobre la base de idénticos impulsos asesinos, y en último término, narcisismo ligeramente desplazado. Lo cual no anula en modo alguno el valor ético de tal bondad. **Acaso es éste, en general, el mecanismo de la compasión**, más fácilmente perceptible en este caso extremo del poeta, dominado por el sentimiento de culpabilidad. Es indudable que esta **identificación simpática** determinó decisivamente en Dostoiévsky la elección de los temas literarios. Pero eligió primero la figura del delincuente vulgar —por egotismo—, y luego, las del delincuente político y religioso, antes de retornar, ya al fin de su vida, a la del delincuente primordial —el parricida— y utilizarla para legarnos su confesión poética.

Nietzsche en **La genealogía de la moral** (1887), nos habla sobre la identificación masoquista:

Yo entendía que esa moral de la compasión, que cada día gana más terreno y que ha atacado y puesto enfermos incluso a los filósofos, era el síntoma más inquietante de nuestra cultura europea, la cual ha perdido su propio hogar, era su desvío ¿hacia un nuevo budismo?, ¿hacia un budismo de europeos?, ¿hacia el nihilismo? . . . Esta moderna preferencia de los filósofos por la compasión y esta moderna sobreestimación de la misma son, en efecto, algo nuevo: precisamente sobre la **carencia de valor** de la compasión habían estado de acuerdo hasta ahora los filósofos. Me limito a mencionar a **Platón, Spinoza, La Rochefoucauld y Kant**, cuatro espíritus totalmente diferentes entre sí, pero conformes en un punto: **en su menosprecio de la compasión.**

Andrés Sánchez Pascual abunda sobre la declaración de Nietzsche, en sus notas en la edición de Alianza Editorial, 1971:

La alusión de Nietzsche a estos cuatro filósofos, tan escueta, puede ser ejemplificada con facilidad. Sobre la compasión de Platón existen varios textos. **De Spinoza** baste el siguiente: "Commiseratio in homine qui ex ductu rationis vivit per se mala et inutilis est" (En el hombre que se guía en su vida por la razón, **la compasión** resulta de suyo mala e inútil). De La Rochefoucauld es Nietzsche mismo quien en otro lugar (**Humano, demasiado humano**, aforismo 50) cita el pasaje más significativo de **Réflexions, sentences et maximes morales**, de La Rochefoucauld. El pasaje, que se encuentra en el **Retrato** hecho de sí mismo, dice así: "Soy poco sensible a **la compasión** y quisiera no serlo en modo alguno . . . Pues es ésta una pasión que de nada sirve para la interioridad de un hombre excelente . . . , debe ser dejada para el pueblo, que, no haciendo nunca nada con la razón, tiene necesidad de las pasiones para ser movido a hacer algo." En fin, de **Kant** puede verse **Crítica de la razón práctica**, parte primera, libro segundo, capítulo II, 2: "Ese sentimiento mismo de la compasión y de la simpatía tierna, cuando precede a la reflexión sobre qué sea el deber y se convierte en fundamento de determinación, es pesado aun a las personas que piensan bien, lleva la confusión en cuanto a sus máximas reflexionadas y produce el deseo de librarse de él y someterse sólo a la razón legisladora."

No obstante que Nietzsche aconsejó desprenderse de los impulsos compasivos, se apiadó ostensiblemente de la escena de la cordura en la muerte de don Quijote. En realidad se apiadó de sí, pues él mismo vivió loco durante los últimos años de su vida, y entre los estertores finales profirió un último lamento de una sensatez trágica:

Cuánto caminar para llegar hasta la nada.

De Cervantes dijo Nietzsche, en un fragmento escrito en la primavera-verano de 1877:

Más aún, ni siquiera le ahorra a su héroe aquel terrible cobrar consciencia de su estado al final de su vida: si no es crueldad, es frialdad, es dureza de corazón lo que le hizo escribir semejante escena final, es desprecio a los lectores, cuyas risas, como él sabía, no quedarían perturbadas por esta conclusión.

El problema de la autoagresividad fue estudiado por Freud en **Psicopatología de la vida cotidiana** (1901). El autocastigo es hermano del lamento y ambos pertenecen a la última etapa de la triada del mecanismo de la oralidad:

Conocido es que en los casos graves de psiconeurosis aparecen a veces automutilaciones como síntomas de la enfermedad y que no se puede considerar en tales casos **excluido el suicidio como final del conflicto psíquico**. Sé por experiencia, y lo expondré algún día con ejemplos convincentes, que muchos daños que, aparentemente por casualidad, suceden a tales enfermos, son en realidad **maltratos que los pacientes se infligen a sí mismos**. Estos casos son producidos por una tendencia constantemente vigilante, al autocastigo; tendencia que de ordinario se manifiesta como autorreproche, o coadyuva a la formación de síntomas y utiliza diestramente una situación exterior que se ofrezca casualmente o la ayuda hasta conducirla a la consecución del efecto dañoso deseado. Tales sucesos no son tampoco raros en los casos de moderada gravedad y revelan la participación de la intención inconsciente por una serie de signos especiales: por ejemplo, por la extraña presencia de espíritu que manifiestan los enfermos durante los pretendidos accidentes.

En el **Romance de la partición de los reinos por el rey don Fernando I**, se observa la reacción autoagresiva de la infanta doña Urraca ante el rechazo paterno:

A mí, porque soy mujer,
dejaisme desheredada:
irme he yo por esas tierras
como una mujer errada,
y este mi cuerpo daría
a quien se me antojara,
a los moros por dineros
y a los cristianos de gracia.

El fenómeno de la provocación masoquista, o sea de la situación buscada ex profeso para gozar inconscientemente, esto es, para sufrir deliberadamente, fenómeno que forma la segunda parte de la tríada del mecanismo de la oralidad, fue observado por Freud en diversas ocasiones. En **Un caso de curación hipnótica** (1892), consignó el hecho de que algunos histéricos se conducen singularmente:

La histeria debe a esta emergencia de la voluntad contraria aquel carácter demoníaco que tantas veces presenta y que se manifiesta en que los enfermos se ven imposibilitados, en ciertas ocasiones, de realizar aquello que más ardientemente desean, **hacen precisamente lo contrario** de lo que se les ha pedido y calumnian aquello que les es más querido o desconfían de ello.

En una carta que le envió a Wilhelm Fliess el 19 de febrero de 1899, confirmó y abundó sobre su teoría:

La última de mis generalizaciones se ha impuesto y parece querer expandirse al infinito. En efecto, no sólo el sueño es una realización de deseo, sino que también lo es el ataque histérico. Esto es cierto incluso para el síntoma histérico, y quizá para todo producto de la neurosis, pues ya hace mucho que reconocí la realización del deseo en el delirio agudo. **Realidad —realización del deseo: de esta antítesis surge nuestra vida psíquica—**. Creo saber ahora cuál es la condición determinante que distingue al sueño del síntoma, intruso

en la vida vigil. Al sueño le basta con ser la realización del deseo del pensamiento reprimido, pues siempre se mantendrá ajeno a la realidad. **El síntoma, en cambio, situado como está en medio de la vida real, debe ser al mismo tiempo algo más, debe ser también la realización del deseo del pensamiento represor.** El síntoma surge, pues, cuando el pensamiento reprimido y el represor pueden coincidir en una misma realización del deseo. **El síntoma es la realización del deseo del pensamiento represor en tanto que implica, por ejemplo, un castigo, un autocastigo, sucedáneo último de la autosatisfacción, es decir, de la masturbación.**

Por medio de esta clave se aclaran ahora muchos problemas. ¿Sabes, por ejemplo, por qué la X. Y. sufre de vómitos histéricos? Porque en su fantasía está embarazada, porque es tan insaciable que no puede dejar de tener un niño en el vientre, hasta del último de sus amantes imaginarios. **Pero también vomita porque con eso quedará emaciada y flaca, perderá su belleza y ya no atraerá a nadie.** Así, el sentido del síntoma consiste en un par contradictorio de realizaciones de deseo.

Desde luego que Breuer (1842-1925), había ya observado estos deseos masoquistas en sus pacientes histéricos. Veamos lo que nos dice en el capítulo **Disposición innata. Desarrollo de la histeria**, de su *Teórica*, en el libro **Estudios sobre la histeria** (1895):

Se dejan llevar por este camino por su necesidad de estar enfermos, característica extraordinaria que relaciona al pensamiento patológico con la histeria, de la misma forma que al temor de enfermarse, con la hipochondría. Conozco una mujer histérica que se infligía heridas que frecuentemente eran severas, simplemente para su disfrute personal y sin que el doctor ni nadie a su lado se enteraran. Si no hacía otra cosa, fabricaba toda una serie de suertes cuando estaba sola en su cuarto, simplemente para probarse su anormalidad. En

verdad tenía un sentimiento particular de no estar bien y de no poder descargar sus deberes satisfactoriamente, por lo que trataba de justificarse a sí con acciones tales como estas.

Admirémonos de esta confesión de Manuel Machado (1874-1947), en aquella malagueña que dice:

Publica la enfermedad
aquel que espera el remedio.
Yo no pregonó mis males
porque curarme no quiero.

Tiene este gran poeta una seguriya gitana parecida a la copla anterior:

Mi pena es muy mala,
porque es una pena que yo no quisiera
que se me quitara.

Recordemos aquel cantar popular:

¿Quién ha visto en el mundo
querer un ciego
la causa de su daño
para remedio?

En **Varios tipos de carácter descubiertos en la labor psicoanalítica** (1916), observó Freud el síntoma de culpabilidad que precede a la provocación masoquista, que es una especie de excitación creada ante el reproche inconsciente del **daimonion** de que se goza en la pasividad:

Por muy paradójico que parezca he de afirmar que el sentimiento de culpabilidad existía antes del delito y no procedía de él, siendo, por el contrario, el delito el que procedía del sentimiento de culpabilidad. **Tales sujetos pueden ser justificadamente designados con el nombre de "delincuentes por sentimiento de culpabilidad"**. La preexistencia del sentimiento de culpabilidad

pudo ser demostrada por toda una serie de otros efectos y manifestaciones.

Ahora bien: el señalamiento de un hecho curioso no es por sí solo un fin de la investigación científica. Habremos, pues, de resolver dos cuestiones: **de dónde procede el oscuro sentimiento de culpabilidad existente antes del hecho** y si es verosímil que una tal causación entrañe considerable importancia en los delitos de los hombres. (. . .)

En los niños podemos observar directamente que “son malos” para provocar el castigo, y una vez obtenido éste, se muestran tranquilos y contentos. (. . .)

Uno de mis amigos me ha llamado la atención sobre el hecho de que ya Nietzsche sabía de estos “delincuentes por sentimiento de culpabilidad”. La preexistencia del sentimiento de culpabilidad y el empleo del hecho para la racionalización del mismo se nos aparecen en las palabras de Zaratustra, “el pálido delincuente”. A investigaciones futuras corresponde fijar cuántos de los delincuentes deben contarse entre los “pálidos”.

En una carta que Freud le envió a Arnold Zweig el 16 de diciembre de 1934, podemos ver la observación que hizo de su sentimiento de culpabilidad resultante de su provocación masoquista compulsiva:

No me diga más de mi libro **Moisés**. El hecho de que este, probablemente mi último esfuerzo creativo, haya venido a menos, me deprime bastante en sí. No digo que me lo pueda sacudir. El hombre y lo que yo quise hacer de él, me persiguen por doquier. Pero no puede dejar de ser, los peligros externos y los recelos interiores no permiten otra solución. Creo que la memoria de los eventos recientes ya no es confiable. El hecho de que le haya escrito largamente en carta anterior acerca de la egipthanidad de Moisés no es el punto esencial, aunque sí el inicial; tampoco existe ninguna duda de mi parte porque aquello está bien establecido, pero sí en

el hecho de que yo me sentí obligado a construir una magnífica estatua sobre pies de barro para que cualquier tonto pudiera derribarla.

En **Introducción general al psicoanálisis** (1917), relata el caso de una mujer casada que sufría de celos fantasiosos:

Primero, les voy a rogar que observen este detalle incomprensible; que la carta anónima sobre la que su fantasía estaba fundada, fue provocada positivamente por la misma paciente, al haberle dicho a la criada intrigante, el día anterior, que nada la aterraría tanto como descubrir que su marido la engañara con una joven. Con esto le dio a la sirvienta la idea de enviar el anónimo, de manera que la fantasía adquiere cierta independencia de la carta; ¿existía anteriormente tal [fantasía] como un temor o como un deseo?

En **Sobre algunos mecanismos neuróticos en los celos, la paranoia y la homosexualidad** (1922), estudió Freud el caso de un rebelde paranoico:

Sus relaciones reales con los hombres aparecían claramente situadas bajo el signo de la desconfianza; su clara inteligencia lo llevaba a racionalizar esta actitud, y sabía arreglárselas de manera que siempre acababa siendo engañado y explotado por sus amigos y conocidos. Este caso me reveló que pueden existir ideas persecutorias clásicas sin que el mismo sujeto les dé crédito ni valor alguno.

En **El problema económico del masoquismo** (1924), relaciona Freud el superyó con Dios y con el destino:

Para provocar el castigo por esta última representación parental tiene el masoquismo que obrar inadecuadamente, laborar contra su propio bien, destruir los horizontes que se le abren en el mundo real e incluso poner término a su propia existencia real. (...)

El masoquismo moral resulta así un testimonio clásico de la existencia de la mezcla de los instintos. **Su peligro está en proceder del instinto de muerte** y corresponder a aquella parte del mismo que eludió ser proyectada al mundo exterior en calidad de instinto de destrucción. Pero, como además integra la significación de un componente erótico, **la destrucción del individuo por sí propio no puede tener efecto sin una satisfacción libidinosa.**

En **Epístola de Fabio a Anfriso**, de Gaspar M. de Jovellanos (1744-1811), se puede contemplar el determinismo de la adaptación masoquista inconsciente, proyectado hacia el destino:

Conozco bien que, fuera de este asilo,
sólo me guarda el mundo sinrazones,
vanos deseos, duros desengaños,
susto y dolor; empero todavía
a entrar en él no puedo resolverme.
No puedo resolverme, y despechado
sigo el impulso del fatal destino
que a muy más dura esclavitud me guía.
Sigo su fiero impulso, y llevo siempre
por todas partes los pesados grillos
que de la ansiada libertad me privan.

En **Dostoievsky y el parricidio** (1928), reflexionó Freud sobre la conducta netamente masoquista del escritor ruso:

La publicación de sus obras póstumas y del Diario de su mujer han arrojado viva luz sobre un episodio de su vida, sobre el tiempo en que Dostoievsky, hallándose en Alemania, vivió dominado por **la pasión del juego. (Dostojewsky am Roulette.)** Fue éste un evidente acceso de pasión patológica, que no pudo ser desviada y utilizada en otro sentido. No faltaron racionalizaciones de esta conducta, tan singular como indigna. El sentimiento de culpabilidad se creó, como no es raro en los neuróticos, una representación tangible en una carga

de deudas, y Dostoievsky podía alegar que aspiraba a ganar en el juego lo necesario para retornar a Rusia sin ser encarcelado por sus acreedores. Pero ello no era más que un pretexto: Dostoievsky era lo bastante inteligente para reconocerlo y lo bastante honrado para confesarlo. Sabía que lo importante era el juego en sí, "le jeu pour le jeu". Todos los detalles de su insensata conducta instintiva demuestran esto y todavía algo más. **El juego le era también un medio de autocastigo.** Había dado infinitas veces a su joven esposa su palabra de honor de no jugar más, y como él mismo confiesa, jamás cumplía tales promesas. Y cuando sus pérdidas hundían a ambos en la más negra miseria, Dostoievsky extraía de ello una segunda satisfacción patológica. Podía insultarse y humillarse ante su esposa e incitarla a despreciarle y a lamentar haberse casado con aquel pecador incorregible, y después de descargar así su conciencia volvía a la mesa de juego. Su joven mujer se acostumbró a este ciclo, pues observó que aquello que únicamente podía en realidad salvarlos, la producción literaria, nunca marchaba mejor que después de haberlo perdido todo y haber empeñado todo su ajuar. Pero, como es natural, Dostoievsky no llegó a comprender la relación dada. Cuando su sentimiento de culpabilidad quedaba satisfecho por el castigo que él mismo se había atraído, cesaba su incapacidad para el trabajo y se permitía dar unos cuantos pasos por el camino del éxito.

Estas observaciones dieron paso para que Bergler expusiera una teoría más detallada sobre el fenómeno del juego. En *The Superego* (1952), nos dice del jugador:

Es uno de los más desesperados prosélitos del deseo masoquista de ser rechazado, al mismo tiempo que es un confirmado adicto a la megalomanía infantil.

Bergler enumera los síntomas del jugador:

- 1) El jugador generalmente arriesga.
- 2) El juego es lo que más le interesa.
- 3) Es optimista y nunca aprende cuando pierde.
- 4) Nunca pone un alto cuando va ganando.
- 5) Aunque tenga precaución al principio, arriesga sumas que están por encima de sus posibilidades.
- 6) Una tensión de placer-dolor es la que experimenta durante el lapso entre que pone la apuesta y conoce el resultado.

En **Nuevas lecciones de introducción al psicoanálisis** (1932), al revisar la relación que existe entre el **yo** y el inconsciente, observó Freud que el paciente no sólo desconoce sus resistencias sino las causas de las mismas:

Fue necesario que estudiáramos estos motivos o este motivo, y encontramos, para nuestra sorpresa, que estribaba en una poderosa necesidad de castigo, el que no pudimos dejar de asociar con los deseos masoquistas. El valor práctico de este descubrimiento no es menor que el de su importancia teórica, puesto que este deseo de castigo es el peor enemigo de nuestro esfuerzo terapéutico. Se satisface mediante el sufrimiento inherente a la neurosis y, por lo tanto, se aferra a la enfermedad. Tal parece como si este factor, la necesidad inconsciente de castigo, interpretase un papel en toda enfermedad neurótica (...). Si sólo las palabras fueran menos incongruentes, nos justificaríamos, con propósitos prácticos, en llamarle un **sentimiento de culpabilidad inconsciente**. (...) Los problemas suscitados por este sentimiento de culpabilidad inconsciente y su relación con la moralidad, educación, criminalidad y delincuencia, es en el momento presente el campo de investigación favorito para el psicoanálisis.

En los pasajes que acabamos de leer se advierte el grado de profundidad psicológica que alcanzó Sigmund Freud, como también el camino de investigación científica que sugirió

seguir a sus colaboradores. La ciencia psicoanalítica sufrió un retraso en su evolución precisamente porque la gran mayoría de los psicoanalistas no prosiguieron la labor dinámica y metódica del fundador, al no estudiar el fenómeno del **sentimiento de culpabilidad inconsciente** o sea, el fenómeno de las adaptaciones masoquistas inconscientes. Claro está que ante este desviacionismo de la ciencia psicoanalítica debido a las petrificaciones didácticas de carácter edipiano, se alzan los mayúsculos trabajos de algunos discípulos de Freud, siendo los de Bergler los que dan cuenta sistemática de todos los fenómenos neuróticos resultantes de las adaptaciones orales. Esta magna labor bergleriana quedó impresa en más de 20 libros y 260 artículos científicos sobre la teoría y terapia de la neurosis de base oral; trabajos que son de tal importancia metódica que, a mi ver, son los que culminan la portentosa obra de Freud y le dan un sello científico a todas luces irrefutable. Bergler llegó a la conclusión de que el masoquismo psíquico era el núcleo de las neurosis, con cuyo descubrimiento y comprobación clínica se cierra todo un ciclo de investigación metódica iniciado por Breuer, que permite la sana evolución de esta ciencia que ha tardado casi un siglo en consolidarse.

Freud, en **Introducción al psicoanálisis** (1915-1917), lección XVIII, al analizar el comportamiento ascético de dos mujeres planteó la posible universalidad del masoquismo psíquico de base oral:

No siendo esta extraña y desventajosa actitud de nuestras dos pacientes, ante la vida, un particularísimo rasgo personal, sino de carácter general y de gran trascendencia práctica en la neurosis, habremos de preguntarnos cómo, por qué caminos y en virtud de qué motivos llegan los enfermos a adoptarla. La primera enferma histérica que Breuer trató se hallaba igualmente fijada a la época durante la cual hubo de asistir a su padre en la enfermedad que le llevó al sepulcro. Después, y a pesar de la curación de su histeria, renunció, hasta cierto punto, a la existencia, pues no obstante

haber recobrado la salud y el ejercicio regular de todas sus funciones se sustrajo al destino normal de la mujer. El análisis de todos y cada uno de estos casos nos demuestra que los enfermos han retrocedido, con sus síntomas y las consecuencias que de los mismos se derivan, a un periodo de su vida pretérita, eligiendo casi siempre una fase muy precoz de la misma, su primera infancia, y a veces, aunque parezca ridículo, el periodo en el que aún eran niños de pecho.

Mas debemos advertir que Bergler no sólo fue influido por Freud al descubrir que el masoquismo psíquico es la neurosis básica de la humanidad. La plataforma desde donde se lanzaron las investigaciones psicoanalíticas está estructurada por las grandes figuras del pensamiento occidental. Veamos qué opinó Nietzsche en **Genealogía de la moral** (1887), de las adaptaciones autodestructivas, del sentimiento de culpabilidad inconsciente o de lo que él llamó la **mala conciencia**:

Pero ¿cómo vino al mundo esa otra **cosa sombría**, la conciencia de la culpa, toda la **mala conciencia**? (...) Esos genealogistas de la moral habidos hasta ahora, ¿se han imaginado, aunque sólo sea visto de lejos, que, por ejemplo, el capital concepto moral de culpa procede del muy material concepto de **tener deudas**? (...) En este punto no es posible esquivar ya el dar una primera expresión provisional a mi hipótesis propia sobre el origen de la **mala conciencia**: tal hipótesis no es fácil hacerla oír, y desea ser largo tiempo meditada, custodiada, consultada con la almohada. Yo considero que la mala conciencia es la profunda dolencia a la que tenía que sucumbir el hombre bajo la presión de aquella modificación, la más radical de todas las experimentadas por él, de aquella modificación ocurrida cuando el hombre se encontró definitivamente encerrado en el sortilegio de la sociedad y de la paz (...) Todos los instintos que no se desahogan hacia afuera, **se vuelven**

hacia adentro, esto es lo que yo llamo la interiorización del hombre: únicamente con esto se desarrolla en él lo que más tarde se denomina su **alma**.

Es interesante comprobar que esta idea que plantea la autoagresividad humana, ya la había hecho notar el historiador mejicano Lucas Alamán, en sus **Disertaciones** aparecidas en 1844, al referirse a la conquista musulim:

Prodigiosa parece esta conquista, hecha con tanta facilidad y en tan breve tiempo, cuando que otras veces se ha visto a la nación española resistir con heroico aliento a los que han pretendido dominarla; pero esto se explica fácilmente si se reflexiona, que la paz, prolongada por tres siglos, había destruido el espíritu guerrero que manifestaron los españoles defendiéndose de los romanos, y que sólo volvió a formarse por la guerra sostenida con los moros por setecientos años. Una profunda paz, continuada por mucho tiempo, es una calamidad para las naciones, tanto o más que una dilatada guerra, no sólo porque debilita el carácter nacional, sino porque en esta como rueda perpetua de las vicisitudes humanas, los hombres parece que se cansan de la felicidad que disfrutan, y es así que en el seno de la paz se preparan los elementos de las revoluciones, que precipitando a las naciones en la miseria, hacen que en el abismo de ésta, se vuelvan a producir a su vez los elementos del bien, por efecto del escarmiento, **de lo que hemos visto en nuestros días un grande y notable ejemplo.**

Américo Castro, en **La realidad histórica de España** (1954), citó las palabras del humanista Juan Ginés de Sepúlveda:

Según los filósofos, **la naturaleza, para avivar sus virtudes, dotó a los hombres de cierto fuego interior que, si no se atiza y pone en acción, no sólo no luce,**

sino que languidece y a veces se apaga. Por eso a veces me vienen dudas de si no habría sido mejor para nosotros que se mantuviera el reino moro de Granada, en lugar de hundirse completamente. Pues si bien es cierto que extendimos el reino, también echamos al enemigo más allá del mar, privamos a los españoles de la ocasión de ejercitar su valor, y destruimos el motivo magnífico de sus triunfos. De ahí que tema un poco que, con tanto ocio y seguridad, el valor de muchos se debilite.

Prosigue, por su parte, Nietzsche:

Ese instinto de libertad, vuelto latente a la fuerza —ya lo hemos comprendido—, ese instinto de libertad (voluntad de poder) reprimido, retirado, encarcelado en lo interior y que acaba por descargarse y desahogarse tan sólo contra sí mismo: eso, sólo eso es, es su inicio, la **mala conciencia** (. . .) Esta secreta autoviolencia, esta crueldad de artista, este placer de darse forma a sí mismo como a una materia dura, resistente y paciente, de marcar a fuego en ella una voluntad, una crítica, una contradicción, un desprecio, un no, **este siniestro y horrendamente voluptuoso trabajo de un alma voluntariamente escindida consigo misma que se causa sufrimiento por el placer de hacer-sufrir, toda esta activa “mala conciencia”** ha acabado por producir también —ya se lo adivina—, cual auténtico **seno materno** de acontecimientos ideales e imaginarios, una profusión de belleza y de afirmación nuevas y sorprendentes, y quizá ella sea la que por vez primera ha creado la belleza . . . ¿Pues qué cosa sería bella si la contradicción no hubiese cobrado antes consciencia de sí misma, si lo feo no se hubiese dicho antes a sí mismo: “Yo soy feo”? . . . Al menos, tras esta indicación resultará menos enigmático el conocimiento de hasta qué punto puede estar insinuado un ideal, una belleza, en conceptos contradictorios como **desinterés, autonegación, sacrifi-**

cio de sí mismo; y una cosa se sabrá de ahora en adelante, no tengo duda de ello, se sabrá de qué especie es, desde el comienzo, **el placer que siente el desinteresado, el abnegado, el que se sacrifica a sí mismo: ese placer pertenece a la crueldad.** —Con esto basta, provisionalmente, en lo que se refiere a la procedencia de lo “no egoísta” en cuanto valor moral y a la delimitación del terreno donde este valor ha brotado: **sólo la mala conciencia, sólo la voluntad de maltratarse a sí mismo proporciona el presupuesto para el valor de lo no-egoísta.**— (...) Ya se habrá adivinado qué es lo que propiamente aconteció con todo esto y por debajo de todo esto: **aquella voluntad de autotortura,** aquella pospuesta crueldad del animal-hombre interiorizado, replegado por miedo dentro de sí mismo, encarcelado en el “Estado” con la finalidad de ser domesticado, que ha inventado la mala conciencia **para hacerse daño a sí mismo,** después de que la vía más natural de salida de ese hacer-daño había quedado cerrada. Este hombre de la mala conciencia se ha apoderado del presupuesto religioso para llevar su propio automartirio hasta su más horrible dureza y acritud. Una deuda con Dios: este pensamiento se le convierte en instrumento de tortura. Capta en “Dios” las últimas antítesis que es capaz de encontrar para sus auténticos e insuprimibles instintos de animal, reinterpreta esos mismos instintos animales como deuda con Dios (como enemistad, rebelión, insurrección contra el “Señor”, el “Padre”, el progenitor y comienzo del mundo), se tensa en la contradicción “Dios y demonio”, y todo lo que se dice a sí mismo, a la naturaleza, a la naturalidad, a la realidad de su ser, lo proyecta fuera de sí como un sí, como algo existente, corpóreo, real, como Dios, como santidad de Dios, como Dios juez, como Dios verdugo, como más allá, como eternidad, como tormento sin fin, como infierno, como inconmensurabilidad de pena y culpa. **Es ésta una especie de demencia de la voluntad en la crueldad anímica** que, sencillamente, no tiene igual: la **voluntad del**

hombre de encontrarse culpable y reprobable por sí mismo hasta resultar imposible la expiación, su **voluntad de imaginarse castigado sin que la pena pueda ser jamás equivalente a la culpa**, su **voluntad** de infectar y de envenenar con el problema de la pena y la culpa el fondo más profundo de las cosas, a fin de cortarse, de una vez por todas, la salida de ese laberinto de “ideas fijas”, su **voluntad** de establecer un ideal —el del “Dios santo”—, para adquirir, en presencia del mismo, una tangible certeza de su absoluta indignidad. ¡Oh demente y triste bestia hombre! ¡Qué ocurrencias tiene, qué cosas antinaturales, qué paroxismo de lo absurdo, qué **bestialidad de la idea** aparecen tan pronto como se le impide, aunque sea un poco, ser **bestia de la acción!** . . . Todo esto es interesante en grado sumo, pero también de una tétrica, sombría y extenuante tristeza, hasta el punto de que **tenemos que prohibirnos violentamente mirar demasiado tiempo a esos abismos**. Aquí hay **enfermedad**, no hay duda, la más terrible enfermedad que hasta ahora ha devastado al hombre —quien todavía es capaz de oír (¡pero hoy ya no se tienen oídos para ello!)— cómo en esta noche de tormento y de demencia ha resonado el grito **amor**, el grito del más anhelante encantamiento: la redención en el **amor**; pero éste se vuelve hacia otro lado, sobrecogido por un horror invencible . . . ¡En el hombre hay tantas cosas horribles! . . . ¡La tierra ha sido ya durante mucho tiempo una casa de locos! . . . (..)

Y ahora no nos libramos del aspecto de ese nuevo enfermo, “el pecador”, durante algunos milenios —¿nos libraremos alguna vez?—, mírese adonde se mire, en todas partes aparece la mirada hipnótica del pecador, que se mueve siempre en una sola dirección (en dirección a la “culpa”, considerada como causalidad **única** del sufrimiento); **en todas partes, la mala conciencia, esa bestia horrible (“grewliche thier”)**, para decirlo con palabras de Lutero; en todas partes, el pasado rumiado de nuevo, la acción tergiversada, los “malos

ojos" para cualquier obrar; en todas partes, el **querer-mal-entender** el sufrimiento, convertido en contenido de la vida, el **reinterpretar el sufrimiento como sentimiento de culpa, de temor, de castigo; en todas partes, las disciplinas, el cilicio, el cuerpo dejado morir de hambre, la contrición; en todas partes el pecador que se impone a sí mismo el suplicio de la rueda, la rueda cruel de una conciencia inquieta**, enfermizamente libidinosa; en todas partes, el tormento mudo, el temor extremo, la agonía del corazón martirizado, los espasmos de una felicidad desconocida, el grito que pide "redención". De hecho, con este sistema de procedimientos se consiguió superar de raíz la vieja depresión, la vieja pesadez y la vieja fatiga; de nuevo la vida volvió a ser **muy** interesante: despierta, eternamente despierta, insomne, ardiente, carbonizada, extenuada, y, sin embargo, no cansada. Así era como se conducía el hombre, "el pecador", iniciado en **esos** misterios. Ese viejo y gran mago en la lucha contra el displacer, el sacerdote ascético evidentemente había triunfado, su reino había llegado: **la gente no se quejaba ya contra el dolor, sino que lo "anhelaba: «¡Más dolor! ¡Más dolor!»"**

Son precisamente estos atisbos incisivos de Nietzsche los que explican cómo, para salvar su narcisismo, el ser humano tornó los displaceres reales en placeres inconscientes y cómo luego, para nulificar el reproche de su conciencia, aceptó como gozo su propio dolor. Freud, en **Varios tipos de carácter descubiertos en la labor analítica** (1916), consignó diversos casos de neuróticos que fracasaban al triunfar:

Así pues, quedamos sorprendidos, y hasta desconcertados, cuando en nuestra práctica médica descubrimos que hay también **quien enferma precisamente cuando se le ha cumplido un deseo profundamente fundado y largamente acariciado**. Parece entonces como si estos sujetos no pudieran soportar su felicidad, pues

en cuanto a la relación causal entre el éxito y la enfermedad no puede haber la menor duda.

Por mi parte he tenido ocasión de lograr un atisbo en los destinos de una mujer, cuyo caso voy a describir como prototipo de tales vicisitudes trágicas.

Hija de buena familia y cuidadosamente educada, no pudo refrenar su ansia de vivir, y, **adolescente aún, se escapó de su casa, llevando una vida aventurera**, hasta trabar conocimiento con un artista que, a más de saber estimar su encanto femenino, vislumbró el fondo de innata delicadeza latente aún en aquella mujer caída. La acogió en su casa y logró en ella una fiel compañera, a la cual sólo la rehabilitación social parecía faltar para ser plenamente dichosa. Al cabo de largos años de vida común consiguió él que su familia se decidiera a tratarla amistosamente, y estaba dispuesto a legalizar su situación, haciéndola su esposa. Mas precisamente en este momento comenzó ella a fallar. Descuidó el gobierno de la casa, de la cual iba ya a ser legalmente ama y señora; apartó a su marido de toda relación social, mostrándose de pronto insensatamente celosa; obstaculizó su labor artística, y no tardó en caer en una incurable perturbación mental.

Otra de mis observaciones clínicas se refiere a un hombre muy respetable, profesor auxiliar de una Universidad, que había acariciado, a través de muchos años, el deseo, perfectamente explicable, de **suceder en la cátedra al profesor que había sido su maestro** y le había iniciado en su especialidad. Mas cuando al jubilarse el anciano profesor fue él designado para ocupar su puesto, comenzó a mostrarse indeciso: disminuyó sus merecimientos, se declaró indigno de la confianza que en él se tenía y cayó en una melancolía que le excluyó de toda actividad en los años siguientes.

Por distintos que sean estos dos casos, coinciden en el hecho de que **la enfermedad surja en ellos al cumplirse el deseo y anule el disfrute del éxito logrado**.

En **Un trastorno de la memoria en la Acrópolis** (1936), atribuyó Freud a la severidad del **superyó** la paradoja de la neurosis ante el éxito:

Una vez comprobado un fenómeno, la primera cuestión que surge se refiere, naturalmente, a su causación. Semejante incredulidad representa, sin duda, un intento de rechazar una parte de la realidad; pero hay en él algo extraño. No nos asombraría lo más mínimo que tal intento se refiriese a una parte de la realidad que amenazara producirnos **displacer**: **nuestro mecanismo psíquico se halla, en cierto modo, adaptado para tal objeto. Pero ¿a qué se debe semejante incredulidad frente a algo que promete, por el contrario, procurarnos sumo placer? ¿He aquí una reacción realmente paradójica!** Recuerdo, empero, haberme referido cierta vez al caso similar de aquellas personas que, como entonces lo formulé, **“fracasan ante el éxito”**. Por regla general, las gentes enferman ante la frustración, a consecuencia del incumplimiento de la satisfacción de una necesidad o un deseo de importancia vital. Pero en diversos casos sucede precisamente lo contrario: enferman o aun son completamente aniquiladas, porque se les ha realizado un deseo poderosísimo. Mas el contraste entre ambas situaciones no es tan diametral como en principio pareciera. En el caso paradójico sucede simplemente que una frustración interior ha venido a ocupar la plaza de la exterior. **Uno no se permite a sí mismo la felicidad: la frustración interior le ordena aferrarse a la exterior.** Pero ¿por qué? Porque —así reza la respuesta en cierto número de casos— no nos atrevemos a esperar tales favores del destino. He aquí, pues, nuevamente el **too good to be true** (demasiado bueno para ser verdad), la expresión de un pesimismo que en muchos de nosotros parece hallar abundante cabida. Otras personas se conducen exactamente como aquellos que fracasan ante el éxito, aquejándolos un sentimiento de culpabilidad o de inferioridad que podría traducirse

así: "No soy digno de tal felicidad, no la merezco." Pero, en el fondo, estas dos motivaciones se reducen a una y la misma; siendo la una sólo la proyección de la otra. En efecto, como ya hace tiempo sabemos, ese destino por el cual se espera ser tan maltratado no es sino una materialización de nuestra conciencia, del severo **"superyó" que llevamos dentro y en el cual se ha condensado la instancia punitiva de nuestra niñez.**

Evoquemos este cantar anónimo, recopilado por Palau:

Lo que me da más gusto
me da más pena
de tormento me sirve
lo que me alegra.

Estos casos, como podemos juzgar, sólo vienen a confirmar la realidad de las adaptaciones inconscientes masoquistas, petrificadas durante la tierna infancia del individuo. Las adaptaciones inconscientes destructivas le son reprochadas al **yo** por el **daimonion**, con cuyos reproches provoca formaciones reactivas, ya sean de índole neurótica o bien de completa sumisión del **yo**, el que acepta los cargos, demostrándolo dramáticamente con penitencias y enfermedades, mas al hacerlo encuentra la dicha de no ser torturado por su conciencia. Pero cuando, para su desgracia, surgen la fortuna o el éxito en su vida, como en los casos antes expuestos, entonces se destruye la defensa de aceptación masoquista, con lo que el **daimonion** recupera su sadismo sobre el **yo**, surgiendo de nuevo los síntomas neuróticos de tensión, angustia, depresión, fobia, histeria, esquizofrenia, etc.

El fenómeno de la aceptación del masoquismo inconsciente, al que Bergler lo denominó **la aceptación del crimen mayor**, es de importancia tal que puede explicar la fuerza básica de todas las religiones y especialmente de la budista y de la cristiana. Freud experimentó el fenómeno religioso de la aceptación masoquista en su propia persona. Veamos este párrafo de una carta en la que le contesta al pastor protestante y amigo suyo, Pfister, el 10 de mayo de 1909:

En este sentido, me ha hecho usted mucho bien. Después de sus exhortaciones, me pregunté por qué no me sentía realmente feliz, y pronto hallé la respuesta. Renuncié honradamente al inalcanzable deseo de hacerme rico; decidí, tras haber perdido a un paciente, no reemplazarlo, y desde entonces me he sentido dichoso, dándome por ello cuenta de que tenía usted razón.

En **Una neurosis demoniaca del siglo XVII** (1923), advirtió Freud la terapia psíquica de un famoso caso de paranoia:

D. P. Schreber halló su curación cuando se decidió a deponer su resistencia contra la castración y a aceptar el papel femenino que Dios quería atribuirle. Cesaron entonces su confusión y su intranquilidad, pudo abandonar el sanatorio en el que había sido internado y llevó en adelante una vida normal, con la sola irregularidad de dedicar diariamente algunas horas al cuidado de su feminidad, de cuya lenta progresión, hasta el fin marcado por Dios, permaneció siempre convencido.

En la misma obra también observó cómo se deshizo Haitzmann de su estado melancólico aceptando una sumisión absoluta hacia su **superyó**:

Así pues, el pintor había caído en honda melancolía a causa de la muerte de su padre, siendo entonces cuando se le apareció el demonio, y después de preguntarle por qué estaba tan triste, le prometió “ayudarle y favorecerle cuanto pudiera”.

Nos encontramos, por tanto, ante el caso de un individuo que **vende su alma al diablo para ser libertado de una depresión de ánimo.**

En su obra póstuma **Compendio del psicoanálisis** (1940), al hablar de los resultados terapéuticos del psicoanálisis edipiano, humildemente aceptó sus frecuentes fracasos:

No ha de sorprendernos ni desanimarnos, sino que, por el contrario, debemos considerar totalmente comprensible la conclusión de que el resultado final de la lucha emprendida depende de relaciones cuantitativas, del caudal de energía que podamos movilizar a nuestro favor en el paciente, comparado con la suma de las energías que despliegan las instancias que trabajan en contra nuestra. También aquí Dios está a favor de los ejércitos más poderosos. **Si bien es verdad que no siempre logramos vencer, al menos podemos reconocer casi siempre las razones por las cuales no hemos vencido.** Quien haya seguido nuestra exposición animado tan sólo por un interés terapéutico quizá nos abandonara despectivamente después de haber leído esta confesión. Pero aquí tratamos de la terapia tan sólo en la medida en que trabaja con recursos psicológicos, pues por el momento no disponemos de otros medios. Es probable que el futuro pueda enseñarnos a influir directamente, con determinadas sustancias químicas, sobre las cantidades de energía y sobre su distribución en el aparato psíquico. **Quizá surjan incluso otras posibilidades terapéuticas todavía insospechadas.** Mas por ahora no disponemos de nada mejor que la técnica psicoanalítica, que no debiera ser desdeñada, pese a todas sus limitaciones.

En **El críticón**, Baltasar Gracián (1601-1658), nos ofrece un ejemplo de felicidad mediante la supresión del deseo, que se antoja budista:

Estoy tan lejos de decir que **consista la felicidad en tenerlo todo, que antes digo que en tener nada, desear nada y despreciarlo todo.** Y ésta es la única felicidad, con facilidad, la de los discretos y sabios. El que más cosas tiene, de más depende y es más infeliz el que más cosas necesita, así como el enfermo más cosas ha menester que el sano. No consiste el remedio del hidrópico en añadir de agua, sino en quitar de sed. Lo mismo

digo del ambicioso y del avaro. El que se contenta consigo solo, es cuerdo y es dichoso. ¿Para qué la taza, donde hay mano con que beber? El que encarcelara su apetito entre un pedazo de pan y un poco de agua, trate de competir de dichoso con el mismo Jove, dice Séneca. Y sello mi voto, diciendo: **que la verdadera felicidad no consiste en tenerlo todo, sino en desear nada.**

Ortega y Gasset (1883-1955), en **El tema de nuestro tiempo**, consignó la definición oral que Buda le dio al deseo:

La vida asiática culmina en el budismo: es éste la forma clásica, la fruta madura del árbol de Oriente. Con la claridad, sencillez y plenitud propias a todo clasicismo, expresa en él el alma asiática sus radicales tendencias. ¿Y qué es la vida para el Buda?

Con penetrante mirada sorprende Gautama la esencia del proceso vital y lo define como **una sed —trnsa—**. La vida es sed, es ansia, afán, deseo. No es lograr, porque lo logrado se convierte automáticamente en punto de arranque para un nuevo deseo. Mirada así la existencia, torrente de sed insaciable, aparece como un puro mal y tiene sólo un valor absolutamente negativo. La única actitud razonable ante ella es negarla. **Si Buda no hubiese creído en la doctrina tradicional de las reencarnaciones, su único dogma hubiese sido el suicidio.** Pero la muerte no anula la vida: el sujeto personal transmigra a existencias sucesivas, prisionero de la rueda eterna que gira loca, impulsada por la sed cósmica.

¿Cómo salvarse de la vida, cómo burlar la cadena sin fin de los renacimientos? Esto es lo único que debe preocupar, lo único que en la vida puede tener valor: la huida, la fuga de la existencia, la aniquilación. El sumo bien, el valor supremo que Oriente opone al sumo mal del vivir es precisamente el no vivir, el puro no ser del sujeto.

Veamos este ejemplo de aceptación masoquista o negación de la voluntad de vivir de Amado Nervo (1870-1919):

RENUNCIACION

¡Oh, Siddharta Gautama!, tú tenías razón:
las angustias nos vienen del deseo; el edén
consiste en no anhelar, en la renunciación
completa, irrevocable, de toda posesión;
quien no desea nada, dondequiera está bien.

El deseo es un vaso de infinita amargura,
un pulpo de tentáculos insaciables, que al par
que se cortan, renacen para nuestra tortura.
El deseo es el padre del esplín, de la hartura,
¡y hay en él más perfidias que en las olas del mar!

Quien bebe como el Cínico el agua con la mano,
quien de volver la espalda al dinero es capaz,
quien ama sobre todas las cosas al Arcano,
¡ese es el victorioso, el fuerte, el soberano,
y no hay paz comparable con su perenne paz!

Y este otro de José Alfonso de Gabriel:

YA NO TENGO ILUSIONES

Porque mucho pequé, mucho he sufrido,
y por cada minuto placentero
otro penoso sucedió al primero
y un instante cruel a otro querido.

Me dejaste, Señor, en el olvido.
Ya no tengo ilusiones ni las quiero,
y en las noches serenas sólo espero
no volver a vivir lo que he vivido.

He sufrido, quizá, más que he pecado;
pero si el sufrimiento purifica,
mi espíritu ya está purificado.

No lamento, Señor, lo que me has dado,
pues todo lo que al cuerpo mortifica
al alma lleva un bienestar sagrado.

Observemos también, el mismo fenómeno, en este himno
al Espíritu Santo:

Padre y Señor del mísero mortal,
consolador del alma en la aflicción,
ven a alumbrar con dulce claridad,
ven a reinar en este corazón.

*

Dulce dador de gracia divinal,
de todo bien el más hermoso don,
llama voraz de ardiente caridad,
tengo hambre y sed de tu amorosa unión.

*

Venga la cruz, la espero sin temor,
que tengo sed de amar y padecer;
dulce es vivir gozando en el dolor;
con el amor, la pena es mi placer.

*

Yo quiero amar las penas y el dolor
para estrechar con mi Jesús la unión.
Tú venme a dar la fuerza y el valor
para gustar la dicha de sufrir.

*

Reposa en mí, oh Espíritu de amor.
Tú sólo das la paz y bienandanza,
en Ti vivir es mi única esperanza,
dame tu amor para poder sufrir.

*

Tú reinas ya, Espíritu Creador,
por el dolor posee mi corazón,
y ardiendo así con tu divino amor,
quiero volar a la feliz mansión.

Gregorio Sapoznikow, en **La misión de Schalom Asch en la literatura idish**, de su libro **Ensayos psicoanalíticos sobre escritores judíos** (1966), interpreta magistralmente el fenómeno de la aceptación masoquista:

Dice Asch: "...En su corazón florecieron sentimientos que Stone jamás había experimentado, y que en su situación desesperada le trajeron consuelo y calma. **Ya no sentía odio contra su mujer, ni siquiera contra el amante.** «Será un buen padre para la niña» —pensó—. El pensamiento, que siempre lo torturó, de que

después de su muerte Silvia se casaría con Kraus, ya no le hacía perder la calma. Un oculto gozo nutría un sentimiento inexplicable por encima de los pensamientos. Se complacía en causarse placer con la idea de que el enemigo reinaba en su casa, de que se transformaba en el marido de su mujer, en el padre de su hija."

Y por insólito que eso suene al sentido común, semejante desborde generoso de "magnanimidad" en el muy pecador mister Stone, tiene su justificación psicológica. Los pensamientos torturantes son los argumentos más convincentes que el yo presenta contra su conciencia moral. Como si dijera: "¿Ve, señor **superyó**? Yo sé que él será el marido de mi mujer, el padre de mi hija y el señor de mi casa, y con todo, estoy dispuesto a asumir sobre mí la culpa y a sacrificarme por la felicidad de ellos." Eso hace que su hazaña sea más grande ante sus ojos, realza su sentido de autodignidad y lo reafirma en su heroica determinación. El **superyó** resulta definitivamente desarmado, y se queda sin voz y sin voto. No tiene motivos para la más mínima acusación... El yo vence a su ama —la conciencia—, y alcanza la más elevada exaltación santa, la de hallar placer en el propio sufrimiento.

En un diálogo psicoanalítico (1965) o Las cartas de Sigmund Freud y Karl Abraham (1907-1926), nos encontramos con una epístola del 23 de junio de 1908 en la que, a propósito de Bleuler y Jung, le dice el profesor a su discípulo:

Cuando vaya a Zurich al final de septiembre, trataré de arreglar lo que se pueda. Por favor no me malinterprete; no tengo nada que reprocharle; tengo la sospecha de que el antisemitismo reprimido de los suizos, del que yo me salvo, lo proyectan de manera aumentada sobre usted. Pero pienso que nosotros en calidad de judíos, si deseamos participar, debemos desarrollar un poco de masoquismo, prepararnos a sufrir algún daño. De otra forma no habrá representación. Qué decir, que

si mi nombre fuera Oberhuber, a pesar de todo, mis innovaciones se hubieran topado con mucha menor resistencia.

El masoquismo inconsciente de los neuróticos, como hemos podido apreciar, fue experimentado y observado por Freud, quien aconsejó "tratar de demoler poco a poco al hostil **superyó**", como medio para aliviar de carga al **yo**. Es verdad que se le pueden restar fuerzas al **superyó** modificando o substituyendo algunos preceptos conflictivos del **yo ideal**, mas la fuerza reprochante del **superyó**: el **daimonion**, no cesa jamás de torturar al **yo** mientras exista la adaptación masoquista inconsciente; por esta razón, Bergler, hábilmente utilizó el **daimonion** como fuerza reprochadora de la adaptación autodestructiva inconsciente del neurótico para librarlo de sus síntomas histéricos. De esta guisa, Bergler convirtió al **daimonion** en un aliado responsable de la creación de los anticuerpos psíquicos necesarios para la obtención de un equilibrio mental. Veamos lo que dijo en el capítulo **El menospreciado superyó** de su libro **Basic neurosis** (1949):

Lo que deseamos conseguir en el psicoanálisis, es precisamente la incorruptibilidad del **superyó**. Si podemos destruir el mecanismo de **apaciguamiento habitual** del **superyó**, la neurosis gradualmente se destruye (. . .) Al principio, el **superyó** utiliza la interpretación analítica con el propósito de torturar al **yo**. Después, al final del análisis, el **superyó**, ahora hecho incorruptible por medios artificiales, sigue siendo en cierta forma tan cruel y antilibidinoso como antes, pero ejercita sus fuerzas reguladoras para prevenir, aún más dinámicamente, los placeres neuróticos del **ello** (. . .) Antes del análisis el rígido **superyó** neurótico permitía al individuo realizar sus deseos preedípicos y edípicos disfrazados de defensas en los síntomas, con el sufrimiento de por medio. Después del análisis el **superyó** normal, aunque más tolerante, no permite al individuo curado, utilizar sus deseos neuróticos pasados.

Comparemos la terapia berglerista con el método señalado en el **Tratado de exorcismos, muy útil para sacerdotes y ministros de la iglesia** (1725). El autor anónimo sugiere utilizar al mismo **superyó** como fuerza neutralizadora de los síntomas histéricos, al ordenarle al demonio que no lastime a la víctima, y advirtiéndole que de no obedecer:

Se rebele contra ti, con toda su rabia y furia, ya sea Lucifer, el mismo espíritu del mal, o cualquiera de los otros siete peores que él, con todas las ánimas atormentadas y las penitencias del infierno; y como un ministro brutal de Dios que te torture violentamente con todos los dolores del averno hasta el día del Juicio por todo lo que se ha dicho ahora. Amén.

Con esta advertencia anatémica conseguían los sacerdotes, frecuentemente, instaurar un **superyó** incorruptible que al reprocharle sus compulsiones masoquistas al **yo** del endemoniado, no permitía ya, por este hecho, que el síntoma autoagresivo se hiciera evidente. Obsérvese cómo al demonio se le amenaza con la venganza del mismo Lucifer, reforzándose así un **superyó** que ya no acepta los síntomas de la posesión diabólica en pago de sus exigencias.

Murió Freud sin barruntar que "las otras posibilidades terapéuticas todavía insospechadas" ya iban a brotar del frondoso árbol del psicoanálisis.

SOBRE EL COMPLEJO DE EDIPO

También en mí comprobé
el amor por la madre
y los celos contra el padre.

Segismundo Freud

Cuando nos enfrentamos a un complejo, con afán inspeccionativo, nos encontramos con que los varios elementos que lo componen lo son en tanto que sean susceptibles de separación y de análisis. Difícil sería comprender los componentes de un problema si éste no se planteara como tal; mas cuando los elementos están cifrados en símbolos, fácilmente puede cualquiera extraviarse, por lo que es aconsejable que los esfuerzos deductivos sean apoyados por la experiencia inductiva y la introspectiva de filósofos y poetas, respectivamente.

En el caso particular de la tragedia de Edipo Rey, mito tebano al que Sófocles dio la contextura trágica que hoy conocemos, podemos observar varios componentes bien definidos que han provocado la curiosidad socrática de más de un teórico. Leamos el resumen de Angel María Garibay (1892-1967):

En forma lógica y cronológica, son los hechos así: Respondió el oráculo divino a Layo, rey de Tebas, que no debía tener hijos, aunque tanto los anhelaba. Si llegaba a tenerlos, un hijo sería su propio matador y se uniría en maridaje con la madre. No hicieron caso Layo y su mujer de tal oráculo. Les nació un niño y, para evadir el destino, mandaron que fuera arrojado a la montaña de Citerón, con unos ganchos atravesados en

los pies, como se suele hacer con los carneros o las piezas de caza.

La orden fue dada. Pero el pastor encargado de cumplirla, tuvo piedad del infante y lo regaló a otro pastor. Era éste de Corinto, y regaló la criatura a Pólibo, rey de su ciudad, el cual, sin hijos, hacía tiempo que anhelaba tenerlos. Lo crió como suyo con grande amor y, en recuerdo de su aventura, le puso el nombre de Edipo, o sea, "pies hinchados". Acaso su nombre mismo movió en Edipo su propia curiosidad y la ajena. Un día oyó decir que no era hijo de Pólibo, sino un recogido, como decimos acá. No pudo quedar tranquilo hasta no ir a Delfos a consultar al oráculo. Nada le respondió éste al punto preguntado. En cambio, le anunció a Edipo que éste mataría a su padre y se uniría con su propia madre. Para evitar ambas monstruosas ocurrencias, Edipo huyó de Corinto y vagó a la ventura. Llegaba cerca de Tebas cuando en un camino se encontró con el rey Layo y por altercado de cesión de paso, hubo una lucha que terminó con la muerte del rey. Siguió su camino el joven y dio con la Esfinge, la venció en la solución de sus enigmas y la mató. Librada Tebas de este monstruo, hizo rey a Edipo y lo movió a casar con la reina viuda, Yocasta. Se cumplió así el oráculo en todo.

De la unión incestuosa nacieron dos varones: Eteocles y Polinice, y dos mujeres: Antígona e Ismene.

No tardó en correr el rumor de haberse realizado la profecía. Hizo el rey por saber la verdad. La descubrió al fin. El, desesperado, se sacó los ojos; su mujer y madre se colgó de una viga de su cámara nupcial.

Nos dice también el sabio mejicano que Aristóteles hizo referencia a lo anterior, en sus obras, más de una docena de veces, como modelo de la verdadera tragedia. Nietzsche (1844-1900), también fue atrapado en las redes del entre-sijo edipiano. Al respecto dijo en **Génesis de la tragedia** (1872):

Sófocles comprendió al personaje más miserable del escenario griego, el infortunado Edipo, que está destinado al error y la miseria y será quien eventualmente, mediante su terrible sufrimiento, esparza un poder mágico de bendición que permanecerá activo aun después de su muerte. El ser humano noble no peca, nos quiere decir el poeta, aunque toda ley, todo orden natural y el universo de la moral perezcan a través de sus acciones; éstas también producen un círculo mágico de mayores efectos y que funda un nuevo mundo sobre las ruinas del viejo que ha sido destruido. (...) Si esta explicación hace justicia al poeta, se puede uno preguntar si agota el contenido del mito. Entonces parece evidente que la concepción total del poeta no es otra que proyectar esa imagen brillante de naturaleza dinámica, ante nosotros, después de mirar en el abismo. ¡Edipo, el asesino de su padre, el marido de su madre, el solucionador del enigma de la Esfinge! ¿Qué nos dice esta triada misteriosa de acontecimientos fatales?

El **Edipo Rey**, de Sófocles, como todas las grandes tragedias griegas, guardó un silencio milenario hasta su redescubrimiento durante el Renacimiento, mas la trama psicológica perduró en los romances populares de la Edad Media como en el de **Gaiferos**, del ciclo carlovingio, en donde también observaremos los elementos de abandono y muerte, venganza y regreso a la madre:

Estábase la condesa
en su estrado asentada,
tijericas de oro en mano:
su hijo afeitando estaba.
Palabras le está diciendo,
palabras de gran pesar:
Las palabras eran tales
que al niño hacen llorar.
—Dios te dé barbas en rostro,
y te haga barragán;
déte Dios ventura en armas,
como al paladín Roldán,

porque vengases, mi hijo,
la muerte de vuestro padre:
matáronlo a traición
por casar con vuestra madre.
Ricas bodas me hicieron
en las cuales Dios no ha parte;
ricos paños me cortaron,
la reina no los ha tales.—
Magüera pequeño, el niño
bien entendido lo ha.
Allí respondió Gaíferos,
bien oiréis lo que dirá:
—Así ruego a Dios del cielo
y a Santa María su Madre.—
Oídolo había el conde
en los palacios do está:
—¡Calles, calles, la condesa,
boca mala sin verdad!;
que yo no matara al conde,
ni lo hiciera matar;
mas tus palabras, condesa,
el niño las pagará.—
Mandó llamar escuderos,
criados son de su padre,
para que lleven al niño,
que lo lleven a matar.
La muerte que él les dijera
mancilla es de la escuchar:
—Córtenle el pie del estribo,
la mano del gavlán,
sáquenle ambos los ojos
por más seguro andar;
y el dedo, y el corazón,
traédmelos por señal.—
Ya lo llevan a Gaíferos,
ya lo llevan a matar;
hablaban los escuderos
con mancilla que dél han:
—¡Oh, válasme Dios del cielo
y Santa María su madre!,
si este niño matamos
¿qué galardón nos darán?—
Ellos en aquesto estando,
no sabiendo qué harán,
vieron venir una perrita

de la condesa su madre.
Allí habló el uno de ellos,
bien oiréis lo que dirá:
—Matemos esta perrita
por nuestra seguridad,
saquémosle el corazón
y llevémoslo a Galván,
cortémosle el dedo al chico
por llevar mejor señal.—
Ya tomaban a Gaiferos,
para el dedo le cortar:
—Venid acá vos, Gaiferos,
y querédnos escuchar;
vos íos de aquesta tierra
y en ella no parezcáis más.—
Ya le daban entre señas
el camino que hará:
—Irvos heis de tierra en tierra
a do vuestro tío está.—
Gaiferos, desconsolado,
por ese mundo se va;
los escuderos se volvieron
para do estaba Galván.
Danle el dedo, y el corazón
y dicen que muerto lo han.
La condesa que esto oyera
empezara gritos dar:
lloraba de los sus ojos
que quería reventar.
Dejemos a la condesa,
que muy grande llanto hace,
y digamos de Gaiferos,
del camino por do va,
que de día ni de noche
no hace sino caminar,
fasta que llegó a la tierra
adonde su tío está.
Dícele de esta manera,
y empezólo de hablar:
—Manténgaos Dios, el mio tío.—
—Mi sobrino, bien vengáis.
¿Qué buena venida es esta?,
vos me la queráis contar.—
—La venida que yo vengo
triste es y con pesar,

que Galván con grande enojo
mandado me había matar;
mas lo que vos ruego, mi tío,
y lo que vos vengo a rogar,
vamos a vengar la muerte
de vuestro hermano, mi padre:
matáronlo a traición
por casar con la mi madre.—
—Sosegaos, el mi sobrino,
vos queráis asosegar,
que la muerte de mi hermano
bien la iremos a vengar.—
Y ellos así estuvieron
dos años y aun más,
fasta que dijo Gaiferos
y empezara de hablar.

Es posible que el romance de Gaiferos esté influido también por el saga escandinavo en que se basó Saxo Grammaticus (1140-1206), para escribir **Historia dánica**, la que a su vez inspiró la adaptación francesa del señor Belleforest. La obra de Sajón el Letrado la resumió Madariaga en su ensayo de interpretación **El Hamlet de Shakespeare**:

Los dos hermanos Horwendil y Feng habían heredado conjuntamente de su padre, Gerwendil, el gobierno de Jutlandia. Horwendil se casa con Gerutha, hija del rey Rorick, y de este enlace es fruto Amleth. Por envidia, Feng asesina a su hermano y se casa con la viuda. Amleth se refugia en una especie de estupidez fingida; va descuidado y sin aseo, no contesta, y se conduce con incoherencia; se dedica a tallar ganchos de madera, con puntas de metal, y explica a los palaciegos que son armas para vengar a su padre. Para sondearlo, los cortesanos se valen de su hermana de leche; pero ésta le advierte, con ciertas señales, que lo están observando, y Amleth se lleva a la moza a un lugar apartado, la goza y le impone silencio; aunque él después no se recata de contar lo sucedido. Un amigo de Feng propone entonces que vaya Amleth a ver a su madre a solas, mientras alguien oculto en la estancia escucha-

rá lo que dice. El propio consejero se oculta bajo un haz de paja; pero Amleth, sospechando la estratagema, se pone a saltar sobre la paja, descubre al hombre oculto, desenvaina y da una estocada al indiscreto; lo saca a rastras, **lo descuartiza, lo cuece en agua hirviendo y lo echa por la alcantarilla a los cerdos**; y después vuelve a su madre y le dirige un discurso en que ya figuran casi todos los elementos de la famosa escena shakespeareana: la acusación de incesto y la simulación de locura.

Vuelve Feng de su fingida ausencia y pregunta a todos dónde está el consejero. Amleth contesta que se ha ido a la alcantarilla, se ha caído y se ha hundido en la basura donde se lo han comido los cerdos. Convenido de que la estupidez de Amleth no es sino máscara de astucia, Feng decide deshacerse de él; pero por temor a su abuelo Rorick y a su madre, lo manda a Inglaterra con dos cortesanos que llevan una carta grabada en madera mandando al Rey de Inglaterra dé muerte a su sobrino. Amleth descubre la carta, borra los caracteres y escribe otros, con firma falsa del Rey, mandando dar muerte a los otros dos y encareciendo al Rey de Inglaterra diese su hija en matrimonio al "prudentísimo joven" que Feng le mandaba. Después de aventuras fantásticas que ya se apartan de la obra de Shakespeare, Amleth vuelve a Dinamarca y venga a su padre.

Podría ser, como alude Madariaga, que Shakespeare haya desarrollado la trama de la tragedia de Hamlet, inspirado en el plagio de Belleforest. También Sófocles se basó en un pasaje de **La Odisea**, según observó José María Garibay. Más debemos de admitir que ambos dramaturgos bien pudieron haber tenido predilección por la trama debido a sus muy personales compulsiones psicológicas, que acaso coincidían con las de sus personajes. Se cree que el inglés casó con una mujer mucho mayor que él. El factor edípico de la tragedia de Hamlet lo vislumbró Freud, y lo expuso en una carta que le envió a Fliess el 15 de octubre de 1897:

Si el análisis cumple lo que de él espero, lo elaboraré sistemáticamente y te expondré todos los resultados. Hasta ahora no he hallado nada totalmente nuevo, sino sólo aquellas complicaciones a las que ya estoy acostumbrado. No es, por cierto, un asunto fácil. Ser absolutamente sincero consigo mismo es un buen ejercicio. Se me ha ocurrido sólo una idea de valor general. **También en mí comprobé el amor por la madre y los celos contra el padre**, al punto que los considero ahora como un fenómeno general de la temprana infancia, aunque no siempre ocurren tan prematuramente como en aquellos niños que han sido hechos histéricos. (Similitud con la "novela genealógica" de la paranoia: héroes, fundadores de religiones.) Si es así, se comprende perfectamente el apasionante hechizo del **Edipo rey**, a pesar de todas las objeciones racionales contra la idea del destino inexorable que el asunto presupone, y entonces también podríamos comprender por qué todos los dramas ulteriores de ese género estuvieron condenados a tan lamentable fracaso. Es que todos nuestros sentimientos se rebelan contra un destino individual arbitrariamente impuesto, como el que se presenta en la **Ahnfrau** y en otras obras similares; pero el mito griego retoma una compulsión del destino que todos respetamos porque percibimos su existencia en nosotros mismos. **Cada uno de los espectadores fue una vez, en germen y en su fantasía, un Edipo semejante, y ante la realización onírica trasladada aquí a la realidad, todos retrocedemos horrorizados, dominados por el pleno impacto de toda la represión que separa nuestro estado infantil de nuestro estado actual.**

Se me ha ocurrido fugazmente que esto mismo podría ser el fundamento de **Hamlet**. No me refiero a las intenciones conscientes de Shakespeare, sino que prefiero suponer que fue un suceso real el que lo impulsó a la presentación de su tema, merced a que su propio inconsciente comprendía el inconsciente de su protagonista. ¿Cómo explicaría el histérico Hamlet su frase:

“Así la conciencia nos hace a todos cobardes”? ¿Cómo explicaría su vacilación en matar al tío para vengar al padre, cuando él mismo no ha tenido el menor reparo en mandar sus cortesanos a la muerte y en asesinar tan ligeramente a Laertes? ¿Cómo explicarlo mejor, sino por el tormento que en él despierta el oscuro recuerdo de que él mismo meditó idéntico crimen contra el padre, impulsado por su pasión hacia la madre?: “Y si hemos de ser tratados de acuerdo con nuestros méritos, ¿quién escaparía de ser azotado?” Su conciencia moral no es sino su conciencia inconsciente de culpabilidad. **Su frialdad sexual al dirigirse a Ofelia**, su rechazo del instinto de engendrar hijos y, finalmente, su transferencia del acto cometido, de su padre al padre de Ofelia, ¿acaso no son rasgos típicamente histéricos? ¿Y no logra, por fin, acarrear su propio castigo de la misma peregrina manera que emplean mis histéricos, sufriendo idéntico destino que el padre, al ser envenenado por el mismo rival?

En **La interpretación de los sueños** (1900), Freud abundó sobre sus investigaciones de Hamlet:

Sobre base idéntica a la de **Edipo rey** se halla construida otra de las grandes creaciones trágicas: el **Hamlet** shakespeariano. Pero la distinta forma de tratar una misma materia nos muestra la diferencia espiritual de ambos periodos de civilización, tan distantes uno de otro, y el progreso que a través de los siglos va efectuando la represión en la vida espiritual de la Humanidad. En **Edipo rey** queda exteriorizada y realizada, como en el sueño, la infantil fantasía optativa, base de la tragedia. Por lo contrario, en **Hamlet permanece dicha fantasía reprimida, y sólo por los efectos coactivos que de ella emanan nos enteramos de su existencia, situación análoga a la de la neurosis**. La creación shakespeariana nos demuestra, de este modo, la singular posibilidad de obtener un arrollador efecto trágico, dejando

en plena oscuridad el carácter del protagonista. Vemos, desde luego, que la obra se halla basada en la vacilación de Hamlet en cumplir la venganza que le ha sido encomendada, pero el texto no nos revela los motivos o razones de tal indecisión, y las más diversas tentativas de interpretación no han conseguido aún indicárnoslos. Según la opinión hoy dominante, iniciada por Goethe, representa Hamlet aquel tipo de hombre cuya viva fuerza de acción queda paralizada por el exuberante desarrollo de la actividad intelectual. Según otros, ha intentado describir el poeta un carácter enfermizo, indeciso y marcado con el sello de la neurastenia. Pero la trama de la obra demuestra que Hamlet no debe ser considerado, en modo alguno, como una persona incapaz de toda acción. Dos veces le vemos obrar decididamente: una de ellas, con apasionado arrebato, cuando da muerte al espía oculto detrás del tapiz, y otra conforme a un plan reflexivo y hasta lleno de astucia, cuando con toda la indiferencia de los príncipes del Renacimiento envía a la muerte a los dos cortesanos que tenían la misión de conducirlo a ella. ¿Qué es, por tanto, lo que paraliza en la ejecución de la empresa que el espectro de su padre le ha encomendado? Precisamente el especial carácter de dicha misión. **Hamlet puede llevarlo todo a cabo, salvo la venganza contra el hombre que ha usurpado, en el trono y en el lecho conyugal, el puesto de su padre, o sea contra aquel que le muestra la realización de sus deseos infantiles.** El odio que había de impulsarlo a la venganza queda sustituido en él por reproches contra sí mismo y escrúpulos de conciencia que lo muestran incurso en los mismos delitos que está llamando a castigar en el rey Claudio. De estas consideraciones, con las que no hemos hecho sino traducir a lo consciente lo que en el alma del protagonista tiene que permanecer inconsciente, **deduciremos que lo que en Hamlet hemos de ver es un histérico, deducción que queda confirmada por su repulsión sexual, exteriorizada en su diálogo con Ofelia.** Esta repulsión sexual es

la misma que a partir del **Hamlet** va apoderándose, cada vez más por entero, del alma del poeta, hasta culminar en **Timón de Atenas. La vida anímica de Hamlet no es otra que la del propio Shakespeare.** De la obra de Jorge Brandés sobre este autor (1896), tomo el dato de que **Hamlet** fue escrito a raíz de la muerte del padre del poeta (1601); esto es, en medio del dolor que tal pérdida había de causar al hijo y, por tanto, de la revivificación de los sentimientos infantiles del mismo con respecto a su padre. Conocido es también que el hijo de Shakespeare, muerto en edad temprana, llevaba el nombre de **Hamnet** (idéntico al de Hamlet). Así como **Hamlet** trata de la relación del hijo con sus padres, **Macbeth**, escrito poco después, desarrolla el tema de la esterilidad. Del mismo modo que el sueño y en general todo síntoma neurótico es susceptible de una superinterpretación e incluso precisa de ella para su completa inteligencia, así también **toda verdadera creación poética debe de haber surgido de más de un motivo y un impulso en el alma del poeta**, y permitir, por tanto, más de una interpretación. Lo que aquí hemos intentado es, únicamente, la interpretación del más profundo estrato de sentimientos del alma del poeta creador.

Experimentó Freud una identificación tan poderosa con el **Hamlet** de Shakespeare, que la **catarsis** de Aristóteles, o sea, la limpieza, purificación o purgación de sus emociones a través del arte trágico, en él llegó a ser trascendental. Si a esto se le añade que su maestro Breuer descubrió el método, al que denominó catártico, para curar a sus pacientes histéricos mediante el recuerdo hipnótico hablado, podremos mejor comprender los elementos que engendraron a la ciencia psicoanalítica: Dionisio y Sócrates, en su eterna polémica, son los padres de esta ciencia. En **Tres ensayos sobre la teoría de la sexualidad** (1905), en una nota al capítulo **La metamorfosis de la pubertad**, declaró Freud:

Puede afirmarse que el complejo de Edipo es el complejo nodular de las neurosis y constituye el elemento esencial del contenido de estas enfermedades. Llega en él a su punto culminante la sexualidad infantil, que tan decisiva influencia habrá de ejercer sobre la sexualidad del adulto. Todo ser humano halla ante sí la labor de dominar al complejo de Edipo, y si no lo logra, sucumbirá a la neurosis. El psicoanálisis va fijando cada día más decisivamente esta importancia del complejo de Edipo, y su aceptación o repulsa es lo que más precisamente define a sus partidarios o adversarios.

¿Quiso Freud decir que los escritores, poetas y estetas en general resuelven difícilmente las actitudes derivadas de su complejo edípico, al declarar que Shakespeare fue un histérico misógino?

En su ensayo **Siete paradojas del Hamlet de Shakespeare** (1957), Bergler (1899-1962) estudió la obra desde el ángulo oral, continuando así con las observaciones que Freud había efectuado en la última década de su existencia:

¿Cuál es el verdadero crimen interno de Hamlet?

La respuesta a esta pregunta eliminará unas cuantas de las paradojas enumeradas antes: la discrepancia entre las fantasías edipales y la autodestrucción; la razón y la técnica de autodestrucción; la acusación de que la mujer es el principal malhechor; la técnica divisoria en la ambivalencia.

A mí me parece que el crimen de fantasías edipales de Hamlet, elucidado tan brillantemente por Freud, no es sino una cubierta que deja en la obscuridad a un conflicto más profundo y anterior al de Edipo. Freud escribió su opinión en la época en que estaba todavía explorando los niveles más superficiales del inconsciente; en años posteriores llegó al nivel más profundo. Esto es lo inverso del desarrollo normal del niño, que no se inicia en el ápice sino en la base de la pirámide psíquica. En 1931, Freud mismo descubrió a los precurso-

res del complejo triangular de Edipo: la dualidad de madre e hijo. Freud llamó a esto "la fase preedipal".

Esta fase se caracteriza por falsos conceptos, temores y proyecciones. El niño imputa a su madre objetivamente benévola todas las intenciones siniestras posibles, sin darse cuenta del hecho de que se moriría de hambre o por exposición sin el cuidado amoroso materno. Parapetado tras su desconocimiento de los hechos objetivos, viviendo emocionalmente sobre la base de su ilusión de omnipotencia y poder mágico, el niño proyecta partes de su propia agresividad inexpressable (la porción que no se absorbe por la formación del **superyó**) sobre su madre inocente. Como resultado de ello, queda atrapado en un conflicto severo de ambivalencia. Los fuertes temores son contrarrestados por el descubrimiento tardío de que la madre es "también" buena. Freud sospechaba que esta ambivalencia dolorosa proporcionaba el ímpetu que impulsa al niño a la fase edipal. En esta nueva etapa (tomando al niño como ejemplo), la parte emocional positiva de la actitud ambivalente del niño se atribuye a la madre, a la que se ama, mientras que la parte negativa va dirigida al padre, el "mal" competidor, al que se odia.

Mi propia opinión es que el proceso no se detiene allí. El complejo de Edipo representa un **punto de rescate** de los intolerables temores centrados sobre la madre de la primera infancia. Al tomar fuerza prestada por medio de su identificación con el padre, el niño —en una repetición activa de una experiencia sufrida pasivamente— invierte completamente los papeles. Ve entonces en su madre una imagen de su propio **yo** indefenso, transformando así al padre (¡incluso en la identificación con él!) en el supuesto torturador. El resto de la historia es más conocido. **La nueva visión del padre como el "torturador" sólo conduce a nuevos temores de represalias ("miedo a la castración")**. Al cabo de unos pocos años de intentar hacer frente a los

temores y acabar con todos ellos, la fantasía edipal sucumbe también cuando el niño tiene cuatro o cinco años de edad. Como resultado de ello, el apego a la madre se hace desexualizado; lo que queda es afecto filial. Del mismo modo, la actitud hacia el padre cambia. La agresividad es eliminada, dejando lugar a la camaradería y **al deseo de ser "amigo" del padre.**

Es en el primer nivel de desarrollo, antes de que aparezca la fase edipal, cuando el niño establece las bases para el más peligroso y difundido de todos los mecanismos de defensa: el masoquismo psíquico.

Estas consideraciones explican algunas de las paradojas que existen en **Hamlet**. Ahora podemos comprender por qué Hamlet ve en las mujeres a los principales malhechores; una de sus primeras reacciones a la revelación del fantasma es la exclamación: "¡Oh, la muy perniciosa mujer!" Quizá sea pertinente, puesto que no nos estamos ocupando de Hamlet como personaje independiente sino como una creación del autor, citar otro párrafo de Shakespeare: en **Twelfth Night** (La duodécima noche, acto I, escena V, línea 259), descubrimos las palabras: "Señora, es usted la mujer más cruel de cuantas viven." Puede ser que esa actitud antifemenina explique incluso la versión oficial de la muerte del padre de Hamlet. Supuestamente, una serpiente lo muerde mientras duerme. La serpiente del Jardín del Edén está asociada emocionalmente con las hijas de Eva.

Madariaga, en su obra citada, planteó el enigma de la tragedia desde el ángulo del egocentrismo del personaje. ¿Pero es que existe algún héroe que no sea egocéntrico? Veamos este pasaje del ensayo crítico en donde el autor se cuestiona el rechazo sexual y la agresión verbal de Hamlet hacia Ofelia:

La crítica ortodoxa no ha sido capaz, hasta ahora, de poner en pie una explicación coherente del problema Hamlet-Ofelia. Los críticos manifiestan sorpresa, incer-

tidumbre, dolor, desencanto; nos ofrecen, en suma, copia de sentimientos; pero ideas, poquíssimas que aguanten los hechos. Cuando, por lo tanto, nos aprestamos a construir nuestra propia interpretación de este problema, coherente no sólo en sí, sino también con el texto de Shakespeare, así como con todo lo que ya hemos establecido sobre el carácter de Hamlet, no es por un prurito de buscarle los tres pies al gato, o de mejorarles la plana a predecesores que la hayan hecho ya buena; sino porque está vacío y libre todavía el terreno y no existe hasta hoy esa interpretación. **Esta cuestión, una de las de más hondo interés en la tragedia de más hondo interés que tiene Europa, está todavía por resolverse.**

Uno de los más célebres pasajes históricos que versan sobre el fenómeno "psicosomático", o sea sobre la influencia de los trastornos psíquicos sobre la salud corporal, también es de gran interés desde el ángulo edípico y oral. Se trata del amor que Antíoco sufrió por su madrastra. En la **Vida de Demetrio** (337-283), Plutarco narró el asunto:

Porque sucedió, según es fama, que Antíoco se enamoró de Estratónica, que era joven, mas tenía ya un hijo de Seleuco, por lo que Antíoco vivía en la mayor aflicción y congoja, luchando con el mayor esfuerzo contra esta pasión; tanto, que considerando lo desordenado de sus deseos y lo insufrible de su mal, andaba meditando el modo de librarse de la vida, y pensó salir de ella poco a poco con no cuidarse de remedios, y con acortar la comida, fingiendo en tanto que se hallaba enfermo. El médico Erasístrato comprendió sin dificultad que Antíoco estaba enamorado; pero deseando descubrir de quién, lo que no era tan fácil, se quedó a habitar en la cámara de él, y si entraba algún mancebo o alguna joven de agraciada figura, miraba a Antíoco al rostro, y lo observaba en los miembros y movimientos del cuerpo que naturalmente son afectados cuando

el ánimo sufre una vehemente impresión. Viendo, pues, que cuando entraban los demás ninguna novedad se veía en Antíoco, y que cuando entraba Estratónica, que iba muchas veces, o sola o acompañada de Seleuco, se notaban en él todas aquellas señales de Safo: apocamiento de la voz, encendimiento del color, caimiento de los ojos, repentinos sudores, alteración e intercadencia del pulso, y finalmente que tenía desmayos, dudas, temores, y poco a poco se iba quedando pálido, conjeturó Erasítrato por todos estos indicios, que el hijo del rey no estaba enamorado de otra sino de Estratónica, y que había hecho ánimo de callarlo hasta morir.

Miraba por tanto como muy expuesto el manifestar y referir estas observaciones; mas fiado, sin embargo, en el grande amor de Seleuco a su hijo, aun se resolvió un día a decirle que aquel joven estaba enfermo de amores, pero de amores, imposibles e insanables. Admirado el rey al oírlo: “¿Cómo insanables?”, repuso. —“Porque está enamorado de mi mujer”, le respondió entonces Erasítrato; a lo que continuó Seleuco: “¿Pues cómo no cederías, oh Erasítrato, a mi hijo este casamiento, siendo tan su amigo, mayormente viendo hasta qué punto nos tiene a todos sin sosiego?” —“Porque ni tú con ser su padre”, le replicó Erasítrato, “tendrías semejante condescendencia, si sus deseos se dirigieran a Estratónica”, y entonces dijo Seleuco: “¡Ojalá entre los dioses o los hombres hubiera, amigo mío, quien pudiera hacer repentinamente esta mudanza en la enfermedad!, que yo tendría a dicha hasta ceder el reino por ver recobrado a mi hijo.” Pronunció Seleuco estas palabras con grande agitación y derramando lágrimas, y Erasítrato, tomándole la diestra, dijo: “Todo está remediado, porque siendo padre, marido y rey, serás también el mejor médico de tu casa.” En consecuencia de esto, convocando Seleuco al pueblo a junta general, le dijo ser su voluntad y tener determinado declarar rey de todas las provincias altas a Antíoco, y reina a Estratónica, enlazándose ambos en matrimonio, y que en

cuanto a su hijo, creía que habiendo sido siempre sumiso y obediente, no se opondría a este casamiento; mas que si la esposa tuviese alguna dificultad por ser cosa desusada, se llamase a las personas más de su confianza para que la instruyesen y persuadiesen que debía reputar por bueno y justo lo que el rey resolvía para el bien común. Tal se dice haber sido la ocasión y el motivo del matrimonio de Antíoco y Estratónica.

En la siguiente jarcha o canción hispano-semita, podemos advertir que el complejo de Edipo abarca no sólo el amor del hijo hacia su madre sino viceversa:

Por amores lo maldijo
la mala madre al buen hijo.
—¡Si pluguiese a Dios del cielo
y a su madre, Santa María,
que no fueses tú mi hijo,
porque yo fuese tu amiga!—
Esto dijo y lo maldijo
la mala madre al buen hijo.
Por amores lo maldijo
la mala madre al buen hijo.

Lope de Vega (1562-1635), en su romancero espiritual **A la despedida de Cristo, nuestro bien, de su madre espiritual**, proyectó su propio complejo:

Los dos más dulces esposos,
los dos más tiernos amantes,
los mejores madre e hijo,
porque son Cristo y su Madre,
tiernamente se despiden,
tanto, que sólo en mirarse
parece que entre los dos
se están repartiendo el cáliz.

Marcelino Menéndez y Pelayo (1856-1912), en **Antología de poetas líricos castellanos** dijo lo siguiente del romance de Delgadina:

A pesar de lo brutal y repugnante de su argumento,

o quizá por esto mismo, puesto que la casta musa popular (que casta es a su manera) no suele reparar en tales melindres, el romance de **Delgadina es uno de los más populares en España**, hasta el punto de que apenas hay región donde no se encuentre.

Veamos una de las versiones asturianas de este romance, en la que, como en todas las demás, el juglar le achacó los deseos incestuosos al padre. Seguramente han sido las mujeres las que lo han mantenido vivo a través de la tradición oral:

El buen rey tenía una hija:
Delgadina se llamaba.
—Delgadina, Delgadina,
tú has de ser mi enamorada.—
—No lo quiera Dios del cielo
ni la Virgen soberana;
que yo enamorada fuera
de un padre que me engendrara.—
El buen rey que aquello oyó
'n un aposento la cierra
donde no ve sol ni luna,
sino por una ventana;
cuando pide de comer,
le dan cecina salada;
cuando pide de beber,
le dan zumo de naranja;
tanta es la sede que tiene
que se asomó a una ventana
y vio venir a su padre;
por la calle se paseaba.
—Mi padre, por ser mi padre,
apúrrame una sed d'agua.—
—Yo dártela sí, por cierto,
si haces lo que te mandaba.—
—No lo quiera Dios del cielo
ni la Virgen soberana,
que yo enamorada fuera
de un padre que me engendrara.—
Tanta es la sed que tiene,
que asómase a la ventana,
bien vira vir a su madre
de lavar la fina plata.

—Mi madre, por ser mi madre,
 apúrrame una sed d'agua.—
 —Quita d'ahí, perra traidora,
 quita d'ahí, perra malvada,
 que va para siete años
 que por ti soy mal casada.—
 Tanta es la sede que tiene,
 que asomóse a la ventana:
 vira vir a sus hermanas
 de lavar a la colada.
 —Hermanas, por ser hermanas,
 apurriime una sed d'agua.--
 —No te la podemos dar,
 porque madre nos mataba.—
 Tanta es la sede que tiene,
 se asomara a la ventana:
 vira estar a sus hermanos
 labrando trigo y cebada.
 —Hermanos, por ser hermanos,
 apurriime una sed d'agua.—
 —Arriba pajes del Rey,
 arriba con jarros de agua.—
 Cuando col'agua llegaron
 Delgadina ya finara.
 Las campanas del paraíso
 ellas de sou se tocaban,
 por l'alma de Delgadina
 que a los cielos caminaba;
 el alma del rey su padre,
 pa los infiernos bajara.

La excepción a la regla la encontré en la versión andaluza de este romance. Aquí veremos el complejo edípico sin disfraz alguno:

Tenía una vez un rey
 tres hijas como una plata;
 la más chica de las tres,
 Delgadina se llamaba.
 Un día, estando comiendo,
 dijo al rey que la miraba:
 —Delgada estoy, padre mío
 porque estoy enamorada.—
 —Venid, corred, mis criados,
 a Delgadina encerradla:

si os pidiese de comer,
dadle la carne salada;
y si os pide de beber,
dadle la hiel de retama.—
Y la encerraron al punto
en una torre muy alta.

Plutarco citó un caso edípico y oral en la **Vida de Cicerón**, que quizá represente la proyección reprimida de algún calumniador:

Tenían éstos por corifeo a Lucio Catilina, **hombre osado, resuelto y de sagaz y astuto ingenio**; el cual, además de otros muchos y muy graves crímenes, era inculcado entonces de **vivir incestuosamente con su hija**, de haber dado muerte a un hermano y de que por temor de que sobre este hecho atroz se le formara causa, había alcanzado de Sila que al victimado incluyera en las listas de los proscriptos condenados a muerte, como si todavía viviese. Tomando, pues, a Catilina por caudillo toda la gente perdida, se dieron mutuamente muchas seguridades, siendo una de ellas **la de haber sacrificado a un hombre y haber comido de sus carnes**.

Alfonsina Storni (1892-1938) plasmó su complejo edípico, el cual asoció a dos símbolos orales del pezón materno: la serpiente y el pájaro, en su poema **De mi padre se cuenta**:

De mi padre se cuenta que de caza partía,
Cuando rayaba el alba, seguido de su galgo,
Y en el largo camino, por divertirse en algo,
lo miraba a los ojos, y su perro gemía.

Que andaba por las selvas, buscando una serpiente
Procaz, y al encontrarla, sobre la cola erguida,
Al asalto dispuesta, de un balazo insolente
Se gozaba en dejarle la cabeza partida.

Seguro llevaba el paso,
Listo el plomo, el corazón
Repicando, la cabeza
Erguida, y dulce la voz.

Bajo el oro de la tarde
Tanto el cazador cazó,
Que finas lágrimas rojas
Se puso a llorar el sol...

Cuando volvía, cantando
Suavemente, a media voz,
Desde un árbol, enroscada,
Una serpiente lo vio.

Iba a vengar a las aves,
Mas, tremendo, el cazador,
Con hoja de firme acero
La cabeza le cortó.

Pero, aguardándolo estaba
A muy pocos pasos, yo...
Lo até con mi cabellera
Y dominé su furor.

Ya maniatado, le dije:
—Pájaros matasteis vos,
Y voy a tomar venganza;
Ahora que mío sois...

Mas no lo maté con armas,
Busqué una muerte peor:
Lo besé tan dulcemente
¡Que le partí el corazón!

Envío.

Cazador: si vas de caza
Por los montes del Señor,
Teme que a los pájaros venguen
Hondas heridas de amor.

En el capítulo VIII intitulado **Un ejemplo de la labor psicoanalítica**, de su libro **Esquema del psicoanálisis** (1940), habló Freud del complejo de Edipo femenino:

No obstante, más de un siglo antes de surgir el psicoanálisis, el filósofo francés Diderot confirmó la importancia del complejo de Edipo, al expresar en los siguientes términos la diferencia entre prehistoria y

cultura: "Si el pequeño salvaje quedase abandonado a sí mismo, de manera que conservase toda su imbecilidad y que a la escasa razón del niño de pecho uniera las violentas pasiones de un hombre de treinta años, le retorcería el cuello a su padre y se acostaría con su madre." **Me atrevo a declarar que si el psicoanálisis no tuviese otro mérito que la revelación del complejo de Edipo reprimido, esto solo bastaría para hacerlo acreedor a contarse entre las conquistas más valiosas de la humanidad.**

En la niña pequeña los efectos del complejo de castración son más uniformes, pero no menos decisivos. Naturalmente, la niña no tiene motivo para temer que perderá el pene, pero debe reaccionar frente al hecho de que no lo tiene. Desde el principio envidia al varón por el órgano que posee, y podemos afirmar que toda su evolución se desarrolla bajo el signo de la envidia fálica. Comienza por hacer infructuosas tentativas de imitar al varón y más tarde trata de compensar su defecto con esfuerzos de mayor éxito, que por fin pueden conducirla a la actitud femenina normal. Si en la fase fálica trata de procurarse placer como el varón, mediante la estimulación manual de los genitales, no logra a menudo una satisfacción suficiente y extiende su juicio de inferioridad, de su pene rudimentario a toda su persona. Por lo común, abandona pronto la masturbación porque no quiere que ésta le recuerde la superioridad del hermano o del compañero de juegos, y se aparta de toda forma de sexualidad.

Si la niña persiste en su primer deseo de convertirse en un varón, terminará en caso extremo como homosexual manifiesta, y en todo caso expresará en su conducta ulterior rasgos claramente masculinos, eligiendo una profesión varonil o algo por el estilo. El otro camino lleva al abandono de la madre amada, a quien la hija, bajo el influjo de la envidia fálica, **no puede perdonar el que la haya traído al mundo tan insuficientemente dotada.** En medio de este resentimiento aban-

dona a la madre y la sustituye, en calidad de objeto amoroso, por otra persona: por el padre. **Cuando se ha perdido un objeto amoroso, la reacción más obvia consiste en identificarse con él, como si se quisiera recuperarlo desde dentro por medio de la identificación.** La niña pequeña aprovecha este mecanismo y la vinculación con la madre cede la plaza a la identificación con la madre. La hijita se coloca en el lugar de la madre, como por otra parte siempre lo hizo en sus juegos; quiere suplantarla ante el padre, y odia ahora a la madre que antes amara, aprovechando una doble motivación: la odia tanto por celos como por el rencor que le guarda debido a su falta de pene. Al principio, su nueva relación con el padre puede tener por contenido el deseo de disponer de su pene, pero pronto culmina en otro **deseo: de que el padre le regale un hijo.** De tal manera, el deseo del hijo ocupa el lugar del deseo fálico, o al menos se desdobra de éste.

Es interesante que la relación entre los complejos de Edipo y de castración se presente en la mujer de manera tan distinta y aun antagónica a la que adopta en el hombre. Como sabemos, en éste la amenaza de castración pone fin al complejo de Edipo; en la mujer nos enteramos de que, por el contrario, el efecto de la falta de pene la impulsa hacia su complejo de Edipo. La mujer no sufre gran perjuicio si permanece en su actitud edípica femenina, para la cual se ha propuesto el nombre de "complejo de Electra". En tal caso elegirá a su marido de acuerdo con las características paternas y estará dispuesta a reconocer su autoridad. **Su anhelo de poseer un pene, anhelo en realidad inextinguible, puede llegar a satisfacerse si logra completar el amor al órgano, convirtiéndolo en amor al portador del mismo, tal como lo hizo antes, al progresar del pecho materno a la persona de la madre.**

El marqués de Sade (1740-1814), en su novela corta **Florville y Courval, o el Destino**, que fue compilada en 1800

con otras diez en el libro **Crímenes de pasión**, desarrolló una trama que encaja a la perfección con el complejo de Edipo femenino. Florville, mujer que fue abandonada en su tierna infancia y que, sin sospecharlo, llegó a copular con su hermano y matar al hijo que engendraron, cuando éste, tiempo después, trató de seducirla sin saber que era su madre; a ser testigo de cargo de un crimen que cometió su progenitora, y por el cual ésta fue sentenciada a muerte; y por último, a ser la joven esposa de su anciano padre. Estas fueron sus últimas palabras antes de suicidarse:

¿Puedes creer ahora que en el mundo exista una criminal más execrable que la desventurada Florville? Mírame, Seneval. Mira a tu hermana, la persona que te sedujo en Nancy, la que asesinó a tu hijo, la esposa de tu padre y la detestable criatura que llevó a tu madre al cadalso. Sí, esos son mis crímenes. No importa a quién de ustedes contemple, los veo como un objeto de horror. Ya sea que vea a mi amante en mi hermano o a mi marido en mi padre. Y si me observo, sólo veo al monstruo abominable que apuñaló a su propio hijo y fue causa de la muerte de su madre.

La mujer histérica no puede resolver su complejo edípico, debido a una fijación regresiva a la fase oral. Inconscientemente está adaptada a la idea de ser rechazada y muerta por su madre, y desarrolla una defensa compulsiva contra tal adaptación, como diciendo: "No deseo ser rechazada y muerta por el pezón materno, al contrario; mi hermano y mi padre poseen un pezón-pene que no hace daño." En **El tabú de la virginidad** (1918), consignó Freud sus experiencias clínicas al respecto:

En cambio, existe aun otro factor, basado en la historia evolutiva de la libido, que nos parece presentar máxima importancia. La investigación analítica nos ha descubierto la regularidad de las primeras fijaciones de la libido y su extraordinaria intensidad. **Trátase aquí**

de deseos sexuales infantiles tenazmente conservados, y en la mujer, por lo general, de una fijación de la libido al padre o a un hermano, sucedáneo de aquel, deseos orientados, con gran frecuencia, hacia fines distintos del coito o que sólo lo integran como fin vagamente reconocido. **El marido es siempre, por decirlo así, un sustituto.** En el amor de la mujer, el primer puesto lo ocupa siempre alguien que no es el marido; en los casos típicos, el padre, y el marido, a lo más, el segundo. De la intensidad y del arraigo de esta fijación depende que el sustituto sea o no rechazado como insatisfactorio.

En **Sobre la sexualidad femenina** (1931), Freud relacionó definitivamente el gozo inconsciente en el rechazo oral, al complejo edípico. Advirtamos que en la tragedia de **Edipo rey** el niño es abandonado por los padres. En el romance de **Gaiferos** el infante es arrancado de la vera de la madre y enviado a la muerte por su padrastro. En el romance de **Delgadina** se observa claramente el gozo en la muerte por hambre y sed. En el **Hamlet** de Shakespeare notó Freud en el héroe "su repulsión sexual exteriorizada en su diálogo con Ofelia", o sea lo que de acuerdo con la teoría berglerista no es más que una defensa contra su adaptación inconsciente al rechazo materno, reconfirmada por el casamiento prematuro de su madre. **Florville**, la proyección femenina del marqués de Sade, fue también abandonada por sus padres, al nacer. Oigamos a Freud:

Como quiera que sea, al final de esa primera fase de vinculación a la madre, emerge, como motivo más poderoso para apartarse de ella, el reproche de no haberle dado a la niña un órgano genital completo: es decir, el de haberla traído al mundo como mujer. **Un segundo reproche**, que no arranca tan atrás en el tiempo, resulta un tanto sorprendente: **es el de que la madre no le ha dado a la niña suficiente leche, el de que no la amamantó bastante.** En nuestras modernas condiciones culturales esto suele ser muy cierto; pero seguramente

no lo es tan a menudo como se sostiene en el curso de los análisis. Parecería más bien que dicha acusación expresara la insatisfacción general de los niños que, bajo las condiciones culturales de la monogamia, son destetados al cabo de seis a nueve meses, mientras que la madre primitiva se dedicaba exclusivamente a su hijo durante dos a tres años. Sucede como si nuestros hijos hubiesen quedado para siempre insatisfechos, como si nunca hubiesen sido lactados suficientemente. No estoy seguro, sin embargo, de que analizando a niños que han sido **amamantados tan prolongadamente como los de los pueblos primitivos, no nos encontráramos también con idéntica queja: tan inmensa es la codicia de la libido infantil.** Aun si repasamos toda la serie de motivaciones que el análisis ha revelado para el desprendimiento de la madre —que descuidó proveer a la niña con el único órgano genital adecuado, que no la nutrió suficientemente, que la obligó a compartir con otros el amor materno, que nunca llegó a cumplir todas las demandas amorosas; finalmente, que primero estimuló la propia actividad sexual de la hija, para prohibirla luego—, aun entonces nos parecen insuficientes para justificar la hostilidad resultante. (...)

La sorprendente actividad sexual de la niña en relación con su madre se manifiesta, en sucesión cronológica, a través de impulsos orales, sádicos y finalmente también fálicos, dirigidos a la madre. Es difícil precisar aquí los detalles respectivos, pues se trata a menudo de oscuros impulsos que el niño no pudo captar psíquicamente en el momento de ocurrir, que por ello debieron experimentar una interpretación ulterior, y que se expresan en el análisis en formas que no son, por cierto, las que tuvieron originalmente. En ocasiones los hallamos transferidos al ulterior objeto paterno, al cual no pertenecen y en el que dificultan sensiblemente nuestro entendimiento de toda situación. Los deseos agresivos orales y sádicos se manifiestan en la forma que les fue impuesta por la represión precoz, es

decir, en el **temor a la muerte por la madre**, un temor que, si ingresa en la consciencia, justifica a su vez los propios deseos de muerte contra la madre. Sería imposible establecer con qué frecuencia dicho miedo a la madre se funda en una hostilidad inconsciente de ésta, adivinada por el hijo o la hija. (El miedo de ser devorado hasta ahora lo hallé sólo en hombres, referido al padre; pero probablemente sea el **producto de transformación de la agresión oral dirigida contra la madre**. La persona que el niño quiere devorar es la madre, que lo ha nutrido; en el caso del padre, falta esta motivación obvia de tal deseo.) (...)

Al considerar los impulsos pasivos de la fase fálica, destaca el hecho de que la niña incrimina siempre a la madre como seductora, por haber percibido forzosamente sus primeras sensaciones genitales, o en todo caso las más poderosas, mientras era sometida a la limpieza o a los cuidados corporales por la madre o por las niñeras que la representaban. Muchas madres me han contado que sus pequeñas hijas de dos o tres años gozaban de estas sensaciones e incitaban a la madre a exacerbarlas con toques o fricciones repetidos. Creo que el hecho de que la madre sea la que inevitablemente inicia a la niña en la fase fálica, es el motivo de que en las fantasías de sus años ulteriores el **padre aparezca tan regularmente como seductor sexual**. Al apartarse de la madre, la niña también transfiere al padre la responsabilidad de haberla iniciado en la vida sexual.

¿Quién podrá negar la existencia del complejo edípico, si la primera relación oral-sexual del ser humano la verifica con su madre o sustituto materno? En **Esquema del psicoanálisis** (1940), dejó Freud completamente descrita la base en que se funda el complejo de Edipo:

El primer objeto erótico del niño es el pecho materno que lo nutre; el amor aparece en dependencia con la satisfacción de las necesidades nutricias. Al principio,

el pecho seguramente no es discernido del propio cuerpo, y cuando debe ser separado de éste, desplazado hacia "afuera" por sustraerse tan frecuentemente al anhelo del niño, se lleva consigo, en calidad de "objeto", una parte de la catexis libidinal originalmente narcisista. Este primer objeto se completa más tarde hasta formar la persona total de la madre, que no sólo alimenta, sino también cuida al niño y le despierta muchas otras sensaciones corporales, tanto placenteras como displacientes. **En el curso de la puericultura la madre se convierte en primera seductora del niño**. En estas dos relaciones arraiga la singular, incomparable y definitivamente establecida importancia de la madre como primero y más poderoso objeto sexual, como prototipo de todas las vinculaciones amorosas ulteriores, tanto en uno como en el otro sexo. Al respecto, **las disposiciones filogenéticas tienen tal supremacía sobre las vivencias accidentales del individuo, que no importa en lo mínimo si el niño realmente succionó el pecho de la madre o si fue alimentado con biberón y no pudo gozar jamás el cariño del cuidado materno**. En ambos casos su desarrollo sigue idéntico camino, y en el segundo, la añoranza ulterior quizá sea aún más poderosa. Por más tiempo que el niño haya sido alimentado por el pecho materno, el destete siempre dejará en él la convicción de que el lapso fue demasiado breve, demasiado escaso.

Si la madre fue la primera seductora del niño, ¿qué extraño es que éste, mediante una repetición compulsiva contraria, pretenda más tarde ser el seductor de su madre? Si la madre alimentó a la niña introduciéndole el pezón por la boca, ¿qué extraño es que esta niña después reproduzca fantásticamente su pasividad oral-sexual con el sustituto materno: el padre? Mas cuando la madre ha creado una adaptación inconsciente a la muerte en el niño, la repetición compulsiva contraria tendrá que ser de tendencia matricida, siendo dicha pseudoagresión hacia la madre reprochada lue-

go por el **daimonion**, el que induce al **yo** al arrepentimiento y a la demostración de que no se odia a la madre sino que, por el contrario, se la adora. Esto explica el apego masoquista y la ambivalencia de los homosexuales, como Hamlet, hacia sus madres.

Edmundo Bergler (1899-1962), quien tuvo que luchar toda su vida contra la incomprensión y las resistencias de la humanidad hacia las teorías edípicas de Sigmund Freud, comentó lo siguiente en su libro **La neurosis básica** (1949):

Un Aristófanes moderno bien podría escribir una comedia de malos entendimientos, tomando al complejo de Edipo como tema. ¡Cuánta indignación e ironía se han acumulado en torno al complejo de Edipo en los últimos cincuenta años! Lo que parecía ser una fantasía repulsiva e inmoral, resulta ser, en mi opinión, un desesperado intento por salvarse de la terrible pasividad.

SOBRE LA ZOOFOBIA

¡Vosotros, hombres audaces que me rodeáis! ¡Vosotros, buscadores, indagadores, y quienquiera de vosotros que se haya lanzado con velas astutas a mares inexplorados! ¡Vosotros que gozáis con enigmas!

¡Resolvedme pues, el enigma que yo contemplé entonces, interpretadme la visión del más solitario!

Pues fue una visión y una previsión: —¿qué vi yo entonces en símbolo? ¿Y quién es el que algún día tiene que venir a explicarlo?

Nietzsche
Así habló Zaratustra

Dentro del contexto de los fenómenos conduccionales que la ciencia psicoanalítica procura dilucidar, existe el de la zoofobia, o sea, el terror a ser envenenado o devorado por la imagen de un animal; temor peculiar que sufren algunas personas.

Breuer observó el pánico que su paciente Ana O. tenía, en estado sonambúlico, por la imagen de una serpiente negra. Después Freud tuvo la oportunidad de corroborar, en sus casos clínicos, el extraño temor de los neuróticos hacia diversos animales como lobos, caballos, leones, ratas, sapos, peces, etc. Este tipo de simbolismos zoofóbicos fueron advertidos por el sabio vienés en los sueños de angustia o pesadillas de sus pacientes, e infructuosamente trató de encontrar alguna explicación convincente de las causas de tales fenómenos. Freud atribuyó la angustia producida por la experiencia onírica de simbolismos animales, al miedo reprimido de ser castrado por el padre; teoría que se conjuga con el complejo de Edipo y la cual formuló en **Tótem y tabú** (1913), para luego reformarla en **El porvenir de una ilusión** (1927), llamándola reacción del yo ante una imagen pasiva de sí. En **La interpretación de los sueños** (1900), nos

dio un ejemplo de cómo los neuróticos reaccionan angustiosamente frente a una imagen de su propia impotencia e indefensión ante un símbolo animal:

Un médico en sus treintas, me habla de un león amarillo, sobre el cual me puede dar la información más precisa, diciéndome que se le aparecía frecuentemente en sus sueños, desde su más temprana infancia hasta la fecha.

También Nietzsche (1844-1900), sufrió de visiones regresivas zoofóbicas que plasmó en **El signo** de su libro **Así habló Zaratustra**:

Así habló Zaratustra, y entonces ocurrió que de repente se sintió como rodeado por **bandadas y revoloteos de innumerables pájaros**, y el rumor de tantas alas y el tropel en torno a su cabeza eran tan grandes que cerró los ojos. Y, en verdad, sobre él había caído algo semejante a una nube, semejante a **una nube de flechas** que descargase sobre un nuevo enemigo. Pero he aquí que se trataba de una nube de amor, y caía sobre un nuevo amigo.

“¿Qué me ocurre?”, pensó Zaratustra en su asombrado corazón, y lentamente dejóse caer sobre la gran piedra que se hallaba junto a la salida de su caverna. Mientras movía las manos a su alrededor y encima y debajo de sí, y se defendía de los cariñosos pájaros, he aquí que le ocurrió algo más raro aún: su mano se posó, en efecto, de manera imprevista sobre una espesa y cálida melená; y al mismo tiempo resonó delante de él un rugido, un suave y prolongado rugido de león.

“**El signo llega**”, dijo Zaratustra, y su corazón se transformó. Y, en verdad, cuando se hizo claridad delante de él vio que a sus pies **yacía un amarillo y poderoso animal**, el cual estrechaba su cabeza contra sus rodillas y no quería apartarse de él a causa de su amor, y actuaba igual que un perro que vuelve a encontrar a

su viejo dueño. **Mas las palomas no eran menos vehementes en su amor que el león;** y cada vez que una paloma se deslizaba sobre la nariz del león, éste sacudía la cabeza y se maravillaba y reía de ello.

El poeta venezolano Andrés Athilano, en su soneto **Profecía del gato**, expresó este cuadro zoofóbico:

El del negro caballo pasa en frutos
más que nunca al hambriento, y van los brutos
en caballo **amarillo** al de los lutos:

¡el que enciende a la Muerte los destellos
de los ojos del gato en las estrellas
y cae amonedado en treinta huellas!

Freud, en la obra mencionada, consignó el sueño que una señora tuvo a la edad de cuatro años y que, hasta la fecha, le causaba ansiedad recordarlo:

Una zorra o un lince camina por el tejado; entonces algo cae o ella (la señora) cae, y después, sacan a su madre muerta, de la casa.

Otro ejemplo:

La soñadora mira a tres leones en un desierto, uno de los cuales está sonriente; pero ella no les tiene miedo. Entonces, debió haber huido de ellos, pues trataba de subirse a un árbol.

En **Análisis de la fobia de un niño de cinco años** (1909), se advierte el temor que el pequeño Hans sentía de ser mordido por un caballo **blanco** al salir a la calle.

También en su ensayo **El sueño y la telepatía** (1922), consigna Freud la siguiente declaración de una mujer con problemas neuróticos orales:

Entre los seis y los nueve meses: estoy en mi cuna, y a mi derecha hay dos caballos; uno de ellos, un ala-

zán, me mira fijamente con los ojos muy abiertos. Esta es mi vivencia más intensa, tuve la impresión de que el que me veía era un ser humano.

En **De una historia de neurosis infantil** (1918), se relata el caso del **Hombre de los lobos**, y un sueño que éste tuvo a la edad de cinco años:

Soñé que era de noche y estaba acostado en mi cama (ésta tenía los pies junto a la ventana, a través de la cual se veía una fila de viejos nogales; sé que cuando tuve ese sueño era invierno y de noche). De pronto la ventana se abre sola y veo, con gran sobresalto, que en el grueso nogal que se alza ante la ventana hay encastrados **unos cuantos lobos blancos. Eran seis o siete, totalmente blancos, y parecían más bien zorros o perros ovejeros**, pues tenían grandes colas, como los zorros, y las orejas enhiestas, como los perros cuando ventean algo. Presa de horrible miedo, sin duda de ser devorado por los lobos, eché a gritar . . . y me desperté. Mi niñera acudió para ver qué me había pasado, y tardé largo rato en convencerme de que sólo había sido un sueño: tan natural y claramente se me había aparecido la imagen de la ventana que se abría y de los lobos posados en el árbol. Por fin me tranquilicé, sintiéndome como salvado de un peligro, y volví a dormirme.

La única acción del sueño fue la de abrirse la ventana, pues los lobos permanecían sentados, quietos e inmóviles, en las ramas del árbol, a derecha e izquierda del tronco, contemplándome. Parecía como si toda su atención estuviera fijada en mí. Creo que fue éste mi **primer sueño de angustia**. Tendría yo entonces tres o cuatro años; cinco a lo más. Desde esa noche hasta los once o los doce años siempre tuve miedo de ver algo terrible en sueños.

Al parecer, este sueño de los lobos **blancos** estaba relacionado a una fijación angustiosa que el sujeto tenía al cuen-

to del **Lobo y los siete cabritos**, siendo el fenómeno de que fueran blancos los lobos, lo que atrajo la atención de Freud:

Este detalle lo hace pensar en las grandes manadas de ovejas que pastaban en los prados cercanos a la finca.

Esta primera interpretación psicoanalítica, puede ahora ser descartada como anacrónica, para dar paso a los nuevos descubrimientos bergleristas sobre la zoofobia, los que relacionan estos casos con el septeto de temores infantiles. Consultemos **The superego** (1952):

Al niño le toma tanto tiempo comprender el cariño materno, que antes que esto ocurra, ya se ha formado un septeto de temores infantiles, en los cuales la madre representa el papel de una bruja. Estos temores se forman durante la fase preedípica; es durante este año y medio a dos años que el niño se deja llevar por estas malas interpretaciones de su realidad materna, imaginándose como la víctima inocente de una bruja que es capaz de **matar de hambre, devorar, envenenar, asfixiar, destazar, drenar y castrar**.

En **El problema económico del masoquismo** (1924), Freud plantea la oralidad de la zoofobia:

El masoquismo primitivo pasa por todas las fases evolutivas de la libido y toma de ella sus distintos aspectos psíquicos. El miedo a ser devorado por el animal totémico (el padre), procede de la primitiva organización oral.

En **Counterfeit Sex** (1958), abunda Bergler sobre el temor de ser devorado:

Los cuentos de hadas y los sueños, las fobias animales y las fantasías inconscientes, cobijan todas estas concepciones tempranas de la infancia.

Todas estas teorías han sido fundamentadas en cientos de casos clínicos, lo que no obsta para que también intentemos ahora secundarlas con selecciones poéticas. Por lo pronto, las modernas investigaciones psicoanalíticas nos demuestran que el temor de ser devorado por el pecho blanco, al reprimirse se convierte en un gozo inconsciente, cuyo reflejo sería, en el caso del **Hombre del lobo**, lo siguiente: "Yo no gozo con la idea de ser devorado por los lobos blancos; al contrario, mirad cómo sufro."

Otto Rank, en **El sueño y el mito**, relata la pesadilla de una mujer, en donde también se observa el gozo inconsciente en la idea de devoración, y el símbolo del pecho materno en el pájaro:

"Me he visto perseguida por leones, tigres y jabalíes que querían devorarme o realizar el coito conmigo. Para salvarme hui desesperadamente. Luego habían encerrado ya a dos de estas bestias. Después bajé por la falda de una montaña a un corral en el que ví volar varios pájaros. Pero yo tenía metido en una jaula un pajarito blanco más bonito. Luego lo saqué, se lo enseñé a todos y les dije que aquel era mi pajarito, al que tenía encerrado desde hacía ya mucho tiempo. Dos de los pájaros que volaban por allí se cayeron después del tejado y yo los cogí, pero estaban ya muertos. Sin embargo, los apreté entre mis manos y volvieron a la vida. Parecían estar unidos, pero yo no me fijé más que en sus alas, de brillantes colores."

Conozco el caso de un niño que en una ocasión, a los dos años de edad, despertó angustiado, diciendo que un caballo blanco le había mordido en un dedo, mostrando el meñique. Obvio es que a esa edad no había transferido todavía la idea del pezón materno a su pene; mas a los tres años y cuatro meses, soñó angustiosamente que un ratón blanco le mordía las rodillas. El día anterior se había lastimado ambas rodillas al caerse. Aquí vemos ya la transferencia simbólica, del pezón materno doloroso a las piernas.

Cualquier amante de la poesía podría citar cientos de versos donde se pueden observar los simbolismos animales, siendo más escasos los de color blanco. Veamos **Canto a Mixcoatl**, en **Poesía indígena**:

El Tigre Amarillo ha rugido,
El Aguila Blanca ha silbado con la mano.

Alfonsina Storni (1892-1938), nos regala con un precioso y raro espécimen blanco, en su verso suicida, **Presentimiento**:

Tengo el presentimiento que he de vivir muy poco.
Esta cabeza mía se parece al crisol,
purifica y consume.
Pero sin una queja, sin asomo de horror,
para acabarme quiero que una tarde sin nubes,
bajo el límpido sol,
nazca de un gran jazmín una víbora blanca
que dulce, dulcemente, me pique el corazón.

Germán Pardo García tiene una bellísima fijación tigrisca:

Si el alcatraz arrulla cual paloma,
surge el escándalo
y el peligro es más grande
si hay en las selvas un tigre blanco.

Veamos lo que nos dice José María Quiroga Plá en su poema **Delgadina**:

Ya se muere Delgadina.
Delgadina, rosa galana:
¡Qué delgada sed de vida
pidiendo una sed de agua!
A los pies del lecho
le mana una fuente clara.
Otra fuente —doble— el pecho,
¡ay, qué dos colmenas blancas!

Pablo Neruda (1904-1973), en **Veinte poemas de amor y una canción desesperada** (1924), expresó el recuerdo infantil reprimido:

Abeja blanca zumbas, ebria de miel en mi alma
y te tuerces en lentas espirales de humo.

La poetisa colombiana Ofelia Ocampo, simbolizó sus recuerdos infantiles en **Yo nací como un pájaro:**

En agujeros geométricos
y latitudes sin alas,
donde viven los peces
y las ballenas blancas
de pechos de madera
y corazón de campana.

Antonio Aliberti, italiano, nos regala con un raro ejemplar en su poema **Soplo de luz** del libro **Ceremonia íntima:**

La luz es una araña blanca
y trepadora,
que conoce las entrañas de la noche.

(Hay un soplo de luz
detrás de una ceñida arboleda.)

Luz y sombra:
águila apresada en jaula de oro,
miedo de ojos vueltos hacia adentro,
de dientes
mordiéndolo bocas irreales.

Hay un rumbo perdido en cada cuerpo,
que nos señala el cerco de la muerte.

El hombre es un silencio interrumpido.

En **Tótem y tabú** (1913), Freud comparó los fenómenos religiosos de los salvajes, con los de los neuróticos, encontrando que en ambos casos existía una obsesión angustiosa hacia un animal:

Los tótemes no eran, primitivamente, sino animales, y se los consideraba como los antepasados de las tribus respectivas. El tótem no se transmitía sino por línea

materna. Estaba prohibido matarlo (o comer de él; cosa que para el hombre primitivo significaba lo mismo).

Los estudiosos del psicoanálisis nos encontramos, con frecuencia, con cierto tipo de animales en las pesadillas de los neuróticos, los que no son otra cosa que diferentes simbolizaciones del pecho materno. Veamos ahora lo que consigna Freud:

La teoría psicológica más reciente, esto es la de Wundt, considera como decisivos los dos hechos siguientes: el de que el objeto totémico más primitivo y difundido sea el animal y el de que los animales totémicos más extendidos sean aquellos a los que se atribuye un alma. Ciertos animales, como las serpientes, los pájaros, los lagartos y los ratones, parecen muy apropiados por su gran movilidad, su poder de volar y otras propiedades que inspiran sorpresa u horror, para constituirse en portadores de las almas que han abandonado los cuerpos. El animal totémico sería, pues, un producto de los cambios zoológicos del alma humana. Así pues, el totemismo, según Wundt, se enlazaría directamente con la creencia en las almas, esto es, con el animismo.

Comparemos las observaciones totémicas de Wundt, con lo que Freud consignó en un apéndice a su **Histeria** (1888), intitulado **Histero-epilepsia**:

Durante los ataques, el estado consciente no desaparece completamente excepto en los casos más severos. Después del ataque el histérico frecuentemente se recupera de inmediato; no persisten en él la inclinación al sueño ni la flojera, como sí ocurre con los epilépticos. Por otro lado, no son raras en él las visiones de ratas, ratones y culebras, como tampoco las alucinaciones auditivas. Además de estas perturbaciones, todos los demás síntomas histéricos se encuentran en estos pacientes.

Sobre el cuadro clínico de la zoofobia, dice Freud lo siguiente en su obra psicoantropológica:

Las zoofobias de los niños no han sido aún objeto de un detenido examen analítico, no obstante merecerlo en alto grado. Ello depende, quizá, de las dificultades inherentes a la realización de análisis con sujetos de tan poca edad. No podemos, por lo tanto, afirmar que hemos llegado al conocimiento del sentido general de estas enfermedades, sentido que por otra parte, no creemos que pueda ser unitario. Sin embargo, algunas de estas fobias, relativas a animales de crecido tamaño, se han mostrado accesibles al análisis y han revelado sin excepción que cuando el infantil sujeto pertenece al sexo masculino, se refiere su angustia a su propio padre, aunque haya sido desplazada sobre el animal objeto de la fobia.

Relató Freud el caso de Arpad, analizado por Ferenczi, en que un accidente evocó el trauma oral del pequeño; trauma que consistía en el deseo inconsciente de ser devorado su pezón por el pecho maligno:

Teniendo el pequeño Arpad dos años y medio, se puso un día a orinar en el gallinero de su residencia veraniega y hubo una gallina que le picó o intentó picarle el pene. Cuando al año siguiente volvió al mismo lugar, se imaginó ser él mismo una gallina, mostró un vivísimo interés, casi exclusivo, por el gallinero y todo lo que en él sucedía y cambió su lenguaje humano por el piar y el cacarear del corral. En la época a la que la observación se refiere, tenía ya cinco años y había vuelto a hallar su idioma, pero no hablaba sino de las gallinas y otros volátiles. No conocía ningún otro juguete y no cantaba sino canciones en las que se trataba de estos animales. Su actitud con respecto a su animal totem era claramente ambivalente, componiéndose de un odio y un amor desmesurados. Su juego preferido era el

de presenciar o simular el sacrificio de una gallina o un pollo. "Constituía para él una fiesta asistir al sacrificio de estas aves y era capaz de bailar durante horas enteras en derredor del cadáver, presa de una gran excitación." Después besaba y acariciaba al animal muerto o limpiaba y cubría de besos las imágenes de gallinas a las que él mismo había maltratado antes.

En **Hallazgos, ideas, problemas** (1941), en relación con el tener y ser en el niño, Freud expresó:

El niño prefiere expresar la relación objetal mediante la identificación: "Yo soy el objeto." El tener es ulterior, y vuelve a recaer en el ser una vez perdido el objeto. Modelo, el pecho materno. "El pecho es una parte mía; yo soy el pecho." Más tarde, tan sólo: "Yo lo tengo", es decir: "yo no lo soy"...

Ahora veamos cómo Delmira Agustini (1886-1914), confirma la teoría de Freud, convirtiéndose en el pecho materno maligno, en su poema **Serpentina**:

En mis sueños de amor ¡yo soy serpiente!
Gliso y ondulo como una corriente;
dos píldoras de insomnio y de hipnotismo
son mis ojos; la punta del encanto
es mi lengua... ¡y atraigo como el llanto!
Soy un pomo de abismo.

Mi cuerpo es una cinta de delicia,
glisa y ondula como una caricia...
Y en mis sueños de odio ¡soy serpiente!
Mi lengua es una venenosa fuente;
mi testa es la luzbética diadema;
haz de la muerte, en un fatal soslayo,
son mis pupilas; y mi cuerpo es gema,
¡es la vaina del rayo!

Si así sueño mi carne, así es mi mente;
un cuerpo largo, largo de serpiente,
vibrando eterna, ¡voluptuosamente!

Observemos también esta regresión totémica de Alfonso Reyes (1889-1959), en su drama **Ifigenia Cruel**:

Y, en la incertidumbre de sus noches,
el sueño de la madre dio presagios:
me veía dragón, me padecía
estrujando y sorbiendo en sus pezones
fango de leche y sangre.

Pablo Neruda (1904-1973), también experimentó la conversión totémica. Al transformarse el sujeto en el objeto temido: el pezón materno simbolizado, se protege contra el peligro de muerte. Veamos **El pájaro yo**, de su libro **Arte de pájaros** (1966):

Me llamo pájaro Pablo,
ave de una sola pluma,
volador de sombra clara
y de claridad confusa,
las alas no se me ven,
los oídos me retumban
cuando paso entre los árboles
o debajo de las tumbas
cual un funesto paraguas
o como espada desnuda,
estirado como un arco
o redondo como una uva,
vuelo y vuelo sin saber,
herido en la noche oscura,
quiénes me van a esperar,
quiénes no quieren mi canto,
quiénes me quieren morir,
quiénes no saben que llego
y no vendrán a vencerme,
a sangrarme, a retorcerme
o a besar mi traje roto
por el silbido del viento.

Por eso vuelvo y me voy,
vuelo y no vuelo pero canto:
soy el pájaro furioso
de la tempestad tranquila.

En el capítulo **Un ejemplo de labor psicoanalítica** del li-

bro póstumo **Esquema del psicoanálisis** (1938), dijo Freud:

El primer objeto erótico del niño es el pecho materno que lo nutre; el amor aparece en dependencia con la satisfacción de las necesidades nutricias. Al principio, el pecho seguramente no es discernido del propio cuerpo.

Estas primeras tentativas aclaratorias de Freud pueden ser corroboradas por algunos poetas, quienes demuestran que el niño considera propio el pezón materno, mas no siempre el pecho. Observemos este fenómeno en el poema **Siesta** de Alfonsina Storni (1892-1938):

Se oye un pequeño ruido:
entre las pajas mueve
su cuerpo amosaicado
una larga serpiente.
Ondula con dulzura.
Por las piedras calientes
se desliza, pesada,
después de su banquete
de dulces y pequeños
pájaros aflautados
que le abultan el vientre.

Veamos la disociación simbólica de pecho y pezón que intuyó José Santos Chocano (1875-1934), en su poema **Las orquídeas**:

En los nudos de un tronco hacen escalas,
y ensortijan sus tallos de serpientes,
hasta quedar en la altitud pendientes,
a manera de pájaros sin alas..

En su libro **Poemas amorosos**, Vicente Aleixandre (nacido en 1898), nos muestra en su **Cobra** la separación del pecho y el pezón:

La cobra toda ojos,
bulto echado la tarde (baja, nube),
bulto entre hojas secas,
rodeada de corazones de súbito parados.

Relojes como pulsos
 en los árboles quietos son pájaros cuyas gargantas cuelgan,
 besos amables a la cobra baja
 cuya piel es sedosa o fría o estéril.

Cobra sobre cristal,
 chirriante como navaja fresca que deshace a una virgen,
 fruta de la mañana,
 cuyo terciopelo aún está por el aire en forma de ave.

Niñas como lagunas,
 ojos como esperanzas,
 desnudos como hojas
 cobra pasa lasciva mirando a su otro cielo.

Pasa y repasa el mundo,
 cadena de cuerpos o sangres que se tocan,
 cuando la piel entera ha huido como un águila
 que oculta el sol. ¡Oh cobra, ama, ama!

Ama bultos o naves o quejidos,
 ama todo despacio, cuerpo a cuerpo,
 entre muslos de frío o entre pechos
 del tamaño de hielos apretados.

Labios, dientes o flores, nieves largas;
 tierra debajo convulsa derivando.
 Ama el fondo con sangre donde brilla
 el carbunclo logrado.
 El mundo vibra.

José Jurado Morales en **Pena y llanto de la casada infiel**,
 pone en boca de su personaje la siguiente imagen zoológica:

Dame olores y rocíos
 de entre noche y madrugada,
 cuando los silencios cruzan
 como sombras asustadas,
 y quedan mudos los grillos,
 y quietas quedan las ranas,
 y se enroscan las culebras,
 de pájaros ya empachadas.

Rafael Alberti creó la misma imagen, pero entre ratas y
 ratones, en **Si proibisce di buttare immondezze**:

Ratas que se meriendan los ratones,
gatos de todas clases de etiquetas,
mugre en los patios, en los muros grietas
y la ropa colgada en los balcones.

Como podemos contemplar, la relación entre el animal totémico y el pecho maligno es evidente, y aunque Freud haya resuelto el enigma del tótem, la exogamia y el sacrificio desde el ángulo edípico, veremos que estos misterios tienen una base oral. Leamos lo que el médico vienés nos dice al respecto:

Representémonos ahora la escena de la comida totemica, añadiendo a ella algunos rasgos verosímiles, que no hemos podido tener antes en cuenta. **En una ocasión solemne, mata el clan cruelmente a su animal totémico y lo consume crudo —sangre, carne y huesos—. Los miembros del clan se visten, para esta ceremonia, de manera de parecerse al tótem, cuyos sonidos y movimientos imitan, como si quisieran hacer resaltar su identidad con él. Saben que llevan a cabo un acto prohibido individualmente a cada uno, pero que está justificado desde el momento en que todos toman parte en él, pues además, nadie tiene derecho a eludirlo. Una vez llevado a cabo el acto sangriento, es llorado y lamentado el animal muerto.**

En *El "Moisés"* de Miguel Angel (1914), cita Freud un pasaje de la Sagrada Escritura netamente oral y totémico:

Y tomó al becerro que habían hecho, y quemólo en el fuego, y moliólo hasta reducirlo a polvo, que esparció sobre las aguas, y diólo a beber a los hijos de Israel.

De acuerdo con las enseñanzas de Bergler, la teoría oral del tótem se puede basar en el trauma ocasionado por una lactancia defectuosa. Durante el transcurso de cientos de miles de años de filogénesis, el ser humano tuvo que adap-

tarse a las circunstancias de la naturaleza, y a mi parecer este fenómeno de adaptación no ha sido estudiado con el debido detenimiento, a pesar de tener importancia esencial para el desarrollo de todas las especies. La adaptación implica simplemente la conversión de algo extraño en algo propio, de algo desagradable en algo placentero. La mente humana, al igual que el cuerpo, tiene la facultad de adaptarse para no perecer, y de esta manera convierte los temores, ansiedades y horrores sufridos en la infancia, o bien en las guerras o en los accidentes graves, en placeres o en gozos inconscientes. En **Psicoanálisis y medicina** (1926), Freud le atribuye al **yo** el papel de mediador entre las exigencias del **ello** y las del mundo exterior real, en virtud de lo cual dedujo la capacidad de adaptación del mismo:

Al domar así los impulsos del ello sustituye el principio del placer, único antes dominante, por el llamado "principio de la realidad", que si bien persigue iguales fines, lo hace atendiendo a las condiciones impuestas por el mundo exterior. Más tarde averigua el yo que para el logro de la satisfacción existe aun otro camino distinto de esta adaptación al mundo exterior. Puede también actuar directamente sobre el mundo exterior, modificándolo, y establecer en él intencionadamente aquellas condiciones que han de hacer posible la satisfacción. En esta actividad hemos de ver la más elevada función del yo. La decisión de cuándo es más adecuado dominar las pasiones y doblegarse ante la realidad, y cuándo se sabe atacar directamente al mundo exterior, constituye la clave de la sabiduría.

Muchos de nuestros antepasados salvajes sufrían durante la lactancia, temores de ser devorados por sus madres. Estos temores eran frecuentemente proyecciones de sus propias intenciones devorantes hacia el pecho materno que quizá no daba suficiente leche, creándole al niño un hambre mordiente. A estos temores orales se pudieron añadir los de la contemplación de alguna ingestión canibalística. Cuando,

ya mayorcito, el niño se iba familiarizando con la fauna de su lugar, proyectaba su terrible imagen materna —o sea, el pecho asesino— en animales peligrosos como pudieron ser las aves de rapiña, las serpientes, los ratones rabiosos, o bien en bestias feroces como leones, tigres o jabalíes. Si, por añadidura, sufría algún susto grave al encontrarse con el animal peligroso de la zona, el incidente le creaba una neurosis traumática de la misma índole que la infantil. Sentado lo anterior, fácil es comprender cómo el símbolo del pecho materno asesino se convirtió en la cosa más temida: el tótem, el cual era venerado por todos los individuos del clan. Al respecto se pregunta Freud:

Pero, ¿qué significa el duelo consecutivo a la muerte del animal totémico y qué sirve de introducción a esta alegre fiesta? Si la tribu se regocija por el sacrificio del tótem, que es un acto ordinariamente prohibido, ¿por qué llora al mismo tiempo?

Individualmente los salvajes eran incapaces de agredir al tótem, mas en grupo efectuaban lo que Bergler denominó "un acto pseudoagresivo con la consiguiente internación de agresividad." Contemplemos esto a la luz de la teoría del mecanismo de la triada de la oralidad:

1) Deseamos inconscientemente ser devorados por el tótem.

2) Al contrario, somos nosotros los que devoramos al tótem mediante la fiesta del sacrificio.

3) Nos lamentamos de haber agredido a nuestro símbolo mágico, y nos sentimos muy culpables, deseando que nos castigue nuestro tótem.

La exogamia, con la prohibición de la relación sexual entre gente bajo la influencia del mismo tótem, según la teoría berglerista, es otra defensa pseudoagresiva que diría así: "Yo no deseo ser devorado por mi imagen materna: la mujer de mi clan totémico; por lo contrario, yo busco a una mujer de otro clan." La impotencia sexual con mujeres del tótem propio fue, posiblemente, otra defensa pseudoagresiva

que orilló al salvaje a casar en otros clanes. Debido al temor a la vagina devorante, la misma existencia del clan estaba en jaque, por lo cual se crearon los tabúes que castigaban con la pena de muerte a los infractores.

Con relación al aspecto religioso, Freud nos legó las siguientes reflexiones:

Sabemos que entre el dios y el animal sagrado (tótem, animal destinado al sacrificio) existen múltiples relaciones: 1º, a cada dios es consagrado generalmente un animal y a veces varios; 2º, en ciertos sacrificios particularmente sagrados —los que antes denominamos “místicos”— es precisamente el animal consagrado al dios el que le es ofrecido en sacrificio; 3º, el dios era adorado con frecuencia bajo la imagen de un animal; o dicho de otro modo, ciertos animales continuaron siendo objeto de un culto divino mucho tiempo después del totemismo, y 4º, en los mitos se transforma el dios, con frecuencia en un animal, y muchas veces precisamente en el que le está consagrado. Parecería, pues, natural, admitir que el dios no es sino el animal totémico mismo, del cual habría nacido en una fase ulterior el sentimiento religioso. La reflexión de que, por su parte, es el tótem una sustitución del padre, nos evita toda más amplia discusión. Así pues, el tótem sería la primera forma de tal sustitución del padre, y el dios, otra posterior y más desarrollada, en la que el padre habría recobrado la figura humana.

Mediante el método inductivo, hemos podido observar cómo la imagen del pecho asesino se simbolizó en el tótem, mas como el pecho devorante pertenece a una madre que por consiguiente también es cruel, esta madre malvada junto con la memoria de los demás familiares forman la **imago matris** que soportará el individuo hasta su muerte. Esta **imago matris** es el **superyó** que más tarde se proyecta al tótem, a la tribu o a Dios. Freud insistió en que el salvaje la proyectaba hacia su padre, pero él mismo lo dudaba:

Lo que no nos es posible definir, es el lugar que corresponde en esta evolución a las grandes divinidades maternas que precedieron, quizá en todas partes, a los dioses padres.

En **El porvenir de una ilusión** (1927), Freud cambió la imagen del padre cuyos símbolos eran el tótem y el dios, por la imagen pasiva del propio individuo contra la cual se esgrimían los mismos síntomas zoofóbicos o religiosos:

Todas las religiones muestran profundamente impresos los signos de esta ambivalencia de la relación con el padre, según lo expusimos ya en **Tótem y tabú**: cuando el individuo en maduración advierte que está predestinado a seguir siendo siempre un niño necesitado de protección contra los temibles poderes exteriores, presta a tal instancia protectora los rasgos de la figura paterna y crea sus dioses, a los que, sin embargo de temerlos, encargará de su protección. **Así pues, la nostalgia hacia un padre y la necesidad de protección contra las consecuencias de la impotencia humana son la misma cosa. La defensa contra la indefensión infantil presta a la reacción ante la impotencia que el adulto ha de reconocer, o sea precisamente a la génesis de la religión, sus rasgos característicos.** Pero no entra en nuestros propósitos adentrarnos más en la investigación del desarrollo de la idea de Dios.

Ya en 1900, en **La interpretación de los sueños**, se refirió Freud a un sueño, que ya analicé en otro lugar, en que dos individuos con picos de pájaro, depositaban el cadáver de la madre de él en la recámara, demostrando Freud con esta pesadilla la defensa contra su deseo inconsciente de ser devorado por los pechos maternos. En **Un recuerdo infantil de Leonardo de Vinci** (1910), Freud relacionó el recuerdo del buitre con la madre del genio renacentista, y comparó esto con el caso de la diosa egipcia Mut, divinidad materna con cabeza de buitre. Es pertinente recordar que las camas de

los nobles egipcios tenían la forma de un animal feroz con las fauces en la cabecera y las patas traseras en apariencia móviles.

Ahora veamos cómo los poetas resuelven involuntariamente tanto las incógnitas religiosas como las clínicas. Recordemos aquel verso de Edgar Allan Poe (1809-1849), llamado **El cuervo**:

“—¡Partirás, pues has mentido,
o ave o diablo!”, clamé, erguido.
“¡Ve a tu noche plutoniana!
¡goza allá la tempestad!
¡Ni una pluma aquí sombría,
me recuerde tu falsía!
¡Abandona ya este busto!
¡deja en paz mi soledad!
¡Quita el pico de mi pecho!
¡deja mi alma en soledad!”
Dijo el cuervo: “Nunca más.—”

Francisco Castillo Nájera (1886-1954), sufrió también la memoria reprimida del pezón asesino:

En que mi alma se siente abrumada
Y la muerte me llama a su seno;
En que siento glacial calosfrío
Que me hiela y sacude los huesos,
¡Y una fiebre me abrasa implacable
Y furiosa me crispa los nervios!
Yo he sentido toda esa amalgama,
En mis pávidas noches de enfermo,
En las horas de intensa neurosis,
Cuando un buitres desgarrar mi pecho,
¡Y parece beberse mi sangre,
Y en pedazos romper mi cerebro!

El argentino Guillermo Ibáñez (contemporáneo) padeció de las mismas adaptaciones tanáticas:

Entre los buitres de los sueños.
Entre los buitres angelicales
monstruosamente acicalados, surge el fuego,
hecho por el tedio de los volcanes interiores.

Por eso en la noche de todos los silencios
y de la gruta estrellada,
los papeles y los ojos se mezclan en habladurías.

La argentina Blanca Rosa González Barlett simbolizó su
trauma infantil en su **Elogio a la muerte**:

¡Oh muerte vengadora! ¡muerte fiera...
que traspasas la llama del misterio
y libras de este rudo cautiverio
a las almas dolientes de la tierra!

Soy yo quien te proclama triunfadora
y soy quien te reclama aquí presente.
Eres sí, nuestro amparo, ¡sí!, la fuente
que separa la noche de la aurora...

Eres quien al rasgar esas tinieblas
con que envuelves tu mano redentora,
nos defiendes del ave carnícera
que con curvado pico nos devora
y ensañando sus uñas placenteras
nos araña la entraña hora por hora.

Observemos la regresión onírica de la mejicana Olga
Arias:

El pico del buitre me busca
porque estoy habitando mis sueños.

Interpretemos los simbolismos orales del poeta de Alge-
ciras, Gabriel de Anzur:

Ando sin parar
por todos los senderos,
esquivando lluvias de piedras.

Busco la fuente del prado
donde nace la ternura,
las justas formas sin garras.

Hordas disfrazadas de hombres
me arrojan flechas.

El cielo, lluvias de lágrimas
para lavar mi carne desgarrada.

Y sigo cruzando los senderos,
buscando al hombre
con pico de paloma.

La mitología germana nos presenta al dios Wotan u Odín, acompañado de dos cuervos. Más tarde, esta simbólica se transfirió al diablo cristiano al que hizo alusión Goethe cuando le preguntó la bruja a Mefistófeles:

¿Dónde están, pues, vuestros dos cuervos?

Y ahora tratemos de aplicar estas teorías al fenómeno religioso del cristianismo, al que Freud dio la explicación siguiente en **Tótem y tabú** (1913):

En el mito cristiano, el pecado original de los hombres es, indudablemente, un pecado contra Dios Padre. Ahora bien; **si Cristo redime a los hombres del pecado original sacrificando su propia vida, habremos de deducir que el pecado era un asesinato.** Conforme a la ley del talión, profundamente arraigada en el alma humana, el asesinato no puede ser redimido sino con el sacrificio de otra vida. El holocausto de la propia existencia indica que lo que se redime es una deuda de sangre. (El impulso al suicidio, experimentado por nuestros neuróticos, se demuestra siempre como un autocastigo por los deseos de muerte, orientados hacia otras personas.) Y si este sacrificio de la propia vida procura la reconciliación con Dios Padre, el crimen que se trata de expiar no puede ser sino el asesinato del padre.

El mito cristiano puede ser también analizado a la luz de las adaptaciones orales inconscientes de la humanidad: la eucaristía, sacramento mediante el cual, por las palabras que el sacerdote pronuncia, supuestamente se transubstancian el pan y el vino en el cuerpo y la sangre de Cristo, es

un mito netamente oral. Este convertir totalmente el pan en el cuerpo de Cristo para luego administrarlo oralmente a los feligreses en comunión, no es otra cosa que la comida totémica, ahora en el cristianismo. La ingestión que se hace de Dios representado por un animal de la especie humana, Cristo, crea así el sentimiento pseudoagresivo: "Yo no deseo que mi **imago matris** me devore, al contrario, yo la ingiero en la hostia." Luego sobrevienen la culpabilidad y el arrepentimiento por haber consumado un acto prohibido, surgiendo la necesidad de castigo. Lógicamente, la Iglesia suministra las penitencias adecuadas; mas Cristo, por su parte, quiso redimir a los hombres del pecado original y sacrificó su propia vida: ¿cómo deseó Cristo redimirlos? Al estudiar el fenómeno simbólico del pecado original, básicamente se observa que Adán-Eva, cabeza del género humano, así como hubiese podido transmitir a sus hijos la justicia original a manera de riquísimo patrimonio, inexplicablemente la rechazó privándose de ella a sí y a sus descendientes, por lo cual se deduce que Adán-Eva estaba adaptado inconscientemente al rechazo, por cuya razón provocó la ira de Dios, para luego sumirse en la aflicción y el arrepentimiento. Por lo tanto, Cristo con su propio sacrificio pudo haber deseado redimir a la humanidad de su sentimiento de culpabilidad por haber infringido agresivamente los mandatos divinos, indujo a sus seguidores a aceptar su adaptación inconsciente al rechazo, mediante la identificación con su autoinmolación. Sus enseñanzas siempre sugirieron la aceptación masoquista: "Ofrece la otra mejilla", "Niégate a ti mismo", etc. En **El problema económico del masoquismo** (1924), Freud observó claramente la base psicológica en la que se funda el cristianismo:

La tercera forma del masoquismo, el masoquismo moral, resulta, sobre todo, singular, por mostrar una relación mucho menos estrecha con la sexualidad. A todos los demás tormentos masoquistas se enlaza la condición de que provengan de la persona amada y sean sufridos por orden suya, limitación que falta en el masoquismo moral. Lo que importa es el sufrimiento mis-

mo, aunque no provenga del ser amado, sino de personas indiferentes o incluso de poderes o circunstancias impersonales. **El verdadero masoquismo ofrece la mejilla a toda posibilidad de recibir un golpe.**

Comprendamos que el hombre que acepte su deseo inconsciente de ser devorado por el pecho materno, no tendrá que defenderse devorando al tótem, y por consiguiente no se hará acreedor a los sufrimientos surgidos de su sentimiento de culpabilidad: en efecto, se habrá redimido de su pecado original, o sea, de su adaptación autoagresiva inconsciente. Para confirmar estas deducciones psicoanalíticas, es menester estudiar la desviación zoológica que ha tenido el **Movimiento de la Santidad Pentecostés** en los Estados Unidos de América. Vinson Synan nos da una explicación:

Mucho del odio dirigido a los prosélitos del Pentecostés, sin duda ha sido provocado por los extremistas de la secta cuyas acciones han añadido un “grano de verdad” a las falsedades en circulación. Probablemente ningún otro movimiento religioso haya atraído a tantos feligreses con opiniones tan heterodoxas hacia la religión. Tal vez la práctica más dañina ha sido la del rito de la ofiolatría llevado a cabo por sectas montañosas que no tienen conexión alguna con las demás. Estas basan sus creencias en una interpretación literal de San Marcos: **“Ellos aceptarán a la serpiente y si ellos beben el veneno no los afectará.”** Esta gente tradicionalmente ha sentido como deber religioso el de aceptar cerca de sí serpientes venenosas, con el propósito de comprobar su superioridad espiritual.

La secta ofiolátrica la fundó en 1909 un tal Hensley, quien murió de una mordedura de serpiente durante un servicio religioso que oficiaba en Lester Shed, Florida, en 1955. El rito consiste en coger a la serpiente con las manos e irla así pasando cada uno de los feligreses, muchos de los cuales danzan en estado sonambúlico y cantan himnos a Dios.

Aquí se ve claramente un fenómeno de provocación masoquista derivado del deseo inconsciente de ser dañado y muerto por el pecho maligno: la serpiente. El acto de coger con la mano al ofidio sustituye al de ingerirlo, con el consiguiente mecanismo totémico, que desemboca en culpabilidad y castigo, lo que se hace evidente por las muertes a causa de mordeduras del reptil. En **Notas psicoanalíticas sobre una narración autobiográfica de un caso de paranoia** (Dementia paranoia. El caso Schreber, 1911), consigna Freud un ejemplo mitológico netamente oral y regresivo: ¿quién no le debe su vida a un par de pechos maternos, aunque sean envenenantes?:

Los psylos, antiguos pobladores de Trípoli, que se jactaban de descender de una pareja de serpientes, ponían en contacto con tales reptiles a sus hijos. Los legítimos no eran mordidos o se reponían rápidamente de las consecuencias de la mordedura.

Otro caso de ofiolatría lo consigna Freud en **Si Moisés fuera egipcio** (1937):

No podemos eludir la impresión de que este Moisés de Quadesh y Madián, al que la propia tradición pudo atribuir la erección de una serpiente de bronce que oficiara como divinidad curativa.

Fue en mi **Intento de psicoanálisis de Juana Inés** (1972), que desarrollé la relación entre la serpiente y el pecho maligno. Allí digo:

Los poetas suelen hacer alusión a las serpientes que envenenan, que devoran. Y esta es una forma de simbolizar el complejo de muerte por hambre. El hambre del infante le crea la compulsión a devorar, lo que se trueca en el miedo de ser devorado. Sobre el temor de ser devorado nos dice Bergler: "Este temor grotesco ha sido aclarado por la escuela inglesa de Psicoanálisis co-

mo una proyección de las intenciones agresivas propias del niño sobre el pezón (biberón). Se formula: «Yo no quiero morder, madre quiere devorarme.» Sobre el temor de ser envenenado nos explica: “Tarde o temprano el niño que se queja de que su madre lo está matando de hambre debe admitir que sí está siendo alimentado. El conserva la esencia de su agravio, tergiversándolo: «Madre me alimenta, pero su comida es venenosa y dañina.»”

Luego transcribí los poemas alusivos al seno y a la serpiente de los poetas Luis de Góngora, Juana de Asbaje, Pedro de Oña, Julio Herrera y Reissig y Enrique González Martínez, mas aquí añadido uno del libro IX de **Farsalia**, del poeta hispano-romano Lucano, que floreció en el primer siglo de la era cristiana:

El vuelo a Libia dirigió Perseo,
donde jamás verdor se engendra o vive;
instila allí su sangre el rostro feo,
y en funestas arenas muerte escribe;
presto el llovido humor logra su empleo
en el cálido seno, pues concibe
todas sierpes, y adúltera se entraña
de ponzoñas preñada la campaña...

Veamos los simbolismos de Petrarca (1304-1373), en su poema **Puesto que vos y yo**:

Puesto que vos y yo ya hemos probado
cómo nuestro esperar falaz se hace,
hacia aquel Sumo Bien que tanto os place
alzad el corazón extraviado.

Esta vida terrena es como un prado,
do la serpiente entre las flores yace,
que si al pronto su aspecto nos complace,
luego cansa al espíritu engañado.

Así pues, si queréis tener la mente
tranquila, no sigáis nunca a los más;
seguid siempre a la excelsa escasa gente.

Bien me podréis decir: "Hermano, vas mostrándome el sendero de una fuente, por el cual te perdiste y aún lo estás."

Y estos otros en el poema **Las serenas**, que le dedicó Fray Luis de León a Querinto:

No te engañe el dorado
vaso ni, de la puesta al bebedero
sabrosa miel cebado,
dentro al pecho ligero,
Querinto, no traspases el postrero

asenso; ten dudosa
la mano liberal, que esa azucena,
esa purpúrea rosa
que el sentido enajena,
tocada, pasa al alma y la envenena.

Retira el pie, que esconde
sierpe mortal el prado, aunque florido;
los ojos roba: adonde
aplace más, metido
el engañoso lazo está y tendido.

En **La interpretación de los sueños** (1900), Freud observó lo siguiente:

El miedo a las serpientes, que es natural en la humanidad, en los neuróticos es monstruosamente exagerado.

También dijo Freud que la serpiente representaba el símbolo más importante del miembro masculino. Pero advirtamos que, como este miembro lo usa el hombre en forma activa de la misma manera en que fue alimentado por un pezón o biberón en forma pasiva, la serpiente, antes que nada, es el símbolo del pecho maligno. No solamente la culebra, sino también el pájaro, el ratón, el pez y otros animales semejantes lo simbolizan. Ahora bien, cuando este pecho no puede alimentar o la secreción de sus glándulas mamarias es pobre o amarga, la imagen es reprimida para con-

vertirse en la de un pezón criminal, idea que más tarde se asociará con la del ofidio que devora o que envenena.*

En la parte teórica de **Estudios sobre la histeria** (1893), José Breuer informó de cómo llegó a descubrir accidentalmente la catarsis para curar a los histéricos, lo que consistía en sujetarlos a un proceso hipnótico, sugerirles que recordaran sus alucinaciones angustiosas y sobre todo que las relataran verbalmente, puesto que en estado consciente estos recuerdos e ideas eran inadmisibles y por lo tanto imposibles de recordar.

La desaparición de los síntomas histéricos fue un fenómeno con el que experimentó Breuer en su paciente Ana O., en una ocasión en que a ésta se le hacía imposible beber agua. Al ser hipnotizada, recordó con disgusto un simbolismo oral que encubría su trauma reprimido, de haber tomado mala leche del pecho materno. El simbolismo encubridor informa de la angustia que le causó ver a un perrito beber orín.

Otro de los síntomas orales de Ana, consistía en que durante sus estados histéricos permanecía hasta tres días consecutivos sin comer ni dormir, y en que en sus alucinaciones se le aparecían los pezones maternos en forma de cabezas mortuorias. Al principio de tal situación, componía poesías y dibujaba durante el día y hasta altas horas de la noche. Mas gradualmente sus creaciones artísticas se fueron transformando en alucinaciones aterradoras. La reproducción verbal de la memoria inconsciente de la alucinación de la serpiente, la cual constituyó la raíz de toda su enfermedad, es obviamente de carácter oral-sexual, puesto que el recuerdo que encubre la memoria del pezón materno criminal fue asociado con la idea de la muerte. Breuer expuso en su **Teórica**:

Es verdad que las ideas inconscientes jamás, o muy raramente y con dificultad, entran en el pensamiento vigilante; pero lo influncian.

* En **Borges y las fieras** (Norte N° 255), aludo a toda una fauna de animales mitológicos que simbolizan los deseos inconscientes de envenenamiento y devoramiento.

En Ana, el simbolismo de la serpiente en el ámbito mortuario de su padre, fue una idea que, mediante el estado hipnótico, se hizo consciente pero disfrazaba un recuerdo oral anterior que hasta ahora ha podido descifrar la ciencia psicoanalítica. Si la curación de Ana O., fue lo que incitó a las investigaciones de Freud, merece dejar perfectamente aclarada la interpretación del simbolismo de la serpiente negra, en la paciente de Breuer. Veamos el relato que hizo este precursor, de dicha alucinación, en **Estudios sobre la histeria** (1895):

En julio de 1880, mientras estaban en el campo, su padre se enfermó seriamente de un absceso subpleural. Ana y su madre compartían los deberes de su cuidado. En una ocasión Ana se despertó con ansiedad durante la noche porque el paciente ardía en calentura, ya que ella estaba al pendiente de la llegada del cirujano que venía desde Viena a operarlo. Su madre había salido hacía un rato, y Ana estaba sentada al lado del lecho de su padre con su brazo derecho descansando en el respaldo de la silla. Tuvo un ensueño en el que vio que salía de la pared una serpiente negra y se dirigía hacia su padre para morderlo (es muy probable que de hecho haya habido culebras en el prado, detrás de la casa, y que alguna haya asustado a la muchacha, pudiendo esto haber proveído el material para la alucinación). Trató de rechazar al reptil, pero estaba como paralizada y su brazo derecho que colgaba por detrás de la silla como adormecido, deviniendo anestesiado y paralizado, y cuando lo contempló los dedos se convirtieron en pequeñas víboras con cabezas mortuorias (las uñas). (Es posible que haya tratado de utilizar su brazo derecho paralizado para espantar a la serpiente, y que la anestesia y parálisis se hayan asociado consecuentemente con la alucinación de la serpiente.) Cuando la culebra se desvaneció, en su terror trató de rezar, pero no pudo hablar: no pudo encontrar ningún idioma en qué hablar, hasta que pensó en unos poemas infantiles en in-

glés y pudo al fin pensar y rezar en esa lengua. El silbato del tren que traía al doctor que esperaban rompió el ensueño. Al día siguiente, en el curso de un juego, tiró un tejo en unos arbustos, y cuando lo fue a recoger una rama torcida le revivió la alucinación de la serpiente, y al instante su brazo derecho se extendió rígidamente. De allí en adelante invariablemente le ocurría lo mismo cuando la alucinación le era recordada por algún objeto con apariencia de serpiente.

Cualquiera puede ya interpretar los simbolismos orales de este ensueño. El terrible pezón maligno y mortal se asocia con la idea de la muerte inminente del padre, con quien Ana se identificaba tanáticamente en esos momentos. Su agresividad repelente a la imagen de la serpiente fue una defensa de la idea de que no gozaba sino de que sufría contra su adaptación infantil inconsciente a la idea de ser devorada. Al final, esta agresividad se internó en ella, creándole parálisis y ansiedad, pero a la vez otra defensa: "Contra una serpiente, yo tengo cinco víboras mortales."

Su logoparesia, al imposibilitarla para hablar, fue una defensa pseudoagresiva del no dar leche al simbolismo materno; agresividad que se le internó causándole angustia. Pero también, a su vez, surgió otra defensa sublime al poder hablar el inglés: "No soy agresiva con mi **imago matris**, al contrario, ved cómo le doy leche a mi institutriz inglesa." Por último, Breuer declaró en el caso de la **Señorita Ana O.**:

He descrito el hecho sorprendente de que desde el comienzo hasta el final de la enfermedad, todos los estímulos surgidos del estado secundario, junto con sus consecuencias, fueron erradicados permanentemente al darles la oportunidad de dicción verbal bajo la hipnosis. Lo que tengo que añadir es la seguridad de que esto no fue invención mía que le haya impuesto al paciente por sugestión. Me tomó completamente por sorpresa, y no fue sino hasta que los síntomas se habían

desvanecido de esta manera, en varios casos, que desarrollé una técnica terapéutica sobre el particular.

En **De la visión y el enigma**, de **Así habló Zaratustra** (1885), Nietzsche plasmó su propio trauma oral: el de su adaptación inconsciente a su deseo de ser dañado por el pezón maligno, simbolizado en una serpiente que lo había penetrado por la boca. Lo interesante de este ensueño es que, además, se observa en él la defensa devorante que explica el complejo de castración. El deseo de devorar el pezón, o de arrancarle la cabeza a la serpiente se proyecta hacia la **imago matris**, que a su vez deviene devorante en la fase oral y castrante en la genital. Este trauma explica la homosexualidad de Nietzsche. Analicemos la visión:

¿A dónde se había ido ahora el enano? ¿Y el portón? ¿Y la araña? ¿Y todo el cuchicheo? ¿Había yo soñado, pues? ¿Me había despertado? De repente me encontré entre peñascos salvajes, solo, abandonado, en el más desierto claro de luna.

¡Pero allí yacía por tierra un hombre! ¡Y allí! El perro saltando, con el pelo erizado, gimiendo — ahora él me veía venir — y entonces aulló de nuevo, gritó: — ¿había yo oído alguna vez a un perro gritar así pidiendo socorro?

Y, en verdad, lo que vi no lo había visto nunca. Vi a un joven pastor retorciéndose, ahogándose, convulso, con el rostro descompuesto, **de cuya boca colgaba una pesada serpiente negra.**

¿Había visto yo alguna vez tanto asco y tanto livido espanto en un solo rostro? Sin duda se había dormido. Y entonces **la serpiente se deslizó en su garganta y se aferraba a ella mordiéndolo.**

Mi mano tiró de la serpiente, tiró y tiró: ¡en vano! No conseguí arrancarla de allí. Entonces se me escapó un grito: **“¡Muerde! ¡Muerde! ¡Arráncale la cabeza! ¡Muerde!”**, este fue el grito que de mí se escapó, mi

horror, mi odio, mi náusea, mi lástima, todas mis cosas buenas y malas gritaban en mí con un solo grito.

¡Vosotros, hombres audaces que me rodeáis!
¡Vosotros, buscadores, indagadores, y quienquiera de vosotros que se haya lanzado con velas astutas a mares inexplorados! ¡Vosotros, que gozáis con enigmas!

¡Resolvedme, pues, el enigma que yo contemplé entonces, interpretadme la visión del más solitario!

Pues fue una visión y una previsión: **¿qué vi yo entonces en símbolo? ¿Y quién es el que algún día tiene que venir a explicarlo?**

¿Quién es el pastor a quien la serpiente se le introdujo en la garganta? ¿Quién es el hombre a quien todas las cosas más pesadas, más negras, se le introducirán así en la garganta?

— Pero el pastor mordió, tal como se lo aconsejó mi grito; ¡dio un buen mordisco! Lejos de sí escupió la cabeza de la serpiente: — y se puso en pie de un salto. —

Ya no pastor, ya no hombre, — ¡un transfigurado, iluminado, que reía! ¡Nunca antes en la tierra había reído hombre alguno como él rió!

Oh hermanos míos, oí una risa que no era risa de hombre, y ahora me devora una sed, un anhelo que nunca se aplaca.

Mi anhelo de esa risa me devora: ¡oh, cómo soporto el vivir aún! ¡Y cómo soportaría el morir ahora!

Así habló Zaratustra.

Comparemos la imagen zoofóbica de Ana O., con la visión de su adaptación inconsciente al deseo de ser envenenada por el pezón maligno que encontramos en el poema **Lo imposible**, de Juana de Ibarbourou (nacida en 1895):

¡Ah si pudiera ser de piedra o cobre
Para no sufrir!
Para que así dejara de fluir
La cisterna salobre
De mi corazón.

Para que así mis ojos se apagaran
Cual dos trozos mojados de carbón.
¡Convertir en metal la greda viva,
La greda miserable y sensitiva
Donde ha hecho nido la **culebra negra**
Y eterna del dolor!
¡Ah! ¡Que mordiera entonces la serpiente!
Riendo le diera como en desafío
Mi corazón helado como mármol de fuente.
¡Mi corazón de cobre
Donde hubiera cesado de fluir
La cisterna salobre!

¡Y en él mi amor a ti ya no sería
Mas que una extraña estalactita fría!

Con el propósito de resolver el enigma de las serpientes de Breuer, Nietzsche y Juana de Ibarbourou, acude en nuestra ayuda el poeta ecuatoriano José Joaquín Silva, quien en su **Sueño número cinco** de su libro **Hombre infinito** (1970), plasmó singularmente los simbolismos resultantes de su trauma oral infantil:

Vibora,
con piel de lágrima,
te retuerces hasta mi garganta,
ondulas en mi sangre,
como si anoche en el circo,
tranquilamente,
ante los alfileres de mil cabezas
me hubiera **tragado una serpiente**.

Cuando me acuesto a pensar
en mi Ser total,
la inmensa boa se mueve,
sus escamas mi entraña hieren,
oigo el silbido ancestral.

Entonces me acaricia
su tierna y doble lengua.
Doble caricia de áspid
me atormenta.

A veces, en el sueño carnoso,
prolongándose en mi cuerpo,
siento al reptil interno,
que por mi húmeda intimidad
se arrastra.

Y pienso que eres tú,
divina sierpe,
enroscada a mi alma.

Un día hablé silentemente,
dije más de una verdad eterna.
Pronto entendí
que era la doble lengua,
la sagrada vertiente
de la serpiente.

En sus crótalos musicales
me escuché
una cristalina noche.
Se deslizó en mi Ser,
reptante invasora armonía,
cascada y luz, sueño verde.
Había trepado al árbol del bien y del mal.

Desde entonces me arrastré.
En tus ojos de anillos letales,
que atraen igual que a la alondra
entre cenagosos matorrales,
yo veo la imagen refractada
como en las aguas de la fuente.
En tus ojos, la serpiente.

Nada me separa
de su frío aliento.
Ni tú, ni el árbol,
ni la manzana pestilente.

En tu abrazo mortal ella me envuelve,
en tus besos capitosos,
en tus muslos anudados a mi cuerpo
yo la veo,
la siento,
trepando a mi simiente,
ondulando,
desgarrándome.
¡La serpiente!

Glándula de recóndito veneno,
mi vida.
Sus rojas fauces secretos destilan,
hincan sus colmillos en la herida.
Hace ella **el amor por la boca**
y pone huevos vírgenes
en la sagrada roca.

Después, en mi lecho,
reptar sin fin
sobre resbalosas ansiedades,
con los ojos borrachos,
incandescentes luminosidades.
Deslizarse suavemente,
extendiendo las dos lenguas para ver.
¿Eres tú o la serpiente?

De esa ternura sólo queda
baba verde,
tal vez una ligera espuma.
La semilla de luz
por mis vértebras desciende,
olor de selva humana
o infinita mordedura
de serpiente.

Cuando reptas a mis pies
sollozando amor,
admiro tus matices de cascabel,
tu paso de seda,
enroscada,
lista para saltar
a mi cuello, tiernamente.

Entonces el espasmo muerdes,
agonizas de amor y miedo,
te retuerces.
Yo te dejo bajar por mi alma
y en el delirio clavar tu diente.
Sí, anoche en el circo,
ante mil cabezas de alfileres
me tragué una serpiente.

Los dedos de la mano derecha de Ana se convirtieron,
durante su alucinación, en viborillas con cabezas mortuorias,

como una defensa desesperada por contener la imagen avanzante de la serpiente negra. Ahora, observemos cómo Juana de Ibarbourou desarrolló la misma defensa, pero en su caso, femeninamente ante una **imago matris** benigna, en su poema **El dulce milagro**:

¿Qué es esto? ¡Prodigio! Mis manos florecen.
Rosas, rosas, rosas a mis dedos crecen.
Mi amante besóme las manos y en ellas,
¡Oh, gracia! brotaron rosas como estrellas.

Y voy por la senda voceando el encanto
Y de dicha alterno sonrisa con llanto
Y bajo el milagro de mi encantamiento
Se aroman de rosas las alas del viento.

Y murmura al verme la gente que pasa:
—¿No véis que está loca? Tornadla a su casa.
¡Dice que en las manos le han nacido rosas
Y las va agitando como mariposas!

¡Ah, pobre la gente que nunca comprende
Un milagro de éstos y que sólo entiende
Que no nacen rosas más que en los rosales
Y que no hay más trigo que el de los trigales!

Que requiere líneas y color y forma
Y que sólo admite realidad por norma.
Que cuando uno dice: —Voy con la dulzura,
De inmediato buscan a la criatura.

Que me digan loca, que en celda me encierren,
Que con siete llaves la puerta me cierren,
Que junto a la puerta pongan un lebrele.
Carcelero rudo, carcelero fiel.

Cantaré lo mismo: —Mis manos florecen,
Rosas, rosas, rosas a mis dedos crecen.
¡Y toda mi celda tendrá la fragancia
De un inmenso ramo de rosas de Francia!

Veamos ahora el primer ensayo del método terapéutico breuerista que hizo Freud. En 1889 comenzó a tratar a una señora de 40 años llamada Emmy de N., caso que para mí

tiene un interés singular, porque demuestra una riquísima variedad de facetas orales y zoofóbicas. Lo interesante del asunto es que todas estas descripciones las hacía la paciente durante un estado somnambúlico, en el que la sumía Freud mediante la técnica hipnótica. Que esta señora sufría los resultados histéricos de una adaptación inconsciente infantil a la idea de ser muerta de hambre, se desprende de lo que dice Freud en **Estudios sobre la histeria** (1895), libro escrito conjuntamente con Breuer:

Un día que fui a visitarla a la hora del almuerzo la sorprendí en el momento en que arrojaba al jardín —donde lo recogieron los hijos del portero— un objeto envuelto en papeles. Interrogada, **confesó que era el postre lo que así tiraba todos los días.** Este descubrimiento me llevó a inspeccionar los demás restos de su almuerzo, comprobando que se lo había dejado casi todo. Preguntada **por qué comía tan poco,** me respondió que no acostumbraba comer más y que le haría daño, pues era lo mismo que su difunto padre, el cual se mantuvo siempre extremadamente sobrio. Al enterarme luego de lo que bebía, me contestó que sólo toleraba **líquidos de cierta consistencia, tales como la leche,** el café, el cacao, etc., y que siempre que bebía agua natural o mineral se le estropeaba el estómago. Todo esto presentaba el sello inconfundible de una elección nerviosa. (...)

Inmediatamente la hipnotizo y le pregunto de nuevo: “¿Por qué no puede usted comer más?”

La respuesta siguió en el acto, y consistió en una serie cronológicamente ordenada de motivos dados en su memoria: **“Siendo niña, me negaba a veces, por puro capricho, a comer la carne que me servían.** Mi madre se mostraba siempre muy severa en tales ocasiones, y como castigo me hacía comer dos horas después lo que me había dejado, sin calentarlo ni cambiarlo de plato. La carne estaba entonces fría y la grasa se había solidificado en derredor ... **(Repugnancia.)**

Emmy exhibía su angustia oral al tartamudear las palabras, y durante la hipnosis reveló la causa oral:

Observando que tartamudeaba un poco, le pregunto nuevamente de qué procede aquel defecto. Silencio. "¿No lo sabe usted?" "No." "¿Por qué?" (**Con violencia y enfado**): "¿Por qué? **Porque no bebo.**" En esta manifestación creo ver un resultado de mis sugerencias; pero en seguida expresa el deseo de ser despertada, y yo accedo a ello.

Su deseo inconsciente de morir, le causaba la conducta temerosa de la muerte; de vez en vez exclamaba:

Tengo miedo; tanto miedo, que me parece que voy a morir.

Apunta Freud:

En la hipnosis me dice que de cuando en cuando tiene aún representaciones angustiosas, tales como las de que sus hijas pueden enfermar y morir prematuramente (...). Durante la noche anterior había tenido también horribles sueños, en los que se veía obligada a amortajar a varios cadáveres y a colocarlos en sus ataúdes (...). Por último, el miedo a ser enterrada viva, tan frecuente en los neurópatas (...). Contra mi esperanza ha dormido poco y mal. La encuentro muy angustiada, pero sin que su angustia se revele con los habituales signos somáticos. No quiere decir lo que le pasa, y manifiesta únicamente haber tenido malos sueños y que continúa viendo las mismas cosas. "¿Qué espanto si de repente adquirieran vida!", dice.

Las pesadillas de esta mujer estaban infestadas de animales por los que sentía una espantosa repulsión. Nos cuenta Freud:

El día 8 de mayo, en mi visita matinal, me relata terroríficas historias de animales, hallándose aparentemente en estado normal. Así, me señala un ejemplar del **Frankfurter Zeitung** y me dice haber leído en él que un muchacho, aprendiz, ha maniatado a un niño y le ha introducido en la boca un ratón blanco, muriendo el niño del susto. Luego me cuenta que el doctor K. ha remitido a Tiflis un cajón lleno de ratas blancas. Una profunda expresión de espanto acompaña sus palabras. Extendiendo hacia mí su mano crispada, exclama repetidamente: "Estése quieto! ¡No me hable! ¡No me toque! ¡Mire que si en mi cama hubiera escondido alguno de esos bichos! . . . (**Espanto.**) ¡Figúrese lo que pasará al abrir el cajón! ¡Entre las ratas hay una muerta, toda ro-í-da!"

En el ejemplo anterior, vemos claramente la angustia de ser penetrada su boca por un pecho blanco asqueroso (el ratón); angustia que es una reacción contra el deseo inconsciente de ser muerta por el pecho maligno que no alimenta sino que devora. Este pecho maligno fue simbolizado en toda suerte de animales repugnantes, como el sapo:

Me cuenta que, teniendo 19 años, alzó una piedra,
y al ver un sapo bajo ella, perdió el habla durante algunas horas.

Recordemos el poema **La rima vacía** de María Eugenia Vaz Ferreira (1880-1966), de su libro **La isla de los cánticos**:

Grito de sapo
llega hasta mí de las nocturnas charcas . . .
la tierra está borrosa y las estrellas
me han vuelto las espaldas.

Grito de sapo, mueca
de la armonía, sin tono, sin eco,
llega hasta mí de las nocturnas charcas . . .

La vaciedad de mi profundo hastío
rima con él el dúo de la nada.

Refirió la paciente:

Estando en el jardín, una rata monstruosa ha saltado de súbito por encima de mi mano.

Prosigue Freud:

Anoche ha descubierto de repente por qué los animales pequeños crecen ante su vista hasta adquirir proporciones gigantescas: la primera vez que vio algo semejante fue en una obra teatral, en la que salía un inmenso lagarto (...) En el baño de salvado prescrito para hoy ha gritado varias veces, pues las partículas de salvado se le antojaban gusanos. Se muestra satisfecha y alegre, pero se interrumpe frecuentemente con gritos inarticulados y gestos de espanto, tartamudeando más que en los últimos días. Ha soñado que andaba sobre un suelo plagado de sanguijuelas (...) Ha tenido sueños horribles. Las patas y los respaldos de las sillas se convertían en serpientes; un monstruo con pico de buitre se arrojaba sobre ella y la devoraba; otras fieras la perseguían.

Freud observó cómo la paciente proyectaba sus devorantes imágenes animales hacia las personas:

La frase: **¡Estése quieto!** se explica por el hecho de que las figuras de animales, que se le aparecen cuando agitada, adquirirían movimiento y se arrojaban sobre ella en cuanto alguien se movía ante su vista.

De esta proyección se deduce su delirio de persecución... evidentemente paranoico:

El miedo a las personas extrañas, en general a todo el mundo, demuestra ser un residuo de la época en la que se vio perseguida por la familia de su marido y creía descubrir en cada desconocido un agente de sus perseguidores.

El fenómeno de la conversión, o sea de la internación somática de sus estados pseudoagresivos psíquicos, los desarrollaba esta paciente con dolores en la pierna derecha o en ambas piernas. Emmy proyectaba la idea del pecho materno a su pierna, como diciendo: "Me siento culpable de haber dañado y muerto a mi marido, y en castigo daño a mi propio pecho: pierna." También pudo haber desarrollado cáncer en los senos. Por último, los rechazos de comida los pagaba con dolores de estómago. Nos dice Freud:

En el curso del diálogo llego a preguntarle por qué ha tenido también dolores de estómago y cuál es el origen de los mismos. Por lo que había observado, estos dolores se le presentaban siempre que tenía un ataque de zoopsia.

En **Psicopatología de la vida cotidiana** (1901), Freud relata el sueño de una de sus pacientes, en el que se observa, a través de una equivocación oral, una regresión en la que veremos la sonaja y el pezón maligno:

Una paciente me relató un sueño que había tenido y que era el siguiente: un niño había decidido matarse, dejándose morder por una serpiente y, en efecto, llevaba a cabo su propósito. La paciente lo vio en su sueño retorcerse convulsionado bajo los efectos del veneno, etcétera. Hice que buscara el enlace que su sueño pudiera tener con sus impresiones de la vigilia, y en el acto recordó que la tarde anterior había asistido a una conferencia de vulgarización sobre el modo de prestar los primeros auxilios a las personas mordidas por reptiles venenosos. En ella oyó que cuando han sido mordidos al mismo tiempo un adulto y un niño, se debe atender primero a este último. Recordaba también las prescripciones aconsejadas para el tratamiento de estos casos por el conferenciante, el cual había insistido sobre la importancia de saber ante todo, por qué clase de serpiente había sido atacado el herido. Al llegar aquí,

interrumpí a mi paciente y le pregunté: “¿Y no dijo el conferenciante que en nuestro país hay muy pocas serpientes venenosas, ni tampoco cuáles de las que de esta clase hay, son las más temibles?” “Sí —respondió—, habló de la serpiente de **cascabel (Klapperschlange)**.” Mi risa le hizo darse cuenta de que había dicho algo equivocado, pero no rectificó el nombre de la serpiente, sustituyéndolo por otro, sino que se limitó a retirarlo, diciendo: **“Es verdad; la serpiente de cascabel no existe en nuestro país, y de lo que el conferenciante habló fue de las víboras. No sé cómo he podido referirme a ese reptil.”** Yo supuse que la aparición de la serpiente de cascabel en la respuesta de mi paciente había obedecido a la intervención de los pensamientos que se hallaban ocultos detrás de su sueño. El suicidio por mordedura de una serpiente no puede apenas ser otra cosa que una alusión a la bella Cleopatra (**Kleopatra**). La amplia analogía de los sonidos de ambas palabras, la común posesión de las letras Kl... p... r en igual orden de prelación y la acentuación en ambas de la letra **a**, deben tenerse muy en cuenta. La favorable relación existente entre los nombres **“serpiente de cascabel” (Klapperschlange)** y **“Cleopatra” (Kleopatra)**, motivó en la paciente una momentánea cohibición de juicio, a consecuencia de la cual, y a pesar de saber ella tan bien como yo que la serpiente de cascabel no pertenecía a la fauna de nuestro país, no halló nada extraña su afirmación de que el conferenciante había expuesto a un público vienés el tratamiento de las mordeduras de dicho reptil. No queremos, en cambio, reprocharle que con igual ligereza admitiese su existencia en Egipto, pues estamos acostumbrados a confundir en un solo montón todo lo extra-europeo y exótico, y yo mismo tuve que pararme a meditar un momento, antes de sentar la afirmación de que la serpiente de cascabel pertenece únicamente a la fauna del Nuevo Mundo.

En el poema **Profesión de fe** del español José L. García,

podemos observar la aceptación del placer inconsciente de ser penetrado por el pezón maligno:

Amo vuestras jóvenes noches
y la verdad de mis figuraciones
el palo el pelo el falo la nostalgia
de dioses y de adioses quién pudiera
hundirse hasta la sombra en vuestros lazos
rosadas redes donde el cieno es luces
Amo las calles y un erecto mar
puertas y labios donde en vano hurgo
espesa lluvia sobre muslos lentos
Amo serpientes dulces la saliva
Amo la huida esquinas con ojeras
relojes vueltos siempre a vuestro acecho
O descansar quisiera y desandar el sueño
y desandar el cuerpo
y el ovillo y el aire y el espejo
Cómo olvidar que donde caigo arden
castrados inocentes entreabiertos
regar los cercos que los perros nadan
Amo la realidad y vuestros brazos
abro lo oscuro y en los pasos miento
amigos a quien amo
que todo lo demás es triste lloro

Un psicólogo me relató un caso que tiene alguna semejanza con el de Ana O., el de una señora de 35 años llamada María A., quien durante parte de su vida padeció ataques histéricos de náuseas y vómitos a los que precedían gases de hedor como de huevo podrido cuando eructaba. Estos ataques (tres a cuatro al año) duraban 4 y 5 días en los que la paciente no toleraba ni agua en el estómago. A los 13 años de edad fue sujeta a un tratamiento hepático con una dieta de 6 meses de duración, con el que mejoró en cuanto a los síntomas; pero sucedió al cabo de este tratamiento, que su médico, torpemente, por ser amigo de la familia y complaciendo a su propio sádico sentido del humor, bromeó e hizo creer a la muchacha durante un lapso de diez minutos, que le iba a extirpar el hígado **ipso facto**, llegando a ordenar a su enfermera que preparase el instrumental para la inter-

vención quirúrgica, con lo que la jovencita sufrió un susto tan grande que es posible que se le haya creado una adaptación traumática, presumiblemente leve puesto que no repercutió en sueños de ansiedad, pero que, sin embargo, le creó un anticuerpo psíquico que paradójicamente pudo haberla aliviado de sus ataques de vómito.

Para adentrarnos en el estudio de este fenómeno, hay que exponer que esta persona tuvo un nacimiento inducido, debido al envenenamiento que sufrió su madre al tratar de suicidarse a los ocho meses de embarazo. El parto, por ser prematuro, fue demorado artificialmente durante dos días y dos noches, por error médico. Cuando nació la criatura, llena de granos en el cuerpo, empezó a ser amamantada por la madre, quien entonces sufría de un serio problema en los riñones debido al envenenamiento, con lo que fácil es comprender que la leche que tenía fue impura y probablemente escasa y amarga durante los primeros días de los noventa que amamantó a la niña.

Aquí estamos ante un caso de **adaptación a la muerte por envenenamiento** con la consiguiente defensa neurótica: "Yo no deseo ser muerta con alimento envenenado; al contrario, lo detesto y lo vomito."

La adaptación traumática creada por la amenaza burlona de la operación del hígado, provocó la siguiente defensa que neutralizó su rechazo alimentario: "Yo no deseo que me extirpen el hígado; al contrario, ya no hay razón para ello puesto que ya no vomito la comida."

Las serpientes negras de Ana O. y de Juana de Ibarbouro, así como las de Emmy N., y el ejemplar blanco de la Storni, son muestras singulares de mi colección, mas haré, además, mención del regalo de bodas que dentro de una caja dirigido especialmente a María A., recibió ésta durante un sueño pocos días antes de efectuar su casamiento; presente que traía el mensaje de que no lo abriese sino hasta el día de su boda. En el sueño no obedeció la sugerencia del recado, y ella abrió en seguida la cajita de madera, en donde halló un áspid vivo, después de lo cual despertó con la impresión suficiente como para recordarlo.

Freud hubiera relacionado, en este caso, el desposorio con el simbolismo sexual de la víbora, pero el asunto es de una sexualidad más profunda: la sexualidad oral en la que el pezón maligno y envenenante hace su aparición simbólica en la víbora que llega como regalo de bodas, precisamente en el momento en que el bebé regresa a su **imago matris**, en que María A. se casa y se hace acreedora a un falo-pezón-envenenante, a una serpiente. En el libro **Poemas amorosos** de Vicente Aleixandre (nacido en 1898), encuentro uno intitulado **Como serpiente**, en que se advierte el terror de ser devorado por el pecho materno:

Miré tus ojos sombríos bajo el cielo apagado.
Tu frente mate con palidez de escama.
Tu obra, donde un borde morado me estremece.
Tu corazón inmóvil como una piedra oscura.

Te estreché la cintura, fría culebra gruesa que en mis
dedos resbala.
Contra mi pecho cálido sentí tu paso lento.
Viscosamente fuiste sólo un instante mía,
y pasaste, pasaste, inexorable y larga.

Te vi después, tus dos ojos brillando
tercamente, tendida sobre el arroyo puro,
beber un cielo inerme, tranquilo, que ofrecía
para tu lengua bífida su virginal destello.

Aún recuerdo ese brillo de tu testa sombría,
negra magia que oculta bajo su crespo acero
la luz nefasta y fría de tus pupilas hondas,
donde un hielo en abismos sin luz subyuga a nadie.

¡A nadie! Sola, aguardas un rostro, otra pupila,
azul, verde, en colores felices que ríen
claramente amorosos bajo la luz del día,
o que revelen dulces la boca para un beso.

Pero no. En ese monte pelado, en esa cumbre
pelada, están los árboles pelados que tú ciñes.
¿Silba tu boca cruda, o silba el viento roto?
¿Ese rayo es la ira de la maldad, o es sólo
el cielo que desposa su fuego con la cima?

¿Esa sombra es tu cuerpo que en la tormenta escapa,
herido de la cólera nocturna, en el relámpago,
o es el grito pelado de la montaña, libre,
libre sin ti y ya monda, que fulminada exulta?

El caso de Ana O. es aún más dramático, pues ella se negaba a hablar en su lengua materna. En María A. se observó la dificultad que tenía en leer el español, lengua ésta de su madre —a pesar de haber residido durante las dos terceras partes de su vida en un país de habla castellana—, actitud ésta de claro rechazo oral que coincide con el odio consciente que por su **imago matris** tenía en la persona de su madre, desde que tuvo uso de razón. Hacia su padre sintió María A. fuerte identificación a pesar de que él sufría de terrible dipsomanía, pero sus deseos inconscientes de muerte hacia él aparecieron después de vigilarlo durante año y medio por su estado depresivo-suicida que lo llevaba de un hospital a otro. Estos deseos inconscientes de muerte hacia su padre emergieron al consciente en forma de terribles angustias, pero no tan graves como las de Ana O. o las de Isabel de R., pues en su caso no se observó una **conversión** a síntomas somáticos autodestructivos, debido a que afortunadamente el padre no murió.

La adaptación inconsciente a ser envenenada por el pecho maligno materno, que le ocasionó los vómitos histéricos a María A. de pequeña, le provocó otro ataque de vómitos, años después, ante la presencia del pene de uno de sus pretendientes: poco tiempo después de haber contraído matrimonio comenzó a sufrir gradualmente de frigidez, hasta rechazar por completo el coito con su marido, al que le llegó a tener aversión sexual, mas no de otra índole. Un sueño indicador de esta aversión es el siguiente: observa en la televisión a un muchacho que orina con el pene puesto en el pico de un pato blanco que pertenece a la hermana de su marido, mujer por la que María A. sentía un odio profundo e incontrolable. La identificación masculina es evidente y normal en las psiconeuróticas. El orinar en el pico del pato es signo inequívoco de rechazo anal al pecho envenenante de su **imago matris** cruel proyectada en su cuñada. Este

cuadro pseudoagresivo le causó la angustia del sueño, y fue un resultado directo de su gozo inconsciente con la idea de ser muerta por el pecho envenenante de su imagen materna.

La serpiente es un símbolo sexual que se encuentra en la mitología de casi todos los pueblos. Ya comparé la teoría berglerista de que la neurosis básica de la humanidad es el masoquismo psíquico, con la clarísima provocación masoquista de Adán-Eva, que tenía el propósito inconsciente de que le echara del Paraíso. La fruta prohibida es un simbolismo oral en el que se observa el precepto o mandamiento que forma el **yo-ideal**, y que al ser desobedecido crea un estado de culpabilidad o de internación de agresividad que puede ser atenuado por el castigo o la penitencia; mecánica ésta perfectamente establecida por la religión. Pero, ¿y la serpiente? Este reptil que incita a Adán-Eva a contravenir el precepto del **yo-ideal**, en mi opinión representa el pezón maligno responsable del fenómeno de la adaptación inconsciente al rechazo; adaptación masoquista oral que incitó a Adán-Eva a comer en forma pseudoagresiva algo que estaba prohibido, con las consecuencias de todos conocidas.

Otro simbolismo serpentino se manifiesta en el caduceo, que tiene su origen en Mesopotamia (4000 a.C.) y que representaba la regeneración de los granos, símbolo oral que también señala fertilidad, sabiduría y curación; las dos serpientes que rodean al caduceo o emergen del suelo, bien pueden referirse a los dos pezones malignos de la madre tierra que, a través de la mecánica mental, son los responsables de las enfermedades. Asclepio, el mitológico médico griego, usaba los símbolos de la serpiente y el gallo para tratar a sus pacientes; el gallo puede representar al pezón que pica o muerde, como la serpiente lo hace con lo que envenena. Ambos simbolismos transmitían un mensaje al inconsciente del enfermo, y se efectuaba una transferencia positiva hacia el médico, quien así ejercía autoridad moral sobre el paciente y éste podía entonces ser sugestionado con facilidad. Otro caso sugestivo lo encontramos en las yerbas medicinales **serpentaria** y **dragontea**, que en sus nombres llevan ya el poder curativo.

Los estudiosos del arte vikingo, podrán aplicar las teorías psicoanalíticas relativas a la zoofobia, al legado estético de aquel pueblo, pues sus ornamentos están pletóricos de simbolismos del terror oral infantil. Analicemos la siguiente información del artículo **Estética vikinga (MD en Español, marzo de 1974)**:

Los broches de las espadas de algunos reyes de las dinastías suecas están decorados con motivos de aves y serpientes. En el centro de un monolito en Klinte (Gotland) aparece una mujer junto a un foso de serpientes.

En el monolito de Volundarkvida se representa un episodio de la **edda**, en el que se observa el pezón agresivo, simbolizado en héroe-pájaro, violar a la hija (boca) y matar a los dos hijos del rey (pechos de la **imago matris**).

En una tumba de Oseberg se encontró la pintura de un barco con la proa en forma de serpiente. Se aprecia que el vikingo pretendía infundir al enemigo el mismo terror que sentía por el pecho maligno.

Sarimmer, el jabalí cuya vida supuestamente se renovaba a diario y que era ingerido comunamente por los guerreros, se antoja un tótem al que se representaba estéticamente en algunos tejidos, donde se ve a una mujer con cabeza de jabalí (**imago matris** devorante), armada con lanzas (pezones agresivos).

Cuando el rey Haroldo de Dinamarca se convirtió al cristianismo hacia el siglo x, mandó erigir un enorme monolito en Jellinge, en una de cuyas caras aparece una bestia atenaceada por una serpiente, con lo cual se demuestra simbólicamente la aceptación cristiano-masquista de dejarse atrapar (los daneses) por la imagen infantil temida (la iglesia católica).

Veamos en este fragmento del **Romance de la penitencia del rey don Rodrigo**, cómo el juglar proyectó su deseo inconsciente de ser devorado el pezón-pene por el pecho maligno (complejo de castración):

El ermitaño ruega á Dios—por si le revelaría
la penitencia que diese—al rey que le convenía.
Fuéle luego revelado,—de parte de Dios, un día,

que le meta en una tumba—con una culebra viva,
y esto tome en penitencia—por el mal que hecho había.
El ermitaño al rey—muy alegre se volvía:
contóselo todo al rey—cómo pasado lo había.
El rey de esto muy gozoso,—luego en obra lo ponía.
Métese como Dios manda—para allí acabar su vida;
el ermitaño, muy santo,—mírale el tercero día.
Dice: —¿Cómo os va, buen rey?—¿vaos bien con la compañía?
—Hasta ahora no me ha tocado—porque Dios no lo querría:
ruega por mí, el ermitaño,—porque acabe bien mi vida.
El ermitaño lloraba,—gran compasión le tenía:
comenzóle á consolar—y esforzar cuanto podía.
Después vuelve el ermitaño—á ver si ya muerto había,
halla que estaba rezando— y que gemía y plañía.
Preguntóle cómo estaba:—Dios es en la ayuda mía,
respondió el buen rey Rodrigo:—la culebra me comía;
cómeme ya por la parte—que todo lo merecía,
por donde fué el principio—de la mi muy gran desdicha.
El ermitaño lo esfuerza,—el buen rey allí moría:
aquí acabó el rey Rodrigo,—al cielo derecho se iba.

Qué feliz hubiera sido Freud si hubiera conocido el poema
Sino sangriento, del español Miguel Hernández (1910-1942),
donde se dan cita el trauma oral, el pezón maligno simbolizado en la serpiente y la adaptación inconsciente a la muerte:

De sangre en sangre vengo,
como el mar de ola en ola;
de color de amapola el alma tengo,
de amapola sin suerte es mi destino,
y llevo de amapola en amapola
a dar en la cornada de mi sino.
Criatura hubo que vino
desde la sementera de la nada,
y vino más de una
bajo el designio de una estrella airada
y en una turbulenta mala luna.

Cayó una pincelada
de ensangrentado pie sobre mi vida,
cayó un planeta de azafrán en celo,
cayó una nube roja enfurecida,
cayó un mar malherido, cayó un cielo.
Vine con un dolor de cuchillada,
me esperaba un cuchillo a mi venida,

me dieron a mamar leche de tuera,
zumo de espada loca y homicida,
y al sol el ojo abrí por vez primera
y lo que vi primero era una herida
y una desgracia era.
Me persigue la sangre, ávida fiera,
desde que fui fundado,
y aun antes de que fuera
proferido, empujado
por mi madre a esta tierra codiciosa
que de los pies me tira y del costado
y cada vez más fuerte, hacia la fosa.
Lucho contra la sangre y me debato
contra tanto zarpazo y tanta vena,
y cada cuerpo que tropiezo y trato
es otro borbotón de sangre, otra cadena.
Aunque leves, los dardos de la avena
aumentan las insignias de mi pecho:
en él se dio al amor a la labranza,
y mi alma de barbecho
hondamente ha surcado
de heridas sin remedio ni esperanza
por las ansias de muerte de su arado.
Todas las herramientas en mi acecho:
el hacha me ha dejado
recónditas señales;
las piedras, los dedos y los días
cavaron en mi cuerpo manantiales,
que sólo se tragaron las arenas
y las melancolías.
Son cada vez más grandes las cadenas,
son cada vez más grandes las serpientes,
más grande y más cruel su poderío,
más grandes sus anillos envolventes,
más grande el corazón, más grande el mío.
En su alcoba poblada de vacío,
donde sólo concurren las visitas,
el picotazo y el color de un cuervo,
un manojo de cartas y pasiones escritas,
un puñado de sangre y una muerte conservo.
¡Ay, sangre fulminante;
ay, trepadora púrpura rugiente,
sentencia a todas horas resonante
bajo el yunque sufrido de mi frente!
La sangre me ha parido y me ha hecho preso,
la sangre me reduce y me agiganta,

un edificio soy de sangre y yeso,
que se derriba él mismo y se levanta
sobre andamios de hueso.
Un albañil de sangre, muerto y rojo,
llueve y cuelga su blusa cada día
en los alrededores de mi ojo,
y cada noche con el alma mía
y hasta con las pestañas lo recojo.
Crece la sangre, agranda
la expansión de sus frondas en mi pecho,
que álamo desbordante se desmanda
y en varios torvos ríos cae deshecho.
Me veo de repente
envuelto en sus coléricos raudales,
y nado contra todos desesperadamente,
como contra un fatal torrente de puñales.
Me arrastra encarnizada su corriente,
me despedaza, me hunde, me atropella;
quiero apartarme de ella a manotazos,
y se me van los brazos detrás de ella,
y se me van las ansias en los brazos.
Me dejaré arrastrar hecho pedazos,
ya que así se lo ordenan a mi vida
la sangre y su marea,
los cuerpos y mi estrella ensangrentada.
Seré una sola y dilatada herida
hasta que dilatadamente sea
un cadáver de espuma: viento y nada.

En Hypnotism today, por Lecron y Bordeaux, me encontré con la prueba que hicieron con sujetos que se volvían casi histéricos ante la presencia de una serpiente. Veamos:

Un experimento, inconcluso pero muy interesante, para producir un acto dañino al sujeto, fue conducido por el profesor Rowlan de la Universidad de Tulsa: éste colocó una víbora de cascabel dentro de un cajón sobre el que situó una cubierta de vidrio no reflejante, casi invisible; la serpiente fue irritada y se enroscó para tratar de morder, sonando nerviosamente su cola. A varios sujetos hipnotizados, uno a la vez, se les sugirió alcanzar y coger a la sierpe, después de habérseles explicado que era genuina. Siguieron la sugestión y con-

fiadamente trataron de alcanzar a la cascabel, mostrándose decepcionados cuando no pudieron penetrar la cubierta de vidrio.

La prueba hubiera sido perfecta si los colmillos de la serpiente hubieran sido removidos y se la hubiera permitido morder, sin el vidrio protector.

Como muchos expertos opinan que nadie puede ser obligado bajo la influencia hipnótica a cometer un acto en contra de su código moral, a menos que se induzca al sujeto en forma indirecta, es menester puntualizar, basados en el experimento de Rowlan, que el deseo de quitarse la vida, o adaptación inconsciente a la idea de morir, pertenece a una esfera inconsciente, diferente de la del **yo-ideal**, o código moral, y que en el momento en que el hipnólogo, quien hace las veces del **superyó**, induce a su paciente neurótico al suicidio, éste no opone resistencia alguna, puesto que ya no se le reprocha su deseo inconsciente de morir para que se defienda viviendo, sino al contrario, el **superyó**, o hipnólogo, le permite quitarse la vida.

Ahora bien, si a estos mismos neuróticos se les hubiera ordenado dispararse una bala a la sien, quizá se hubieran negado (habría que hacer la prueba con balas de salva); pero el hecho de haber aceptado ser envenenados por la víbora, atestigua una vez más a favor de la teoría berglerista, en relación a la adaptación inconsciente infantil al deseo de ser envenenado por el pezón maligno simbolizado en la serpiente.

Es curioso observar cómo estos mismos neuróticos fueron inducidos a echar ácido sulfúrico a la cara del propio Rowlan, con lo que se demuestra que los neuróticos suicidas son sujetos adecuados para cometer crímenes bajo el influjo hipnótico.

En **Psicoterapia de la histeria**, del libro **Estudios sobre la histeria** (1895), Freud relató el caso de una mujer que sufría de dolores abdominales histéricos, a la cual le aplicó el método de concentración poniéndole la mano en la frente, con lo que le vinieron a la mente ciertas visiones:

Ella vio una gran cruz negra, inclinada, rodeada de un halo refulgente y lunar (...) Entonces vio una lagartija gigante a la que examinó detenidamente, pero sin temor; después vio un montón de culebras.

En **La neurosis básica** (1949), relata Bergler el sueño de una histérica que sufría problemas tanáticos de rechazo sexual:

En sueños se le representó el coito de dos serpientes; la serpiente macho le dio vueltas a la serpiente hembra en el aire durante tanto tiempo que la segunda pereció.

Es posible que este simbolismo onírico represente el deseo inconsciente infantil de la paciente (serpiente-hembra) de ser muerta por el pezón maligno de su madre (serpiente macho), que al no darle leche le provocó debilidad y mareo.

De acuerdo con estos descubrimientos, quizá algún psicoanalista angloamericano pueda interpretar la primera caricatura periodística atribuida a Benjamín Franklin: una serpiente cortada en trozos que representaban a las colonias, con un pie que decía: "Unión o muerte", y pueda igualmente relacionar el evidente complejo oral de este sabio con el aludido reptil.

El deseo inconsciente de ser envenenado por el pezón maligno, también explica los síntomas del alcoholismo. Veamos lo expuesto por Armando Fabazza en **MD en Español** (octubre 1974):

La etiología básica del alcoholismo está tan íntimamente entrelazada con factores biológicos, **psicológicos** y culturales, que es menester considerarlo como un mal paradigmático. Inclusive la patofisiología del **delirium tremens**, antiguamente considerado como ejemplo claro y obvio de una reacción de deshabitación, sigue siendo tan problemática como **las zoopsis que experimenta el alcohólico**. De hecho, pocas enfermedades ponen a prueba nuestra ecuanimidad como el alcoholismo.

También existen los maniáticos que se defienden contra su deseo inconsciente de ser muerto por la imagen del pezón materno (serpiente), sublimando sus defensas de ansiedad de manera exhibicionista. De hecho se verifica periódicamente un concurso que consiste en que los competidores deben permanecer encerrados día y noche con varias serpientes. Trevord Kruguer, un sudafricano, permaneció 31 días en compañía de 18 serpientes, superando la marca mundial de 24 días.

El hechicero de una tribu africana, va más allá, metiéndose en la boca las cabezas de las serpientes vivas durante la celebración de un rito, con lo cual impresiona a su gente y favorece las teorías psicoanalíticas de autoagresión oral, y confirma las visiones poéticas de Nietzsche.

Estas teorías también han dado paso a la primera interpretación científica del simbolismo oral del escudo mejicano, interpretación psicoanalítica que tiene varios puntos de coincidencia con la historia del pueblo nahua. Reproduzco la carta que al respecto le dirigí al eminente psiquiatra hispanoargentino Angel Garma, en octubre de 1973:

Distinguido amigo:

Mucho le agradezco su carta del día 25 de septiembre y su magnífico trabajo **La serpiente alada o emplumada, la guarda escalonada y el meandro**.

La serpiente y el pájaro los encuentro frecuentemente en los simbolismos poéticos. Tanto la cabeza de la serpiente como la del pájaro, así como las dos cabezas de las dos lagartijas del sueño de Delboeuf, en **La interpretación de los sueños**, de Freud, son para mí pezones simbólicos que, de acuerdo con Bergler, devoraran, envenenan, muerden, etc., al proyectárseles los temores propios.

La idea del pezón la transfiere el hombre a su pene, ambos se yerguen con el roce; por lo tanto los símbolos fálicos denuncian su origen en la fase oral de succión del pezón materno (o del biberón). Por estas razones,

quedé gratamente sorprendido al observar la relación que encontró usted entre el símbolo de la serpiente y la fase oral, al decir:

“La boca abierta de algunas de estas serpientes, con su lengua a menudo bífida, tiene un simbolismo en relación con angustias oraldigestivas regresivas.”

Es interesante lo que los mayas se imaginaban sobre la creación del hombre, en clara regresión oral, pues, como lo cita usted, aquél fue creado con sangre de serpiente (leche del pezón) llevada por un pájaro (por un pezón que se yergue) y luego amasada con maíz (comida: atole, que seguía a la leche materna).

El simbolismo de la erección lo resuelven los antiguos en el dragón. Gracián en la Crisi IX dice:

“Horrible serpiente, coco de la misma hidra, tan envejecida en el veneno, que le habían nacido alas y se iba convirtiendo en un dragón” (**El Crítico**).

Si pezón equivale a pene, y leche a semen, es lógico, como dice usted que “la sangre de la serpiente representa el semen de los testículos que fue llevada por el pájaro, es decir, por el pene”. En relación a que “el cacto es el simbolismo de un angustiante órgano genital femenino”, tiene semejanza con la idea de la “vagina dentada” que simboliza la defensa contra el deseo inconsciente de ser devorado el pezón, como diciendo: “No gozo en la idea de ser devorado por mi pezón-pene, al contrario, sufro al imaginarme los dientes o las espinas de la boca-vagina.”

Para mí, el escudo de México simboliza la identificación agresiva del indio con el águila que devora a una serpiente-pezones, como una defensa contra el deseo inconsciente de ser devorado por dicho pezón. El nopal representa el desierto o sea la adaptación inconsciente a la muerte por hambre, que sirve de base a la adaptación inconsciente de ser devorado o envenenado por el pezón. El azteca nómada, hambriento en el desierto, se convirtió en agrícola o sedentario; por lo tanto devoró, como un águila, el pezón que muerde de hambre,

proyectado en la serpiente, o sea, superó el temor de morir de hambre al arraigarse definitivamente. La leyenda de que los aztecas deberían de poblar allí donde encontraran dicho símbolo, concuerda con el deseo de todo nómada: vencer a la angustia de pasar hambre. Ahora bien, si los aztecas hubieran encontrado al águila y a la serpiente en la orilla del cráter del Popocatepetl no hubieran radicado allí, por lo tanto, es posible que ese pasaje lo hayan inventado después de haber poblado, como lo hicieron con tantos otros de su historia.

Este deseo lo consigna Borges en su **Zoología fantástica**: “En el **nagananda** (alegoría de las serpientes), drama compuesto por un rey en el siglo VII, Garuda mata y devora una serpiente todos los días...”

Vencer al hambre está simbolizado por todas las religiones en la muerte del dragón. Nos dice Borges: “Una de las hazañas clásicas de los héroes (Hércules, Sigurd, San Miguel, San Jorge) era vencerlo y matarlo. Recordemos que a Alceo se le llamó Hércules —gloria de Hera— hasta después de ahogar a las dos serpientes (los dos pezones dañinos) que mandó Juno para devorarlo. La virgen de Guadalupe es representada, en México, pisando a la serpiente.

En **La óctuple serpiente**, Borges nos regala con otro ejemplo:

“Estas cosas ocurrieron en la montaña que antes se llamó de la Serpiente, y ahora de Ocho Nubes; el ocho, en el Japón, es cifra sagrada y significa **muchos**. El papel moneda en el Japón aún conmemora la muerte de la serpiente.” (También se conmemora esto en la moneda del México actual, aunque inconscientemente.)

Los temores infantiles inconscientes, de ser devorado y envenenado, por lo general, han sido simbolizados en toda suerte de fieras, pero en lo particular en el águila y la serpiente. Nos dice Borges en **El dragón**: “Entre los romanos, el dragón fue insignia de la cohorte, como el águila la de la legión.” Los meshicas tenían guerreros disfrazados de águilas, llamados por Durán

"Caballeros de las Aguilas". Los caballeros del Sol se llamaban "Comendadores del Aguila".

Sócrates en el **Ion** transcribe un pasaje de la **Iliada**, cuando fue atacado el campamento de los helenos, o sea cuando sufrieron el temor de la derrota, del hambre, de la muerte: "Pero detuviéronse indecisos en la orilla del foso, cuando ya se disponían a atravesarlo, por haber aparecido encima de ellos y a su derecha un ave agorera: un águila de alto vuelo, la que llevaba en las garras a un enorme dragón sangriento, vivo, palpitante, y que no había olvidado la lucha, pues encorvándose hacia atrás hirióla en el pecho, cerca del cuello, con lo que el águila penetrada de dolor, dejó caer al dragón en medio de la turba y, chillando, voló con la rapidez del viento."

En el escudo del México actual, se observa a un águila devorando a una serpiente muerta. Viva no puede ser que esté, porque la tiene sujeta el águila con el pico, por la mitad del cuerpo. De estar viva esa serpiente, el águila sería masoquista como el águila homérica, lo que nos da pie para pensar que el realizador proyectó su masoquismo en el escudo. En el blasón original (Durán) la serpiente está viva porque el águila la sujeta con el pico por lo que llamaríamos la nuca y le detiene el cuerpo con una garra.

Hay quienes afirman que la cultura nahua es muda arqueología conocida a través de la cultura hispánica, y tan muerta como la serpiente que se ha grabado en dicho escudo moderno.

Bernardo de Balbuena en su **Grandeza mexicana** (siglo xvii), se olvidó por completo de la serpiente:

¡El prolijo viaje, las quimeras
del principio del águila y la tuna
que trae por armas hoy en sus banderas!

Por último, Santos Chocano reconoció en la nuestra a una serpiente viva aunque fuera para denostarnos, en aquel poema:

Llevas México en tu escudo
 el águila y la serpiente,
 ellos son símbolo mudo
 de tu historia y de tu gente;
 jamás he visto blasón
 que a la verdad más se ciña:
 la serpiente, ¡la traición!
 y el águila, ¡la rapiña!

Los grandes poetas plantean en sus creaciones, aun sin tener conocimiento de nuestro pasado totémico, las fantasías zoofóbicas primitivas; fenómeno singular que puede tener relación con la memoria del **ello**, parte primitiva de la conciencia; mas ya sabemos que tales representaciones obedecen a una reacción angustiosa contra un trauma infantil oral. Veamos **El diablo mundo**, de José de Espronceda (1808-1842):

Vago enjambre de vanos fantasmas
 de formas diversas, de vario color,
 en cabras y sierpes montados y en cuervos,
 y en palos de escobas, con sordo rumor:

Baladros lanzan y aullidos,
 silbos, relinchos, chirridos,
 y en desacordado estrépito,
 el fantástico escuadrón
 mueve horrenda algarabía
 con espantosa armonía
 y horrisona confusión.

Del toro ardiente al mugido
 responde en ronco graznar
 la malhadada corneja,
 y el agorero cantar
 de alguna hechicera vieja;
 el gato bufa y maúlla,
 el lobo erizado aúlla,
 ladra furioso el mastín:
 y ruidos, voces y acentos
 mil se mezclan y confunden,
 y pavor y miedo infunden
 los bramidos de los vientos;
 que al mundo amagan su fin
 en guerra los elementos.

Observemos el poema **La selva y el mar**, de Vicente Aleixandre (1898), en donde se dan cita la formación totémica y el complejo de castración:

Allá por las remotas
luces o aceros aún no usados,
tigres del tamaño del odio,
leones como un corazón hirsuto,
sangre como la tristeza aplacada,
se batan con la **hiena amarilla** que toma la forma del
poniente insaciable.

Oh blancura súbita,
las ojeras violáceas de unos ojos marchitos,
cuando las fieras muestran sus **espadas o dientes**
como latidos de un corazón que casi todo lo ignora,
menos el amor,
al descubierto en los cuellos allá donde la arteria golpea,
donde no se sabe si es el amor o el odio
lo que reluce en los blancos **colmillos**.

Acariciar la fosca melena
mientras se siente la poderosa garra en la tierra,
mientras las raíces de los árboles, temblorosas,
sienten las uñas profundas
como un amor que así invade.

Mirar esos ojos que sólo de noche fulgen,
donde todavía un **cervatillo ya devorado**
luce su diminuta imagen de oro nocturno,
un adiós que centellea de póstuma ternura.

El tigre, el león cazador, el elefante que en sus colmillos
lleva algún suave collar,
la cobra que se parece al amor más ardiente,
el águila que acaricia la **roca como los senos duros**,
el pequeño **escorpión** que con sus pinzas sólo aspira a
oprimir un instante la vida,
la menguada presencia de un cuerpo de hombre que
jamás podrá ser confundido con una selva,
ese piso feliz por el que **viborillas** perspicaces hacen su
nido en la axila del musgo,
mientras la pulcra coccinela
se evade de una hoja de magnolia sedosa...

Todo suena cuando el rumor del bosque siempre virgen
se levanta como dos alas de oro,
élitros, bronce o caracol rotundo,
frente a un mar que jamás confundirá sus espumas con
las ramillas tiernas.

La espera sosegada,
esa esperanza siempre verde,
pájaro, paraíso, fasto de plumas no tocadas,
inventa los ramajes más altos,
donde los **colmillos** de música,
donde las **garras** poderosas, el amor que se clava,
la sangre ardiente que brota de la herida,
no alcanzará, por más que el surtidor se prolongue,
por más que los **pechos entreabiertos** en tierra
proyecten su dolor o su avidez a los cielos azules.

Pájaro de la dicha,
azul pájaro o pluma,
sobre un sordo rumor de fieras solitarias,
del amor o castigo contra los troncos estériles,
frente al mar remotísimo que como la luz se retira.

La catalana Dolores de la Cámara, en su libro **Diálogos con la soledad**, nos ofrece esta visión totémica-zoofóbica, en la cual se advierte la concatenación de las fases oral y anal debidas al trauma infantil:

¿Qué hiciste, hombre, qué hiciste
con el trozo que acarició tu planta
tantas veces mullida,
acogiendo tu cuerpo blandamente
para esculpir tu paz
en los ojos del viento?
Dime, ¿qué hiciste?
Has profanado su verdad más oculta
y vaciado tus letrinas
en su boca expectante
de besos soñados.
Y te volviste lobo
de ojos vidriosos en las noches verdes
para despedazar sus millones de pezones,
manando leche y sangre a raudales
por calles de hambre

sin que pudieran saciarse
tus pequeños hermanos
por ser leche profanada,
leche saturada de baba rabiosa.
Tigre gigante,
tigre espantoso
con cientos de patas y de rabos
y millares de ojos.
Tus zarpazos hirieron el ombligo
hermoso, de madre prolífica,
donde se guarecieron tus primeros tiempos.
Seguiste dándole **zarpazos**
y le hiciste temblar,
convulsionarse en su falda de lágrimas.
Como **gusano**,
anidaste en su intestino;
allí crecieron tus repugnantes vástagos,
multiplicándose,
devorándole las entrañas azules.
Fuiste calmán
y encenagaste el mar
de sus pupilas saltarinas;
nunca más pudo dar
caricias de agua virginal.
Empozoñaste su aliento
con esputos de sangre
de cadáveres.
Heriste su frente,
machacando con rifles
los huesos de tus muertos.
Te volviste partículas
—millones de partículas—
y envenenaste su aire,
árboles frutales,
racimos que colgaban ágiles
de sus miembros dorados.
¿Qué hiciste, hombre,
qué hiciste con el trozo
que acarició tu planta?
Hoy te bamboleas,
muñeco grotesco,
en la noche de **cuchillos**
que tú confeccionaste
minuto por minuto.

a) Gradiva

En el estudio de Freud intitulado **El delirio y los sueños en la "Gradiva" de W. Jensen** (1907), son evidentes los fenómenos orales en la relación erótica entre Hanold y Gradiva. Así lo relata Freud:

A continuación, y para curarlo de un mareo que Hanold dice experimentar, le propone Gradiva partir con él su colación y le ofrece la mitad de un tierno panecillo que lleva envuelto en un papel de seda, comiendo ella la otra mitad con visible apetito. Entre sus rojos y carnosos labios, puede entonces Hanold ver de cerca una hilera de blancos y pequeños dientes.

Aquí se observa el deseo inconsciente de ser devorado el pezón-pene (castrado), deseo que se hará más notable con el siguiente sueño:

Gradiva se halla al sol, y mientras fabricaba, con un largo tallo de hierba, un lazo para cazar a una lagartija (pezón), decía: "Estate quieto un momento. Mi colega tiene razón. Este medio es realmente eficaz, y ella lo ha empleado con éxito."

Prosigue Freud:

Contra este sueño se rebela Hanold aun antes de despertar, pensando que constituye un completo desatino, y se esfuerza por liberarse de él, cosa que al fin consigue con el auxilio de un invisible pájaro que, emitiendo un grito semejante a una risotada, se apodera de la lagartija y se la lleva en el pico.

Veamos ahora, cómo este pájaro devorador que se lleva el pezón (lagartija) de Hanold, representa la **imago matris** de éste, proyectada en Gradiva:

Pero este grito riente ya lo había oído Hanold en una ocasión, al desaparecer Gradiva entre las ruinas.

En una carta que Freud le envió a Jung el 26 de mayo de 1907, explicó por qué no quiso exponer su interpretación fálica en Gradiva:

Tiene razón. He guardado silencio acerca del **pájaro** por razones conocidas de usted: por consideración al editor y al público, o quizá por la posible influencia demoledora, como usted lo prefiera.

Freud también hizo un riguroso estudio de las fantasías oníricas del personaje, del que denuncian su adaptación inconsciente al rechazo. Advirtamos la misoginia de Hanold, descrita por su autor:

El sexo femenino no había sido para él, hasta aquel momento, mas que un concepto expresado en mármol o bronce, sin que jamás hubiese concedido la menor atención a aquellas representantes del mismo que vivían y alentaban en derredor suyo.

Freud, refiriéndose a los sentimientos de Hanold hacia Zoe-Gradiva, dijo:

Sin embargo, un violento anhelo de volverla a ver combatía en su interior con la tendencia a huir de ella.

La adaptación inconsciente que Hanold tenía al maltrato, la observó Freud:

El deseo de ser aprisionado por la amada y someterse a ella —deseo que descubrimos tras de la escena de la caza de la lagartija— es de carácter pasivo y masoquista.

Al serle reprochada a Hanold esta actitud por su consciencia, observó Freud la defensa:

En cambio, al día siguiente golpea el sujeto a la amada como si se hallara dominado por la corriente erótica contraria.

Ahora demostraré con unos cuantos ejemplos que no ha sido solamente W. Jensen quien ha simbolizado el recuerdo del pezón en reptiles saurios. Luis de Góngora (1561-1627), en el romance **A don Pedro de Venegas** plasmó este cuadro:

Sin duda el lagarto rojo,
que os marca la mejor parte
del pecho, cuando perdéis
os da bocados mortales.

Recordemos aquel verso de Ildefonso Manuel Gil:

Trepan las hiedras
del desaliento, y el lagarto inmenso
del desamor resbala en las paredes.

León Felipe (1884-1968), compuso un poema que intituló **Los lagartos**:

Los lagartos representan los territorios casi ya incontrolables del subconsciente (...) Yo le he hecho un

símbolo aquí ahora y he salido en su defensa... Porque yo también soy un lagarto..., el poeta maldito es un lagarto... El emperador de los lagartos.

En **El emperador de los lagartos** dijo:

Porque el sueño es un animal fronterizo como los lagartos...

El sueño es un lagarto.

Vive en la frontera de los grandes peñascos

(...)

la locura también es un lagarto.

(...)

el poema también es un lagarto.

Juana de Ibarbourou (nacida en 1895), en el poema **El nido** de su libro **Raíz salvaje**, plasmó este cuadro:

Mi cama es un roble.
Yo duermo en un árbol,
en un árbol amigo del agua,
del sol y la brisa, del cielo y del musgo,
de **lagartos** de ojuelos dorados
y de orugas de verde esmeralda.

Octavio Paz, mejicano, en su poema **Salamandra**, relaciona el pezón hiriente a su fobia zoológica:

La salamandra es **un lagarto**
Su lengua termina en un **dardo**
Su cola termina en un dardo
Es inasible Es indecible
Reposa sobre brasas
Reina sobre tizones
Si en la llama se esculpe
Su monumento incendia
El fuego es su pasión en su paciencia.

Salamadre

Aguamadre

El ecuatoriano José Joaquín Silva en este poema de su libro **Hombre infinito**, relacionó su zoofobia al trauma oral:

Nuestra substancia es el siniestro,
 más larga que la cola del **lagarto**.
Nos amamantó la loba del miedo.
 Estamos acostumbrados al muerto
 que, fiel, a toda hora nos acompaña.
 Si un día finito
 el más osado astro nos muerde,
 aquí está nuestra carne de granito.

El sacerdote español Antonio Castro y Castro en **Grietas**,
 sublimó su adaptación traumática:

Mujer,
 mujeres de las sombras y de las pesadillas:
 no fracturéis al sol
 como a un tamaño ciego
 con vuestras estaturas heredadas
 de la noche blindada por satanes oscuros
 y el deseo errabundo del vacío
 descuartizado y vivo como una **lagartija**.

¿O es que marchan las sombras
 detrás de vuestros gestos
 arrastradas por hipos y por **garfios**
 que recuerdan **insectos**
 y rabos de reptiles que se ocultan
 en vuestro angosto lloro
 de teas encendidas
 por nombres y pronombres
 de un fracaso en cadena de pañales
 sin hijo, sólo lágrimas?

La mejicana Alicia Reyes, en su diario poético **A solas**,
 también demostró su regresión zoofóbica:

Soy como el fuego
 que nace en las manos
 primitivas
 que guardan un secreto
 de alma desvalida
 ya se doblan los helechos
 ya muere la **lagartija gigante**
 para dejar paso
 a otros seres menos
 deformes.

b) El hombre de las ratas

Este caso de zoomanía reviste una característica muy especial dentro de los anales del psicoanálisis, debido a que Freud conservó los manuscritos preliminares que le sirvieron para redactar su ensayo **Notas para un caso de neurosis obsesiva** (1909). Los manuscritos aludidos fueron después publicados en **Standard edition of the complete psychological works of Sigmund Freud**, bajo el título de **Archivo original del caso** (1955).

Al conservarlas, Freud tuvo la esperanza de que algún día se publicaran las memorias preliminares de este caso, las que no deseó que vieran la luz mientras viviera, porque en varios pasajes, en los que se suscitó el fenómeno de transferencia de su paciente hacia él, aquél se refirió a varios miembros de la familia de Freud de una manera que les hubiera parecido obscena. Sin embargo, el contenido de las notas es de tal importancia científica, que mal hubiera hecho Freud al destruirlas. Se hace, pues, evidente la razón por la cual prefirió que se publicaran estos escritos póstumamente.

Los síntomas histéricos de este paciente no son extraños a la psicopatología, sino más bien comunes a ella: la orden que recibía de cortarse el cuello, su gozo evidente en los entierros, sus sueños y transferencias tanáticas, sus fantasías necrófilas, sus pensamientos de muerte hacia su padre y otras personas, no son sino reacciones defensivas contra su adaptación inconsciente a la idea de morir.

Ahora veamos cómo esta adaptación inconsciente tanática se le formó en su primera infancia, ante el temor de ser muerto de hambre por el pecho de su madre, quien, a su vez, sufría de síntomas neuróticos. Aquí se observa claramente la concatenación histérica vía escasez de leche. Este apego masoquista hacia su madre lo desarrolló posteriormente, permitiendo que ésta le racionara miserablemente el dinero que él había heredado de su padre. Sin embargo, autárquicamente a través de la lectura se defendía el sujeto, Lorenz, de su dependencia maternal, demostrando que se podía procurar leche-palabras prescindiendo de su madre. Cuando leyendo se encontraba con el pasaje de algún personaje con el cual se podía identificar oralmente, sentía la compulsión de darse leche a sí, masturbándose. Se sabe que a los 6 años de edad todavía sufría de enuresis, que es un síntoma oral similar. Este síntoma de mojar la cama, además demuestra una defensa desiderativa en regresar al agua tibia del claustro materno, que es una reacción ante la adaptación inconsciente al nuevo medio, o sea, al aire.

La repetición compulsiva del acto pasivo sufrido por él en la relación oral infantil con su madre, surgía a manera de defensa, rechazándoles el placer en el coito a sus objetos sexuales mediante los síntomas impotentes de eyaculación precoz y aspermia, que consisten respectivamente en dar mala leche y en no dar leche.

El recuerdo de haber tomado mala o poca leche del pecho materno, fue reprimido, convirtiéndose en el placer inconsciente de ser dañado por un pezón que sabe mal, que sabe a mierda, que envenena, que infecta y que se parece a una rata, un pez o un pájaro. Veamos la regresión, en la etapa oral de Lorenz, que informa de su trauma básico:

Hoy se aventuró a tratar el asunto de su madre. Tenía un recuerdo temprano de que estaba ella acostada en el sofá, de que se sentó y se sacó algo amarillo por debajo del vestido y lo puso en una silla. El quiso tocar aquello en esa ocasión, pero recuerda que era algo horrible. Más tarde, la cosa se convirtió en una secre-

ción, y esto condujo a una transferencia hacia todos los miembros femeninos de mi familia [la de Freud] que a su vez se ahogaban en un mar de todo tipo de asquerosas secreciones.

Aquí es menester consignar la imagen regresiva del poema **Nostálgica** del mejicano Manuel José Othón (1858-1906):

Y si quieres que muera poco a poco
tienes pantanos de aguas estancadas...
¡Infiltrame en las venas el mortífero
hálito pestilente de tus aguas! *

La relación del recuerdo del pezón inmundo con el de la imagen de la rata, se hizo patente por las fobias del paciente:

Mas acerca de la sífilis, evidentemente la idea de la sífilis que va royendo y comiendo le había recordado a las ratas.

La defensa angustiosa contra su deseo inconsciente de ser muerto por el pezón maligno se puede notar en el recuerdo del susto más grande que sufrió en su vida:

Cuando tenía menos de seis años, su madre poseía un sombrero con un pájaro disecado que le prestó para jugar. Cuando corría con él en sus manos, se movieron las alas, y aterrado de que el ave hubiera vuelto a la vida, lo arrojó al suelo.

Su recuerdo oral-sexual lo comunicó Lorenz mediante una fantasía de transferencia a Freud, de la imagen zoofóbica de un arenque. Veamos qué dijo al profesor:

Entre dos mujeres —mi esposa y mi madre— un arenque alargado, se extendía del ano de una al de la otra.

La relación entre la imagen zoofóbica y el pezón maligno parece haber quedado establecida. Ahora veamos la con-

• * Compárese, adelante, con el poema de Olga Arias.

xión entre dicha imagen y las heces en el siguiente sueño de Lorenz relatado por Freud:

Una fantasía anal maravillosa. El estaba acostado de espaldas sobre una muchacha (mi hija) y estaba copulando con ella mediante una barra de excremento que colgaba de su ano.

En el poema de Rafael Alberti **Diálogo mudo con un vecino**, se observa una fantasía fálica parecida a las anteriores:

Tú te estabas meando la otra noche
en la Vía Montoro. Tu meada
me persiguió como una larga lengua
hasta mojarme los zapatos...

Si Lorenz estaba adaptado inconscientemente a ser penetrado por un pezón materno que daba mierda, su repetición compulsiva se relacionaba con el trauma original durante la transferencia. Habla Freud:

Varios niños estaban acostados en el suelo; Lorenz se acerca a cada uno y les hace algo en la boca. Uno de ellos, mi hijo (era su hermano que había ingerido excremento cuando tenía dos años), todavía tenía marcas de color café alrededor de su boca y se estaba lamviendo los labios como si lo hiciera por algo delicioso. Un cambio ocurrió: era yo el que se lo estaba haciendo a mi madre.

La defensa compulsiva o pseudoagresiva al desear que las ratas penetraran oralmente a su padre y a su amada, fue rechazada por el **superyó** e internada autoagresivamente. Continúa Freud:

Mientras deseaba que las ratas penetraran a Constantza, tuvo una imagen visual y sensitiva de que una rata le estaba royendo su propio ano.

Hemos visto algunos aspectos relevantes de la transferencia anal y de la repetición compulsiva contraria, todos los cuales obedecen reactivamente a la adaptación incons-

ciente oral. Ahora investiguemos otra variante del complejo oral, la del pezón que da mala o poca leche y provoca un hambre devorante en el niño, creándole, vía proyección, la adaptación inconsciente al deseo de ser devorado por el pecho materno:

Me contó de una experiencia “aterradora” en relación con la historia de las ratas. En una ocasión, antes de enfermarse, mientras visitaba la tumba de su padre, vio a una bestia parecida a una rata cruzando por encima (sin duda era una comadreja de las que allí abundan). En el acto supuso que salía de la tumba y que acababa de saciar su hambre en el cadáver.

El ecuatoriano José Joaquín Silva en su poema **Resumen**, de su libro **Hombre infinito**, relacionó la imagen zoofóbica a la fase anal y a la muerte:

De ojo a ojo hay un muerto,
luz impávida en secreto,
bajo el podrido silencio de la lápida
que roe un infinito de rata,
cuerpo dormido,
entregando su aceite a la lámpara.

En otra transferencia, se advierte la relación de los pezones dañinos (espadas), con el acto devorante. Dice Freud:

El cuerpo de mi madre [la de Freud] estaba desnudo. Dos espadas tenía clavadas en su seno lateralmente, como una decoración —dijo Lorenz después— asemejando a la del cuadro de Lucrecia. La parte inferior del cuerpo y especialmente sus genitales habían sido devorada por mí y por los niños.

El poeta español Miguel Hernández (1910-1942), intuyó el vínculo entre el pezón maligno y el cuchillo:

Con el golpe amarillo, de un letargo
dulce a una ansiosa calentura
mi sangre, que sintió la mordedura
de una punta de seno duro y largo.
(...)

Vine con un dolor de cuchillada,
me esperaba un cuchillo a mi venida,
me dieron a mamar leche de tuera,
zumو de espada loca y homicida.

La mejicana Olga Arias vislumbró también su trauma oral:

Sino fluyó una oscuridad más espesa todavía,
una oscuridad más amarga,
más seca, más agria,
una oscuridad cruel y helada,
sobre la que me lancé, armada
con el puñal de un grito.

Miremos este poema-sueño de Rafael Alberti, en donde existe la defensa reactiva contra su gozo inconsciente de ser devorado por el pecho maligno:

Gatos, gatos y gatos y más gatos
me cercaron la alcoba en que dormía.
Pero gato que entraba no salía,
muerto en las trampas de mis diez zapatos.

Cometí al fin tantos asesinatos,
que en toda Roma ningún gato había,
mas la rata implantó su monarquía,
sometiendo al ratón a sus mandatos.

Y así hallé tal castigo, que no duermo,
helado, inmóvil, solo, mudo enfermo,
viendo agujerearse los rincones.

Condenado a morir viviendo a gatas,
en la noche comido por las ratas
y en el amanecer por los ratones.

La adaptación inconsciente al deseo de ser devorado por el pecho materno deviene, en la etapa fálica, el deseo psíquico de ser devorado el pene, o sea, el del gozo secreto de ser castrado. Entre los cuentos crueles que le contó Lorenz a Freud, está el siguiente:

A su madre la criaron los Rubensky en adopción pero fue tratada cruelmente. Ella contaba que uno de

los muchachos era tan sensible, que cortaba las cabezas a los pollos para endurecerse. Esto, obviamente, era sólo un pretexto que lo excitaba mucho.

Prosigue Freud:

Soñó que fue al dentista a extraerse un diente que le causaba dolor. Aquél le sacó uno que no era el dañado, sino otro que estaba junto, ligeramente cariado. Cuando el diente estaba afuera, se admiró de su gran tamaño.

Contemplemos cómo relaciona Alberti la oralidad a la castración, en su poema **Oyes correr en Roma:**

Oyes correr en Roma eternamente,
en la noche, en el día, a toda hora,
el agua, el agua, el agua corredora
de una fuente, otra fuente y otra fuente.

Arrebatada acústica demente,
infinita insistencia corredora,
cante en lo oscuro, gima bullidora,
es su fija locura ser corriente.

Ría de un ojo, llore de unos senos,
salte de un caracol, de entre la boca
de la más **afilada dentadura**

o de las ingles de unos muslos llenos,
correrá siempre desmandada y loca,
libre y presa y perdida en su locura.

El enlace oral del pezón maligno con el diente lo trata Alberti en **Nocturno tres:**

Clava tu luz en mi nocturno aciago,
afilas mi colmillo retorcido
y no me dejes cariacontecido
a la mitad de tan amargo trago.

La defensa angustiosa contra el deseo inconsciente de ser castrado la desarrolla Alberti en **Nocturno intermedio dos:**

Pasan cosas oscuras hoy: colmillos
hincados hasta el centro de las cejas,
virgos difuntos, calvas vulvas viejas,
desmelenados penes amarillos.*

Admirémonos de esta regresión oral del cubano Pablo Le Riverend, en la que advertiremos todas las características del complejo de castración, como son el puñal-pezón, el temor al devoramiento, la imagen zoofóbica y la adaptación tanática en su verso **Escribir un poema**:

¡Qué de agua debajo de mis puentes
que fugó hacia la nada cuando abrí
la horrible cremallera del pecho ensangrentado
y en secreto mezclóse
la tierra, el agua, la sangre
que saben mucho antes de morir
mi descanso final con blanduras de novia!

Era mi prehistoria peculiar
y entonces repetía: algún día veréis
que soy muerto, un simple muerto
sin lecho ni pisadas que solamente vive
escribiendo poemas; un muerto
a puñaladas roto, a **finas dentelladas**
por finísimas hienas; en mi ceniza herido.
Insepulto; un muerto en el trasfondo
del más allá, de viviente mentira...
Respiro, voy y vengo,
traspuesto todavía...

A propósito, analicemos esta metáfora oral de Fausto:

¡Cómo se agranda en todos los sentidos mi perro de aguas! Empínase con violencia. Esa no es la figura de un perro. ¿Qué fantasma he traído a mi casa? Ya se parece a un hipopótamo de ojos encendidos y **dientes** formidables.

En otra escena habla Mefistófeles al coro de espíritus:

* Recuérdense la "cosa amarilla" de la madre de Lorenz, y el "golpe amarillo" de Miguel Hernández.

Mas, para deshacer el encanto de este umbral, necesito un diente de ratón. No he menester conjurar largo tiempo; ya oigo el ruido que hace uno al correr por aquí, y al punto me escuchará. El señor de ratas, ratones, moscas, ranas, chinches y piojos, te ordena que te aventuras a salir para roer este umbral conforme él lo va punteando con aceite.

Con una imagen materna tan aterradora como la de Lorenz, fácil es comprender su dificultad de regresar a ella mediante el acto repetitivo sexual. En sus sueños, podemos advertir el rechazo que tenía ante dicha imagen:

Se levantó como hipnotizada, se puso detrás de mi silla, su cara pálida, y me abrazó. Era como si tratara de escapar de su abrazo, y como si cada vez que me acariciara la cabeza alguna desgracia le fuera a ocurrir a la dama, algún infortunio en el otro mundo también. Ocurrió automáticamente, como si la desventura aconteciera en el momento de la caricia.

Freud cuenta otro sueño de Lorenz:

Estaba con la dama y ella lo trataba muy bien. El le contó acerca de su idea compulsiva y prohibitiva en relación con las espadas japonesas [pezones malignos], el significado del cual era el de que no podría casarse ni tener actividad sexual con ella.

Dice Freud que Lorenz, en la tarde posterior al rechazo por la dama, tuvo un sueño en el que se advierte el simbolismo oral de la perla (gota de leche), que es un tesoro escondido:

Caminaba por una calle y una perla estaba a mi paso. Me incliné a recogerla pero cada vez que lo hacía, desaparecía. Cada dos o tres pasos adelante volvía a aparecer.

La defensa pseudoagresiva que efectuaba Lorenz contra su adaptación inconsciente al rechazo y la muerte, fue evi-

dente en sus relaciones amorosas con una costurera que trabajó en su casa:

Ella se quejaba de que la gente no la quería, y le pedía a él que le asegurara que la amaba, desesperándose cuando la rechazó secamente. Unas semanas más tarde, ella se tiró por la ventana.

El complejo de inferioridad de Lorenz, no era otra cosa que su adaptación inconsciente infantil al gozo en la pasividad y la indefensión. La defensa contra esta adaptación la desarrolló mediante la conducta megalomaniaca o profética. Veamos cómo reaccionó contra un profesor que, sin quererlo, le había causado una frustración:

¡Ojalá y se muera!, pensó. Quince días después tuvo una pesadilla de la idea de un cadáver, logrando disiparla, pero en la mañana se enteró de que el profesor había sufrido un infarto y que había sido llevado a su cuarto como a la misma hora del sueño. El dice, también, que posee el don de los sueños proféticos.

Observemos en Lorenz las siguientes fantasías de omnipotencia, algunas características edípicas de rescate:

Ella se había casado con un hombre de este tipo [de posición social] que trabajaba en el Gobierno. Lorenz también entró en la misma oficina y escaló a mejores puestos más rápidamente que el marido. En una ocasión éste cometió un acto deshonesto y la dama se echó a los pies de Lorenz implorándole que salvara a su esposo. Aquél prometió ayudarla y la informó que sólo por su amor había entrado al servicio, previendo que tal cosa pudiera suceder. Ahora su misión estaba cumplida, con el marido a salvo, por lo que renunciaría a su trabajo en el Gobierno.

Era Lorenz un "edipo negativo" cuyo amor por las mujeres de baja condición, sus fantasías de rescate, sus gozos inconscientes en el rechazo, sus celos compulsivos e incon-

trolables, pueden contemplarse en el ensayo de Freud, **Sobre un tipo especial de la elección de objeto en el hombre** (1910).

El olfato extraordinario de Lorenz podemos compararlo con el de la visionaria que Freud trató en su trabajo **El sueño y la telepatía** (1922). Su exhibicionismo corporal tiene semejanza con el de Schreber. Los cabellos de su madre que veía como colas de rata se parecen a los cabellos que Ana O. veía como víboras. Enlacemos este último fenómeno con lo que dijo Freud del símbolo mitológico en **La cabeza de Medusa** (1922):

En las obras de arte suele representarse el cabello de la cabeza de la **Medusa, en forma de serpientes, las cuales derivan a su vez del complejo de castración**. Es notable que, a pesar de ser horribles en sí mismas, estas serpientes contribuyan realmente a mitigar el horror, pues sustituyen al pene, cuya ausencia es precisamente la causa de ese horror. He aquí, confirmada, la regla técnica según la cual la multiplicación de los símbolos fálicos significa la castración.

La visión de la cabeza de la Medusa paraliza de terror a quien la contempla, lo petrifica. ¡Una vez más el mismo origen del complejo de castración y la misma transformación del afecto! Quedar rígido significa, efectivamente, la erección, es decir, en la situación de origen ofrece un consuelo al espectador: todavía posee un pene, y el ponerse rígido viene a confirmárselo.

Freud, al estudiar el caso de Lorenz, llegó a encontrar la semejanza simbólica entre la rata, el gusano y el pene. Bergler hubiera añadido el pezón. Cuando el sádico Novak relató el suplicio oriental en que a la víctima se le iban introduciendo en el ano las ratas del recipiente que tenía pegado a las nalgas, movió un "interruptor eléctrico" conectado con el trauma oral inconsciente de Lorenz: el de su terrible recuerdo de los pezones maternos que daban mala leche, que simbolizó en las dos ratas que le penetraron por la boca, de pequeño.

En **Fausto**, de Goethe, en la escena de **La noche de Walpurgis** el autor creó un personaje llamado Proctofantasmista —palabra compuesta de **proktos** (ano) y **phantasma** (visión)— que cesó de sufrir alucinaciones nocturnas debido a una aplicación de sanguijuelas en el ano. Mefistófeles dijo de él:

Ahora se va a sentar en una charca. Esta es la manera que tiene de aliviarse; y cuando las sanguijuelas se regodean en sus posaderas, queda curado de los espíritus y del espíritu.

El rechazo que Goethe sentía por las mujeres, lo aclara Fausto al dar a conocer a Mefistófeles la razón por la cual había dejado marchar a una linda muchacha que lo invitaba a bailar:

¡Ah! En medio del canto, saltó de su boca un ratoncillo colorado.

A lo que contestó Mefistófeles:

¡Brava cosa! No hay que reparar en pelillos. Menos mal que el ratón era gris. ¿Quién hace caso de ello en la hora propicia del amor?

Son innumerables los histéricos que simbolizan su trauma oral infantil en las ratas, así como otros lo hacen con serpientes, pájaros, etc. La leyenda germánica del Flautista de Hamelín, nos informa de este personaje que libró a aquella ciudad de una plaga de ratones mediante una suma convenida que no le fue cubierta. En venganza, tocando otra vez la flauta, se llevó a todos los niños y niñas de Hamelín sin que nunca más se supiera de ellos. En este cuento existe el vínculo entre la muerte, los ratones y los niños, que actúa de manera inconsciente en el ánimo de la gente.

El psicoanalista literario que estudie a Napoleón Bonaparte, quizá pueda utilizar este trabajo para indagar el porqué al gran emperador lo atemorizaban los ratones.

c) Juanito

El Análisis de la fobia de un niño de cinco años (1909), estudio realizado por Freud con la ayuda del padre del niño, es menester mirarlo con mayor detenimiento, a la luz de los descubrimientos de Bergler. Fue tan minucioso este análisis, que hoy nos informa de todos los aspectos orales que, en aquel entonces, pasaron inadvertidos a los analistas. Veamos lo que nos dice Freud en el apéndice de su ensayo:

Hace unos cuantos meses —en la primavera de 1922— se me presentó un joven declarando ser aquel Juanito cuya neurosis infantil había yo descrito en 1909. Su visita me satisfizo mucho, pues dos años después de su análisis lo había perdido de vista y en más de un decenio no había sabido nada de él. La publicación de este primer análisis de un niño había despertado gran interés, y aun más indignación, profetizándose a la pobre criatura toda clase de desdichas por haber sido despojado de su inocencia en edad tan temprana, y víctima de un psicoanálisis.

Pero ninguno de estos anatemas se ha cumplido. Juanito es ahora un apuesto muchacho de diecinueve años. Afirmaba encontrarse muy bien y no padecer tras-

tornos ni inhibiciones de ningún género. No sólo había atravesado la pubertad sin daño alguno, sino que había resistido una de las más duras pruebas a las que podía ser sometida su vida sentimental: **sus padres se habían divorciado** y habían contraído, cada uno por su lado, nuevas nupcias. Juanito vivía solo, pero en buenas relaciones con ambos, y sólo lamentaba que la disolución de la familia lo hubiera separado de su hermana menor, a la que quería mucho.

Juanito me comunicó algo especialmente singular. Tanto, que no me atrevo a arriesgar explicación alguna. Cuando leyó su historial —me dijo—, le había parecido totalmente ajeno a él; no se reconoció ni recordó nada. Sólo cuando llegó a lo del viaje a Gmunden alboró en su memoria la sospecha de que aquel niño pudiera ser él. Así pues, el análisis no había preservado al suceso, de la amnesia, sino que había sucumbido también a ella. Algo parecido sucede, en cuanto a los sueños, a las personas familiarizadas con el psicoanálisis. Las despierta un sueño, deciden analizarlo en el acto, vuelven luego a dormirse satisfechas con el resultado del análisis, y al despertar por la mañana han olvidado el sueño y el análisis.

Observamos en este apéndice, un rasgo común a un sin fin de neuróticos: el deseo inconsciente al rechazo, resuelto, en este caso, vía divorcio. Los padres de Juanito eran ambos neuróticos del mismo grado, pero debido a que las madres desempeñan el papel pasivo en el matrimonio, la neurastenia la sufren de manera más aguda que los maridos. Veamos este rasgo de exhibicionismo anal que refiere el padre:

Le pregunto a mi mujer si Juanito la ha acompañado alguna vez cuando ha ido al retrete. Me dice: —Sí. Muchas veces Juanito me ha dado esa lata, pues insiste hasta que lo dejo entrar. Todos los niños lo hacen.

Freud nos aclara:

Su madre, que enfermó de neurosis a consecuencia de un conflicto psíquico en su adolescencia, había sido tratada por mí en aquella ocasión.

El problema de la madre de Juanito nos demuestra un caso muy frecuente de concatenación neurótica. La presencia del fenómeno de la repetición compulsiva inconsciente informa que esta señora sufría de una adaptación inconsciente al deseo de ser devorado su pezón. La transferencia de la idea del pezón se frustra en la mujer debido a que ésta carece de pene. Veamos, por otra parte, esta amenaza castigadora de la madre al hijo, al sorprenderlo manoseándose el falo:

"Si sigues haciendo eso llamaré al doctor A. para que te corte la cosita; y entonces, ¿con qué vas a hacer pipí?"

Inductivamente se aprecia que esta mujer histérica mal alimentó a Juanito quien, al pasar hambre en la cuna tuvo la compulsión de devorar el pecho materno. Tal compulsión devorativa la proyectó el niño hacia su madre quien, entonces, a sus ojos, se convirtió en una fiera devoradora del pezón. Este temor de ser devorado el pezón por la madre se convirtió en un gozo inconsciente. Esta es, a grandes rasgos, la anatomía psíquica del tan mentado complejo de castración. La defensa compulsiva que ejerció Juanito contra el reproche de su **daimonion**: de que gozaba con la idea de ser devorado su pezón-pene por su **imago matris**, fue de naturaleza zoofóbica, como diciendo: "Yo no gozo en esto, sino al contrario, sufro." Dijo su padre:

En Schoenbrunn le dan miedo [a Juanito] algunos animales del parque zoológico que antes no lo asustaban en absoluto. Así, no consiente en acercarse al departamento de las jirafas, ni tampoco al del elefante que antes lo divertía mucho. Le dan miedo todos los animales grandes; en cambio, los pequeños lo entretienen mucho. De las aves, le da ahora miedo el pelicano.

Prosigue el padre relatando a Freud algunos indicios de la relación entre el caballo y el pecho materno:

El miedo a que un caballo lo muerda en la calle, parece hallarse relacionado en alguna forma con el susto experimentado por la vista de un pene de grandes proporciones. Ya sabe usted, por anteriores anotaciones mías, que Juanito observó, ya en edad muy temprana, el pene desmesurado del caballo, y dedujo, por entonces, que su madre, siendo tan mayor, debía de tener una cosita de hacer pipí como la de un caballo.

En la siguiente exposición del padre se observa en el niño la defensa temerosa contra el deseo inconsciente de ser devorado el pezón-dedo:

Me dice: —Pero los caballos blancos sí muerden. En Gmunden hay un caballo blanco que muerde. Cuando se le ponen delante los dedos, muerde—. (Me extraña que diga **los dedos** en lugar de **la mano**.)

Tuvo una pesadilla Juanito, netamente de carácter oral, relacionada con los pechos maternos. Se advierte que uno de los senos estaba seco. A los pechos les da un simbolismo zoológico, al que ya temía en el parque de Schoenbrunn. Observaremos que proyecta sus gritos de angustia a un seno grande, y que al sentarse sobre otro arrugado, en su fantasía, él significa que se sobrepuso al problema del hambre. Veamos el diálogo entre padre e hijo:

—En la noche —dice el niño— había en mi cuarto una jirafa muy grande y otra toda arrugada, y la grande empezó a gritar porque yo quité de junto a ella a la arrugada. Luego dejó de gritar, y entonces yo me senté en la jirafa arrugada. (...)

—Pues sí —aclara—, a la jirafa arrugada la cogí con las manos.

—¿Y dónde estaba la grande, mientras tanto?

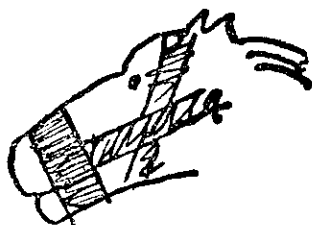
—Un poco más allá.

—¿Qué hiciste con la jirafa arrugada?

—La tuve un rato en las manos hasta que la grande dejó de gritar, y fue cuando la grande dejó de gritar, que me senté encima de la otra.

Otro de los rasgos que demuestra la relación-regresión del pecho materno y el caballo blanco, es la confusión entre el bozal y el corpiño materno:

Yo —continúa el padre— vuelvo a preguntarle cómo es aquella **cosa negra** que los caballos tienen en la boca. Me dice: —Como un bozal—. Lo extraño es que en tres días no hemos visto a ningún caballo en el que haya podido señalarme tal bozal.



La semejanza simbólica entre el recuerdo del pecho materno y el caballo devorador, se puede aclarar si leemos las observaciones que Freud hizo en **Proyecto para una psicología científica** (1895), manuscrito que se encontró entre la correspondencia que le envió a Wilhelm Fliess:

Supongamos, por ejemplo [para tomar el caso del lactante], que la imagen mnemónica deseada sea la del pecho materno con el pezón, vistos de frente, pero que la primera percepción real obtenida de dicho objeto haya sido una visión lateral, sin el pezón. La memoria del niño contendrá entonces una experiencia adquirida casualmente al mamar, según la cual la imagen frontal se convierte en una imagen lateral cuando se realiza un determinado movimiento cefálico. La imagen lateral percibida ahora lo conduce al movimiento de la ca-

beza, y una prueba le demostrará que éste debe efectuarse en sentido inverso, a fin de obtener la percepción de la imagen frontal.

La repetición compulsiva inconsciente, o sea, el hacer en forma activa lo que se sufrió de manera pasiva, nos aclara también el complejo de castración de Juanito:

Desde hace algunos días, Juanito —me ha dicho su padre, relata Freud— juega en casa a ser un caballo: corre de un lado a otro, se cae, patalea y relincha. Se ata un saco pequeño como los que les ponen a los caballos con el pienso. Repetidamente se acerca a mí y me **muerde**. [Compárese con el caso de Arpad en **Tótem y tabú**].

Observemos el siguiente diálogo entre Juanito y su padre, en el que se afirma la relación entre el caballo devorador y la madre del niño:

Juanito: Le pedí [al cochero] que me dejara sacar al caballo para gritarle y pegarle con el látigo. Y me dijo que sí.

(...)

Padre: ¿A quién te gustaría pegarle realmente, a mamá, a Hanna o a mí?

Juanito: A mamá.

A Freud, ante estas declaraciones de Juanito, le fue difícil sostener que el caballo representaba simbólicamente al padre del niño:

En clara conexión con este acto de venganza del pequeño investigador contra su padre surge ahora **la fantasía de golpear y excitar a los caballos**. Esta fantasía muestra también una doble determinación: se apoya, por un lado, en la burla de que acaba de hacer objeto a su padre, y renueva, por otro, oscuros impulsos sádicos referidos a la madre e integrados también, sin

que entonces llegáramos nosotros a descubrirlos, en las fantasías delictivas anteriores. También conscientemente confiesa Juanito **su deseo de pegarle a la madre.**

Otro de los símbolos creados por la mente de Juanito, para representar su imagen materna cruel, fue la del fontanero: artifice que encaña, distribuye y conduce aguas. ¿Podrá encontrarse símbolo de mayor significado oral? Analicemos esta fantasía del pecho maligno, narrada por el padre:

Más tarde me cuenta: —Oye lo que he pensado: estaba en el baño y venía el fontanero y lo destornillaba. Y cogía un destornillador muy grande y me lo clavaba en la barriga.

Indaguemos sobre esta otra fantasía angustiosa de castración:

Ha venido el fontanero con unas tenazas y me ha quitado el trasero y me ha puesto otro; y luego, la cosita.

La fantasía de que el pecho está succionando y drenando, es una proyección de los infructuosos deseos del niño que sufrió de hambre. Luego de erotizarse el temor, la defensa compulsiva será: "Al contrario, yo lo retengo todo." Su padre lo confirma:

Juanito ha padecido desde siempre un estreñimiento pertinaz.

Juanito se manoseaba el pene como una reafirmación de que no era peligroso como el pecho de su madre, y de que no le había sido devorado. Al serle reprimida esta defensa mediante la amenaza real de castración, el niño desarrolló zoofobia, como diciendo: "No es verdad que yo goce en ser castrado por el pecho materno (caballo blanco), ved qué angustia me da." El siguiente ejemplo explica claramente la conducta de Juanito:

El 8 de enero su madre se propone salir con él para ver por sí misma qué le pasa. Quiere llevarlo a Schoenbrunn, lugar que siempre le ha gustado mucho. Juanito no quiere salir, llora de nuevo y tiene miedo. Por fin se convence y sale con su madre; pero en la calle se le advierte visiblemente atemorizado. **Al regresar de Schoenbrunn, y después de mucho resistir, confiesa a su madre la causa de sus temores: "Tenía miedo de que me mordiese un caballo."** (Realmente, su intranquilidad subió de punto en Schoenbrunn, a la vista de un caballo.) Por la noche tuvo un acceso semejante al del día anterior, con ansiosa demanda de "mimo". Intentaron calmarlo, y dijo llorando: "Ya sé que mañana tendré que salir otra vez de paseo." Y luego: "El caballo entrará en mi cuarto."

Ese mismo día le preguntó su madre si cuando estaba en la cama se cogía la cosita. Respondió: **"Sí, todas las noches cuando estoy acostado."**

Al día siguiente, 9 de enero, antes de acostarlo a dormir la siesta, se le advierte que no debe tocarse para nada la cosita. Interrogado sobre ello al despertar, contesta que se la ha cogido un poquito.

Ahora miraremos el asunto desde el denominador común a todos los temores infantiles libidinizados, verbigracia: el deseo inconsciente de ser rechazado. Freud notó la importancia del síntoma:

Comenzamos por averiguar que la aparición del estado de angustia no fue tan repentina como a primera vista pareció. **Varios días antes, Juanito había tenido un sueño de angustia: mamá se había ido, y ya no tenía él con quién "hacer mimitos".** Este sueño es ya indicio de un proceso de represión de sospechosa intensidad.

Los síntomas de agorafobia que sufrió Juanito están relacionados a la defensa pseudoagresiva: "No deseo ser abandonado."

Esto lo advirtió su padre:

Juanito (cuatro años y nueve meses) se levanta hoy llorando. Interrogado por su madre sobre las causas de su llanto, responde: "Mientras dormía he pensado que **te habías ido** y que no tenía ya una mamá que me acariciase."

Trátase, pues, de un sueño de angustia.

Ya este verano, en Gmunden, observé algo análogo. Por las noches, al acostarse, se ponía muy tierno, y una vez aludió a la posibilidad de que su madre se marchara, diciendo: "Cuando no tenga ya mamá . . .", "Si mamá se marcha . . .", o algo parecido, pues no recuerdo exactamente sus palabras. Desgraciadamente, siempre que mostraba tan elegíaco estado de ánimo, su madre, enternecida, lo acogía en su cama. (. . .)

El 7 de enero Juanito sale con su niñera, como de costumbre, para ir a pasear por el parque. Pero una vez en la calle se echa a llorar y pide que lo vuelvan a casa, pues quiere que su madre lo "mime". Interrogado en casa por qué se ha negado a seguir adelante y por qué ha llorado, no quiere decirlo. Hasta la noche se muestra alegre y risueño, como de costumbre. Pero al llegar la noche se ve claramente que tiene miedo, llora y no hay modo de separarlo de su madre. Quiere que lo "mimen" de nuevo. Luego se tranquiliza y duerme bien.

Parece que la madre neurótica de Juanito había afirmado los temores del niño con sus amenazas, pues éste dice:

Cuando te vas, me da miedo de que no vuelvas.

Padre. —¿Te he amenazado acaso alguna vez con no volver?

Tú, no; pero mamá, sí. Mamá me ha dicho que se iría y no volvería. (Probablemente había sido malo y su madre lo había amenazado con irse.)

Comenta el padre:

Se inicia aquí indudablemente algo muy importante. El hecho de que sólo consienta en salir frente a la casa sin alejarse de ella, y que **al primer acceso de angustia dé media vuelta a mitad de camino, tiene su motivación en el miedo a no encontrarnos ya en casa ni a su madre ni a mí, a que nos hallamos marchado.**

El nacimiento de su hermanita también contribuyó al reforzamiento de su trauma oral, mas no fue su causa. Nos dice el padre:

Al venir al mundo su hermanita, el nacimiento le separó de su madre, con la cual venía formando un solo cuerpo, y su angustia actual, que le impide alejarse de las cercanías de la casa, es todavía la que aquella primera **separación traumática** hubo de infundirle.

El deseo inconsciente de ser abandonado, tiene complicaciones de carácter tanático en los casos graves. Con esto se explican ciertos rasgos de la conducta de Juanito. Estudiamos este diálogo con su padre:

Padre. Y cuando en Gmunden paseábamos en barca, ¿no te daba miedo?

Juanito. No, porque me agarraba a la barca y no podía caerme. En el baño, lo que me da miedo es pensar que puedo caerme dentro.

Padre. Cuando te bañas estás siempre con mamá. ¿Es que tienes miedo de que mamá te tire al agua?

Juanito. De que me suelte y me caiga de cabeza al agua.

Luego se refiere el padre a su hijo:

Poco después golpea una losa de la acera con el bastón y me pregunta: "Oye: ¿hay alguien enterrado aquí debajo, o eso es sólo en los cementerios?" Lo preocupa, pues, no sólo el enigma de la vida, sino también el de la muerte.

d) El hombre de los lobos

En **Historia de una neurosis infantil** (1918), analiza Freud el caso del hombre que soñó angustiosamente con lobos blancos, y aunque le dio importancia al problema oral del individuo, no lo relacionó con el temor de ser devorado y por ende castrado, como tampoco con sus obsesiones místicas, sino que derivó su estudio a otros aspectos sexuales posteriores de su infancia. En su relato, Freud comenzó con el de un hecho de carácter oral que le ocurrió al paciente entre el año y medio y los tres años y tres meses de edad:

A la misma época pertenece también un oscuro indicio de una fase en la que el sujeto **no quería comer más que golosinas**, hasta el punto de que se llegó a temer por su salud. Le contaron entonces la historia de un tío suyo que se había negado asimismo a comer y había muerto muy joven, de pura debilidad, y le revelaron igualmente que a los tres meses de edad había estado él tan enfermo (¿de una pulmonía?) que ya le habían hecho una mortaja. **De este modo consiguieron asustarlo hasta que volvió a consentir en comer**, y en años posteriores a su infancia llegó incluso a exagerar en la ingestión de alimentos, para protegerse contra la

muerte. El miedo a la muerte, que por entonces le habían hecho sentir para su bien, apareció luego, nuevamente, cuando la madre trató de preservarlo de la disentería, y provocó más tarde aun un acceso de neurosis obsesiva. Vamos a tratar de descubrir los orígenes de ésta y su significación en épocas posteriores.

A nuestro juicio, **la negativa a comer** integra la significación de un primer acceso de neurosis, de manera que tal perturbación, **la fobia al lobo y la devoción religiosa obsesiva** formarían la serie completa de las enfermedades infantiles que produjeron la disposición al derrumbamiento neurótico en los años posteriores a la pubertad. Se me objetará que son muy pocos los niños que no pasan alguna vez por un periodo de inapetencia o de zoofobia. Pero este argumento me es muy útil. Estoy dispuesto a afirmar que toda neurosis de un adulto se basa en una neurosis infantil que no ha sido suficientemente intensa como para llamar la atención de los familiares y ser reconocida como tal. La importancia teórica de las neurosis infantiles, para la concepción de las enfermedades que tratamos como neurosis y queremos derivar exclusivamente a las influencias en la vida posterior, queda robustecida por tal objeción. **Si nuestro paciente no hubiera mostrado, además de su falta de apetito y su zoofobia, su devoción obsesiva,** su historia no se diferenciaría mucho de la de los demás humanos, y nosotros careceríamos aun de materiales valiosísimos que nos pueden evitar en adelante errores tan fáciles como graves.

En la siguiente exposición, Freud relacionó la oralidad con la sexualidad secundaria y con el temor de devoramiento, pero sin plantear el desarrollo mecánico del problema:

Voy a intentar una revisión sintética de la evolución sexual de mi paciente, partiendo de los más tempranos indicios. **Lo primero que de él averiguamos es la perturbación de su apetito, la cual interpretamos,**

apoyándonos en otros casos, pero con máximas reservas, como el resultado de un proceso de carácter sexual. La primera organización sexual aprehensible es, para nosotros, aquella a la que hemos calificado de "oral" o "caníbal" y en la que la excitación sexual se apoya aún en el instinto de alimentación. No esperaremos hallar manifestaciones directas de esta fase, pero sí indicios de ella en las perturbaciones eventualmente surgidas. La perturbación del instinto de alimentación, que naturalmente puede tener también otras causas, nos demuestra entonces que el organismo no ha podido llegar a dominar la excitación sexual. El fin sexual de esta fase no podía ser más que el canibalismo, la ingestión de alimentos; en nuestro paciente tal fin se exterioriza, por regresión desde una fase superior, en el miedo a ser devorado por el lobo. Este miedo hubimos de traducirlo por el de servir de objeto sexual a su padre. **Sabido es que años posteriores —tratándose de muchachas, en la época de la pubertad o poco después— existe una neurosis que expresa la repulsa sexual por medio de la anorexia, debiendo ser relacionada, por tanto, con esta fase oral de la vida sexual.** En el punto culminante del paroxismo amoroso ("¡Te comería!") y en el trato cariñoso con los niños pequeños, en el cual el adulto se comporta también como un niño, surge de nuevo el fin erótico de la organización oral. Ya hemos expuesto en otra ocasión la hipótesis de que el padre de nuestro paciente acostumbraba dirigir a su hijo tales amenazas humorísticas, jugando con él a ser el lobo o un perro que iba a devorarlo. El paciente confirmó tal sospecha con su singular conducta durante la transferencia. Cuantas veces retrocedía ante las dificultades de la cura, refugiándose en la transferencia, amenazaba con la devoración, y luego con toda serie de malos tratos, lo que constituía tan sólo una expresión de cariño.

En este caso, al igual que en el de Juanito, nos exhibe Freud varios síntomas de base oral:

1) La adaptación a la muerte por hambre, que se observa por la rebeldía del sujeto al no alimentarse.

2) El deseo de devorar el pecho materno, es proyectado a la **imago-matris** que deviene un símbolo animal creando como reacción al deseo inconsciente de ser devorado, la zoofobia:

Los caballos le inspiraban igualmente cierto temor. Cuando veía pegarle a alguno de estos animales, gritaba temeroso, y en una ocasión tuvieron que sacarlo del circo por este mismo motivo. Pero otras veces le era grato imaginar que él mismo le pegaba a un caballo.

3) El deseo inconsciente de ser devorado su pezón-pene, se tornó como reacción, en el temor de ser castrado:

Teniendo cinco años jugaba en el jardín, al lado de mi niñera, hundiendo una **navajita** en la corteza de uno de aquellos nogales, que desempeñaban también un papel en mi sueño. De pronto observé, con terrible sobresalto, **que me había cortado el dedo meñique** de la mano (¿derecha o izquierda?), de tal manera que sólo permanecía sujeto por la piel. No sentía dolor alguno, pero sí un miedo terrible. No me atreví a decirle nada a la niñera, que estaba a pocos pasos de mí; me desplomé en el banco más próximo y permanecí sentado, incapaz de mirarme el dedo. Por último, me tranquilicé, me miré el dedo y vi que no tenía en él herida alguna.

4) El temor de ser drenado por el pecho que no sólo no mana sino que, mediante la proyección, succiona, se convierte en el deseo inconsciente de ser drenado, creando, como defensa, el estreñimiento crónico y la avaricia:

Cuando acudió a mi consulta, se había habituado a las lavativas, que le eran practicadas por uno de sus

criados, y pasaba meses enteros sin defecar espontáneamente ni una sola vez. (...)

A él mismo le parecía enigmática su conducta en otro caso: a la muerte del padre, la fortuna familiar quedó repartida entre su madre y él. **La madre la administraba**, y el propio sujeto reconocía que complacía sus peticiones económicas con irreprochable generosidad. Sin embargo, toda conversación entre ellos sobre cuestiones de dinero terminaba por parte de él con **violentos reproches**, en los que acusaba a su madre de no quererlo, de proponerse ahorrar a costa suya y de desearle la muerte para disponer, independientemente, de todo el dinero. En estas ocasiones la madre proclamaba llorosa su desinterés hasta que su hijo se avergonzaba y afirmaba con toda razón no haber pensado jamás realmente tales cosas de ella, pero con seguridad se repetía la misma escena en la ocasión siguiente.

5) La provocación masoquista, como medio para recibir el castigo anhelado por el inconsciente adaptado al rechazo del alimento, se hace evidente:

Tratábase en ellos [los sueños], en cuanto era posible comprenderlos, de actos agresivos del niño contra su hermana o contra la institutriz, y de enérgicos regaños y castigos recibidos a consecuencia de tales agresiones. (...) Exteriorizando su maldad, obligaba al padre a castigarlo y pegarle, esto es, a procurarle la deseada satisfacción sexual masoquista.

Se encuentran en este caso, como en el de Juanito, otra serie de fenómenos de pseudoagresión antiautoritaria e internación de pseudoagresividad —con los consecuentes estados depresivos y melancólicos—, y fenómenos de carácter anal, derivados todos de la adaptación oral básica.

PARTE III

REVISION DE VARIOS CASOS FREUDIANOS

Es nuestro derecho, sí, y nuestro deber, insistir en nuestras investigaciones sin importar la ganancia inmediata que se logre. El día vendrá --¿dónde y cuándo?, no sabemos-- en que todo conocimiento, por pequeño que sea, será convertido en poder y en fuerza terapéutica.

Segismundo Freud
**Introducción general al
psicoanálisis (1915-1917).**

a) Dora

El hecho de que Freud declarase que no comprendía del todo la conducta femenina, no obsta para que haya sido el ser humano que más se adentró en el estudio de la misma, ya que tal conducta no difiere esencialmente de la masculina. Comprobemos este aserto mediante la disección psíquica de Dora, una paciente austriaca de 18 años de edad, que sufría de una serie de síntomas histéricos y cuyo caso clínico consignó Freud en **Análisis fragmentario de una histeria** (1905). La **imago matris** de Dora se puede inducir que fue cruel, debido al hecho principal de que sus padres eran neuróticos obsesivos:

Trataba secamente a su padre y no se entendía ya ni poco ni mucho con su madre.

La imagen cruel de su infancia se formó por un trauma sufrido por la falta de alimentación adecuada, el cual se erotizó creándole la adaptación inconsciente a la muerte por hambre. Esta aseveración se induce de los síntomas de enuresis (mojar la cama) y de flujo vaginal blanco que padecía. La defensa es: "Yo no deseo pasar sed; al contrario, me doy mi propio líquido."

La escasez de leche materna puede ir unida al mal sabor de la misma, hecho que da paso a la adaptación inconsciente al deseo de ser envenenado por el pecho materno. Esto se induce por los vómitos histéricos de Dora, con lo cual demostraba: "Yo no deseo ser envenenada, al contrario, rechazo la comida." (Analogía con Ana O. y con la mujer vidente.)

La imagen del pecho materno envenenante, la desplazan las histéricas al pene; razón por la cual sufren asco al verlo, tocarlo, sentirlo, o al ser penetradas por el mismo. Dora, al ser besada y abrazada por su pretendiente, a la edad de 14 años, sintió la presión del miembro en erección contra su cuerpo, lo que le provocó violenta repugnancia y náusea.

Freud informó de varios casos parecidos al de Dora cuyos contenidos de repugnancia oral sexual son los mismos. (Analogía con la mujer vidente.)

Como otros síntomas de rechazo oral, se observan en Dora sus accesos de afonía que a su vez eran reprochados por el **superyó** provocando su escritura compulsiva: "No es verdad que te rechace el sonido de mi voz porque me abandonas, al contrario, te doy escritura (leche)." (Ana O. sufría de afonía también.)

Las personas con problemas traumáticos orales suelen tener, obviamente, la adaptación inconsciente al deseo de ser abandonadas. Nos dice Freud:

Ya hemos visto que la enuresis se prolongó casi hasta el primer acceso de disnea. Ahora bien, lo único que la sujeto supo aportar para la aclaración de este primer acceso, fue que en aquellos días su padre había salido de viaje por vez primera después de su grave enfermedad.

El bebé que es abandonado por la madre, perece, por lo cual el abandono está asociado con la muerte. Dora estaba adaptada inconscientemente a la idea de ser abandonada y muerta. Su sueño es defensivo al imaginar la muerte paterna:

Encuentro una carta de mi madre. Me dice que habiendo yo abandonado el hogar familiar, sin su consentimiento, no había ella querido escribirme antes para comunicarme que mi padre estaba enfermo. "Ahora ha muerto —me dice—, y si quieres puedes venir." (...) Entro en la portería y pregunto cuál es nuestro piso. La criada me abre la puerta y me contesta: "Su madre y los demás están ya en el cementerio."

Una persona adaptada inconscientemente a la muerte se autocastiga con enfermedades constantemente, y en momentos críticos se suicida, o por lo menos lo intenta como Dora. También los desmayos y los ataques epilépticos suelen ser síntomas dramáticos reactivos contra la adaptación tanática inconsciente. Ahora bien, si cuando el adulto elige su objeto sexual no hace otra cosa que regresar a su **imago matris**, ¿qué clase de objeto sexual puede elegir un histérico cuya **imago matris** suele ser una imagen hambreadora, castrante, devorante, envenenante, y en resumen: asesina? La respuesta es obvia: no puede existir un regreso a la imagen materna a menos de que ésta posea los defectos enumerados antes. Aquí está la razón de los matrimonios turbulentos y rechazantes que conciertan los neuróticos. Mas existe otra salida para el histérico, la homosexualidad, con la cual se defiende: "No gozo en el regreso a una madre asesina, al contrario, mi propio sexo no me puede hacer daño." Freud captó la velada homosexualidad de Dora gracias a la presencia de la amante de su padre. Era una homosexualidad vía Edipo:

No creo, pues, errar al suponer que en la idea predominante de Dora, la de las relaciones ilícitas de su padre con la mujer de K., estaba destinada no sólo a reprimir su amor, antes consciente, hacia aquel hombre, sino también a encubrir su amor inconsciente a la mujer de K., en el sentido más profundo.

En efecto, Dora había desarrollado una relación homosexual con la señora K., incluso a través del marido de esta última, al permitir que éste la pretendiera:

Averigüé entonces que entre la joven casada y la tierna adolescente había subsistido durante años enteros una estrecha y confiada amistad. Durante las temporadas que Dora pasaba en casa de los K., compartía con la esposa el lecho conyugal, del cual quedaba temporalmente desterrado el marido. En todas las dificultades de la vida matrimonial de la pareja había sido confidente y consejera de la mujer, la que no tenía para Dora secreto alguno. Medea consentía gustosa en que Kreusa se ganase el cariño de sus hijos y no hizo nada para estorbar las relaciones de ésta con el padre de los mismos.

b) Leonardo

En 1910, en su **Psicoanálisis literario, un recuerdo infantil de Leonardo de Vinci**, desarrolló Freud una serie de reflexiones sobre la oralidad en relación con la homosexualidad del genio renacentista, cuyo recuerdo de su época de lactancia fue el siguiente:

Parece como si me hallara predestinado a ocuparme tan ampliamente del buitre, pues uno de los primeros recuerdos de mi infancia es el de que, hallándome en la cuna, se me acercó uno de estos animales, me abrió la boca con su cola y me golpeó con ella, repetidamente, entre los labios.*

En este estudio, Freud sienta las bases orales sobre las que, hasta hoy, descansa la terapia de la homosexualidad. En primer lugar confirmó la relación simbólica entre falo y pezón al explicar la regresión infantil del **fellatio**:

* Aparentemente hubo una confusión en el significado de la palabra "nibio", escrita por Leonardo, la que se tradujo por buitre en lugar de papalote. Mas esta equivocación no merma el significado del recuerdo de la agresión oral que sufrió en su infancia el genio de Vinci. Un objeto puntiagudo que se yergue o se eleva y que penetra en la boca puede ser un símbolo del pecho materno agresivo.

La investigación nos muestra también que esta situación, tan implacablemente condenada, tiene un origen inocentísimo. No es sino la transformación de otra en la que todos nos hemos sentidos felices y contentos; esto es, de aquella en la que siendo niños de pecho ("essendo io in culla") tomábamos en la boca el pezón de la madre o de la nodriza y chupábamos de él.

En segundo lugar, Freud relacionó el trauma sexual de Leonardo con su fantasía del buitre:

Comprendemos ahora por qué transfiere Leonardo el supuesto suceso del buitre a la época de su lactancia. Detrás de la fantasía no se esconde otra cosa que una reminiscencia del acto de mamar del seno materno o ser amantado por la madre, bella escena humana que Leonardo, como tantos otros pintores, reprodujo en sus cuadros de la Virgen con el Niño. De todos modos, nos resulta aún incomprensible que esta reminiscencia, de igual importancia en ambos sexos, quedase transformada por Leonardo en una fantasía homosexual pasiva. **Mas por el momento, queremos prescindir de investigar la relación que puede unir la homosexualidad con el acto de mamar del pecho materno,** y nos limitaremos a recordar que la tradición considera a Leonardo, realmente, como un hombre de sentimientos homosexuales.

En tercer lugar, observó Freud la semejanza simbólica entre el buitre y la madre de Leonardo:

Es otro rasgo incomprensible de la fantasía infantil de Leonardo el que atrae, ante todo, nuestra atención. Interpretamos la fantasía como una simbolización del acto de ser amantado por la madre, y encontramos sustituida a ésta por un buitre. ¿De dónde procede este animal y cómo aparece intuido en el lugar en el que lo hallamos?

Consigna Freud, al respecto, el enigma de la diosa egipcia Mut:

Los egipcios adoraban, asimismo, a una divinidad materna con cabeza de buitre o con varias cabezas, de las cuales una por lo menos era de buitre (...) Nos interesa también averiguar de qué manera llegaron los antiguos egipcios a elegir al buitre como símbolo de la maternidad (...) Casi todas las imágenes de Mut, la divinidad maternal de cabeza de buitre, aparecen provistas de un falo, y su cuerpo, al que los senos caracterizan como femenino, mostraba también un pene en erección. Así pues, hallamos en la diosa Mut la misma unión de caracteres maternos y masculinos que comprobamos en la fantasía de Leonardo.

En cuarto lugar, relaciona Freud la homosexualidad de Leonardo con las relaciones sexuales infantiles con su madre, o sea con la reminiscencia del acto de mamar el seno materno o ser amamantado por ella:

Resultaría así que la vida erótica de Leonardo pertenecía realmente al tipo de homosexualidad cuya evolución psíquica conseguimos antes descubrir. La aparición de la situación homosexual en su fantasía del buitre se nos haría entonces comprensible, pues no significaría sino lo que antes hemos afirmado con respecto a dicho tipo, y su traducción sería la siguiente: por mi relación erótica con mi madre he llegado a ser un homosexual.

En quinto lugar, Freud quiso acercarse a la razón por la que Leonardo figuró a su madre como un buitre:

Sadger hace resaltar que las madres de sus pacientes homosexuales eran en muchos casos mujeres hombrunas, de enérgico carácter, y podían desplazar al padre de su lugar en la vida familiar o sustituirlo.

En otro pasaje leemos:

El apasionado cariño de su madre le fue fatal, determinando su destino y las privaciones que había de sufrir. La violencia de las caricias maternas, al ser transparentadas en la fantasía del buitre, era una representación hartamente natural.

Claro está que Freud le dio una importancia extraordinaria a las desmedidas caricias que imaginó que la madre de Leonardo le daba a éste, al que como supuesta consecuencia le provocaron su homosexualidad; mas esta desviación no aminora las observaciones en torno a la oralidad del genio de Vinci. En efecto, Leonardo tenía una **imago matris** violenta, a la que difícilmente podía regresar mediante la selección de objeto femenino. Un buitre es un ave de rapiña que en los simbolismos inconscientes representa una **imago matris** asesina; imagen responsable de la adaptación inconsciente infantil a la idea de ser muerto. Este fenómeno, en relación al homosexual, lo vio Freud:

Cuando parece perseguir con ardiente amor a otros muchachos, lo que hace es huir de las mujeres.

Bergler abundó sobre la conducta del homosexual en **Basic neurosis** (1949):

Estas personas están tan disgustadas con el pecho frustrante o sus sustitutos, que descartan al sexo decepcionante: las mujeres.

En **Análisis de la fobia de un niño de cinco años** (1909), Freud observó la extraordinaria importancia que el homosexual masculino le da al pene, órgano sustitutivo del pezón materno:

En los sujetos ulteriormente **homosexuales** que, según una hipótesis mía y las observaciones de J. Sadger, pasan todos en su infancia por una fase **anfígena**, hallamos igual **preponderancia infantil de la zona ge-**

nital, y muy especialmente del pene. Precisamente esta elevada estimación del miembro viril es la fatalidad de los homosexuales. En su infancia eligen a la mujer como objeto sexual mientras presuponen también **en ella la existencia de aquel órgano, que juzgan indispensable**, y luego, cuando se convencen de que la mujer les ha engañado en este punto, les resulta ya inaceptable como tal objeto. No pueden prescindir del pene en la persona que haya de incitarlos al comercio sexual, y en el caso más favorable fijan su libido en "la mujer provista de pene"; esto es, **en el adolescente de apariencia femenina**. Los homosexuales son, pues, personas a quienes la importancia erógena de su propio órgano genital no consiente prescindir, en su objeto sexual, de tal coincidencia con la propia persona. En la evolución desde el autoerotismo al amor a un objeto, han quedado fijados en un punto más próximo al autoerotismo.

Y para que no quede la menor duda de que los poetas intuyen en sus momentos de éxtasis e inspiración todo lo que el psicoanalista ha descubierto en la clínica, miremos con detenimiento este fragmento del poema **Imitación de Petrarca**, de Fray Luis de León (1527-1591), en donde encontraremos la adaptación autoagresiva oral y el pezón maligno simbolizado en la metamorfosis de un pájaro:

Entré, que no debiera;
hallé por paraíso cárcel fiera.
Cercada de frescura,
más clara que el cristal hallé una fuente
en un lugar secreto y deleitoso;
de entre una peña dura
nacía, y murmurando dulcemente
con su correr hacia el campo hermoso.
Yo, todo deseoso,
lancéme por beber, ¡ay, triste y ciego!
Bebí por agua fresca, ardiente fuego;
y por mayor dolor el cristalino
curso mudó el camino,
que es causa que muriendo
agora viva en sed, y pena ardiendo.

De blanco y colorado
 una paloma, y de oro matizada,
 la más bella y más blanca que se vido,
 me vino mansa al lado,
 cual una de las dos por quien guiada
 la rueda es de quien reina en Pafo y Gnido.
 ¡Ay! Yo de amor vencido,
 en el seno la puse, y al instante
 el pico en mí lanzó cruel, tajante,
 y me robó del pecho el alma y vida;
 y luego, convertida
 en águila, alzó el vuelo;
 quedé merced pidiendo yo en el suelo.

Veamos este romance de doña Alda, del siglo xv:

Un sueño soñé, doncellas,
 que me ha dado gran pesar:
 que me veía en un monte
 en un desierto lugar:
 do so los montes muy altos,
 un azor vide volar,
 tras dél viene una aguililla
 que lo ahinca muy mal.

El azor con grande cuita
 metióse so mi brial;
 el aguililla con gran ira
 de allí lo iba a sacar;
 con las uñas lo despluma,
 con el pico lo deshaz.

Observemos el poema **Ursinar**, del siglo xii a.C., del bar-
 do hindú Viasa:

Perseguida la tímida paloma
 por un buitre, volaba, y en el seno
 del monarca Ursinar halló refugio.
 —Siempre fuiste, señor, entre los reyes
 dechado de justicia —dijo el buitre—:
 ¿Por qué en mi daño la justicia olvidas?
 Mi prescrito alimento no me robes.
 Me aflige el hambre: tu deber no cumples
 si mi comida en tu poder retienes.

En el caso de Leonardo, no es el pico el que se introduce en su boca, sino la cola del buitre; mas consideremos que este recuerdo infantil emanó a su consciente como una defensa contra su deseo inconsciente de ser devorado por el pecho materno, defensa que pudo ser: "No, yo no deseo ser devorado por el pico del buitre, al contrario, éste sólo me introduce en la boca su inofensiva cola." Recordemos el segundo ejemplo del sueño de una paciente de Otto Rank, que ya consigné en el capítulo **Sobre los sueños**, en el que, refiriéndose simbólicamente al pezón dañino, se dice:

Uno de estos pájaros, ya crecidos, viene a posarse en mi mano, y yo juego con él, pero me hiere en un dedo con un pincho en forma de cola o de pico.

Ahora contemplemos este poema intitulado **Lustral**, del boliviano Ricardo Jaimes Freire, en el que observaremos su **imago matris** criminal, presente durante una alucinación paranoica:

Llamé una vez a la visión,
y vino.
Y era pálida y triste, y sus pupilas
ardían como hogueras de martirios.
Y era su boca como un ave negra,
de negras alas.
En sus largos rizos
había espinas; en su frente, arrugas.
Tiritaba.
Y me dijo:
—¿Me amas aún?

Sobre sus negros labios
posé los míos;
en sus ojos de fuego hundi mis ojos,
y acaricié la zarza de sus rizos.
Y uní mi pecho al suyo, y en su frente
apoyé mi cabeza.
Y sentí el frío
que me llegaba al corazón, y el fuego
en los ojos.
Entonces,
se emblanqueció mi vida como un lirio.

Si al complejo oral de Leonardo se le añade el hecho de que fue arrancado de la vera de su humilde madre a la edad de tres años, para ser llevado a casa de su padre y su madrastra, se comprenderá, aún mejor, su adaptación inconsciente al rechazo materno, pues a esa edad pudo haber creído que su madre lo abandonaba. Bergler en su ensayo **La estructura de cinco capas de la sublimación** (1945), comentó lo siguiente:

La homosexualidad de Leonardo denunciaba su regresión oral, lo que consignó crípticamente Freud en su estudio. En otras palabras, Leonardo sufría de un conflicto de agresividad preedípica hacia su madre, lo que le provocaba el mecanismo de defensa de la homosexualidad. En la pintura de sus vírgenes no expresó una continuación directa del amor materno sino una negación defensiva de la falta de amor. La sublimación no representó a la madre amante sino la defensa contra la odiosa y dañina madre, hacia la cual tenía un apego masoquista y cuya agresión trató de nulificar porque era una herida a su narcisismo. Manifestó odio a su madre a través de su homosexualidad —la que se acercaba a su estado consciente— y restituía su narcisismo mortificado en las vírgenes que amaban a sus hijos. A la vez, al evitar el supuesto odio de su madre y al sublimar su defensa secundaria, negaba su propio apego masoquista hacia aquélla.

El deseo inconsciente de ser rechazado lo observó Bergler y lo consignó en **Basic neurosis** (1949):

Mi experiencia me demuestra que para los homosexuales no existe un padre o pariente amados, puesto que estos pacientes están llenos de un terrible odio inconsciente hacia dichos familiares; odio solamente comparable al de sus propias tendencias autodestructivas.

El cuadro oral de Leonardo lo siguen proyectando los

poetas a través de las edades; examinemos el poema **La caída**, de la uruguaya Elena Eyras:

Llevaba los cabellos impregnados
de una suave y fragante primavera.
Alas para volar le habían brotado
de su tallo sutil de ave ligera.

Sus manos, cual dos rosas tempraneras,
portaban sin temor el más preciado
cristal de ensueño del vaso sagrado,
pleno de luz y gloria de una espera.

En sus labios de sangre palpitante
una caricia de pasión nacía.
Era la mujer niña que anhelante
vislumbraba la luz de un nuevo día.

Y plena de candor y de pureza
de pronto descubrió que muy distante
la hechizó con su encanto y su belleza
una estrella de brillo deslumbrante.

Quiso echar a volar; mas ignorando
que unas malignas aves destructoras
cruzaban su camino, interceptando
su encuentro con la estrella promisor.

De pronto cayó en tierra, y ya destruido
el vaso de la luz y de la espera,
aquel fino cristal al fin partido,
le hirió los labios con herida fiera.

Manó la sangre de la dulce boca
y aquel ser, presintiendo su agonía,
sin saber el porqué de su derrota
ayuda a las culpables les pedía.

Mas las funestas aves, presintiendo
que aún la niña tal vez vivir pudiera,
se acercaron a aquella que muriendo
por caridad clemencia les pidiera.

Y con sus picos fieros y encorvados
dieron a la inocente feroz suerte
hasta que sólo el cuerpo ensangrentado
fue un despojo, retazo de la muerte.

c) Schreber

Uno de los fenómenos conduccionales que más han preocupado a los pensadores de todas las épocas, es aquel al que se le ha denominado megalomanía o sentimientos de grandeza; síntoma éste emparentado con el del temor de persecución y el del misticismo, en sus fases alucinantes y delirantes, y con la identificación feminoide en el hombre y masculinoide en la mujer.

Toda esta estructura de rasgos neuróticos ha sido estudiada por el psicoanálisis bajo el nombre de **paranoia**, debido a que una misma persona suele sufrir con diversos síntomas a la vez; razón por la cual es menester investigar los rasgos orales de dicha estructura, para poder encontrar la causa que origina tales síntomas psicopatológicos. En **Nuevas observaciones sobre las neuropsicosis de defensa** (1896), Freud consigna el caso de una señora casada hacía tres años, quien seis meses después del nacimiento de su hijo evidenció los primeros síntomas de la enfermedad:

Se volvió huraña y suspicaz, demostrando aversión hacia las relaciones sociales con los parientes de su marido (...). Se quejaba de que la observaban, que sus pensamientos eran adivinados, y de que todo lo que

ocurría en su casa era sabido fuera (...) Como evadía todas las relaciones sociales y tomaba muy poco alimento, estando muy deprimida, fue enviada en el verano de 1895 a un instituto hidroterapéutico (...) Ella entonces empezó a ver escenas que la asustaron: alucinaciones de desnudez femenina, especialmente de un regazo desnudo y velludo; ocasionalmente veía genitales masculinos (...) Empezaron o molestarla voces que no reconocía ni se explicaba. En la calle escuchaba: "Esta es la señora P.: allí va; ¿a dónde va?" Todos sus actos eran comentados. Ocasionalmente oía amenazas y reproches (...) También declaró que experimentaba náuseas al pensar en comida.

Advierte Freud una diferencia sintomática de la paranoia, en lo referente a las fantasías histéricas, en su ensayo **Fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad** (1908):

En muchachas y mujeres ya hechas parecen ser de naturaleza erótica, mientras en los hombres son de naturaleza erótica o ambiciosa.

En **Notas psicoanalíticas sobre una narración autobiográfica de un caso de paranoia**, escrito por Freud en 1911, se confirman los rasgos neuróticos orales del doctor Schreber en sus delirios:

Tenía la convicción de ser objeto exclusivo de milagros divinos, y con ello el hombre más singular que nunca había vivido sobre la tierra. Desde hacía muchos años experimentaba a cada hora y a cada minuto tales milagros en su propio cuerpo, y los comprobaba también a su vez, **por las voces que con él hablaban**. En los primeros años de su enfermedad había sufrido, en distintos órganos de su cuerpo, modificaciones que habrían acarreado la muerte a cualquier otro individuo: **había vivido mucho tiempo sin estómago, sin intestinos**, casi sin pulmones, con el tubo digestivo desgarrado, sin

vejiga o con las costillas destrozadas, y algunas veces, **al comer, se había tragado su propia laringe.**

Como puede observarse, la adaptación al rechazo oral, en este caso, es mayúscula, y por ende el deseo inconsciente de ser drenado lo es también. La defensa contra esta adaptación se verificaba en su estreñimiento:

Cada vez que las ganas de defecar son milagrosamente estimuladas en mí, quedan estimulados simultáneamente los nervios de alguna de las personas que me rodean, para obligarla a ocupar el retrete e impedirme realizar el acto de la excreción.

El deseo inconsciente de ser devorado por el pecho materno, lo simboliza Schreber a través del pájaro, como diciendo: "No es verdad que el pájaro-pezón me quiera devorar, al contrario, me da leche-palabras." Veamos el certificado del doctor Weber:

A veces le hablaban, además del sol, los árboles y los pájaros, **que según él eran algo como restos encantados de antiguas almas humanas.** Le hablaban en lenguaje humano.

Freud, al interpretar el suceso, nos aclara que los pájaros estaban cargados de veneno oral; o sea, que los pechos eran asesinos:

Schreber se lamenta de las molestias que le causan los pájaros encantados o pájaros parlantes (...). Cada vez que descargan sobre él la cadaverina de que vienen cargados, esto es, cada vez que recitan las clases que les han enseñado, se desvanecen en su alma con las palabras: **¡Maldito bribón!** o **¡Maldito!**, únicas cuyo sentido le es conocido.

Es muy frecuente encontrar en los sueños y en las poesías la relación que existe entre pájaro y pecho. En **La inter-**

pretación de los sueños (1900), Freud relata el de una señora:

Ella tiene dos pájaros sentados en su cabeza, preguntándose cuándo van a volar, mas no vuelan, pero uno de ellos se mueve hacia la boca de ella y la chupa.

Ahora bien, también existe una relación simbólica entre el pezón y el falo. Ambos se yerguen al tacto, ambos penetran, y ambos manan líquido. Mas cuando el pezón materno se torna en un pezón devorante al dar poca, mala o ninguna leche, entonces repite el individuo en forma activa, ya adulto, con su objeto sexual, lo mismo que sufrió de manera pasiva con el pecho materno o con el biberón. El pájaro cargado de muerte (pezón maligno de la madre) no le dio placer alguno en la fase oral; tampoco Schreber, en su caso, le dio placer al sexo opuesto, pues era agresivamente impotente. Su propia declaración lo confirma:

Pocos hombres habrá que [como yo] hayan sido educados en principios morales tan severos y hayan adaptado luego a ellos tan estrictamente su vida, sobre todo en cuanto a la sexualidad, ni que se hayan refrescado tanto en este orden de cosas.

Al igual que en el de Leonardo, encontramos en este caso el símbolo del pájaro asesino. No sabemos si el genial de Vinci era un homosexual pasivo, mas Schreber sí tuvo fantasías de serlo. La defensa pseudoagresiva pudo ser: "No deseo ser asesinado por el pecho materno, al contrario, deseo ser penetrado por un pezón-falo benigno." En sus **Memorias** confiesa su adaptación básica:

De este modo se tejió contra mí una conspiración (aproximadamente en marzo o abril de 1894) que se proponía, una vez reconocida o supuesta la incurabilidad de mi enfermedad nerviosa, entregarme a un hombre, de manera que mi alma quedara esclavizada al

mismo y mi cuerpo —interpretando erróneamente la tendencia antes mencionada en la que reposa el orden universal— **quedase transformado en un cuerpo femenino, sometido a aquel hombre para que lo gozase sexualmente, y abandonado luego a la muerte y a la putrefacción.**

Refiere Freud la defensa contra su adaptación masoquista:

Además, hallándose una mañana en estado de duerme-vela, tuvo la sensación de que debía ser muy hermoso ser mujer en el momento del coito.

Freud también desarrolló personalmente el simbolismo de los pájaros asesinos en su sueño de los **hombres con cabeza de pájaro**, por lo que es posible que haya sufrido también de fantasías homosexuales que, posiblemente, jamás llegó a realizar. En el libro sobre Schreber, declaró lo siguiente:

En general, el hombre oscila durante toda su vida entre sentimientos heterosexuales y homosexuales, y la privación o el desencanto en uno de tales sectores lo impulsa hacia el otro (...) Una vez alcanzada la elección heterosexual de objeto, las tendencias homosexuales no desaparecen ni quedan en suspenso, sino que son simplemente desviadas del fin sexual y orientadas hacia otros nuevos. Se unen con elementos de los instintos del **yo**, para constituir con ellos los instintos sociales, y representan así la aportación del erotismo a la amistad, a la camaradería, a la sociabilidad y al amor general a la Humanidad. Por las relaciones sociales normales de los hombres no adivinaríamos nunca la magnitud de estas aportaciones, procedentes de fuentes eróticas con inhibición de su fin sexual. **A este contexto pertenece también el hecho de que precisamente los homosexuales manifiestos, y en primer término aquellos que rechazan toda actividad sexual, se carac-**

tericen por una intensa participación en los intereses generales de la Humanidad, surgidos de la sublimación del erotismo.

No es verdad que yo le desee la muerte, a mi imago matris, al contrario, yo deseo salvar a la madre-humanidad, es la segunda defensa que esgrime la persona adaptada a una pasividad extraordinaria, o sea, el paranoico. Sócrates, en su doble calidad de homosexual y paranoico, dijo lo siguiente en Apología:

Cuando les digo que yo les he sido dado por Dios, la prueba de mi misión es esta: si yo hubiera sido como otros hombres, no hubiera descuidado mis problemas o pacientemente observado el descuido de los mismos durante todos estos años, para preocuparme de los vuestros.

Durante la historia de la humanidad, han sido incontables los personajes destacados que, aquejados por delirios paranoicos, han revestido sus conductas de misiones manifiestas, redentoras y salvadoras, habiendo algunos fundado sectas religiosas y otros conquistado vastos territorios. Hasta los hombres de ciencia han caído y caen bajo el influjo de estos problemas de carácter conduccional psicopatológico. El propio Freud, en **Contribuciones al simposio sobre la masturbación** (1912), dijo lo siguiente:

No es que estos o aquellos reproches me intimiden, pero sé que tengo que cumplir un destino, no puedo rehuirlo ni necesito ir a su encuentro. He de mantenerme a su espera, y entre tanto sostendré frente a nuestra ciencia la misma actitud que he aprendido desde tiempo atrás.

Observamos antes cómo el **superyó** reprocha el deseo de muerte que el paranoico dirige hacia su madre. Este deseo agresivo es una defensa contra el gozo inconsciente en la

idea de ser muerto por ella, proyectando después esa terrible imagen en la humanidad. Freud lo advirtió:

En el periodo culminante de la enfermedad surgió en Schreber, bajo la influencia de visiones que eran en parte terroríficas y en parte de una magnificencia indescriptible, la convicción de una catástrofe que había de acabar con el mundo (...). En cuanto al objeto en torno al cual se desarrolla la lucha, llega a ser el más importante del mundo exterior y quiere atraer a sí, por un lado, toda la libido, mientras moviliza por otro contra él todas las resistencias; podemos comparar dicha pugna con **una batalla campal, en cuyo curso la victoria de la represión se manifiesta en la convicción de que el mundo ha quedado destruido, subsistiendo tan sólo el propio yo.**

La paranoia ya no se puede considerar, según lo expresó Freud, preponderantemente como un intento de sobreponerse a excesivas y potentes tendencias homosexuales, toda vez que se debe a adaptaciones sexuales más profundas de base oral o natal. Tanto la paranoia, esquizofrenia, histeria, parafrenia, así como las fobias, manías y obsesiones, habría que denominarlas **neurosis** de mayor o menor intensidad y someterlas a la psicoterapia antimasquista.

Habiendo repasado los rasgos orales de Schreber consignados en forma autobiográfica y luego analizados por Freud, estudiemos al gran poeta ecuatoriano José Joaquín Silva a través de los poemas de su libro **Hombre infinito** (1970), en donde encontraremos rasgos paranoicos parecidos a los de Schreber, debidos a su adaptación inconsciente a la idea de morir:

Nuestra substancia es el siniestro,
 más larga que la cola del lagarto.
 Nos amamantó la loba del miedo.
 Estamos acostumbrados al muerto
 que, fiel, a toda hora nos acompaña.
 Si un día finito
 el más osado astro nos muerde,
 aquí está nuestra carne de granito.

Observemos esta aparición auditiva relacionada a su adaptación tanática:

Cuando aspiro una rosa
o una mujer
la posesión absoluta me envuelve
del muerto.

Suena mi voz de repente,
la oigo distantemente,
es extraña, la ajena voz
el muerto refracta.

¿Por eso gustas mis besos?
Siempre me hablaste
de mi extraña fiebre,
mi éxtasis de silencio.

¿Volveré un día a mi carne?
¿Me liberaré del muerto?
Jamás, pienso yo, jamás.
Está en mis huesos.

Y debo amarlo,
su compañía es mi velo
de sabiduría,
por El me siento eterno.

Freud consignó el fenómeno paranoico del acontecimiento de la muerte, después de lo cual subsiste tan sólo el **yo**; fenómeno que se representa en este poema:

Hay que recrear la imagen muerta
todos los días, por amargo deber,
sorbiendo su cansado aliento
en el roído trasluz del amanecer.

Por Ella me fatigo y advierto
su inexistente realidad,
la desnudo en mis nervios,
a mi orilla la encuentro.

Su voz es un laberinto de ecos,
viene de un abismo seco,
me acaricia su fondo superpuesto,
lacrimosa orgía. Remordimientos.

La veré tendida en mi féretro,
llorando su pestaña de aceite
sobre mis tiasas vértebras,
borroso dolor de final cierto.

Aquel día extenderá sus miembros
mi cadáver, perezosamente.
Será la lucidez del sueño eterno
y un viejo deseo de no estar para nadie.

Ahora veamos cómo nuestro poeta proyecta hacia el mundo su propia adaptación inconsciente a la idea de morir; mundo que representa, en sentido simbólico, a su **imago matris**:

Una noche de concierto de cuerdas,
siniestra noche,
el mundo se hundirá.
Será en plano sideral,
cenagoso, nebuloso, lodo astral.

El mundo desapareciendo hasta el cuello,
en ciénaga de fatalidad.
Olvidado, castigado, sumergido,
hundiéndose sin perdón en el silencio.

¡El mundo en el atolladero!
En materia sideral,
desamparado de Dios,
hundiéndose.

Caerá el definitivo crepúsculo
sobre todo lo creado.
El mismo sol se pudrirá,
cansado.

En la celeste eternidad
no alumbrará un solo fanal.
El mono sea loado.

En el siguiente ejemplo podemos observar la relación del poeta con Dios; un dios que lo amamantó en su infancia, lo que nos explica la familiaridad con que los místicos y los paranoicos lo tratan:

El me dio el ser,
su leche de tiniebla amamanté.
El dios Misterio.
En sus pasos eternos me encuentro.

Todavía vibra la señal del astro nonato
en el firmamento.
El brazo de dios se alarga para cogerlo.
El dios Misterio.

Sufren mis glándulas el dolor
que precedió a la creación
el día insondable,
donde el todo era una parte
del dios Misterio.

Padre infinito,
en la hora suprema
no diré que me has abandonado.
Tu hálito me abrasará de amor.
Bajaré a mi encuentro.

d) La visionaria

En **El sueño y la telepatía** (1922), informó Freud sobre el extraordinario caso de una mujer de 37 años quien, ante la imposibilidad de verlo personalmente, le envió una carta en la que le dio a conocer sus extraños síntomas. Sobre esta carta Freud comentó:

Contiene muchos elementos enigmáticos, sobre los que nos está vedado rendir juicio.

Al leer las declaraciones de esta mujer se advierte inmediatamente la existencia de su adaptación inconsciente infantil al deseo de ser envenenada por los pechos malignos de su madre. Veamos:

Sólo a los 26 años, después de haber tenido un hijo, despertó en mí la mujer, pues hasta entonces (durante medio año) siempre había tenido fuertes vómitos durante el acto sexual. También, posteriormente, vomitaba ante la menor contrariedad.

Esta mujer sufría otros síntomas neuróticos, por lo que, correlativamente, se puede inducir su adaptación inconsciente a la idea de ser muerta por los pechos maternos. Entre

estos síntomas tenemos su recuerdo zoofóbico infantil de dos caballos que parecían seres humanos, su inclinación a la soledad y sus enfermedades histéricas o de conversión. Su gozo inconsciente en la idea de la muerte nos explica sus características paranoicas pues, desde pequeña, además de sus terribles insomnios, padeció de apariciones auditivas y visuales sin poder distinguirlas de la realidad. Otro de sus rasgos neurasténicos consistía en su identificación masoquista con los animales destinados a la matanza:

Cada vez que chillaban los cerdos —recordó—, yo pedía auxilio y gritaba: “¡Estáis matando a un hombre!” (a los 4 años). Siempre me he negado a comer carne y la de cerdo me produce vómitos (...). A los 5 años, mi madre estaba al dar a luz, y yo la oía gritar; tenía la impresión de que un animal o un hombre se encontraba en el mayor peligro, igual que cuando sacrificaban a los animales. [Nótese la relación de la madre con los animales para efectos de zoofobia.]

En el sueño de la paciente se podrá observar la identificación masculina y masoquista como con un hombre que se estuviera ahogando, además de los esfuerzos que ella hacía por alcanzar a un ser masculino, a pesar de que los aborreía. Aquí la ambivalencia es notoria:

Veo una península rodeada de agua. Las olas rompen sobre la playa y refluyen violentamente. En la península hay una palmera algo torcida hacia el agua. Una mujer está abrazada al tronco y se inclina todo lo posible sobre el agua, **donde un hombre trata de alcanzar la tierra**. Finalmente, la mujer se acuesta en el suelo, se aferra con la mano izquierda a la palmera y tiende cuanto puede la derecha hacia el hombre que está en el agua, pero sin alcanzarlo.

Hasta estos momentos hemos observado los síntomas histéricos que obedecen a adaptaciones traumáticas infan-

tiles inconscientes. Ahora entremos en un campo de ignorancia que forzosamente tiene relaciones con la neurosis: la capacidad que esta mujer tenía de recordar datos pertenecientes no tan sólo a su memoria sino a la de sus antepasados:

¡Dado que ya como niña muy pequeña sabía mucho más de lo que había podido aprender, simplemente no comprendía a mis compañeros de edad! Yo misma soy la mayor de doce hermanos y hermanas.

Entre los seis y los diez años de edad fui a la escuela comunal, y luego, hasta los dieciséis, a la escuela superior de las hermanas ursulinas, en B... **Cuando tenía diez años aprendí en cuatro semanas, es decir, en ocho clases de repaso, tanto francés como otros niños aprenden en dos años.** No tenía más que repetir cuanto oía; era como si ya lo hubiese aprendido alguna vez y sólo lo tuviera olvidado. En general, jamás me fue preciso esforzarme para aprender francés, al contrario de lo que me pasa con el inglés, que si bien no me ocasiona dificultades, siempre me fue como desconocido. **Con el latín me sucedió algo semejante al francés, pues en realidad nunca me fue necesario aprenderlo;** aunque sólo lo conozco por la iglesia, me resulta completamente familiar. Cuando leo actualmente un libro francés, en seguida me pongo a pensar en esa lengua, cosa que no ocurre con la inglesa, pese a que la domino mejor. Mis ancestros son aldeanos que durante generaciones enteras jamás han hablado sino alemán y polaco.

El psicoterapeuta Timoteo Leary, en una entrevista que le hizo la revista **Playboy** en septiembre de 1966, declaró sobre sus experiencias bajo el influjo del LSD, las que, vistas desde el ángulo psicoanalítico, se antojan de gran importancia, puesto que dicha droga sensibiliza la mente hasta un grado sólo experimentado por algunos paranoicos en cuanto a sus memorias regresivas:

Dentro de cada célula existe una hebra molecular de memoria en un conjunto al que se ha dado el nombre de **Código DNA**, y que es el plano genético conforme al cual se ha diseñado y ejecutado la construcción del cuerpo; es una hebra molecular que posee la memoria de todos los organismos previos que han contribuido a la existencia humana. En el **Código DNA** se tiene toda la historia genética del padre y la madre y esto se remonta ascendentemente a través de las generaciones hasta las edades remotas. El cuerpo lleva así un archivo proteínico de todo lo ocurrido desde su concepción como organismo celular, que es una historia viviente en toda forma de transformación energética en este planeta desde los tiempos en que el rayo fecundó los lodos precambrianos para iniciar el proceso orgánico hace dos mil millones de años. Cuando los sujetos bajo el influjo del LSD informan sobre sus alucinaciones de regresión y de reencarnación, sabemos que todo ello no pertenece al campo del misterio ni al de lo sobrenatural sino simplemente a la biogenética moderna.

La Visionaria, de Freud, denuncia una sensibilidad psíquica extraordinaria:

Tengo una extraordinaria capacidad de observación y un oído excepcionalmente agudo, y también muy desarrollado mi sentido del olfato. Con los ojos vendados puedo identificar por su olor a personas conocidas que se encuentren entre desconocidas. No atribuyo mi sensibilidad olfatoria y auditiva a ninguna anormalidad, sino a **una agudeza sensorial** y a una más rápida capacidad de combinación.

Leary, en su relato, explica los estados hipersensitivos que experimentó con la ingestión del LSD, en cuanto a tacto, visión, audición y sabor se refiere. Veamos lo que nos dice con referencia al olfato:

Cuando se sienta uno frente a una mujer durante una sesión inducida con LSD, se entería de miles de mensajes químicos que emanan de ella, por el aire y a los centros olfativos: una sinfonía de olores que exuda en todo momento como los del jabón y la colonia que usa, el sudor y las exhalaciones digestivas, su perfume sexual, la fragancia de su ropa; todos éstos, incitantes eróticos que penetran en la célula olfatoria.

Cuenta la paciente de Freud:

Cuando aún estaba en el sanatorio, hacia las 4 de la mañana vi entrar a mi amiga: yo estaba despierta, tenía la lámpara encendida y me encontraba sentada junto a la mesa, leyendo, dado que sufro mucho de insomnio. Esta visión siempre me anuncia algo malo, cosa que también sucedió en esa ocasión.

En **Lo sobrenatural** (1919), Freud nos da su opinión psicoanalítica al respecto:

El tema del doble ha sido tratado eficientemente por Otto Rank (1914). El se adentró en los nexos que tiene el doble con los reflejos de espejos, sombras, espíritus guardianes, creencia en el alma y temor a la muerte; pero además permitió que entrara la luz en la sorprendente evolución de esta idea. El doble originalmente fue un seguro contra la destrucción del **yo**, una “negación enérgica contra el poder de la muerte”, como dijo Rank; y probablemente el alma inmortal fue el primer doble del cuerpo. Esta invención del doblaje como una preservación contra la extinción, tiene una contrapartida en el lenguaje onírico, el que gusta de representar la castración mediante la duplicación o multiplicación del símbolo genital. El mismo deseo indujo a los egipcios antiguos a desarrollar el arte de crear imágenes mortuorias en materiales imperecederos. Tales ideas, se entiende, han surgido del terreno del auto-

amor ilimitado, procedente del narcisismo primario que domina las mentes del niño y del hombre primitivo. Mas cuando este estadio ha sido superado, el doble cambia su aspecto: de seguro de inmortalidad, se convierte en heraldo diabólico de la muerte.

En la misma obra relacionó Freud los fenómenos paranoicos con los autoscópicos:

En el caso patológico de la impresión de ser observado, esta agencia mental [**superyó**] se aísla, disociada del **yo** y discernible al ojo clínico. El hecho de que una agencia de este tipo exista, y de que pueda tratar al resto del **yo** como a un objeto —consiste en que el hombre sea capaz de autoobservarse— hace posible investir de un nuevo significado a la vieja idea del doble y adscribirle un cierto número de características —sobre todo, aquellas que se parezcan a la autocrítica— que pertenecen al narcisismo superado de épocas tempranas.

Félix Martí Ibáñez, en su artículo **El secreto del doble** (**MD en Español**, diciembre de 1974), nos habla de la anatomía de la autoscopia, en la cual se observan fenómenos tanáticos y paranoicos:

En el fenómeno de la autoscopia entran en juego muchas características extrañas. La primera es la manera repentina en que se manifiesta. Por lo común, la visión se aparece de repente cuando la persona está totalmente despierta, y **con aun mayor frecuencia cuando está sumida en la meditación o en un estado de somnolencia**. Por ejemplo, de improviso una persona ve su imagen asomándose a un balcón o sentándose frente a ella en una mesa. Aunque el estado de somnolencia parece favorecer la alucinación autoscópica, rara vez se experimentan tales alucinaciones durante el sueño. En los casos en que se presentan en los sueños, sin embargo, son acompañadas generalmente de un sentimiento

de profunda tristeza, pues **a menudo el doble aparece vestido de luto, muerto o a punto de morir**, lo que ha dado pie a la leyenda de que cuando un individuo ve su propia imagen en sueños, es un augurio de la muerte. (...) Aunque la somnolencia facilita la manifestación de una alucinación autoscópica, **la raíz del fenómeno se encuentra a menudo en la ansiedad**, que, a su vez, puede tener sus orígenes en una enfermedad grave. En su conferencia, el Dr. Lhermitte citó algunos de esos casos. Uno de ellos era el de un médico que padecía de una enfermedad incurable y que experimentó una visión autoscópica en el corredor de una casa que visitaba por primera vez y en la que, isócronamente, su doble hacía los mismos gestos y ademanes que él. Otro era el caso de **una doncella que casi todas las noches tenía visiones de su doble**. Después de acostarse, caía en una especie de trance en el que su cuerpo parecía dividirse en dos partes, la de su cuerpo terrenal, que **permanecía en la cama, y la de su "cuerpo astral", que partía en brazos del demonio para ser víctima de indecibles ultrajes y torturas**. Finalmente, Satán cedía ante las imploraciones de la muchacha, devolviendo el cuerpo astral al cuerpo terrenal. (...)

Es menester comprobar la analogía de la autoscopia con la paranoia, por lo menos en alguno de los síntomas, con el propósito de mantener los fenómenos paranormales dentro de la esfera de estudio del psicoanálisis. Veamos, pues, algunos ejemplos de esos paranoicos clásicos que nos proporcionarán tales semejanzas. Francisco de la Maza, en su libro **Catarina de San Juan. Princesa de la India y visionaria de Puebla** (1971), recopiló los datos que más le interesaron de los tres biógrafos que propugnaron la canonización de dicha mujer en el siglo XVII. Freud estudió las confesiones del paranoico Schreber, en 1911, y su análisis de este libro se ha convertido en un ejemplo clásico. Veamos lo que dice De la Maza, de la visión que Catarina tuvo de su propia muerte:

Ella había ya soñado con su funeral, lo que le platicó a su confesor, dándole una pequeña vuelta al sueño. Vio una larga procesión, de gravísimo y numeroso concurso, que seguía a la cruz de Catedral y se dirigía al palacio episcopal donde se uniría al cortejo el propio obispo de Puebla, mientras doblaban a muerto todas las campanas de la ciudad. Catarina “como enajenada de sí”, se dijo: “Gran personaje será este por quien doblan”, y oyó una voz: **“Tú serás ese difunto, porque Dios te quiere honrar en la muerte.”**

Freud analizó las visiones funestas de Schreber:

En el periodo culminante de la enfermedad surgió en Schreber, bajo la influencia de visiones que eran “en parte terroríficas y en parte de una magnificencia indescriptible”, la convicción de una futura catástrofe que había de acabar con el mundo. Sus voces le decían que se había perdido la obra realizada en un pasado de catorce mil años y que la Tierra no duraría ya más que otros doscientos doce años.

De la Maza informó sobre los delirios de persecución que Catarina sufría, supuestamente, de parte de noble dama:

Comenzó por golpearla y arañarla, rasgándole las mejillas con las uñas, en forma feroz; la amarraba y la tenía horas enteras en incómodas posiciones; le arrancaba el pelo y se lo quemaba; la dejaba sin comer y la arrastraba por el suelo. Un día, desesperada, le colgó una piedra al pecho y la tiró al mar, tranquilamente.

Así como de los demonios:

Conjuráronse en concilios las furias infernales y repartidos en escuadrones o enxambres la acometen, unos persuadiéndola de que estaba condenada; otros que era santa, otros que engañaba a sus confesores, otros que los dexase porque no sabían gobernarla y los más ame-

nazándola con rendirla a violencias y martirios; quebrantábanla, molíanla, apresábanla y la descoyuntaban por todo el espacio de la noche, causando en ella tantos dolores, que por la mañana no podía vestirse, ni aun moverse; pedía a Dios fuerzas, pero al querer coger la ropa se la quitaban de las manos, se la escondían, enmarañaban y ataban unas a otras las cintas, con tantos nudos ciegos, que eran menester horas enteras para deshacerlos... Y seguíanla hasta la calle; “al salir le escondían la llave, dábanla contra las paredes, aturdíanla y desatinábanla para que no acertase con la puerta que muchos de ellos, apiñados, tapaban... la seguían a la iglesia, uno de ellos ladrando, otros asidos de sus ropas, otros sobre sus hombros y los demás causando en su cuerpo dolores intensos, como si le quebraran los pies y despedazaran las entrañas, derribándola en el lodo y estrellándole la cabeza contra las lajas...”

Todo esto sentía la pobre Catarina cuando cruzaba la calle para ir, de su casa, a la iglesia de la Compañía. Y ni aun dentro la dejaban, pues se ponían ante la reja de la comunión, “con lanzas y espadas”, y otros **“a desbaratarle la boca y taparle la garganta y que no pasase la saliva, ni aun el viento de la respiración... otros con representaciones abominables...”** Todo cesaba al empezar la misa, y entonces **esta tortura fisiológica se cambiaba en goce, como se ha visto antes.** Las “representaciones abominables”, y las “palabras sucias, obscenas e impuras”, según parece, eran de carácter sexual. (...)

Entonces **los diablos solían aparecerse en tres formas:** como ermitaños o frailes que la “aconsejaban” que aflojara en sus penitencias; como **“mancebos bizarros que la provocaban con abominables representaciones”**, que Ramos no se atreve a referir, y como soldados con plumeros y penachos. Estos últimos se convertían, de repente, en sayones que “la arrastraban por el suelo, la estrellaban contra las paredes y, abra-

zándose con ella, **la despedazaban entre sus dientes y procuraban reventarle la hiel, mientras otros la asían con sus uñas en la garganta.**"

Freud transmite los informes sobre los delirios persecutorios de Schreber:

Más tarde se acumularon ya las alucinaciones visuales y auditivas hasta dominar por completo toda su sensibilidad y todo su pensamiento. **Se creía muerto y putrefacto, o enfermo de la peste;** se lamentaba de que su cuerpo fuera sometido a repugnantes manipulaciones y sufría, según manifiesta todavía actualmente, **espantosos tormentos que soportaba** por una supuesta **causa sagrada.** (...)

"De este modo se tejió contra mí una conspiración [dice Schreber] (aproximadamente en marzo o abril de 1894), que se proponía, una vez reconocida o supuesta la incurabilidad de mi enfermedad nerviosa, entregarme a un hombre, de manera que mi alma quedara esclavizada al mismo y mi cuerpo —interpretando erróneamente la tendencia antes mencionada en la que reposa el orden universal— **quedase transformado en un cuerpo femenino, sometido a aquel hombre para que lo gozase sexualmente y abandonase luego a la muerte y la putrefacción.**"

En *Una neurosis demoniaca del siglo XVII* (1923), Freud analizó el manuscrito relativo a un tal Cristóbal Haitzmann, y en él consignó los rasgos epileptoides y persecutorios de éste:

El día 26 de diciembre, estando Haitzmann en la iglesia de San Esteban, no pudo reprimir, a la vista de una gentil señora, acompañada de un elegante caballero, **el deseo de hallarse en el lugar del apuesto galán.** Este mal pensamiento tenía que ser castigado, y, en efecto, aquella misma tarde, nuestro héroe se sintió de

repente como herido por el rayo, se vio rodeado de llamas y **perdió el sentido. Sus familiares se esforzaron en hacerlo volver en sí, pero él se revolcó por el suelo y hasta que le brotó la sangre por la boca y nariz, y se sintió inmerso en un ambiente ardoroso y hediondo, oyó una voz que le explicaba cómo aquel estado era un castigo por sus vanos e indiscretos pensamientos. Luego se sintió flagelado por una cohorte de espíritus malignos, y la voz le aseguró que aquel castigo se repetiría a diario hasta que se decidiera a hacerse anacoreta.**

Teresa de Cepeda y Ahumada (1515-1582), hermana del gran explorador del Chaco, de nombre Rodrigo, fue una esquizofrénica-paranoica que nos legó en sus escritos un caudal de testimonios psicopáticos de gran interés. Examinemos sus "posiciones diabólicas":

Quiero decir, ya que he dicho algunas tentaciones, y turbaciones interiores y secretas, que el demonio me causaba otras que hacía casi públicas, en que no se podía ignorar que era él. Estaba una vez en un oratorio, y aparecióme hacia el lado izquierdo de abominable figura: en especial miré la boca, porque me habló, que la tenía espantable. Parecía le salía una gran llama del cuerpo, que estaba toda clara sin sombra. Díjome espantablemente, que bien me había librado de sus manos, mas que él me tornaría a ellas. Yo tuve gran temor, y santiguéme como pude, y desapareció y tornó luego: por dos veces me acaeció esto. Yo no sabía qué me hacer; tenía allí agua bendita y echéla hacia aquella parte, y nunca más tornó. Otra vez me estuvo cinco horas atormentando con tan terribles dolores y desasosiego interior y exterior, que no me parece se podía ya sufrir.

(...)

En este tiempo también una noche pensé me ahogaban, y como echaron mucha agua bendita, vi ir mucha multitud de ellos, como quien se va despeñando. Son

tantas veces las que estos malditos me atormentan, y tan poco el miedo que yo ya les he, con ver que no se pueden menear, si el Señor no les da licencia, que cansaría a vuesa merced, y me cansaría si las dijese.

También padecía Teresa visiones regresivas donde simbolizaba el recuerdo del pezón materno agresivo:

Vime estando en oración en un gran campo a solas: en derredor de mí mucha gente de diferentes maneras que me tenían rodeada: todas me parece tenían armas en las manos para ofenderme, unas **lanzas**, otras **espadas**, otras **dagas** y otras **estoques** muy largos. En fin, yo no podía salir por ninguna parte, sin que me pusiese a peligro de muerte, y sola, sin persona que hallase de mi parte. Estando mi espíritu en esta aflicción, que no sabía qué me hacer, alcé los ojos al cielo, y vi a Cristo (no en el cielo, sino bien alto de mí en el aire), me tendía la mano hacia mí, y desde allí me favorecía, de manera que yo no temía toda la otra gente, ni ellos, aunque querían, me podían hacer daño.

Todas estas visiones están relacionadas con los achaques histéricos que sufrió en su juventud a manera de defensas compulsivas contra su deseo inconsciente de ser devorada por su **imago matris**:

Tengo por cierto está en carrera de salvación. Murió muy bien, y muy quitado de aquella ocasión; parece quiso el señor que por estos medios se salvase. Estuve en aquel lugar tres meses con grandísimos trabajos, porque la cura fue más recia que pedía mi complexión: a los dos meses, a poder de medicinas, me tenía casi acabada la vida; y el rigor del mal de corazón, de que me fui a curar, era mucho más recio, que algunas veces me parecía **con dientes agudos me asían de él**, tanto que se temió era rabia. Con la falta grande de virtud **porque ninguna cosa podía comer, si no era bebida de gran hastío**.

Sabemos que el paranoico tiene apariciones auditivas de su **superyó**, quien le habla en tercera persona: "Ahora sale", "ahora camina", etc. Mas ahora podemos reflexionar sobre la posibilidad de que el fenómeno de la autoscopia sea, además, la visualización del **superyó**. Y aparentemente este **superyó** tiene la facultad de comunicarse con la mente de las demás personas y la de informar al paranoico de ciertos acontecimientos o de imágenes de gente fallecida. Este, generalmente, al comunicarlo crea estupefacción entre los oyentes, quienes entonces suelen pensar que se trata de cualidades sobrenaturales. Escuchemos algunas de las experiencias telepáticas y alucinantes del caso descrito por Freud.

A veces desaparece por unos instantes la realidad y veo algo completamente distinto. **En casa, por ejemplo, veo muchas veces a una pareja anciana con un niño,** y las habitaciones tienen entonces un moblaje distinto. (...)

En 1914 mi hermano estaba en el frente, y yo no me encontraba con mi padres en B..., sino en Ch... El 22 de agosto, a las diez de la mañana, **oí de pronto la voz de mi hermano, que gritaba: "¡Madre, madre!"** A los diez minutos se repitieron los gritos, pero no vi nada. El 24 de agosto volví a casa, encontrando a mi madre muy deprimida, y al interrogarla me comunicó que mi hermano se había presentado a filas el 22 de agosto. Por la mañana, estando en el jardín, lo oyó gritar: "¡Madre, madre!" Yo la consolé y no le dije nada de mi experiencia. Tres semanas más tarde llegó una carta de mi hermano, escrita el 22 de agosto entre nueve y diez de la mañana; poco después murió.

El 27 de septiembre de 1921 recibí un mensaje en el sanatorio —dice la paciente—. **Dos o tres veces oí golpear fuertemente en la cama de mi compañera de habitación.** Ambas estábamos despiertas, yo la pregunté si había golpeado; pero ella ni siquiera había oído nada. Ocho semanas después me enteré de que una de mis amigas había muerto la noche del 26 al 27.

Ahora, algo que puede ser una ilusión sensorial; aunque eso es cuestión de opiniones. Tengo una amiga que se casó con un viudo con cinco hijos; al marido sólo lo conocí por intermedio de mi amiga. **Cada vez que voy a su casa veo entrar y salir de ella a una señora. Era fácil suponer que se trataba de la difunta mujer de este hombre.** Una vez pedí un retrato de aquélla; pero no pude identificar a la aparición con la fotografía. Siete años más tarde vi en manos de uno de los niños una imagen con los rasgos de aquella mujer. Por consiguiente, era, en efecto, la primera esposa. En la fotografía tenía un aspecto muy mejorado, pues precisamente acababa de someterse a una dieta de engorde y por eso no parecía en absoluto una enferma pulmonar. Estos sólo son algunos ejemplos entre muchos otros.

Escuchemos la voz que percibía Teresa de Avila:

Fuíme, estando así, a una ermita bien apartada (que las hay en este monasterio) y estando en una, adonde está Cristo a la columna, suplicándole me hiciese esta merced, oí que me hablaba **una voz muy suave, como metida en un silbo.** Yo me espelucé toda, que me hizo temor, y quisiera entender lo que me decía; mas no pude, que pasó muy en breve.

Examinemos esta percepción extravisual de la santa española:

Otra vez me acaeció así otra cosa, que me espantó muy mucho. Estaba en una parte, adonde se murió cierta persona, que había vivido hartó mal según supe, y muchos años; mas había otro que tenía enfermedad, y en algunas cosas parece estaba con enmienda. Murió sin confesión, mas con todo esto no me parecía a mí, que se había de condenar. **Estando amortajando el cuerpo, vi muchos demonios tomar aquel cuerpo,** y parecía que jugaban con él, y hacían también justicias en él, que a mí me puso gran pavor, que con garfios gran-

des le traían de uno en otro: como le vi llegar a enterrar con la honra y ceremonias, que a todos, yo estaba pensando la bondad de Dios, como no quería fuese infamada aquel alma, sino que fuese encubierto ser su enemiga. Estaba yo medio boba de lo que había visto: en todo el oficio no vi más demonio, después cuando echaron el cuerpo en la sepultura, era tanta la multitud que estaban dentro para tomarle, que yo estaba fuera de mí de verlo; y no era menester poco ánimo para disimularlo. Consideraba qué harían de aquel alma cuando así se enseñoreaban del triste cuerpo.

Ya hemos conocido de la voz que oyó Catarina para anunciarle su muerte; Schreber, a su vez, también la escuchaba:

Desde hacía muchos años experimentaba cada hora y a cada minuto, tales milagros en su propio cuerpo, y los comprobaba también por las voces que con él hablaban.

Que estas voces venían del **superyó** de Schreber lo deduce Freud porque eran voces reprochantes:

Añadiremos que las voces que el paciente oía no interpretaban nunca sino como una afrenta sexual: su transformación en mujer y se burlaban del enfermo por ella.

Martí Ibáñez abunda sobre estos fenómenos auditivos:

Numerosos individuos famosos han experimentado percepciones alucinatorias, tanto visuales como auditivas. Por ejemplo, Sócrates, escuchó voces alucinantes, como también Juana de Arco, a más de haber tenido estas alucinaciones que afectaban los sentidos de la visión, el tacto y el olfato [caso parecido al de **Sueño y telepatía**] (...) Las voces alucinatorias del hombre que perseguía a Descartes (...) Estos no son sino unos cuantos ejemplos de una lista interminable.

En **Vidas paralelas**, Plutarco (46-120) consignó la breve conversación que el gran republicano Marco Bruto —el que libró a Roma del tirano Julio César— sostuvo con su doble:

Estando para pasar su ejército desde Abido al otro continente, descansaba por la noche en su tienda como lo tenía de costumbre, no durmiendo, sino meditando sobre las disposiciones que debía tomar: pues se dice que entre todos los generales Bruto fue el menos soñoliento, y el que por su constitución podía aguantar más tiempo en vela. Pareció, pues, haberse sentido algún ruido hacia la puerta, y mirando a la luz del farol, que ya ardía poco, se le ofreció **la visión espantosa de un hombre de desmedida estatura y terrible gesto**. Pasmóse al pronto; pero viendo después que nada hacía ni decía, sino que estaba parado junto a su lecho, le preguntó quién era; y el fantasma le respondió: "Soy, oh Bruto, tu mal Genio: ya me verás en Filipos." Alentado entonces Bruto, "te veré", le dijo; y el Genio desapareció al punto.

Entre otros personajes, recordemos a José de Espronceda (1808-1842), quien en **El diablo mundo** nos relata un diálogo con su doble que se denuncia como el **superyó** que le reprocha, haciéndose consecuente la defensa oral del escritor:

Tal vez será debilidad humana
irse a dormir a lo mejor del cuento,
y cortado dejar para mañana
el hilo que anudaba el pensamiento:
dicen que el sueño del olvido mana
blando licor que calma el sentimiento;
¡mas ¡ay! que a veces fijo en una idea,
bárbaro en nuestro llanto se recrea!

Quedóse en su profundo sueño, y luego
una visión... "¡Visión!", frunciendo el labio
oigo que clama, de despecho ciego,
un crítico feroz. "Perdona ¡oh sabio!
sabio sublime, espérate, te ruego,

y yo te juro por mi honor, ¡oh Fabio!...
si no es Fabio tu nombre, en este instante
a dártelo me obliga el consonante.

"Juro que escribo para darte gusto
a ti solo, y al mundo entero enojo,
un libro en que a Aristóteles me ajusto
como se ajusta la pupila al ojo:
mis reflexiones sobre el hombre justo
que sirve a su razón, nunca a su antojo,
publicaré después para que el mundo
mejor se vuelva, ¡oh, crítico profundo!

"Que yo bien sé que el mundo no adelanta
un paso más en su inmortal carrera,
cuando algún escritor como yo canta
lo primero que salta en su mollera;
pero no es eso lo que más me espanta,
ni lo que acaso espantará a cualquiera:
terco, escribo en mi loco desvarío
sin ton ni son, y para gusto mío."

Veamos este fragmento del poema **In hoc signo . . .**, de Francisco Castillo Nájera (1886-1954), en el cual se evidencia la relación entre la autoscopia y el masoquismo psíquico:

Insólita visita;
no sé dónde vino
el viejo peregrino
con faz de cenobita,
sayal de franciscano
y crucifijo al pecho;
llegóse hasta mi lecho
y me estrechó la mano.

Su voz acariciaba:
"Conozco lo que sufres,
he visto los azufres
que hierven en tu lava;
yo sé la desventura
de tus insomnios crueles
y que rebosa hieles
tu cáliz de amargura.
Pero, también, hermano,
sé tu ansia de suicida

y que hurgan en la herida
los dedos de tu mano.
Con un placer morboso,
cultivas los dolores,
como sangrientas flores,
en un jardín monstruoso;
tu innoble masoquismo
te clava las espinas
de rosas peregrinas
que arrojas al abismo."

Colin Cross en su biografía **Adolf Hitler** (1973), atribuyó la ruina del nacional-socialismo y la catástrofe europea a las apariciones auditivas del líder alemán, quien dijo:

No importa lo que se inicie, si una idea no ha madurado no se podrá realizar. Estoy convencido como artista y como estadista. Sólo se puede tener paciencia, esperar e intentar de nuevo. En el subconsciente el trabajo sigue madurando y a veces perece. Hasta que no tenga la convicción incorruptible interior, **esta es la solución**: no hago nada, y aunque todo el Partido me induzca a la acción, no actuaré, y esperaré sin importar lo que ocurra. Pero si la voz me habla, entonces sabré que es el momento de actuar.

En una carta que Freud le escribió a la señora Lou Andreas-Salomé, en 1935, le dio a conocer su teoría de la egip-
tidad de Moisés, en cuya conjetura se observan en el mismo Freud rasgos paranoicos de persecución, profecía, revelación y megalomanía:

Y ve usted ahora, Lou, que esta fórmula que me ha fascinado por completo no podemos hoy pronunciarla en Austria sin provocar una prohibición oficial del análisis por parte de la prepotencia católica que nos domina. Y por otra parte, solamente este catolicismo nos salva del nazismo. Por lo demás, los fundamentos históricos del relato de Moisés no son lo bastante sólidos como para servir de pedestal a mi **visión** inestimable.

Por consiguiente, callo. Me basta poder creer yo mismo en la solución del problema. Me ha perseguido durante toda la vida.

La visualización del **superyó**; hecho que ocurre durante el acceso autoscópico, es algo frecuente en los paranoicos, quienes suelen simbolizar su **superyó** en una entelequia poderosa pudiendo ser esta Dios o el Diablo. Martí Ibáñez dice que Lutero tuvo visiones de Satanás y que en una ocasión, aterrado, le arrojó un tintero; también menciona don Félix las alucinaciones de Mahoma. Ahora observemos las de Catarina de San Juan:

Cuando Cristo le pedía que fuera su esposa, Catarina contestaba: "No, Señor, esclava." O también: "Esclava de tus esclavos." Una vez le dijo: "**Querida y amada tuya, sí, Señor, pero no esposa.**" Mas Cristo no cejaba. Le llevaba regalos, le ponía coronas de piedras preciosas, se colocaba "como celestial menino en su mesa y en el lecho, reclinándose sobre la almohada, la regalaba con dulces y suaves músicas, aplaudiéndola como reina y esposa del príncipe de la gloria". Llegaba al aposentillo el Señor como "hermosísimo mancebo y rondaba su puerta disfrazado y por los resquicios la llamaba . . . servíale de paje de hacha cuando iba a la iglesia y no pocas veces se la ponía sobre el hombro, como a San Cristóbal, abrazado en estrechos y castos lazos de amor, en su garganta."

Veamos lo que le acontecía a Schreber:

Poco a poco, sus delirios fueron tomando un carácter místico y religioso; hablaba directamente con Dios, los demonios lo hostigaban, veía apariciones milagrosas, oía música divina, y creía, por último, vivir en otro mundo.

Al respecto comenta Freud:

También la evidente identificación del sujeto con Jesucristo surgió hasta muy tarde (...) No era la libertad sexual masculina, sino un sentimiento sexual femenino, pues adoptaba una actitud femenina ante Dios, considerándose como su esposa.

Santa Teresa también se sentía favorita del Señor, quien la honraba —según dice— con grandes mercedes, mas en ocasiones, cuando se le aparecía, lo confundía con el demonio:

Es muy mucho de estimar esta visión, y sin peligro, a mi parecer; porque en los efectos se conoce no tiene fuerza aquí el **demonio. Paréceme, que tres o cuatro veces me ha querido representar de esta suerte al mismo Señor, en representación falsa:** toma la forma de carne, mas no puede contrahacerla con la gloria, que cuando es de Dios. Hace representaciones para deshacer la verdadera visión, que ha visto el alma, mas así la resiste de sí y se alborota y se desabre y inquieta, que pierde la devoción y gusto que antes tenía, y queda sin ninguna oración.

Haitzmann también sufría, al igual que Schreber, Teresa y Catarina, apariciones visuales de las divinidades, las que lo hostigaban de la misma manera que los demonios:

El pintor partió a poco de Mariazell en perfecto estado de salud, y se trasladó a Viena, instalándose en casa de una hermana suya. Y allí comenzó a **sufrir luego, desde el 11 de octubre, nuevos ataques**, algunos muy graves, de los cuales nos informa su Diario hasta el día 13 de enero. Fueron **visiones y ausencias en las que veía y vivía las cosas más diversas: convulsiones, acompañadas de intensos dolores; parálisis, una vez en las piernas, etcétera.** Ahora no era el diablo quien se le aparecía para atormentarle; eran **figuras sagradas: Cristo y la misma Virgen María.** Pero lo curioso es que tales apariciones celestiales y los castigos que le impo-

nían no le causaban menos tormentos que antes sus tratos con el demonio. En consecuencia, interpreta también en su Diario estas apariciones como obra del demonio, y habla de **maligni spiritus manifestationes** cuando en mayo de 1678 hubo de regresar a Mariazell.

En torno a la dualidad Dios-Diablo, opinó Freud que consiste en una sola entidad. Esta dualidad es muy posible que sea el **superyó**:

Del demonio sabemos que es pensado como antítesis de Dios y está, sin embargo, muy próximo a su naturaleza. Pero su historia no ha sido, desde luego, tan bien investigada como la de Dios; no todas las religiones han asumido en el espíritu maligno, al adversario de Dios, y su modelo en la vida individual queda, al principio, en la oscuridad. Ahora bien: hay algo seguro, y es que los dioses pueden convertirse en demonios cuando nuevos dioses los desplazan. Cuando un pueblo es vencido por otro, los dioses de los vencidos suelen convertirse para los vencedores en demonios. El demonio de la religión cristiana, el diablo de la Edad Media, era, según la misma mitología cristiana, un ángel caído y de naturaleza igual a la divina. No hace falta gran penetración analítica para adivinar que Dios y el diablo eran, en un principio, idénticos, una sola figura, disociada más tarde en dos de cualidades opuestas. En los tiempos primitivos de las religiones, Dios mismo integraba aún todos aquellos rasgos temerosos, que luego fueran reunidos para formar su antítesis.

Ahora bien, las apariciones visuales o auditivas pueden ser diversas:

- 1) Sexuales y persecutorias, que están ligadas evidentemente al trauma infantil.
- 2) Telepáticas, como cuando el moribundo se comunica a distancia con la persona deseada.

3) Históricas, cuando la alucinación regresa al paranoico a otras épocas, aparentemente haciendo uso de su memoria arcaica o sea la que sus antepasados le han heredado vía ácido ribonucleico.

4) Proféticas que desafortunadamente no acontecieron en ninguno de nuestros casos.

Veamos ahora algunos ejemplos de recepción telepática de la mente o televidencia. En **Vidas paralelas**, Plutarco (42-120) informó lo siguiente al hacer el relato de Cayo Julio César:

En Padua, Cayo Cornelio, varón muy acreditado en la adivinación, conciudadano y conocido del historiador Tito Livio, casualmente aquel día estaba ejercitando en su arte augural, y en primer lugar supo, según refiere Livio, el momento de la batalla, y dijo a los que se hallaban presentes: "Ahora se agita la gran cuestión, y los ejércitos vienen a las manos." Después, pasando a la inspección y observación de las señales, se levantó gritando con entusiasmo: "Venciste, César": y como los circunstantes se quedasen pasmados, quitándose la corona de la cabeza, dijo con juramento que no volvería a ponérsela hasta que el hecho diese crédito a su arte. Livio confirma la relación de estos sucesos.

Analicemos también estos fenómenos experimentados por Catarina de San Juan:

Profetizó la muerte de muchas personas, entre ellas la del virrey Duque de Veragua y la de la virreina Marquesa de Mancera, así como del obispo Escobar. Con el primero "vio" que andaba en el mar, caminando sobre las olas y que, de repente, dos masas de agua, se elevaron formando una cruz y la llevaron a un puerto. Como no entendió nada, les preguntó a los ángeles. Estos le contestaron que le preguntara al Lic. José Bocanegra, que había hecho el arco triunfal, en Puebla, a la entra-

da del virrey. Todos estos círculos mentales se deben a que en el dicho arco se había pintado un mar y en él un vistoso carro de plata en que viajaba Su Excelencia. No sólo de las pinturas eclesiásticas formaba sus fantásticas visiones Catarina de San Juan. En cuanto a la Marquesa, vio a cuatro jóvenes de luto, "hasta en los rostros", que, candela en mano, se dirigían al rollo de Tepeaca. (. . .)

En septiembre de 1680 "vio muchos carros que iban de camino, acompañados de numeroso gentío y todos con palmas", y después, en el lugar adonde se dirigían, halló "una revolución terrible de hombres que batallaban y luego vio que muchos franciscanos eran quemados, degollados, asaeteados y aun guisados para sustento de los bárbaros". **Pues bien, en octubre se supo en Puebla de la sublevación de los indios de Nuevo México, con esas crueldades que ella había visto en septiembre.** (. . .)

Catarina sabía de todas las flotas que llegaban a Acapulco y a Veracruz y si corrían peligro o surtirían en bonanza. Pero no sólo ella veía las flotas, una dama poblana, también visionaria y profetisa, "veía" a Catarina en las flotas. Expliquemos: la "china" anunció que las naves que deberían llegar en 1687, sufrirían borrascas y tempestades pero que, con retraso, arribarían salvas. Pues también doña Juana Morales de Irazoqui, vio lo mismo, pero con esta importante añadidura: entre los pasajeros venía la propia Catarina, "aunque en un lugar más bajo y como en el fondo de la nave . . ." A esta doña Juana, de la cual promete Ramos escribir su vida, la pone como testigo de la santidad de Catarina, ya que, según parece, afirma el milagro de la **bilocación** o sea estar en dos lugares a la vez, como la monja de Agreda, que sin salir de Agreda, evangelizaba a los indios de Nuevo México.

Freud, en la obra de Schreber, nos habla de las proyecciones tanáticas propias de todo paranoico, a las que, inadecuadamente, suele dárseles el nombre de profecías. Estas

predicciones, por lo improbables, tienen un cariz de omnipotencia mental de carácter psicopático:

Tan pronto pensaba en un retorno a los hielos perpetuos, provocado por la extinción del Sol, como en una destrucción por espantosos terremotos, adscribiéndose en este último caso el papel de autor responsable, como ya hubo de hacerlo otro "visionario" de nacionalidad portuguesa, en ocasión del terremoto que asoló a Lisboa en 1755.

Los paranoicos se defienden de su imagen infantil de pasividad e indefensión, de manera reactiva e ilusoria, creyéndose importantes y omnipotentes y, en ocasiones, luchando denodadamente por llegar a serlo para así mantener sus creencias. El sentimiento de la honra da cuenta de estos deseos de no parecer menos, sino al contrario, de ser más. Pero como la megalomanía tiene una base de masoquismo inconsciente, los paranoicos suelen tener fantasías de rescate hacia personas necesitadas con las cuales se identifican en cuanto a sus desgracias. Veamos un ejemplo que transcribe De la Maza:

Como afirman algunos de sus confesores, y otros de los que con ella se comunicaron, **le manifestaba Dios [a Catarina] repetidas veces toda la variedad del mundo**, como si todo él estuviera dentro de la esfera de su vida, asistiendo a las elecciones de los pontífices, obispos, virreyes y gobernadores, y a sus gobiernos, disposiciones y muertes. Hacíase presente en las batallas y los motines de todas las cuatro partes del mundo, y en sus reinos y ciudades particulares; veía los naufragios de los navegantes, las idas y venidas de las flotas, los despachos de galeones, los incendios, las disensiones; las conversiones de los infieles, los martirios y persecuciones de la Iglesia y de los justos, favoreciendo a unos y asistiendo a todos; impidiendo desgracias, sosegando inquietudes; estableciendo paces y **ejerciando el oficio de bienhechora del universo.**

En el certificado médico de Schreber, se lee:

Se consideraba llamado a redimir al mundo y devolverle la bienaventuranza perdida. Pero según él, sólo podría conseguirlo después de haberse transformado en mujer (...) Afirma haber tenido conocimiento de tal destino por revelación divina, como las que recibían los profetas.

Freud, en esta obra, estableció la relación entre la paranoia y las ilusiones de rescate, y también entre éstas y la homosexualidad:

A este contexto pertenece también el hecho de que precisamente los homosexuales manifiestos, y en primer término aquellos que rechazan toda actividad sexual, se caractericen por una intensa participación en los intereses generales de la humanidad, surgida de la sublimación del erotismo.

También Haitzmann sufría de delirios paranoicos de grandeza, en los cuales se le representaba Cristo y le aseguraba que no lo abandonaría:

El mismo caballero de las visiones anteriores se acercó a él y lo invitó a subir al trono, pues “querían tenerlo por rey y adorarlo por toda la eternidad”. Con esta floración de su fantasía termina la primera fase, harto transparente, de la historia de sus tentaciones.

En este punto tenía ya que iniciarse una fase de signo contrario. Y se inició, en efecto, una reacción ascética. El día 20 de octubre vio un gran resplandor y oyó una voz que, **en nombre de Cristo, le ordenaba que renunciara al mundo y se retirara a un desierto, consagrándose al servicio de Dios durante seis años.**

También los rasgos femeninos de Haitzmann eran evidentes:

Año 1669. Yo, Cristóbal Haitzmann, me obligo a **Satanás y me comprometo a ser su hijo fidelísimo** y a entregarle, dentro de nueve años, mi cuerpo y mi alma.

Teresa de Jesús relata sus proyectos caballerescos que pensaba efectuar con su hermano Rodrigo:

Concertábamos irnos a tierra de moros, pidiendo por amor de Dios que allí nos descabezasen.

Ya consignamos aquí el sueño bisexual de la visionaria. Catarina de San Juan no podía ser la excepción:

En Catarina de San Juan todo es distinto. Supo por sus confesores que en relación con la Compañía de Jesús había una profecía, declarada por San Francisco de Borja, de que Dios la hizo merced de que "todos los que perseverasen en ella hasta la muerte, muriendo con su ropa, en los primeros 300 años, se salvarían". Ramos recuerda que esa misma o parecida gracia se adjudicaban los benedictinos, y olvida que también los franciscanos. En 1599 se le dio esa misma revelación al padre Alonso Rodríguez, ya sin la reducción a los 300 años, sino perenne.

Ante estas noticias "se arraigó en el corazón de Catarina una como natural **aflicción de que no la hubiera hecho Dios varón**, para poder pretender ser de la Compañía de Jesús."

Otro aspecto que unifica la autoscopia con los síntomas histéricos causados por la adaptación inconsciente a la idea de morir lo observamos en el ensayo de Martí Ibáñez al referirse a la conferencia del doctor Lhermitte:

Encontró que la autoscopia era más frecuente en individuos que habían padecido alguna enfermedad, sobre todo del sistema nervioso; por ejemplo, la epilepsia.

Alude don Félix a las epilepsias de Edgar Allan Poe y de Dostoievsky, mas no a la de Mahoma. En la **Primera crónica general** (1270), en el capítulo **De cómo Mahoma predicó su secta, y se amortecía y decía que el ángel hablaba con él, y de cómo les dio las zoharas que los moros llaman a las leyes**, se puede observar que este profeta sufría de ataques epilépticos:

De aqui en adelante comenzó Mahoma a predicar su secta descubiertamente y a alborozar a los pueblos contra la fe de Cristo, y a muchos de ellos engañaba porque les predicaba un dios solo tan solamente, y mintiéndoles les decía que el ángel Gabriel venía a él y que le decía y le demostraba todo aquello que él les predicaba, y hacía fingimiento muy a menudo que enloquecía cuando estaba en oración que alzaba sobre en alto el espíritu de Dios y que caía en tierra como muerto; y cuando yacía en tierra, demente, quedaban los pueblos locos y sandios que con él hablaba el ángel de Dios, pues él así se los hacía creer después.

La adaptación inconsciente a la muerte la demuestra Catarina de San Juan mediante sus estados autoagresivos; Schreber por los suicidas y Haitzmann con sus desmayos.

Observemos ahora la coincidencia de otros síntomas. Ya vimos cómo en el caso de **Sueño y telepatía** la señora sufrió de alucinaciones zoofóbicas entre los 6 y 9 meses de edad, al representársele en su cuna dos caballos que parecían seres humanos.

Martí Ibáñez discierne entre ilusión y alucinación, en su ensayo:

Un individuo que ve fieras enfrascadas en una lucha a muerte por encima de su cama, cuando en realidad no existen, es víctima de una alucinación, pero un paciente que percibe espectros o personas escondidas tras unas cortinas que se agitan por el viento, es víctima de una ilusión.

Dice Freud que Schreber se lamentaba de las molestias que le causaban los pájaros encantados o parlantes. Estos pájaros tenían una representación sexual fálica para el psicólogo vienés. La representación sexual, de acuerdo con los avances psicoanalíticos, es más profunda: los pájaros de Schreber representan los pechos asesinos de su madre que descargan sobre él "la cadaverina" que contenían.

Sobre la zoofobia de Catarina, nos da De la Maza varios ejemplos en donde encontramos también los pechos asesinos simbolizados en las fieras:

Continuaron por un camino lleno de espinas y de tigres, leones, dragones y culebras (...) Salíanle al encuentro perros terribles, osos, leones y serpientes (...) Incluso se burlaba de los diablos, cuando una vez se aparecieron como dragones, sierpes, osos, perros y cebones.

Examinemos algunos ejemplos zoofóbicos de Teresa, extraídos de **Las moradas**:

...aunque haya ésta entrado en el castillo, porque entre cosas tan ponzoñosas, una vez u otra es imposible dejarle de morder.

...padeciendo con mil bestias fieras y ponzoñosas, y mereciendo con este padecer.

...tantas cosas malas de culebras y víboras y cosas emponzoñosas, que entraron con él.

...Mas harta misericordia es que algún rato procuren huir de las culebras y cosas emponzoñosas y entiendan que es bien dejarlas.

...Porque aquí es el representar los demonios estas culebras.

...mas eso han hecho estas cosas emponzoñosas que tratamos, que, como si a uno muerde una víbora, se emponzoña todo y se hincha.

...porque todo esto hay y peligro de serpientes.

Haitzmann también sufría de apariciones zoofóbicas:

Retornamos, por tanto, a nuestra hipótesis de que el demonio, al que nuestro pintor vende su alma, es para él un sustituto directo del padre. Con ello armoniza también **la figura en que primero se le apareció**: la de un honrado burgués de edad madura, con barba negra, capa roja y sombrero negro, un bastón en la mano derecha y **un perro negro a su lado**. Luego, su apariencia se hizo cada vez más espantable y podríamos decir más mitológica, mostrando ya, como atributos, cuernos, garras de **águila** y alas de **murciélago**. Por último, en la capilla, surge bajo la forma de un **dragón** alado.

Nos dice Martí Ibáñez:

En la mayoría de los casos el individuo se siente profundamente ligado a la alucinación, tanto por nexos espirituales como materiales, o como si formara parte de ella, puesto que sus sensaciones y pensamientos son idénticos a los de la imagen.

Con esto quiso decir don Félix que los fenómenos alucinatorios y los paranormales deben de considerarse como parte integrante de la problemática mental, como una “bipartición fantasmal del cuerpo humano”; y de ninguna manera como fenómenos pertenecientes a otras esferas sensoriales, como pudieran llamarse el mundo de los espíritus o el más allá.

Hemos planteado aquí la posibilidad de la existencia de un vínculo de la neurosis denominada paranoia con varios fenómenos paranormales como son los telepáticos, y los de alucinaciones histérico-mnésicas. Mas hay algo que le crea un límite infranqueable a la investigación científica, y ello es el fenómeno de las visiones proféticas comprobables.

e) El endemoniado Cristóbal Haitzmann

En **Estudios sobre la histeria** (1893-1895), José Breuer (1842-1925), habló en el capítulo teórico de algunos fenómenos a cuyos orígenes en épocas remotas se les atribuía influencia diabólica:

La escisión mental es el demonio, con el cual, según la vulgar observación de las tempranas épocas supersticiosas, se creía que estaban poseionados estos pacientes. Es verdad que un espíritu ajeno a la conciencia vigil del paciente mantiene sobre éste su dominio; mas este espíritu no es en realidad ajeno, sino es parte del propio sujeto.

En cartas que Freud le envió a su amigo, el fisiólogo alemán Wilhelm Fliess, le informó sobre ciertas coincidencias existentes entre los estados histéricos y los casos aparentes de posesión diabólica. Estas cartas fueron escritas el 17 y el 24 de enero de 1897, esto es, en los comienzos del psicoanálisis:

A propósito, ¿qué me dices de ese comentario según el cual toda mi flamante prehistoria de la histeria ya habría sido archiconocida y publicada, aunque hace de

esto varios siglos? ¿Recuerdas que siempre insistí en que la teoría medieval de la posesión, sustentada también por los fueros eclesiásticos, sería idéntica a nuestra teoría del cuerpo extraño y de la escisión de la conciencia? Pero ese diablo que se posesionaba de sus miserables víctimas, **¿por qué fornicaba siempre con ellas y de tan repugnantes maneras?** ¿Por qué esas confesiones arrancadas bajo tormento son tan similares a las que mis pacientes me cuentan en el tratamiento psicológico? Próximamente habré de dedicarme un poco a la literatura correspondiente. Por otra parte, las crueldades contribuyen a aclarar algunos síntomas de la histeria que hasta ahora resultaban enigmáticos. **¡Esos alfileres que salen a la luz por las vías más singulares, esas agujas con las cuales se hacen desgarrar los senos tantas pobres enfermas,** y que son invisibles a los rayos X, aunque aparezcan bien claras en las historias de seducción! . . .

Ahora los inquisidores vuelven a punzar con sus agujas para revelar los **stigmata diaboli**, y en análoga situación, las víctimas vuelven a inventar en la ficción las mismas historias horripilantes, ayudadas quizá por el disfraz de los seductores. Así, víctimas y victimarios recuerdan en común su más lejana juventud.

La comparación con la brujería cobra cada vez mayor vida y creo que es muy acertada. Ya comienzan a pulular los detalles; el “vuelo” de las brujas está explicado: **la escoba sobre la cual cabalgan, probablemente sea monseñor Pene;** sus secretas reuniones, con danza y algarabía, podrían observarse a diario en todas las calles, junto a los niños que juegan; cierto día leí que el dinero que el diablo daba a sus víctimas se transformaba casi siempre en excrementos; al día siguiente, el señor E., describiéndome los delirios de dinero que tenía su niñera, exclama de pronto (a través de las asociaciones de Cagliostro —alquimista— **Dukatenscheisser**), que “el dinero de la Luisa era siempre excremento”. Así, en los cuentos de brujas el dinero no hace

sino transformarse en la sustancia que originalmente fue. **¡Si sólo supiera por qué la esperma del diablo siempre es calificada de “fría” en las confesiones de las brujas!** Encargué un ejemplar del *Malleus maleficarum*, y ahora que puse punto final a las “parálisis infantiles” me dedicaré a estudiarlo asiduamente. La historia del diablo, el repertorio de insultos populares, las canciones y los juegos infantiles: todo eso adquiere ahora importancia para mí. ¿Podrías indicarme, sin incomodarte, una buena bibliografía sobre el tema que retengas en tu rica memoria? En conexión con las danzas mencionadas en las confesiones de las brujas, recuerda solamente las epidemias de bailes de la Edad Media. Luisa, la niñera de E., era una de esas brujas danzarinas; en consecuencia, volvió a recordarla por primera vez cuando estaba presenciando un ballet: de ahí su fobia al teatro. El volar, el flotar por los aires de las brujas, tiene su parangón en las proezas gimnásticas que los varones histéricos realizan en sus accesos.

En el **Análisis fragmentario de una histeria** (1905), ante la desertión de su paciente Dora, Freud emitió el siguiente juicio:

Quien como yo despierta a los perversos demonios que habitan, imperfectamente domados, en el alma humana, para combatirlos ha de hallarse preparado a no salir indemne de tal lucha.

En **Una neurosis demoniaca en el siglo XVII** (1923), aclaró lo que entendía por demonología:

La teoría demonológica de aquellos oscuros tiempos se ha mantenido en pie frente a todas las interpretaciones somáticas del periodo de las ciencias “exactas”. **Los casos de posesión diabólica corresponden a nuestras neurosis**, para cuya explicación acudimos nosotros de nuevo a la acción de poderes psíquicos. Los demonios son para nosotros malos deseos rechazados; ramifica-

ciones de impulsos instintivos reprimidos. Rechazamos tan sólo la proyección al mundo exterior de que la Edad Media hacía objeto a tales poderes anímicos y los hacemos nacer en la vida íntima del enfermo, en la cual moran.

En efecto, la demonología puede hoy circunscribirse a la psicopatología, como lo asentó Freud. En el caso estudiado por él, se observa la adaptación inconsciente a la muerte por hambre:

Es posible que el padre se opusiera al deseo de su hijo de ser pintor, y entonces la incapacidad para pintar que acometió a Haitzmann a raíz de la muerte de su padre, sería una manifestación de la conocida **"obediencia a posteriori"**, y, además, **al incapacitar así al sujeto para ganarse el sustento**, se habría incrementado su nostalgia por el padre como protector frente a necesidades de la vida. Como obediencia **a posteriori**, sería también una manifestación de remordimiento y un autocastigo eficaz. (...)

Acaso las apariciones del demonio se mostraban tan generosamente adornadas de ubérrimos senos porque el Maligno debía ser el padre sustentador. Tal esperanza no llegó, empero, a cumplírsele; le siguió yendo mal, no podía trabajar bien, o no tenía suerte y no encontraba trabajo suficiente. La carta de presentación del párroco dice de él: **Hunc micerum omni auxilio destitutum. No sufría, pues, tan sólo angustias espirituales, sino también apuros materiales.** (...)

Haitzmann no quiso nunca más que asegurarse el sustento; la primera vez con ayuda del diablo y a costa de su buenaventuranza, y al fallar este medio y tener que abandonarlo, con la ayuda del clero y a costa de su libertad y de la mayor parte de las posibilidades de goce que la vida ofrece. Acaso Cristóbal Haitzmann no era más que un pobre diablo poco afortunado o demasiado torpe o demasiado mal dotado para poder ga-

narse el sustento, y uno de aquellos tipos que conocemos como "eternos niños de pecho", sujetos incapaces de arrancarse de la dichosa situación del niño lactante, y que conservan a través de toda su vida la pretensión de ser alimentados por alguien.

Es preciso advertir la similitud entre las visiones de Haitzmann y las de La Egipciaca, y tal analogía a la adaptación inconsciente a la muerte por hambre. La Egipciaca, al arrepentirse de la vida promiscua que llevaba, vio una imagen de la Virgen a la que le dijo:

Me separo del demonio y de sus compañías; jamás volveré a servirlo. Toda mi fe la pongo en tu hijo.

Se puso a rezar después y escuchó una voz que le reprochó el no entrar en el desierto donde habría de vivir como anacoreta pasando hambre y sed. Acto seguido compró tres panes que fueron todo su sustento mientras vivió como penitente:

Aunque sabe que puede morir de hambre, no quiere retractarse: tan sólo tiene dos panes, pero Dios sabrá como mantenerla, pues con tan parco alimento poco tiempo podrá sustentarse si él no la ayuda.

Freud relata una de las apariciones visuales de Haitzmann:

En una de sus visiones ascéticas se queja a la persona que le guía (Cristo) de que nadie quería creerle, por lo cual no le era posible hacer lo que de él se exigía. La respuesta que de esta queja obtiene nos resulta, desgraciadamente, hartamente oscura. En cambio, hallamos muy significativo lo que su divino guía le hace vivir entre los eremitas. **Haitzmann llega a una cueva en la que un anciano anacoreta mora hace ya sesenta años, y el anacoreta le explica, a su ruego, cómo los ángeles de Dios proveen diariamente a su sustento. Y luego ve, por sí**

mismo, cómo un ángel le hace al anciano la comida: **"Tres platos con comida, un pan y bebida."** Una vez que el anciano anacoreta se ha alimentado, el ángel recoge los utensilios y se los lleva. Comprendemos cuál es la tentación que integran estas piadosas visiones: tratan de moverle a elegir una forma de vida en la que **se verá libre del cuidado de procurarse el sustento.** También son de tener en cuenta las palabras de **Cristo en la última visión.** Después de advertirle que si no obedecía sucedería algo que él y la gente habrían de creer, le indica expresamente que "no debe cuidarse de la gente, aunque se viera **perseguido** por ella o no obtuviera de ella auxilio alguno, pues Dios no le abandonaría".

Acompañando a su deseo inconsciente de pasar hambre se le representaba también al pintor su adaptación inconsciente a la idea de morir de hambre. Los temores angustiosos de morir son síntomas claros que denuncian dicha adaptación:

El *Trophaeum* nos informa concretamente sobre este punto. **Haitzmann había caído en honda melancolía; se sentía incapaz de trabajar en su arte, o sin voluntad para ello, y le preocupaba amargamente la idea de una muerte próxima.** Padecía, pues, una depresión melancólica, con inhibición de la capacidad de trabajo y miedo (justificado) a morir pronto. Vemos así que nos encontramos realmente ante un historial patológico, y averiguamos también cuál fue la causa ocasional de tal enfermedad, a la que el pintor mismo da, en las notas de sus dibujos, el nombre de "melancolías".

Otro síntoma inequívoco que actúa como una reacción a la adaptación tanática inconsciente, es el de haberse desmayado. Esto ocurrió después de haberse identificado femeninamente con la dama de un apuesto galán, internando la agresividad de tal deseo prohibido:

Sus familiares se esforzaron en hacerlo volver en

sí, pero él se revolcó por el suelo y hasta que le brotó la sangre por boca y nariz, se sintió inmerso en un ambiente ardoroso y hediondo, y oyó una voz que le explicaba cómo aquel estado era un castigo por sus vanos e inmodestos pensamientos. Luego fue flagelado por una cohorte de espíritus malignos, y la voz le aseguró que aquel castigo se repetiría a diario hasta que se decidiera a hacerse anacoreta. Estas vivencias se repitieron cotidianamente, por lo menos, hasta el 13 de enero, fecha final del Diario.

En este último ejemplo, observamos que Cristóbal experimentó una alucinación auditiva que le reprochaba el hecho de no pasar hambre y sed, esto es, de no hacerse anacoreta. Aquí se representa otra vez el caso de La Egipciaca, y los actos persecutorios de Catarina de San Juan y de Schreber.

Establecida, pues, la existencia de su adaptación inconsciente al hambre y la muerte, se puede deducir que aquello que le creó tal adaptación oral no puede ser otra cosa que los pechos malignos de su madre. El pecho asesino lo visualizó Haitzmann en el demonio que, bajo la forma de un dragón (serpiente alada) se le apareció para devolverle el pacto escrito con sangre. La **imago matris** de Cristóbal era criminal o diabólica. Esta imagen acusaba la existencia de los pechos maternos y del pezón devorante, envenenante y drenante, simbolizado en un falo en forma de áspid:

Otro detalle de las relaciones del pintor con el demonio apunta igualmente hacia la sexualidad. La primera vez, Haitzmann ve al diablo, como ya dijimos, bajo el aspecto de un honrado burgués. Pero ya **la vez siguiente se le aparece desnudo, deforme y exornado con dos pares de senos femeninos**. Los senos, ora simples, ora múltiples, no faltan ya en ninguna de las apariciones siguientes. **Sólo en una de ellas muestra el diablo, además de los senos, un cumplido pene, terminado en una serpiente**. Esta acentuación del carácter sexual femenino por medio de grandes senos colgantes (nunca apa-

rece indicio alguno de genital femenino) **tiene que aparecer como una flagrante contradicción de nuestra hipótesis de que el diablo era, para nuestro pintor, un sustituto del padre.**

El manuscrito anónimo llamado **Tratado de exorcismos, muy útil para los sacerdotes y ministros de la iglesia** (1725), publicado en inglés por **The Hispanic Society of America**, en 1975, confirma la relación del trauma oral de algunos histéricos con el fenómeno del endemoniamiento.

Por principio de cuentas, la palabra demonio —según el autor— significa **sanguinis sitiens**, o sea sediento de sangre (leche); una clara proyección del pecho materno que no da sino chupa. De aquí Drácula, **imago matris** que succiona, bebe, o tiene sed de sangre.

Diablo significa **dia-bolus**, o sea dos-bocados, que son los dos senos maternos que se muerden por hambre, porque no dan leche. El ansia de devorar, luego la proyecta el niño a la madre devoradora o castrante, imagen monstruosa que más tarde se le aparece en sueños y en visiones al histérico en forma de un diablo que, en el caso de Cristóbal, tenía senos. El autor confirma la oralidad del problema:

Otro síntoma de posesión diabólica es la presión sobre el corazón y la boca del estómago, de tal manera que la víctima siente que tiene una bola encima. Otros sienten algo así como punzadas en el corazón y los tormentos son tales que **piensan que los están devorando**. Lo mismo ocurre en otras partes del cuerpo. A algunos les parece que una pelota les sube y les baja por la garganta, y en ocasiones no pueden retener en el estómago nada de lo que comen, teniendo que beber para sobrevivir.

El clérigo anónimo que se denominó doctor de almas, además de observar que algunas personas se habían endemoniado después de haber perdido sus posesiones terrenales, o sea que al igual que Haitzmann temían morir de ham-

bre, también consignó los síntomas de la posesión diabólica que se antojan maniaco-depresivos como los de Schreber:

Es una enfermedad súbita que lo excita hasta la rabia y lo hace morderse las manos y revolcarse en el suelo, en el fuego y en el agua, poniéndolo en peligro de depresión y de suicidio.

Veamos algunos síntomas semejantes a los padecidos por Catarina de San Juan:

Aullidos extraños y audición de voces, visiones feroces y horribles, falta de sentido de los miembros, pérdida casi total de los procesos vitales, inquietud extraordinaria que hace que el enfermo no pueda calmarse y busque lugares oscuros y solitarios (...) Revelar acontecimientos secretos ocurridos en países extranjeros.

Dice el autor del manual que antes de poseer al individuo, los demonios:

Se aparecen en forma horrible y aterradora, de noche, en la oscuridad, en lugares tenebrosos. En ocasiones lo asustan con espantosa pesadilla, maltratándolo sin piedad en su cuerpo cuando de él se poseionan. Otras veces se introducen en él convertidos en viento, ratas [pezón asqueroso] u otros pequeños animales.

En este manuscrito podemos advertir ciertos síntomas paranoicos, parecidos a los consignados por Freud en **El sueño y la telepatía** (1922):

Hablar y entender latín sin haberlo estudiado; discutir los puntos delicados y profundos de los misterios de la fe y de los Evangelios, sin haberse educado, descubrir y revelar secretos y pecados sólo conocidos por las personas que los cometieron.

La revista **Time**, de septiembre 6 de 1976, consignó el caso de endemoniamiento de Anneliese Michel, estudiante femenina de 23 años quien, desde que entró en la Universidad de Würzburg sufrió de convulsiones paraepilépticas, que los médicos no pudieron controlar. Aparentemente estaba poseída por seis demonios: Lucifer, Nerón, Judas, Caín, Hitler y otro, que se expresaban guturalmente a través de ella. Lo que menos puede uno imaginar es que su muerte por hambre vía anorexia tuviera nada que ver con la posesión diabólica. Morgagni (1682-1771), padre de la anatomía patológica, en su libro **Dsedibus et causis morborum (MD en Español, febrero 1972)**, trató ampliamente sobre el hambre preternatural y expuso el siguiente ejemplo:

Un perro fue apartado de las ubres de su madre a poco de nacer y privado de toda clase de alimentos. Al tercer día de abstinencia empezó a sufrir convulsiones por todo el cuerpo, más violentas unas veces y menos otras. Al cuarto día, murió.

El carácter oral del fenómeno demonológico queda bien establecido mediante el estudio de las observaciones de Freud y de lo expuesto en el manuscrito español del siglo XVIII. Ahora veamos la relación de lo sexual con lo diabólico en el ensayo de Gregorio Marañón **Los misterios de San Plácido**, publicado con otros trabajos en el libro **Don Juan** (1940). El primer fragmento que transcribimos lleva el subtítulo de **Epidemia de endemoniados**:

Toda la podredumbre moral que encubría el pretexto de los alumbrados se echa de ver en el suceso del convento San Plácido. Era, desde su fundación, confesor y director espiritual de la comunidad un don Francisco García Calderón, benedictino, que pasaba por autoridad en virtud y doctrina dentro de su orden. Tenía cincuenta y seis años, edad peligrosa para quienes no han conocido a tiempo, en la etapa juvenil, la plenitud del amor y su lección de gloria y de fugacidad. Es evi-

dente que le perturbó la convivencia, en la soledad del convento, con las treinta monjitas, pulidas, muchas de ellas de gran belleza y todas jóvenes, algunas casi niñas. No está probado que entablara con ninguna de ellas relaciones graves. Pero de las declaraciones del proceso se desprende que **don Francisco hacía a sus penitentes preguntas y proposiciones de carácter notoriamente erótico**, como una vez en que en pleno confesionario discurría con la priora doña Teresa sobre temas que él llamaba de "filosofía natural", y que eran al tenor de este: "¿Por qué una mujer desnuda siente menos turbación delante de un hombre que delante de una mujer?" En este y otros momentos parecidos se descubre la desviación del instinto reprimido hacia una exhibición verbal.

La turbación que estos tanteos de "filosofía natural" produjeron en las sencillas religiosas fue profundo y se manifestó por fenómenos de **histerismo colectivo**, contagioso, puesto que **atacó a veintiséis de las treinta claustradas**. Ocurrieron los primeros casos en el otoño de 1628 y duró la epidemia hasta que tres años después la Inquisición puso mano en el negocio. La perturbación tomó el **aspecto característico del histerismo en aquella época: la posesión diabólica**. Los médicos de todos los tiempos discuten sobre **la esencia del histerismo, al que cambian el nombre de tiempo en tiempo, porque, en efecto, la enfermedad, infinitamente proteica, cambia también de modos de expresión**. Hay, incluso, algunos que ponen en duda su existencia; pero desde luego existe; aunque tiene esa curiosa propiedad de revestirse de apariencias distintas en relación con las preocupaciones de cada época. Entonces, en los años de que hablamos y en todos los de su alrededor, el histerismo era endemoniamiento; un siglo más tarde fue impudicia exhibicionista; desenfreno demagógico en las épocas revolucionarias; prurito despótico en otras ocasiones de la historia.

El peregrino raro

Las declaraciones de doña Teresa y de las otras monjas poseídas, nos refieren con ingenuo candor los temblores, ahogos, sofocaciones, misteriosas llamaradas, voces extrañas e impulsos irrefrenables que sentían las azoradas vírgenes. Ninguna de ellas dudó de que estaba poseída. Una legión de demonios tomó realidad casi física en la exaltada sensibilidad de las religiosas. A todos aquellos los mandaba uno, prodigiosamente duchos en el arte de tentar las conciencias y la carne pecadora, que tenía el nombre y apellido de **Peregrino Raro**. No hay que decir que el travieso peregrino hacía objeto de sus posesiones predilectas en la propia doña Teresa, que se ahogaba de angustia y multiplicaba sus mortificaciones para librarse de la tentación.

El sentido erótico de esta tropa diabólica con su capitán a la cabeza, frente a la comunidad femenina, es evidente. El **Peregrino** ejercía sobre la priora el dulce imperio, el afán celoso de exclusividad propia de los amantes. Ella misma nos dice que cuando, por ejemplo, estaba hablando con alguien en el locutorio se sentía al punto llamada desde el piso de los dormitorios por el **Peregrino**. No consentía éste que nadie le disputase el regalo de su compañía. La pobre monja experimentaba entonces una inexplicable inquietud interior y, sin saber lo que hacía, se despedía atropelladamente de sus amigos y corría escaleras arriba, murmurando: "El señor **Peregrino** me llama."

Sin ninguna duda, el creador y animador de estos demonios, mucho más vergonzosos que terribles, era el capellán, actuando con sus insinuaciones de climatérico casto sobre las puras almas de las monjas, fermentadas en el encierro conventual, a través de cuyas paredes se filtraba el vaho de liviandad violenta que sumergía a la Corte de las Españas. El tema erótico, deformado hasta el delirio, era, en efecto, uno de los elementos frecuentes de la psicología colectiva y se traducía en

formas diversas según el medio; en los monasterios, frecuentemente por estas epidemias de posesión muchas veces suscitadas por los alumbrados.

La dueña rijosa. Los alumbrados de Llerena

El sentido directamente licencioso del supuesto alumbrismo de don Francisco García Calderón aparece más claro aún en sus relaciones con una beata llamada doña Isabel de Caparroso, dueña de la casa de don Jerónimo Villanueva, que frecuentaba mucho el convento de San Plácido y vivía bajo la misma influencia espiritual del capellán. Las largas declaraciones de esta mujer en el proceso de la Inquisición no dejan lugar a duda de que si el rijoso clérigo se limitaba con las monjas a diversiones puramente verbales de su concupiscencia, **con la dueña pasaba a vías de obra, aunque no a las definitivas.** De las declaraciones de ambos resulta patente que tuvieron "tratos deshonestos"; allí están minuciosamente relatados. Don Francisco, que ante los jueces de la Inquisición negó terminantemente que fuera hereje alumbrado, **no pudo negar sus devaneos con doña Isabel, y lealmente los atribuyó a caídas de la carne "flaca y miserable".** Su entusiasmo presenil por la Caparroso llegó a ser delirante, pues, habiendo muerto ella, se atrevió a alabarla en un sermón en el que la veneró por santa. La beata, a su vez, era una gran exaltada que ya antes de estos sucesos había sido perseguida por el Santo Oficio como sospechosa de alumbrada.

La extraña justificación religiosa del pecado carnal surge de este proceso muy patente. Como hemos dicho, el aspecto decididamente sexual de la secta se había iniciado, cincuenta años atrás, en el episodio de los **alumbrados de Llerena.** En esta ciudad extremeña, casi despoblada de sus mejores hijos, que corrían a las Américas en busca de oro y de gloria, y habitada en gran parte por gente de aluvión, moriscos conversos y judaizantes, apareció una epidemia de alumbrismo que

alcanzó a gran número de mujeres, trastornadas por varios clérigos desaprensivos. **Pasaban las infelices del éxtasis del quietismo místico al directamente sexual con fanático fervor.** La austera vida del campo extremeño se tornó en bacanal desaforada. Aquellas mujeres secas y apasionadas de la estepa occidental, esposas o hijas de los que al otro lado del mar realizaban la magna epopeya, enloquecieron con las predicaciones de los alumbrados; y a favor también (según apuntan Barrantes y Menéndez Pelayo) de la prolongada ausencia de los maridos, llegaron a los más lamentables excesos. "Derretíanse en amor de Dios"; pero el derretimiento ocurría en brazos de sus predicadores, hasta que, al fin, el hecho fue denunciado por el padre La Fuente y la llama apagada con rápida severidad por la Inquisición. El denunciador, que era enemigo de los jesuitas, comparaba las locuras misticolúbricas de estas mujeres con los ejercicios ignacianos y culpaba a aquéllos de la maléfica herejía. El ejemplar castigo extinguió la llamareda de los alumbrados extremeños, tan representativa de la fase pornográfica de la secta. **Pero el mal se reprodujo y siguió degenerando, hasta llegar a ser en los años de Felipe IV una especie de donjuanismo de sa-cristía,** en el que la ausencia de gracia personal se trataba de suplantar cínicamente por la gracia divina.

Episodios de este género no eran raros en los monasterios de entonces. Si el que ahora comentamos alcanzó la celebridad que hoy nos hace hablar de él, es porque las diabluras de San Plácido, al ser denunciadas a la Inquisición, sacaron a relucir los nombres de los patronos insignes del convento, don Jerónimo de Villanueva, el antiguo novio de la priora, y el conde-duque de Olivares. El odio terrible que éste inspiraba al populacho alcanzaba también al protonotario. La historia de las **posesiones demoniacas** dio lugar a otra que referiremos después, en la que el propio conde-duque intervenía directamente. Todo ello prestó alas de popularidad malsana al escandaloso proceso.

¿Qué provocó la histeria colectiva de las monjas?

Por principio debemos admitir que el religioso enclausurado es un enfermo que mantiene un equilibrio mental mediante la aceptación de su adaptación masoquista infantil, la cual incluye el rechazo sexual y oral, la obediencia incondicional y la pobreza material. Recordemos las palabras de Erasmo en **Elogio de la locura**:

En fin, no hay locos que puedan compararse a los que de repente se sienten inflamados por el ardor de la caridad cristiana. Estos distribuyen sus bienes, desprecian las injurias, se dejan engañar sin quejarse, no distinguen entre sus amigos y sus adversarios, aborrecen el placer y se alimentan con ayunos, vigiliias, lágrimas, trabajos y humillaciones. Disgustados de la vida, sólo desean la muerte; en una palabra: parece que han perdido completamente el sentido común, como si su alma viviera en cualquier sitio, menos en su cuerpo. ¿No son todos los indicios de la locura?

Sabido es que el clero español fue engrosado en los siglos aquellos por gentes más o menos normales, que encontraron en él un sustento difícil de hallar en otras profesiones a las que envileció el antisemitismo derivado de la idea de la unidad nacional. Veamos lo que nos dice Américo Castro en **La realidad histórica de España** (1954):

Reducida España a una economía de labranza de tierras, éstas fueron concentrándose cada vez más en manos señoriales, y sobre todo eclesiásticas. La Universidad de Toledo informa al rey, hacia 1618:

“No habiendo la mitad de gente que solía, hay doblados religiosos, clérigos y estudiantes de gramática, porque no hallan ya otros modos de vivir ni de poderse sustentar. La razón fundamental es porque, hasta pocos años ha, el nervio y cuerpo de la república era de oficiales, como se fabricaba tanto para España, toda Europa y todas las Indias, y un oficial casaba su hija

con un mozo pobre, pero que tuviese su oficio, con que ganaba tan de ordinario su comida, que parecía renta . . . ; y ahora, viendo que nadie gana un real, no quieren enlodar sus hijas ni hijos, tratan de que estudien (porque ven ricos a todos los eclesiásticos), que sean monjas, religiosos, clérigos . . .”

Es razonable, pues, que los normales contagiaran a los normales. Cuando a las monjas se les indujo indirectamente al acto sexual reaccionaron histéricamente, atribuyéndole al demonio sus compulsiones eróticas, pues de acuerdo con su educación, Satanás era el espíritu temible que podía posesionarse de los humanos. En este caso, el **superyó** además blandía el **yo-ideal** doctrinario en contra de las enclaustradas. Por otro lado me asedia la idea de que de las treinta monjas residentes en San Plácido, cuatro, que no sufrieron síntoma alguno, pudieron haber sido las únicas con vocación religiosa. Las demás, como las de Llerena, quizá fueron muchachas lozanas y casaderas, víctimas de aquella sociedad desequilibrada. El manuscrito español citado, informa sobre una razón del porqué los demonios masculinos prefieren poseer a ciertas mujeres.

Los incubos parecen causar más problemas a las mujeres y muchachas de bonita cabellera y que dedican mucha energía para peinarla y adornarla, ya sea porque ellas tienen la esperanza o el hábito de excitar a los hombres de esa manera, o porque se vanaglorian de su cabello, o porque la bondad divina permite que sean proclives a excitar a los hombres con su pelo, exactamente como los demonios desean que se los excite a ellos.

EPILOGO

Mi interés por el psicoanálisis se despertó con la lectura de los libros de Edmundo Bergler, quien habiendo asimilado las enseñanzas de Freud fue el que logró crear un cuerpo de doctrina metódicamente formado y ordenado, basando este sistema en la causa de la mayoría de las neurosis, a saber: el masoquismo psíquico de base oral.

Reconozco sinceramente que la obra de Segismundo Freud solamente la conocía a través de la de Bergler, y, ahora, debo advertir que jamás habría accedido a las sugerencias de Hugo Rosen, en cuanto a un psicoanálisis de la persona de Freud, de haber solamente conocido sus trabajos. El quehacer psicoanalítico no se integra dentro de una unidad del pensamiento científico hasta que no se complementa con los descubrimientos que, sobre la fase oral, hizo Bergler; creo, entonces, razonable suponer que únicamente con los hallazgos de Freud hubiera sido difícilísimo acercarse a su problemática conduccional.

Todo aquel que se sienta compelido a dedicarse al psicoanálisis literario, o de los personajes por las huellas literarias que hayan dejado, tendrá que admitir, de manera inconcusa, que Bergler descubrió la llave maestra con que se abren hasta las más inexpugnables puertas de la mente humana; además tendrá que reconocer que un psicoanálisis literario habrá, en un momento dado, que ser comparado

con casos clínicos análogos; razón por la cual se autodescartan todos los intentos biográficos que, frecuentemente, contraen compromisos ineludibles con la imaginación y las identificaciones pseudoagresivas y masoquistas del autor. No sin una buena razón, disuadía Freud a todos aquellos amigos y parientes suyos que deseaban biografiarlo, de tomar tan temeraria decisión, debido a las enormes dificultades que tal cosa podría entrañar en su desarrollo histórico. En una carta que le envía a Wittels en 1924, lo increpa:

Sigo manteniendo que alguien que sabe tan poco acerca de una persona como usted sabe respecto a mí, no tiene derecho a escribir la biografía de dicha persona. Se espera por lo menos hasta que muera, para que no pueda protestar y para conseguir que afortunadamente para él, ni siquiera le importe.

A su cuñado Eduardo, tuvo también que denegarle sus peticiones en una carta de 1929:

Además, una confesión de vida psicológicamente completa y honrada, exigiría tantas indiscreciones, por mi parte y la de los demás, acerca de la familia, los amigos y enemigos, la mayoría aún vivos, que debe considerarse definitivamente descartada. Lo que estropea, después de todo, las autobiografías, es el carácter hipócrita de sus aseveraciones.

Cuando en 1936, Arnold Zweig le solicita ser su biógrafo, Freud lo disuade:

¡Usted, que tiene tantas cosas más atractivas e importantes que hacer; usted, que puede coronar reyes y contemplar la locura brutal de la Humanidad desde lo alto de su torre de observación! No; le quiero demasiado para permitirle que tal cosa suceda. Todo el que se mete a biógrafo adquiere un tácito compromiso a decir mentiras, a ocultar cosas, a ser hipócrita y adu-

lador e incluso a esconder su propia falta de comprensión, pues la verdad biográfica jamás puede desvelarse del todo, y aunque esto se lograra, no habría posibilidad de emplear la información obtenida.

Habida cuenta de que el relato biográfico debe ser descartado, hube de atenerme, en este intento psicoanalítico, a la selección y ordenamiento de una serie de ideas expuestas por el propio Freud en sus trabajos, y a la comparación de las mismas con los descubrimientos psicológicos metodizados por Bergler, y, también, en algunos casos, por las intuiciones sublimes de aquellos que todo lo han mencionado antes de que se desarrollara esta ciencia, y que no pueden ser otros que los poetas y los filósofos.

Cuando, en el año de 1973, visité a Jorge Luis Borges en Buenos Aires, entre otras cosas, le participé de mi intención de ensayar un psicoanálisis de Freud. Me respondió al instante: "El no podrá quejarse."

Quizá sea una compulsión desiderativa creer que si Freud viviera aceptaría gustoso el psicoanálisis que sobre su persona ahora estampo, además de las analogías poéticas y filosóficas que preceden a sus teorías; semejanzas que, por cierto, él tuvo la sinceridad de advertir repetidamente. Tal vez tampoco se hubiera lamentado de la separación metódica que efectué de los caracteres orales de los casos investigados por él, para demostrar fehacientemente la universalidad de las adaptaciones masoquistas inconscientes.

Tengo el convencimiento, después de haber leído las obras completas y los epistolarios de este hombre, que la vehemencia con que rechazó a sus posibles biógrafos tuvo el propósito deliberado de sugerir la única otra alternativa posible: que es la del psicoanálisis de su persona a través de sus escritos. Otro indicio que apunta en la misma dirección fue el de su deseo de que el psicoanálisis fuese utilizado por todas las demás ciencias antropológicas, cuidándose de no caer dentro del ámbito exclusivo de la teología o de la medicina. En **Psicoanálisis y medicina** (1926) aconsejó:

No creemos deseable, en efecto, que el psicoanálisis sea devorado por la Medicina y encuentre su última morada en los textos de la Psiquiatría, capítulo sobre la terapia, y entre métodos tales como la sugestión hipnótica, la autosugestión y la persuasión que, extraídos de nuestra ignorancia, deben sus efectos, poco duraderos, a la pereza y la cobardía de las masas humanas. Merece mejor suerte, y hemos de esperar que la logre. Como "psicología abismal" o ciencia de lo anímico inconsciente, puede llegar a ser indispensable a todas aquellas ciencias que se ocupan de la historia de los orígenes de la civilización humana y de sus grandes instituciones, tales como el arte, la religión y el orden social. En mi opinión, ha prestado ya una considerable ayuda a estas ciencias para la resolución de sus problemas; pero éstas son aún aportaciones muy pequeñas, comparadas con las que se conseguirían si los hombres de ciencia dedicados al estudio de la Historia de la civilización, la Psicología de las religiones, la Filosofía, etcétera, se decidieran a manejar por sí mismos el nuevo medio de investigación puesto a su alcance. El empleo del análisis para la terapia de las neurosis es sólo una de sus aplicaciones, y quizá venga el porvenir a demostrar que no es siquiera la más importante. De todos modos, sería injusto sacrificar a una aplicación todas las demás por la sola razón de que aquélla roza el círculo de los intereses médicos.

Ahora bien, si algún idólatra de Freud no quisiera ver expuesta a la luz humana la figura de su dios, y en consecuencia prescindiera de dispensar su benevolencia hacia este ensayo, me tendría que ver en la necesidad de recordar las palabras que el profesor vienés enunció en el año de 1930, en la ciudad de Francfort, con motivo del otorgamiento que se le hizo del Premio Goethe:

¿Cómo se justifica, empero, esta necesidad de conocer las circunstancias de la existencia de un hombre,

una vez que sus obras han adquirido tal importancia para nosotros? Dícese, por lo general, que es la necesidad de acercárnoslo también humanamente. Así sea: trataríase entonces del anhelo de crear con tales seres vínculos afectivos que permitan equipararlos a los padres, maestros, modelos que hemos conocido personalmente o cuya influencia ya hemos experimentado, en la esperanza de que sus personalidades han de ser tan grandiosas y admirables como las obras que nos han legado. (...)

Si el psicoanálisis se pone al servicio de la biografía, tiene evidentemente el derecho de no ser tratado con mayor dureza que esta misma. **El psicoanálisis bien puede suministrar indicios que no es posible alcanzar por otros caminos, revelando así nuevas tramas en el magistral tejido que se extiende entre las disposiciones instintivas, las vivencias y las obras de un artista.** Dado que una de las funciones cardinales de nuestro pensar es la de asimilar psíquicamente los temas que le ofrece el mundo exterior, creo que habría que agradecer al psicoanálisis si, aplicado a un gran hombre, contribuye a la comprensión de sus grandes obras.

Juzguen, pues, esta obra, los que deseen juzgarla, con la indulgencia de quienes observan a los ciegos que pretenden mirar.

Esta lista de referencia bibliográfica fue tomada del libro *Abstracts of the Complete Psychological Works of Sigmund Freud*, obra editada por Carrie Lee Rothgeb y estampada por *International Universities Press*, de Nueva York (1973).

La lista ha servido para confrontarla con las obras traducidas por el señor López-Ballesteros al castellano y publicadas bajo el título de *Sigmund Freud. Obras completas*, por Editorial Biblioteca Nueva, Madrid (1967).

año	tomo/pág.	tomo:pág.
1886D	1/ 24	Observation of a severe case of hemianaesthesia in a hysterical male
1886F	1/ 19	Lectures on diseases of the nervous system
1887A	1/ 35	Review of Averbeck
1887B	1/ 36	Review of S. Weir Mitchell
1888B	1/ 39	Hysteria
1888X	1/ 73	Introduction to Bernheim
1889A	1/ 90	Review of Forel
1891D	1/103	Hypnosis
1892A	1/131	Preface and notes to J. M. Charcot
1892B	1/116	Tuesday lectures A case of successful treatment by hypnotism
1893A	2/ 3	On the psychical mechanism of hysterical phenomena: preliminary communication
1893C	1/157	Some points for a comparative study of organic and hysterical motor paralyses
1893F	3/ 9	Charcot
1893H	3/ 26	On the psychical mechanism of hysterical phenomena
1894A	3/ 43	The neuro-psychoses of defence
		III: 977 Prólogos y notas al libro de Bernheim
	I: 167	Un caso de curación hipnótica y algunas observaciones sobre la génesis de síntomas histéricos por voluntad contraria
	I: 25	El mecanismo psíquico de los fenómenos histéricos
	I: 192	Estudio comparativo de las motrices orgánicas e histéricas
	I: 17	Charcot
	I: 173	Las neurosis de defensa: ensayo de una teoría psicológica de la histeria adquirida de muchas fobias y representaciones obsesivas y de ciertas psicosis alucinatorias

1895B	3/ 87	On the grounds for detaching a particular syndrome from neurasthenia under the description anxiety neurosis	I: 180	La neurastenia y las neurosis de angustia; sobre la justificación de separar de la neurastenia cierto complejo de síntomas a título de "neurosis de angustia"
1895C	3/ 71	Obsessions and phobias	I: 200	Obsesiones y fobias; su mecanismo psíquico y su ideología
1895D	2/ 21	Studies on hysteria	I: 25	La histeria
1895F	3/121	A reply to criticisms of my paper on anxiety neurosis		
1896A	3/142	Hereditry and the aetiology of the neuroses	I: 204	La herencia y la etiología de las neurosis
1896B	3/159	Further remarks on the neuro-psychoses of defence	I: 219	Nuevas observaciones sobre las neurosis de defensa
1896C	3/189	The aetiology of hysteria	I: 131	La etiología de la histeria
1896D	1/ 86	Preface to second edition of Bernheim		
1897B	3/225	Abstracts of the scientific writings of Dr. Sigmund Freud		
1898A	3/261	Sexuality in the aetiology of the neuroses	I: 146	La sexualidad en la etiología de las neurosis
1898B	3/288	The psychological mechanism of forgetting		
1899A	3/301	Screen memories	I: 157	Los recuerdos encubridores
1900A	4/ 1	The interpretation of dreams	I: 257	La interpretación de los sueños
1901A	5/631	On dreams	I: 231	Los sueños
1901B	6/ 1	The psychopathology of everyday life	I: 629	Psicopatología de la vida cotidiana
1901C	3/324	Autobiographical note		
1903A	9/253	Review of Georg Biedenkapp	II: 393	El método psicoanalítico de Freud
1904A	7/248	Freud's psycho-analytic procedure		
1904B	9/254	Review of John Bigelow		
1904E	9/255	Obituary of Prof. S. Hammerschlag		
1905A	7/256	On psychotherapy	II: 396	Sobre psicoterapia
1905B	7/282	Psychical (or mental) treatment	III: 449	Tratamiento psíquico (o mental)
1905C	8/ 3	Jokes and their relation to the unconscious	I: 825	El chiste y su relación con el inconsciente
1905D	7/125	Three essays on the theory of sexuality	I: 771	Una teoría sexual

año	tomo	pág.	tomo	pág.	
1905E	7/	3			Fragment of an analysis of a case of hysteria
1906A	7/270		II: 605		Análisis fragmentario de una histeria
1906B	3/	3	I: 939		La sexualidad en la etiología de las neurosis
1906C	9/ 99		II:1043		El diagnóstico de los hechos y el psicoanálisis
1907A	9/ 3		I: 585		El delirio y los sueños en "La Grädiva", de W. Jensen
1907B	9/116		II:1048		Los actos obsesivos y las prácticas religiosas
1907C	9/130		I:1167		La ilustración sexual del niño. Carta abierta al doctor M. Fürst
1907D	9/245				
1907E	9/248		I: 954		Fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad
1908A	9/157		I: 958		El carácter y el erotismo anal
1908B	9/168		I:1171		Teorías sexuales de los niños
1908C	9/207		I: 943		La moral sexual "cultural" y la nerviosidad moderna
1908D	9/179		II:1057		El poeta y la fantasía
1908E	9/142		III: 287		Prólogo para un libro de Wilhelm Stekel
1908F	9/250		I: 960		Generalidades sobre el ataque histérico
1909A	9/228		II: 658		Análisis de la fobia de un niño de cinco años
1909B	10/ 3		III: 465		La novela familiar del neurótico
1909C	9/236		II: 715		Apuntes sobre análisis de un caso de neurosis obsesiva
1909D	10/153				

1910A	11/ 3	Five lectures on psycho-analysis	II: 124	Psicoanálisis (Universidad de Clark, 1909)
1910B	9/252	Preface to Ferenczi's papers on psycho-analysis	III: 288	Prólogo para un libro de Sandor Ferenczi
1910C	11/ 59	Leonardo Da Vinci and a memory of his childhood	II: 457	Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci
1910D	11/140	The future prospects of psycho-analytic therapy	II: 402	El porvenir de la terapia psicoanalítica
1910E	11/154	The antithetical sense of primal words	II:1053	El doble sentido antitético de las palabras primitivas
1910F	11/233	Letter to Dr. Friedrich S. Krauss	III: 288	Carta al doctor Friedrich S. Krauss sobre la anthropophyteia
1910G	11/231	Contributions to a discussion on suicide	III: 469	Contribuciones al simposio sobre el suicidio
1910H	11/164	A special type of choice of object made by men	I: 963	Sobre un tipo especial de elección de objeto en el hombre
1910I	11/210	The psycho-analytic view of psychogenic disturbance of vision	I: 982	Concepto psicoanalítico de las perturbaciones psicopatógenas de la visión
1910J	11/236	Two instances of pathogenic phantasies revealed by the patients themselves	II: 407	El psicoanálisis "silvestre"
1910K	11/220	Wild psycho-analysis	II: 495	Los dos principios del suceder psíquico
1910M	11/238	Review of Wilh. Neutra	II: 752	Observaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia ("dementia paranoides") autobiográficamente escrito
1911B	12/215	Formulations on the two principles of mental functioning	II: 410	El empleo de la interpretación de los sueños en el psicoanálisis
1911C	12/ 3	Psycho-analytic notes on an autobiographical account of a case of paranoia (dementia paranoides)	III: 480	"¡Grande es Diana Efesia!"
1911D	12/341	The significance of vowel sequences	II: 413	La dinámica de la transferencia
1911E	12/ 85	The handling of dream-interpretation in psycho-analysis	I: 985	Sobre los tipos de adquisición de las neurosis
1911F	12/342	Great is Diana of the Ephesians		
1912A	12/ 80	Postscript to the case of paranoia		
1912B	12/ 98	The dynamics of transference		
1912C	12/229	Types of onset of neurosis		

año	tomos/pág.		tomos/pág.	
1912D	11/178	On the universal tendency to debase- ment in the sphere of love	I: 967	Sobre una degradación general de la vida erótica
1912E	12/110	Recommendations to physicians practi- sing psycho-analysis	II: 418	Consejos al médico en el tratamiento psicoanalítico
1912F	12/241	Contributions to a discussion on mas- turbation	III: 470	Contribución al simposio sobre la masturbación
1912G	12/257	A note on the unconscious in psycho- analysis	I: 1031	Algunas observaciones sobre el con- cepto de lo inconsciente en el psicoanálisis
1912X	13/ 1	Totem and taboo	II: 511	Tótem y tabú
1913A	12/268	An evidential dream	III: 81	Un sueño como testimonio
1913B	12/328	Introduction to Pfister	III: 290	Prefacio para un libro de Oscar Pfister
1913C	12/122	On beginning the treatment (further recommendations on the techni- que of psycho-analysis)	II: 426	La iniciación del tratamiento
1913D	12/280	The occurrence in dreams of material from fairy tales	III: 88	Sueños con temas de cuentos infan- tiles
1913E	12/345	Preface to Steiner	III: 293	Prólogo para un libro de Maxim Steiner
1913F	12/290	The theme of the three caskets	II: 1063	El tema de la elección del cofrecillo
1913G	12/304	Two lies told by children	I: 1179	Dos mentiras infantiles
1913H	13/192	Observations and examples from ana- lytic practice		
1913I	12/313	The predisposition to obsessional neu- rosis	I: 989	La disposición a la neurosis obsesiva. Una aportación al problema de la elección de neurosis
1913J	13/164	The claim of psycho-analysis to scien- tific interest	II: 967	Múltiple interés del psicoanálisis
1913K	12/334	Preface to J. G. Bourke's scatologic rites of all nations	III: 294	Prólogo para un libro de John Gre- gory Bourke
1913M	12/206	On psycho-analysis		
1914A	13/200	Fausse reconnaissance in psycho-ana- lytic treatment	II: 423	La "fausse reconnaissance" ("dejar raconte") durante el análisis
1914B	13/210	The Moses of Michaelangelo	II: 1069	El "Moisés" de Miguel Angel

1914C	14/ 69	On narcissims: an introduction	I:1083	Introducción al narcisismo
1914D	14/ 3	On the history of the psycho-analytic movement	II: 981	Historia del movimiento psicoanalítico
1914F	13/240	Some reflections of schoolboy psychology	III: 169	Sobre la psicología del colegial
1914G	12/146	Recollecting, repeating and working through (further recommendations on the technique of psycho-analysis, II)	II: 437	Recuerdo, repetición y elaboración
1915A	12/158	Observations on transference-love (further recommendations on the technique of psycho-analysis, III)	II: 442	Observaciones sobre el "amor de transferencia"
1915B	14/274	Thoughts for the times on war and death	II:1094	Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte
1915C	14/105	Instincts and their vicissitudes	I:1035	Los instintos y sus destinos
1915D	14/143	Repression	I:1045	La represión
1915E	14/161	The unconscious	I:1051	Lo inconsciente
1915F	14/262	A case of paranoia running counter to the psycho-analytic theory of the disease	I: 994	Comunicación de un caso de paranoia contrario a la teoría psicoanalítica
1915G	14/301	Letter to Dr. F. Van Eeden	III: 172	Lo perezadero
1916A	14/304	On transience	II:1062	Un paralelo mitológico a una representación obsesiva plástica
1916B	14/337	A mythological parallel to a visual obsession	I:1003	Una relación entre un símbolo y un sintoma
1916C	14/339	A connection between a symbol and a symptom	II:1082	Varios tipos de carácter descubiertos en la labor psicoanalítica
1916D	14/310	Some character-types met with psycho-analytic work	II: 151	Introducción al psicoanálisis
1916X	15/ 3	Introductory lectures on psycho-analysis	II:1108	Una dificultad del psicoanálisis
1917A	17/136	A difficulty in the path of psycho-analysis	II:1128	Un recuerdo infantil de Goethe en "Poesía y verdad"
1917B	17/146	A childhood recollection from Dichtung and Wahrheit	I: 999	Sobre las transmutaciones de los instintos. Y especialmente del erotismo anal
1917C	17/126	On transformation of instinct as exemplified in anal erotism		

año	tomo	pág.	tomo	pág.	
1917D	14/219			I:1069	Adición metapsicológica a la teoría de los sueños
1917E	14/239			I:1075	La aflicción y la melancolía
1918A	11/192			I: 973	El tabú de la virginidad
1918B	17/ 3			II: 785	Historia de la neurosis infantil
1919A	17/158			II: 449	Los caminos de la terapia psicoanalítica
1919B	17/271			III: 323	En memoria de James J. Putnam
1919C	17/267			III: 343	La editorial psicoanalítica internacional y los premios para trabajos psicoanalíticos
1919D	17/206			III: 297	Introducción al simposio sobre las neurosis de guerra
1919E	17/177			I:1181	Pegan a un niño
1919F	17/273			III: 324	En memoria de Victor Tausk
1919G	17/258			III: 301	Prólogo para un libro de Theodor Reik
1919H	17/218				
1919I	14/341				
1919J	17/170			II: 994	Sobre la enseñanza del psicoanálisis en la Universidad
1920A	18/146			I:1004	Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina
1920B	18/263			II: 453	Para la prehistoria de la técnica psicoanalítica
1920C	18/267			III: 326	En memoria de Anton von Freund
1920D	18/266			I:1194	Asociación de ideas de una niña de cuatro años
1920F	18/ 4			III: 95	Complementos a la teoría onírica
1920G	18/ 3			I:1097	Más allá del principio del placer
1921A	18/269			III: 305	Prólogo para un libro de J. J. Putnam

1921B	18/271	Introduction to J. Varendonck's the psychology of day-dreams	III: 307	Prólogo para un libro de J. Varendonck
1921C	18/ 67	Group psychology and the analysis of the ego	I:1127	Psicología de las masas
1922A	18/196	Dreams and telepathy	III: 96	El sueño y la telepatía
1922B	18/222	Some neurotic mechanisms in jealousy, paranoia and homosexuality	I:1018	Sobre algunos mecanismos neuróticos en los celos, la paranoia y la homosexualidad
1922C	10/148	Postscript to the analysis of a phobia in a five-year-old boy	III: 481	Apéndice al análisis de Juanito
1922E	19/283	Preface to De-Saussure		
1923A	18/234	Two encyclopaedia articles	II: 3	El yo y el ello
1923B	19/ 3	The ego and the id	III: 116	Observaciones sobre la teoría y la práctica de la interpretación onírica
1923C	19/108	Remarks on the theory and practice of dream-interpretation		
1923D	19/ 69	A seventeenth century demonological neurosis	II:1112	Una neurosis demoníaca en el siglo xvii
1923L	19/140	The infantile genital organization of the libido	I:1195	La organización genital infantil. (Adición a la teoría sexual)
1923F	19/260	Josef Popper-Lynkeus and the theory of dreams	III: 126	J. Popper-Lynkeus y la teoría onírica
1923G	19/285	Preface to Eitington's report on the Berlin psycho-analytical clinic	III: 308	Prólogo para un libro de Max Eitington
1923H	19/289	Letter to Luis Lopez	I: 9	Unas palabras del Dr. Freud a López-ton
1923I	19/266	Dr. Sander Ferenczi on his fiftieth birthday	III: 328	A Ballesteros
1924A	19/290	Communication to Le-Disque-Vert	III: 346	Carta a la revista "Le Disque Vert"
1924B	19/148	Neurosis and psychosis	II: 499	Neurosis y psicosis
1924C	19/157	The economic problem of masochism	I:1023	El problema económico del masoquismo
1924D	19/172	The dissolution of the Oedipus complex	II: 501	El final del complejo de Edipo
1924E	19/182	The loss of reality in neurosis and psychosis	II: 504	La pérdida de realidad en la neurosis y en la psicosis
1924F	19/190	A short account of psycho-analysis		
1924G	19/286	Letter to Wittels		
1925A	19/226	A note upon the mystic-writing-pad		

año	tomo	pág.		tomo	pág.	
1925B	19/291		Letter to the editor	III:	345	Comunicación del director de la "Revista Internac. de Psicoanálisis"
1925C	19/292		Message on the opening of the Hebrew University	III:	176	Mensaje para la inauguración de la Universidad hebrea
1925D	20/ 3		An autobiographical study	III:	73	Las resistencias contra el psicoanálisis
1925E	19/212		The resistances to psycho-analysis	III:	309	Prefacio para un libro de August Aichhorn
1925F	19/272		Preface to Aichhorn's wayward youth	III:	330	En memoria de José Breuer
1925G	19/278		Josef Breuer	II:	1134	La negación
1925H	19/234		Negation	III:	131	(La significación ocultista del sueño)
1925I	19/125		Some additional notes upon dream-interpretation as a whole	III:	482	(Los límites de la interpretabilidad de los sueños) (La responsabilidad moral por el contenido de los sueños)
1925J	19/243		Some psychological consequences of the anatomical distinction between the sexes	III:	332	Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica
1926A	20/279		To Romain Rolland	III:	332	A Romain Rolland
1926B	20/277		Karl Abraham	III:	311	En memoria de Karl Abraham
1926C	20/280		Foreword to E. Pickworth Farrow's ^{sis} a practical method of self-analysis	II:	31	Nota para un trabajo de E. Pickworth Farrow
1926D	20/ 77		Inhibitions, symptoms and anxiety	II:	843	Inhibición, síntoma y angustia
1926E	20/179		The question of lay analysis	III:	492	Psicoanálisis y medicina (Análisis profano)
1926F	20/261		Psycho-analysis: Freudian school	III:	498	Psicoanálisis: escuela freudiana
1926I	21/247		Dr. Reik and the problem of quackery	II:	73	Apéndice a la discusión sobre "El análisis profano"
1927A	20/251		Postscript to discussion on lay analysis	III:	510	El porvenir de una ilusión
1927B	13/237		Supplement to the Moscs of Michelangelo	III:	505	El humor
1927C	21/ 3		The future of an illusion			Fetichismo
1927D	21/160		Humour			
1927E	21/149		Fetichism			

1928A	21/168	A religious experience	II: 509	Una experiencia religiosa
1928B	21/175	Dostoevsky and parricide	II: 136	Dostoevsky y el parricidio
1929A	21/249	To Ernest Jones on the occasion of his fiftieth birthday	III: 333	A Ernest Jones, en su cincuenta aniversario
1929B	21/199	On a dream of Descartes	III: 137	Carta a Maxim Leroy sobre un sueño de Descartes
1930A	21/ 59	Civilization and its discontents	III: 1	El malestar en la cultura
1930B	21/257	Preface to ten years of the Berlin psycho-analytic institute	III: 311	Prólogo del folleto "Décimo aniversario del Instituto Psicoanalítico de Berlín"
1930C	21/254	Preface to psychopathology number of the medical review of reviews	III: 312	Mensaje para la "Medical Review of Reviews"
1930D	21/206	Letter to Dr. Alfons Paquet	III: 346	Carta al Dr. Alfonse Paquet
1930E	21/208	Address delivered in the Goethe house	III: 346	Premio Goethe 1930
1931A	21/216	Libidinal types	III: 514	Sobre los tipos libidinales
1931B	21/223	Female sexuality	III: 518	Sobre la sexualidad femenina
1931C	21/256	Introduction to Edoardo Weiss	III: 313	Palabras preliminares para un libro de Edoardo Weiss
1931D	21/251	Specialist opinion on the Halsmann case	III: 533	La peritación forense en el proceso Halsmann
1931E	21/259	Letter to the burgomaster	III: 351	Carta al burgomaestre de la ciudad de Pribor
1931F	22/251	Letter to George Fullis	III: 67	Sobre la conquista del fuego
1932A	22/185	The acquisition and control of fire	III: 314	Prefacio para un libro de Hermann Numborg
1932B	21/258	Preface to Hermann Numborg	III: 139	Mi relación con Josef Popper Lynkeus
1932C	22/218	My contact with Josef Popper-Lynkeus	II: 879	Nuevas aportaciones al psicoanálisis (Continuación de "Introducción al psicoanálisis")
1933A	22/ 3	New introductory lectures on psychoanalysis	III: 335	En memoria de Sandor Ferenczi
1933B	22/197	Why war?	III: 314	Prólogo para un libro de Marie Bonaparte
1933C	22/226	Sandor Ferenczi	III: 535	Apéndice al "Estudio autobiográfico"
1933D	22/254	Preface to Marie Bonaparte's Edgar Poe	III: 538	La sutileza de un acto fallido
1935A	20/ 71	Postscript (1935) to an autobiographical study		
1935B	22/232	The subtleties of a faulty action		

año	tomo/pág.		tomo: pág.	
1935C	22/255	Thomas Mann on his sixtieth birthday	III: 337	A Thomas Mann, en su sesenta aniversario
1936A	22/238	A disturbance of memory on the Acropolis	III: 352	Un trastorno de la memoria en la Acrópolis. Carta abierta a Romain Rolland en ocasión de su septuagésimo aniversario
1936B	22/253	Letter to Richard Sterba	III: 338	Lou Andreas-Salomé
1937A	23/297	Lou Andreas-Salomé	III: 540	Análisis terminable e interminable
1937C	23/211	Analysis terminable and interminable	III: 573	Construcciones en psicoanálisis
1937D	23/256	Construction in analysis	III: 1007	Un comentario sobre el antisemitismo
1938A	23/289	A note on anti-Semitism	III: 341	Antisemitismo en Inglaterra
1938D	23/301	Anti-Semitism in England	III: 181	Moisés y la religión monoteísta
1939A	23/ 3	Moses and monotheism	III: 392	Compendio del psicoanálisis
1940A	23/141	An outline of psycho-analysis	1009	
1940B	23/280	Some elementary lessons in psycho-analysis	III: 441	Algunas lecciones elementales de psicoanálisis
1940C	18/273	Medusa's head	III: 385	La cabeza de Medusa
1940D	1/151	On the theory of hysterical attacks	III: 364	Sobre la teoría del acceso histérico
1940E	23/273	Splitting of the ego in the process of defence	III: 389	Escisión del "yo" en el proceso de defensa
1941A	1/147	Letter to Josef Breuer		
1941B	1/149	Note III		
1941C	5/623	A premonitory dream fulfilled	III: 369	Una premonición onírica cumplida
1941D	18/175	Psycho-analysis and telepathy	III: 372	Psicoanálisis y telepatía
1941E	20/272	Address to the members of the B'nai B'rith	III: 387	Discurso a los miembros de la Sociedad B'nai B'rith
1941F	23/299	Findings, ideas and problems	III: 339	Hallazgos, ideas, problemas
1942A	7/304	Psychopathic characters on the stage	III: 988	Personajes psicopáticos en el teatro
1950A	1/175	The origins of psycho-analysis	III: 585	Los orígenes del psicoanálisis
1955A	10/253	Original record of the case of obsessional neurosis (the rat-man)		
1955C	17/211	Memorandum on the electrical treatment of war neuroses		
1956A	1/ 3	Report on my studies in Paris and Berlin		
1957A	12/177	Dreams in folklore		

ALGUNAS OBRAS CONSULTADAS

- Alonso, Dámaso
Cancionero y romancero español. Salvat editores y Alianza editorial, 1969.
- Alvar, Manuel
Antigua poesía española lírica y narrativa. Editorial Porrúa. México, 1970.
- Arias de la Canal, Fredo
Intento de psicoanálisis de Juana Inés. Editorial Frente de Afir-
 mación Hispanista, A. C. México, 1972.
- Bergler, Edmund
Counterfeit-Sex. Grune and Stratton, Inc. New York, 1958.
Selected papers of Edmund Bergler, M. D. (1933-1961). Grune
 and Stratton, Inc. New York, 1969.
The basic neurosis. Grune and Stratton, Inc. New York, 1949.
The battle of the conscience. Washington Institute of Medicine,
 1948.
The superego. Grune and Stratton, Inc. New York, 1952.
- Bergua, José
Refranero español. Ediciones ibéricas. Madrid, 1968.
- Freud-Andreas Salomé. *Correspondencia*. Siglo veintiuno editores,
 S. A. México, 1968.
- Freud, Martin
Sigmund Freud: man and father. The vanguard press. New York,
 1958.
- Le Cron, Leslie M. y Bordeaux, Jean
Hypnotism today. Grune and Stratton, Inc. New York, 1947.
- Menéndez y Pelayo, Marcelino
Historia de las ideas estéticas en España. Espasa-Calpe argen-
 tina, 1943.
- Sachs, Hanns
Freud, master and friend. Harvard Universtiy Press. Cambridge
 Massachusetts, 1946.
- Sigmund Freud. *Epistolario I (1873-1890)* y
Sigmund Freud. Epistolario II (1891-1939), Plaza y Janés, S. A., Edi-
 tores. Barcelona, 1970 y 1971.
- The Freud-Jung Letters*. Editado por William McGuire, Princeton
 University Press, 1974.
- The letters of Sigmund Freud and Arnold Zweig*. Editado por Ernst
 L. Freud, A. Helen and Kurt Wolf Book. Harcourt, Brace and
 World, Inc. New York, 1970.

- The letters of Sigmund Freud and Karl Abraham (1907-1926). A Psychoanalytic Dialogue.* Editado por Hilda C. Abraham y Ernst L. Freud, Basic Books, Inc. Publishers. New York, 1965.
- The origins of psychoanalysis. Letters of Wilhelm Fliess, Drafts and Notes (1887-1902) by Sigmund Freud.* Editado por Marie Bonaparte, Anna Freud y Ernst Kris, Basic Books, Inc. Publishers. New York, 1954.
- Tratado de exorcismos.* The hispanic society of America. New York, 1975.

SE INCLUYERON LOS SIGUIENTES ROMANCES

- ROMANCE DE DELGADINA, 360 a 362, 367
- ROMANCE DE DOÑA ALDA, 250, 476
- ROMANCE DE FONTE-FRIDA, 91
- ROMANCE DE GAIFEROS, 345, 367
- ROMANCE DE LA PARTICION DE LOS REINOS, 316
- ROMANCE DE LA PENITENCIA DEL REY DON RODRIGO, 420
- ROMANCE DE LA SERRANA DE LA VERA, 142
- ROMANCE DE ROSA FRESCA, 92
- ROMANCE DEL CONDE CLAROS, 46
- ROMANCE DEL ENAMORADO Y LA MUERTE, 270
- ROMANCE DEL REY DON RODRIGO, 243

INDICE ONOMASTICO

- ABRAHAM Karl, 43, 52, 60, 70,
79, 102, 105, 156, 235, 304, 308,
340
AGUSTINI, Delmira, 60, 76, 197,
383
ALAMAN, Lucas, 327
ALBERTI, Rafael, 60, 74, 386,
442, 444, 445
ALEIXANDRE, Vicente, 385, 417,
431
ALFONSO DE GABRIEL, José,
338
ALFONSO EL SABIO, 305
ALIBERTI, Antonio, 380
ALLAN POE, Edgar, 392
ALVAR, Manuel, 128
ANAXIMENES, 71
ANDREAS-SALOME, Lou, 52,
110, 155, 172, 190, 191, 312,
507
ANZUR, Gabriel de, 393
ARCIPRESTE DE HITA, 143
ARCIPRESTE DE TALAVERA,
115
ARIAS, Olga, 393, 444
ARISTOFANES, 115, 371
ARISTOTELES, 279
ATHILANO, Andrés, 375
BALBUENA, Baltasar de, 429
BALZAC, Honorato de, 143
BECQUER, Gustavo Adolfo, 56,
134, 143
BERGLER, Edmundo, 11, 19, 34,
37, 44, 50, 61, 65, 66, 69, 72,
89, 94, 99, 109, 125, 127, 132,
137, 142, 173, 174, 176, 177,
179, 183, 186, 196, 208, 213,
218, 226, 227, 228, 248, 250,
272, 276, 284, 287, 295, 298,
303, 309, 310, 323, 326, 334,
341, 354, 371, 377, 387, 397,
425, 449, 451, 474, 478, 535
BERNARD SHAW, George, 11
BLEULER, Eugen, 340
BORGES, Jorge Luis, 400, 428,
537
BORRERO, Juana, 135
BREUER, José, 52, 53, 68, 85,
279, 286, 318, 353, 373, 400,
401, 402, 405, 409, 519
CALDERON DE LA BARCA,
Pedro, 215
CAMARA, Dolores de la, 78, 432
CARVALLO, Juan Rof, 63
CARRERA ANDRADE, Jorge,
255
CASTILLEJO, Cristóbal de, 187
CASTILLO NAJERA, Francisco,
265, 382, 506
CASTRO, Américo, 152, 203, 306,
307, 312, 313, 327, 533
CASTRO, Eugenio de, 86
CASTRO Y CASTRO, Antonio,
438
CELA, Camilo José, 81
CERVANTES SAAVEDRA, Mi-
guel de, 11, 99, 132, 134, 136,
137, 154, 156, 169, 199, 200,
201, 202, 203, 206, 315, 316
CORTES, Hernán, 11
CROMWELL, Oliver, 17
CROSS, Colin, 507
CRUZ, Sor Juana Inés de la, 11,
52, 89, 101, 109, 145, 188, 307,
311
DANTE, Alighieri, 136
DOSTOIEVSKY, Fedor, 193, 322
DURO DEL HOYO, Andrés, 266
ECKERMAN, Johann Peter, 287
EIDELBERG, 37
EMPEDOCLES, 71, 72

- 279, 286, 287, 292, 293, 314,
315, 316, 320, 326, 328, 344,
373, 374, 403, 405
OCAMPO, Ofelia, 360
ORTEGA Y GASSET, José, 15,
153, 337
ORY, Carlos Edmundo de, 49
OTHON, Manuel José, 441
PALAU, Melchor, 79, 102, 145,
146, 227, 334
PAPINI, Giovanni, 203, 286
PARDO GARCIA, Germán, 379
PAVLOV, Iván, 86
PAZ, Octavio, 437
PEREZ DE GUZMAN, Fernán,
244
PEREZ DE MONTORO, José,
133
PERICLES, 292
PETRARCA, Francesco, 136, 398
PFISTER, Oskar, 285, 334
PICASSO, Pablo Ruiz, 55
PINDARO, 292
PLATON, 40, 45, 46, 70, 115, 122,
180, 187, 279, 290, 310, 314, 315
PLUTARCO, 242, 357, 362, 505,
511
QUEVEDO Y VILLEGAS, Fran-
cisco de, 101, 116
QUIROGA Y PLA, José María,
379
RANK, Otto, 57, 58, 244, 251, 378,
494
REYES, Alfonso, 60, 384
REYES, Alicia, 438
RIVEREND, Pablo le, 446
ROCKER, Rudolph, 71
ROJAS, Fernando de, 270
ROSEN, Hugo, 12, 99, 535
RUEDA, Salvador, 49
RUIZ DE ALARCON, Juan, 101
SACHS, Hanns, 17, 51, 61, 184,
226, 256
SALINAS, Pedro, 188
SAMANIEGO, Félix María de,
216
SANCHEZ PASCUAL, Andrés,
315
SANTOS CHOCANO, José, 42,
188, 385, 429
SAPOZNIKOW, Gregorio, 339
SCHELLING, Friedrich, 54
SCHREBER, Daniel Paul, 480,
482, 483, 484, 486, 499, 504,
508, 509, 512, 514, 516, 517,
527
SCHILLER, Friedrich von, 40, 53
SCHOPENHAUER, Arthur, 121,
122, 150, 168, 169, 170, 172,
257, 286
SHAKESPEARE, William, 21,
136, 199, 283, 348, 349, 351,
352, 353, 354, 356, 357, 367
SILBERSTEIN, Augusto, 62
SILVA, José Joaquín, 405, 437,
443, 486
SIMMEL, George, 247
SOCRATES, 45, 122, 166, 187,
279, 290, 291, 292, 293, 310,
353, 485, 504
SOFOCLES, 296, 303, 343, 345,
349, 351, 367
SPINOZA, Baruch de, 314, 315
STEKEL, Wilhelm, 274
STORNI, Alfonsina, 362, 379, 385,
416
SYNAN, Vinson, 396
TERESA DE JESUS, Santa, 500,
501, 503, 509, 517
TERRAZAS, Francisco de, 258
TIRSO DE MOLINA, 116, 125,
126, 137, 144
TWAIN, Mark, 210, 217
URBINA, Luis G., 135
VARGAS PONCE, José, 119
VAZ FERREIRA, Maria Euge-
nia, 411
VIASA, 476
WAGNER, Wilhelm Richard, 287
WHITMAN, Walt, 311
WUNDT, Wilhelm, 381
ZABALETA, Juan de, 117
ZORRILLA, José, 125, 126, 137

ESTE LIBRO
SE TERMINO DE IMPRIMIR
EL 24 DE SEPTIEMBRE DE 1978
A 39 AÑOS DE LA MUERTE DE
SIGMUND FREUD,
EN LOS TALLERES DE
"LA IMPRESORA AZTECA", S. DE R. L.
AVENIDA PONIENTE 140 No. 681,
COL. INDUSTRIAL VALLEJO,
MEXICO 16, D. F.

EDICION DE 1 000 EJEMPLARES